
LEOPLÁN
AGAZINE POPULAR ARGENTINO
número, dos obras famosas completas:
LOS ASESINATOS DEL CANAL
novela policial de GEORGES SIMENON
MI RIVAL EL DIFUNTO
novela argentina de PILAR de LUSARRETA
21 junio 1944
30
centavos en todo el país



PIDA ESTE LIBRO

HOY MISMO envíenos su nombre y dirección, y a vuelta de correo, recibirá usted, **GRATIS Y SIN COMPROMISO**, la **"GUIA DE ENSEÑANZA"**, interesante libro de 92 páginas ilustradas, con los detalles completos de los cursos que enseñamos por correo desde el año 1923.

SABER LEER Y ESCRIBIR es suficiente para estudiar cualquiera de los cursos Comerciales, Técnicos o Especiales, pues nuestros textos, exclusivamente preparados para la enseñanza por correo, son de fácil comprensión. Usted estudiará en su casa en sus **MOMENTOS LIBRES**, hasta llegar al final de sus estudios y recibir su **DIPLOMA**.

NUESTRA ORGANIZACION, moderna y perfecta, instalada en **EDIFICIO PROPIO**, con un cuerpo de Profesores competentes, numeroso personal técnico y administrativo y elementos mecánicos, que permiten a las **ESCUELAS LATINO-AMERICANAS** ofrecer una enseñanza práctica, útil y eficaz a un costo reducido.

PIDA USTED gratuitamente la **"GUIA DE ENSEÑANZA"**. Hágalo **AHORA MISMO**.

PRECIOS DE LOS CURSOS EN MONEDA ARGENTINA

SECCION COMERCIAL

Empleado de Comercio	$ 45
Cajero	" 45
Secretario Comercial	" 80
Tenedor de Libros	" 65
Contador Mercantil	" 80
Técnico en Publicidad	" 80
Administrador de Estancias	" 100
Empleado de Banco	" 50
Vendedor	" 50
Jefe de Ventas	" 80
Gerente Comercial	" 200

SECCION TECNICA

Técnico Mecánico	$ 85
" Maquinista	" 85
" Metalúrgico	" 85
Motores Diesel	" 85
" a Explosión	" 85
Mecánico de Automóviles	" 85
Técnico Tornero	" 85
" Fresador	" 55
Técnico en Máquinas de Taller	$ 85
Carpintería y Ebanistería	" 70
Técnico Electricista	" 85
Bobinajes	" 85
Fotografía Artística	" 70
Calefacción y Ventilación	" 100
Refrigeración	" 100
Aire Acondicionado	" 120
Construcciones	" 100

SECCION TEXTIL

Técnico en Hilados	$ 100
" en Tejidos	" 120
" en Tejidos de Punto	" 85

SECCION RADIO

Técnico en Radio	$ 85
Técnico en Radio F. M.	" 40
Armador de Radio	" 65

SECCION INDUSTRIAL

Técnico en Industria Lechera	$ 70
Técnico Avicultor	" 70
" Apicultor	" 70
Perito Enólogo	" 70
Técnico Jabonero	" 70
" Curtidor	" 80

SECCION QUIMICA

Técnico Químico	$ 80
Químico Industrial	" 150

SECCION IDIOMAS

Inglés	$ 70
Francés	" 70

SECCION DIBUJOS

Dibujo Artístico	$ 70
" Lineal	" 70
" Mecánico	" 80
" Arquitectónico	" 80
Caricatura e Historietas	" 80
Dibujos Animados	$ 80
Dibujo Comercial	" 80

SECCION FEMENINA

Profesora de Corte y Confección	$ 30
Labores	" 30
Confección de Sombreros	" 30
Cocina	" 30
Arte de Tejer	" 30

SECCION ESPECIAL

Periodismo	$ 80
Taquigrafía	" 40
Aritmética	" 25
Aritmética Comercial	" 40
Algebra	" 40
Geometría	" 25
Gramática y Ortografía	" 35
Caligrafía	" 30
Dactilografía	" 40
Velocigrafía	" 25

OBSEQUIOS A LOS ALUMNOS

Inscripto como alumno en las **ESCUELAS LATINO-AMERICANAS** recibirá algunos de los siguientes obsequios:

VELOCIGRAFIA, "el nuevo método de escritura rápida"; Regalamos el material de estudios y la enseñanza completa de **VELOCIGRAFIA**. Es suficiente un mes de estudio para poder escribir y leer con rapidez.

RADIO F. M. (Frecuencia Modulada). Una enseñanza superior para los alumnos inscriptos en el curso de Radio, autorizada especialmente por su inventor, ingeniero Armstrong, de Estados Unidos.

DICCIONARIO: 512 páginas y 50.000 palabras.

CARNET DEL ESTUDIANTE: en cuero legítimo, con letras doradas y terminación artística.



Llene y envíenos el cupón y de inmediato le será despachado el interesante libro la **"GUIA DE ENSEÑANZA"** de 92 páginas ilustradas.

Si no desea recortar el cupón, mándenos su nombre y dirección, mencionando esta revista.

·LAS MAS ACREDITADAS·
ESCUELAS LATINO-AMERICANAS
Señor Director de las ESCUELAS LATINO-AMERICANAS
Avda. Boyacá 932 — Buenos Aires
Sírvase enviarme GRATIS y SIN COMPROMISO, el libro "GUIA DE ENSEÑANZA".

$5 POR MES SON SUFICIENTES PARA ESTUDIAR EN LAS
ESCUELAS LATINO-AMERICANAS
AVENIDA BOYACA 932 BUENOS AIRES

AÑO XI - N.º 242
21 de junio de 1944

LEOPLÁN

ESMERALDA 116
U. T. 33 - 0063
BUENOS AIRES

MAGAZINE POPULAR ARGENTINO

UNA PUBLICACION DE LA EDITORIAL SOPENA ARGENTINA

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual Nº 138.577

Sumario

◆

Ilustraciones de: **ARTECHE, RAUL VALENCIA, VALDIVIA, VILLAFAÑE, FAIRHURST, MARIANO ALFONSO y GUBELLINI.** - Historietas de: **CAO, VILLAFAÑE, TOONDER, HALEBLIAN Y DEL CASTILLO, HERGOTT, GONZALEZ FOSSAT, J. CHRISTIE M.**, etc., etc.



JEAN PARKER, *timonel*

El cinematógrafo es el crisol moderno donde, ante las exigencias de cada argumento, adquieren los actores las más diversas personalidades. Por eso Jean Parker, la conocida estrella de Hollywood, oficia aquí de timonel de un barco imaginario, luciendo un atavío que, si bien no está de acuerdo con su flamante cometido, le permite, en cambio, lucir su estilizada silueta.

En el próximo número:

GUY MANNERING

LA FAMOSA OBRA DE
WALTER SCOTT

LA REINA DE ESPADAS

novela dramática de
ALEJANDRO PUCHKIN

y trabajos de: **ANATOLE FRANCE, EDUARDO MALLEA, JACINTO OCTAVIO PICON, CAMI, etc., etc.**

"Leoplán" aparece el 5 de julio
Treinta centavos en todo el país



Mi rival el difunto

Dos distinciones consagratorias recaídas recientemente sobre Pilar de Lusarreta, hacen obvio cualquier intento apologético de su obra literaria. Nos referimos al veredicto que declaró "Amor a los setenta" *—escrita en colaboración con Arturo Cancela—, la mejor comédia del año 1942, y al premio municipal que acaba de otorgársele por su libro* "Cinco dandys porteños".
El ensayo, la biografía, el cuento, la novela y el teatro han sido cultivados con dignidad por la brillante escritora, que dió también a la cátedra y al periodismo su aporte generoso.
"Job el opulento", "Celimena sin corazón", "La herencia del bárbaro", "Vida, pasión y locura de Doña Juana", "Sinopsis romántica de Lope de Vega", "El suicidio de Essex", "Un drama para Shakespeare", "Iconología de Manuelita", "Suicida por amor", "Los tres encuentros del caballero y la muerte", "Sergas del caballero de las seis cruces" y "Un paladín de Christo" *son, con las dos ya nombradas, algunas de las obras que cimentan el prestigio literario de Pilar de Lusarreta, la autora que incorporamos hoy, con* "Mi rival el difunto", *a nuestro cuadro de colaboradores.*

CAPITULO I

ENTRO EN RELACION CON UNA FAMILIA PROVINCIANA

ACABABA de regresar a París, cuando, por medio de un aviso de periódico, me puse en contacto con la familia Bilgert, en cuya casa había habitaciones para alquilar a "persona honorable".

La madre, madame veauve Louis Filippe Bilgert, una catalana de la frontera, había casado, siendo muy jovencita, con un maquinista del "Express"; y cuando este fiel servidor público, atacado de catarro crónico, obtuvo su retiro, ambos esposos se instalaron en Saint Rambert-Sur-Rhone, donde poseían una casita con jardín, en condominio con un pariente. Pero la enfermedad de su marido dejó a la viuda —después de morir éste, naturalmente — lo que suele decirse en la calle. Entonces, la enérgica mujer se vino a París, logró emplear a sus hijas y tuvo la idea salvadora de realquilar.

Yo le simplifiqué mucho la situación, tomándole todo el piso alto de su casa, después de haber oído tres o cuatro veces, considerablemente alargada por las digresiones del momento, la pequeña y conmovedora historia, resumida en las líneas antecedentes.

A mi vez acababa también de llegar de Portugal, mi tierra, donde tengo hacienda y viña, que descontado lo que metódicamente me sisa Manoel Silveira, mi apoderado, déjame bastante para vivir con holgura donde me plazca.

He viajado algo, estudié pintura en Berna y obtuve algunas lecciones de Urrabieta, allá por el 96. Sin jactancia, puedo asegurar a ustedes que el arte ha sido la grande afición de mi vida, y que algunos de mis cuadros han gustado mucho.

Cuando me instalé en casa de la familia Bilgert, había pasado ya la cuarentena; el peligro de las crisis sentimentales parecía haberse alejado de mí para siempre. Desde la calle Mazagran, donde vivíamos, hasta el boulevard de la Bonne Nouvelle, donde tengo instalado estudio hace más de veinte años, solía acompañar paternalmente a las chicas que se marchaban al trabajo: Gabriela, la mayor, era dactilógrafa en una legación de la calle Laffitte; María Carlota, cajera en una zapatería de La Madelaine.

Ellas tomaban el ómnibus y yo entraba en mi estudio, donde, generalmente, la modelo me esperaba haciendo el café. Al regresar, ya atardecido, tenía, invariablemente, un ratito de charla con madame Bilgert; entonces se quejaba de sus agobios domésticos; me informaba del precio de las patatas, me hacía


TEXTO INTEGRO
de la famosa novela de
PILAR DE LUSARRETA
ILUSTRACIONES DE FAIRHURST



confidencias sobre los incumplimientos conyugales que precedieron a la enfermedad de Bilgert y, por último, después de manifestar que una mujer sola no puede abrirse camino en la vida, criticaba el proceder demasiado parisiense de su Gabriela, que, según parte de una vecina, se dejaba acompañar por un joven, que hasta la había querido hacer subir a un automóvil. Mme. Bilgert opinaba que su hija debía haberla consultado antes de aceptar tales galanteos, y que si no lo hacía por algo era...

De María Carlota no tenía queja; se lamentaba, eso sí, de su carácter retraído.

—Vive en otro mundo —solía decirme.

María Carlota era una de esas muchachas estáticas, que pasan por insignificantes para la gente poco observadora. Pero yo había descubierto en ella una gracia de estampa japonesa. Era como esos tonos finos, que sólo el ojo avezado de un pintor deslinda en las claridades del amanecer. Muy calladita, [illegible] dosa y generalmente mal vestida, excitaba un impulso [illegible] tección que anulaba su mirar vago, tan ausente, que [illegible] borrar a quien mirase.

Cierta noche, después que ya me había retirado, oí [illegible] amenazas en el piso bajo. Hundido en la lectura de un [illegible] la "Historia de Juan y Mateo Cantacuceno"—, no pres[illegible] ción, y los gritos fueron a unirse al callejero rumor [illegible] indiferencia del oyente anula.

No sé cuánto tiempo transcurrió así; había llegado a [illegible] gina 86, a la culminante escena de la usurpación, cuando [illegible] ramente — sin entenderlo — otro ruido inmediato y per[illegible] verdad es que estaba yo a muchas leguas del presente, [illegible] que el pensamiento use de las acreditadas botas de P[illegible] para andar por las dilatadas rutas de la imaginación, [illegible] dad es a veces más perentoria.

...ro mi lengua profirió maquinalmente un "adelante". Llamó el chirriar de la puerta al abrirse, precedió como un ...romano la entrada de Mme. Bilgert. Confieso que, al re... su paso, el gallo negro que simboliza el egoísmo en el ... ritual de Cornelio Agripa, cantó tres veces en mi alma. ...viento de estrago transfiguraba a mi patrona. Junto a la ..., sosteniendo aún el picaporte con su tosca mano que ...empre a cebolla, musitó roncamente.

—Señor Pedro..., María Carlota también...

...comprendí. Fijos los ojos en la chimenea, traté de pare... indiferente.

—Es la vida, Mme. Bilgert.

—Es la vida en París —corrigió ella.

Después, como hallara un interrogante en mis ojos:

—¡Es peor; mucho peor que lo de la otra! Parece mentira... ...oído hablar con él... en su cuarto; no sé cómo lo ha he...trar, ni dónde lo ha escondido, pero estaba hablando con ... Se llama Fernando.

Mis ideas respecto al amor son amplias y en general escép... De toda la vasta literatura amorosa, prefiero al más cruel ... libros: al "Adolphe", de Benjamín Constant. Sin embar... el hecho de que, insospechadamente, aquella jovencita hu... traspasado los límites de lo lícito, me molestó un poco. ... el padre y el hermano, que se llenan de irrazonado furor ... el hecho de que un hombre seduzca ese ser para ellos ...

...ro desde aquel momento Carlota se transformó a mis ojos. ... clásico de la mariposa se materializó; y aunque yo me ... que nada podía interesarme todo aquello, la verdad ... la historia de los Cantacucenos no pasó adelante aque...noche.

CAPITULO II

OBSERVO A MARIA CARLOTA

Desde el siguiente día comencé a observar a María Carlota, ... el aire de un pesquisante novel. De cuando en cuando, cam... con la viuda una mirada de inteligencia, que demostraba ... que en aquellos momentos me amparaba, y hasta acepté ...dignarme las recomendaciones de la buena mujer.

—Vigílemela usted, señor Pedro; aconséjela... A mí no me ... caso... ¡Jesús, quién me lo hubiera dicho!...

...sí fué cómo empecé a seguir a María Carlota por las calles ... hacerme con ella el encontradizo. Me fatigaba mucho, por... sabía escurrirse entre los vehículos y andaba muy de prisa ...recía hacerlo ex profeso, tomaba para regresar a su casa el ... más largo y extraviado. Por lo demás, no lograba el ... indicio de su amante: aquel hombre parecía invisible.

—Yo creo, señora —dije una tarde a Mme. Bilgert, limpián... el barro adherido a los tacones—, que usted está equivo... María Carlota no se hace acompañar por nadie. Todo de... ser imaginaciones de usted...

Lanzó un suspiro de esceptismo; movió la gruesa cabeza, ... melena pobre y deslucida era un feo exponente de la ..., y comentó:

—¡Bah! Ustedes los hombres con cualquier cosa se engañan... ...ampoco lo he visto nunca al sinvergüenza ese, ¡bien se sabe ...!, pero estoy muy segura de que existe y de que me roba ... hija... Obsérvela usted por las noches, señor Pedro; aun... esté presente, tengo la impresión de que se me escapa a ... parte...; no se interesa por nada, no habla; parece que ... ella y nosotras hay siempre un muro. Si la llamamos, con...... como asomada a *eso*, y luego otra vez a zambullirse en ... meditaciones. Cuando una muchacha piensa tanto, no es ... bueno, créame usted. El mejor día se marcha y no vuelve ... Cuando mi hermana Genoveva se escapó...

Tenía entonces la triste historia de su hermana Genoveva, ... estaba ahora sirviendo y apenas podía, con su salario, pagar ... estudios de su vástago.

Luego volvía a la carga:

—Obsérvela, obsérvela usted.

Y en verdad, María Carlota tomaba a ojos vistas un aire tan ...nte, tan meditabundo, que no pude menos que decir a la ...:

—Tiene usted razón; debe de haber algo, algo...

Comprendí que a pesar de su falta de tacto, por su amor, había ido la madre mucho más allá que yo mismo en las observaciones; tan cierto es que sólo por el amor logra el hombre el perfecto conocimiento.

Para que mi pesquisa fuese más completa, empecé a bajar por las noches a la velada de la familia. Gabriela, con los pies apoyados en el guardafuego de la chimenea, parloteaba frívolamente, burlándose de los sudamericanos que visitaban la legación:

—Son muy simpáticos y tienen buenos ojos; pero, mientras aguardan el despacho del pasaporte, se le declaran a una y la invitan a comer... Cuando viajan con sus mujeres ya es otra cosa, ¡pero si vienen solos!... Yo llevo la cuenta; ha habido veces que hasta ocho en una mañana se me han declarado a mí...

Entonces, yo me reía estrepitosamente y miraba a María Carlota, absorta como si leyese en un libro interior, ajena a nosotros y a la modesta sala. Por estar más tiempo con ella, yo hojeaba allí mi diario y mi correspondencia — cartas de Portugal en las que mi prima Lourença D'Aviz me conminaba a volver, y cuentas siempre optimistas de Silveira —, y con el permiso de la viuda fumaba, a veces, mi pipa.

Luego ensayaba la narración de una aventura, la descripción de algunas costumbres de los indígenas de las Islas Marquesas, leídas en Stevenson, o contaba a la maravillada Mme. Bilgert las excursiones al Polo, las características de los pingüinos o

(CONTINÚA EN LA PÁGINA 88)



Una noche en el faro de Mar del Plata

EL ASTRO ENCADENADO ▪ MAR DEL PLATA EN SOMBRAS ▪ HISTORIAS DE FAROS ▪ UN LOCO Y UN HERIDO EN LA TORRE ▪ APENDICITIS EN LA ISLA LEONES ▪ LOS PINGÜINOS

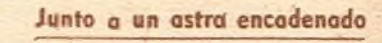
Por María de Alvarado

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

FOTOGRAFÍAS DE CARNAGRI Y MONTAÑA

Catorce naufragios y una muerte accidental parecían haber marcado el faro con un sello de mal augurio. Pero todo eso, que se relata aquí, es ya historia pasada. Hoy, el faro es salvaguardia de navegantes; por eso está plena de sugestión la sonrisa de esta bella veraneante que recorta su silueta junto a la del gigante vestido de blanco y negro.

Las olas de Cabo Corrientes de la ciudad balnearia, constantemente azotada por el mar, que en esas latitudes se enfurece con frecuencia dificultando la navegación. Pero para esos casos, allá está el faro.



Junto a un astro encadenado

Unos pocos escalones nos se[...] la meta. Seguimos subiend[...] cincuenta y uno, ciento cin[...] tres, ciento cincuenta y seis[...]
Un diamante cálido y luminoso[...] rece palpitar en mil facetas, gira [...] te ante nuestros ojos. ¿Un diaman[...] estrella?... ¡Ah!, ese era el secret[...] hombre silencioso que nos precede[...] un astro al cielo y lo encadenó en [...] El pobre astro gira, gira... Ansias [...] de huir lo mueven... Da vueltas [...] alejarse, y el pobre sólo gira sobre [...] mo...

—Esta farola es relativamente [...]
La voz del señor Augusto Gómez [...]

jefe del faro de Mar del Plata, nos arranca del mundo irreal en que la traviesa imaginación nos sumiera...

—Hace cincuenta y dos años, cuando el faro se inició, la luz era a kerosene. En 1916 se cambió el sistema de iluminación, implantándose uno a vapor de petróleo. Y en 1928 se cambió todo el aparato óptico por este de tres lentes tipo Dalem. Alimentado y accionado por gas de acetileno.

Mientras oímos la explicación, miramos a nuestro alrededor. Estamos en un ambiente circular. Todo es vidrio en torno. En el centro, la gran farola se incendia en luces. En cada espejo de los muchos que la forman brilla un destello... Ese luminar que gira y gira nos atrae... Arrastra nuestras miradas y nos hunde en el luminoso maelstrom del recuerdo. "Aquellas hogueras de los tiempos primitivos que ardían en las grandes alturas para guiar a los navegantes... La isla de Pharos a la que deben su nombre todos los faros. La inmensa torre cuadrada de mármol blanco que en aquella isla se levantó... La hoguera enorme que se encendía en lo alto de la torre blanca... Las llamas que se alzaban como brazos luminosos para señalar a los navegantes el camino. ¡La séptima maravilla de aquellos siglos!... Y ahora esto... Esta luz prisionera a la que sólo se le permite girar. Y que como una lejana hermana a través del tiempo, es una cálida fuente de esperanza y de guía..."

—Por aquí solemos tener nieblas fuertes — continúa Gómez Calvet —. Especialmente en julio. A veces, durante ciento treinta y siete horas, estamos envueltos por la cerrazón... La visibilidad apenas si alcanza a los cien metros.

—Entonces la luz no será muy visible?

—No... Pero para esos casos tenemos la sirena y el radiofaro. Donde no llega la luz, llega el sonido.



El Atlántico aquieta sus aguas bajo los reflejos argentados de la luna y quiebra blandamente sus olas en las arenas de Mar del Plata. Cuando el astro de la noche se levanta, en torno al faro todo se transforma en un mundo irreal.



Una simpática visitante, que se halla dispuesta a subir los 156 escalones que llevan hacia lo alto, posa, en la escalerilla de entrada, junto al jefe del faro, señor Gómez Calvet.

Paisajes de sombras

Un resplandor leve se adivina a través de los cristales. Nos acercamos a los ventanales. Oprimimos nuestros rostros contra el vidrio para evitar la luz de adentro. Se ha levantado la luna. Envuelta en los últimos rezagos de la niebla, parece una dama coqueta que se adorna con tules color del tiempo. Siluetas recortadas crean sombras y bultos, que la imaginación trueca en monstruos agazapados, en floraciones extrañas, en montañas irreales. Todo un paisaje apócrifo que bien pudiera ser marco de raras aventuras de trasgos y duendes. Una cinta blanquecina, surcada a ratos por destellos luminosos, parece una larga oruga cenicienta, que duerme bajo la luz lunar. Un cabrillar de plata hace pensar en extraños fantasmas de usureros que cuentan sus tesoros al amparo de la noche...

—Esas sombras son las rocas y los árboles. Aquello blanco es el camino a Miramar. Las luces móviles son los faros de los autos. Eso que brilla allá abajo es el mar.

Nuevamente la vida cobra realidad ahuyentando las fantasmagorías. Mas en la realidad también hay belleza. Para



Junto a la entrada del faro, y sobre el artístico brocal, la cámara fotográfica da fe de la visita. Es de día y el coloso descansa, cerrado su único ojo de cíclope.

El faro de Mar del Plata lleva nuestro recuerdo hacia otros faros, perdidos en la inmensidad del mar. ¡Cuántas historias extrañas encierran esas torres en cuyo tope hay un astro encadenado!

demostrarlo basta ver el incesante cabrillear de las aguas inquietas, en las que la luna borda flores de nácar y de cristal...

—Aquella luz roja y esa otra amarilla son las luces de las balizas que hay en las escolleras.

—¿Bajamos?

Seguimos al jefe del faro por la estrecha y empinada escalera.

—¿Hace mucho que está usted en este faro?

—Como jefe, algo más de dos años. Pero ya antes vivía por aquí. Mi padre también fué torrero mayor de este faro.

Historia de faros

Después de descender los ciento cincuenta y seis escalones, seguimos hasta su casa al joven jefe. En su escritorio nos presenta a José N. Gómez.

—Mi padre.

—Otra gaviota de faro — bromea mi interlocutor—. En 1910 ingresé en el ser de Faros Argentinos y allí estuve has retiro. Pero ya ven... En cierta forma toy..., ¡al estar mi hijo!

—¿Usted estuvo en este faro?

—Sí... Creo que fuí su quinto jefe. mis tiempos estos estaba... más o menos Pero allá por el año en que fué jefe el Fernando Müller, era algo bravo. La a Mar del Plata resultaba larga, pues no muchos medios de locomoción. ¡Eran tiempos en que se podía llegar hasta la si el caballo quería... y, si no, ¡hab aguantarse! ¡Tiempos duros!

—Este faro debe ser de los primeros...

—Creo que el primero, pues data del 1891. Un recuerdo triste está ligado a su guración...

—¿Algún naufragio?

—No; otro suceso trágico. La prim que se colocó la bandera al tope del hombre que realizaba tal tarea se cayó lo alto, matándose. En aquellos tiem pensó que esto era de mal augurio, y naufragios posteriores en el Banco de P res parecieron confirmar tal agorería después del hundimiento del "Mend cuando ya el radio-faro podía orienta buques hasta una distancia de 150 kms. que la "guigne" se quebró.

Un loco y un herido en un faro lejano

—La vida ha de ser dura en los faros

—Algo de eso hay — responde Góm dre —. Aunque ahora no tanto com Por ejemplo; una vez en el faro de R Bahía Blanca, debido a varias interr de la luz, debí pasarme la noche en viaje hasta lo alto de la torre...

—Podría usted referirnos, señor Gómez, algunos viejos recuerdos de ... activa en los faros?
—Realmente tendría mucho que contar... Aquellos eran los tiempos ... en que los faristas teníamos la soledad y la distancia por com... Una vez... Fué en Recalada. ¡Hombre del diablo aquel! Era ...gundo. Nunca se portó mal... Un poco serio, quizá, pero por lo ... ¡Aquel día! Aquel día... Yo no sé, ¡se enloqueció! La cues... es que se tragó un puñado de pastillas de bicloruro. ¡Suerte que ... a verlo! Ahí no más lo tomé del cuello y lo aferré de tal manera ... tuvo que echar lo que había tragado...
—Es decir — comenta el hijo — que para salvarlo de morir envene... casi lo estrangulas...
—¿Y qué quieres que hiciera? Así había una probabilidad, mientras ... esperaba auxilio del poblado, contravenenos o remedios, ¡aviados ...mos!... Otra vez... cuando aquel cabo se peleó con un mari... La herida era en la cara y la hemorragia fuerte...
—¿Y qué pasó?
—Mandé a caballo un marinero para que contara el suceso en la estan... cercana y salí con el herido rumbo al pueblo. A mitad de ca... nos encontró el amigo a quien había mandado avisar. Nos alzó en ...che. Y... tres horas después llegábamos a lo del médico. El hom... casi no tenía pulso. Pero Dios ayuda... Después de una hora, mi ... pudo abrir los ojos, y al cabo de un mes ya estaba en fun...

...dicitis en la Isla Leones

—Debía resultar triste el enfermarse en un faro, lejos de todo, sin ... médica...
—Más de lo que se imagina. Recuerdo que una vez, allá por el 18, ... en el faro de Isla Leones, se me enfermó un hombre. Sabrán ... que desde la tal isla sólo se podía llegar a tierra en un bote de ... de cuatro remos. Mi hombre se enfermó de noche. ¡Qué noche ...! Viento. Oleaje... Ni pensar en dejar el faro. Esa noche menos ... nunca podía descuidarse su atención ni tan sólo por un segundo. ... de consuelos y de té de yuyos pasó toda la noche el enfermo. ... duele aquí". "¡Diablos!... Si será apendicitis". "Eso ha de ser ... mi jefe. ¿Y qué hago? "¡Demonios! Tirar hasta mañana, que ... apunte el día, ya veré yo de hacer algo". Y así fué. Con las ... luces embarqué en el bote. Remé hasta Bahía Pasaje. Caminé a ... *nueve leguas* que me separaban de Camarones. Una vez allí me ... a la única potencia profesional que había por esos lados en aque... tiempos. ¡Un idóneo de farmacia! Luego, vuelta a desandar las ... leguas. Nuevamente en el bote hasta la isla. El enfermo, de miedo, ... se había curado. Y salió por fin del trance.

...

—¡En esa Isla Leones he pasado algunos momentos!
—¿Malos?
—El agua escaseaba. Cierto era que había un aljibe de 24.000 litros, ... era para agua llovida, ¡y como nunca llovía!... También había ...represas, pero la resaca de los pingüinos contaminaba el agua de ... Hubo veces en que debí racionar el líquido a un litro por hombre. ... para beber. ¡Que de lavarnos, hasta nos habiamos olvidado!
—Dura vida en verdad. ¿Pero dice usted que había pingüinos por ahí?
—Y muchos. Venían por octubre, a los efectos de la cría... Y se iban ... abril, cuando ya los pichones estaban fuertes. ¡Me parece verlos! ... la noche a la mañana se veía la isla cubierta de pingüinos... Parecía ... fiesta llena de hombres de frac...
—¿No los comían?
—Son de carne dura y fea. Sólo los huevos pueden aprovecharse. Los ...mos hervir y utilizábamos las yemas.
En charlas e historias ha transcurrido la noche. Una claridad indecisa ... por la entreabierta ventana.
—¿Si subiéramos a ver cómo nace el sol?
—Si se atreven...
Nuevamente ascendemos los ciento cincuenta y seis escalones. Arriba, ... de la farola ha empalidecido. Una claridad opalescente marca el ... de la noche... Sobre el mar azul oscuro las olas festoneadas de espu... se tiñen levemente de rosado. A esa hora el mar tiene un raro matiz. Del horizonte surge un semicírculo de oro bruñido... El agua se ilu... y destella. Una tranquilidad muy grande... Un revolar de gavio... Parece que a la espuma le hubiesen brotado alas... Una ola llega ... playa y deja su húmeda huella un poco más atrás que la ola anterior. ... es de día! ◈





El cuento humorístico

El doble sacrificio

Por
JUAN VALERA

ILUSTRACIONES DE RAUL VALENCIA

El Padre Gutiérrez a don Pepito.

Málaga, 4 de abril de 1842.

Mi querido discípulo: Mi hermana, que ha vivido más de veinte años en ese lugar, vive, hace dos, en mi casa, desde que quedó viuda y sin hijos. Conserva muchas relaciones, recibe con frecuencia cartas de ahí y está al corriente de todo. Por ella sé cosas que me inquietan y apesadumbran en extremo. ¿Cómo es posible, me digo, que un joven tan honrado y tan temeroso de Dios, y a quien enseñé yo tan bien la metafísica y la moral, cuando él acudía a oír mis lecciones en el Seminario, se conduzca ahora de un modo tan pecaminoso? Me horrorizo de pensar en el peligro a que te expones de incurrir en los más espantosos pecados, de amargar la existencia de un anciano venerable, deshonrando sus canas, y de ser ocasión, si no causa, de irremediables infortunios. Sé que frenéticamente enamorado de doña Juana, legítima esposa del rico labrador D. Gregorio, la persigues con audaz imprudencia y procuras triunfar de la virtud y de la entereza con que ella se te resiste. Fingiéndote ingeniero o perito agrícola, estás ahí enseñando a preparar los vinos y a injertar las cepas en mejor vidueño; pero lo que tú injertas es tu viciosa travesura, y lo que tú preparas es la desolación vergonzosa de un varón excelente, cuya sola culpa es la de haberse casado, ya viejo, con una muchacha bonita y algo coqueta. ¡Ah, no, hijo mío! Por amor de Dios y por tu bien, te lo ruego. Desiste de tu criminal empresa y vuélvete a Málaga. Si en algo estimas mi cariño y el buen concepto en que siempre te tuve, y si no quieres perderlos, no desoigas mis amonestaciones.

De don Pepito al Padre Gutiérrez

Villalegre, 7 de abril.

Mi querido y respetado maestro: El tío Paco, que lleva desde aquí vino y aceite a esa ciudad, me acaba de entregar la carta de usted del 4, a la que me apresuro a contestar para que usted se tranquilice y forme mejor opinión de mí. Yo no estoy enamorado de doña Juana ni la persigo como ella se figura. Doña Juana es una mujer singular y hasta cierto punto peligrosa, lo confieso. Hará seis años, cuando ella tenía cerca de treinta, logró casarse con el rico labrador D. Gregorio. Nadie la acusa de infiel, pero sí de que tiene embaucado a su marido, de que le manda a zapatazos y le trae y le lleva como un zarandillo. Es ella tan presumida y



tan vana, que cree y ha hecho creer a su marido que no hay hombre que no se enamore de ella y que no la persiga. Si he de decir la verdad, doña Juana no es fea, pero tampoco es muy bonita; y ni por alta ni por baja, ni por muy delgada ni por gruesa llama la atención de nadie. Llama, sí, la atención por sus miradas, por sus movimientos y porque, acaso sin darse cuenta de ello, se empeña en llamarla y en provocar a la gente. Se pone carmín en las mejillas, se echa en la frente y en el cuello polvos de arroz, y se pinta de negro los párpados para que resplandezcan más sus negros ojos. Los esgrime de continuo, como si desde ellos estuviesen los amores lanzando enherboladas flechas. En suma: doña Juana, contra la cual nada tienen que decir las malas lenguas, va sin querer alborotando y sacando de quicio a los mortales del sexo fuerte, ya de paseo, ya en las tertulias, ya en la misma iglesia. Así hace fáciles y abundantes conquistas. No pocos hombres, sobre todo si son forasteros y no la conocen, se figuran lo que quieren, se las prometen felices, y se atreven a requebrarla y hasta a hacerle poco morales proposiciones. Ella entonces los despide con cajas destempladas. En seguida va lamentándose jactanciosamente con todas sus amigas de lo mucho que cunde la inmoralidad y de que ella es tan desventurada y tiene tales atractivos, que no hay hombre que no la requiebre, la pretenda, la acose y ponga asechanzas a su honestidad, sin dejarla tranquila con su don Gregorio.

La locura de doña Juana ha llegado al extremo de suponer que hasta los que nada le dicen están enamorados de ella. En este número me cuento, por mi desgracia. El verano pasado vi y conocí a doña Juana en los baños de Carratraca. Y como ahora estoy aquí, ella ha armado en su mente el caramillo de que he venido persiguiéndola. No hallo modo de quitarle esta ilusión, que me fastidia no poco, y no puedo ni quiero abandonar este lugar y volver a Málaga, porque hay un asunto para mí de grande interés, que aquí me retiene. Ya hablaré de él a usted otro día. Adiós por hoy.

Del mismo al mismo.

10 de abril.

Mi querido y respetado maestro: Es verdad: estoy locamente enamorado; pero ni por pienso de doña Juana. Mi novia se llama Isabelita. Es un primor por su hermosura, discreción, candor y buena crianza. Imposible parece que un tío tan ordinario y tan gordinflón como D. Gregorio, haya tenido una hija tan esbelta, tan distinguida y tan guapa. La tuvo D. Gregorio de su primera mujer. Y hoy su madrastra doña Juana la cela, la muele, la domina y se empeña en que ha de casarla con su hermano D. Ambrosio, que es un grandísimo perdido y a quien le conviene este casamiento, porque Isabelita está heredada de su madre, y, para lo que suele haber en pueblos como éste, es muy buen partido. Doña Juana aplica a D. Ambrosio, que al fin es su sangre, el criterio que con ella misma emplea, y da por seguro que Isabelita quiere ya de amor a D. Ambrosio y está rabiando por casarse con él. Así se lo ha dicho a D. Gregorio, e Isabelita, llena de miedo, no se atreve a contradecirla, ni menos a declarar que gusta de mí, que yo soy su novio y que he venido a este lugar por ella.

Doña Juana anda siempre hecha un lince vigilando a Isabelita, a quien nunca he podido hablar y a quien no me he atrevido a escribir, porque no recibiría mis cartas.

Desde Carratraca presumí, no obstante, que la muchacha me quería, porque involuntaria y

candorosamente me devolvía con gratitud y con amor las tiernas y furtivas miradas que yo solía dirigirle.

Fiado sólo en esto vine a este lugar con el pretexto que ya usted sabe.

Haciendo estaría yo el papel de bobo, si no me hubiese deparado la suerte un auxiliar poderosísimo. Es éste la chacha Ramoncica, vieja y lejana parienta de D. Gregorio, que vive en su casa como ama de llaves, que ha criado a Isabelita y la adora, y que no puede sufrir a doña Juana, así porque maltrata y tiraniza a su niña, como porque a ella le ha quitado el mangoneo que antes tenía. Por la chacha Ramoncica, que se ha puesto en relación conmigo, sé que Isabelita me quiere; pero que es tan tímida y tan bien mandada, que no será mi novia formal, ni me escribirá, ni consentirá en verme, ni se allanará a hablar conmigo por una reja, dado que pudiera hacerlo, mientras no den su consentimiento su padre y la que tiene hoy en lugar de madre. Yo he insistido con la chacha Ramoncica para ver si lograba que Isabelita hablase conmigo por una reja; pero la chacha me ha explicado que esto es imposible. Isabelita duerme en un cuarto interior, para salir del cual tendría que pasar forzosamente por la alcoba en que duerme su madrastra, y apoderarse además de la llave, que su madrastra guarda después de haber cerrado la puerta de la alcoba.

En esta situación me hallo, mas no desisto ni pierdo la esperanza. La chacha Ramoncica es muy ladina y tiene grandísimo empeño en fastidiar a doña Juana. En la chacha Ramoncica confío.

Del mismo al mismo.

15 de abril.

Mi querido y respetado maestro: La chacha Ramoncica es el mismo demonio, aunque, para mí, benéfico y socorrido. No sé cómo se las ha compuesto. Lo cierto es que me ha proporcionado para mañana, a las diez de la noche, una cita con mi novia. La chacha me abrirá la puerta y me entrará en la casa. Ignoro a dónde se llevará a doña Juana para que no nos sorprenda. La chacha dice que yo debo descuidar, que todo lo tiene perfectamente arreglado y que no habrá el menor percance. En su habilidad y discreción pongo mi confianza. Espero que la chacha no habrá imaginado nada que esté mal; pero en todo caso, el fin justifica los medios, y el fin que yo me propongo no puede ser mejor. Allá veremos lo que sucede.

Del mismo al mismo.

17 de abril.

Mi querido y respetado maestro: Acudí a la cita. La pícara de la chacha cumplió lo prometido. Abrió la puerta de la calle con mucho tiento y entré en la casa. Llevándome de la mano me hizo subir a obscuras las escaleras y atravesar un largo corredor y dos salas. Luego penetró conmigo en una grande estancia que estaba iluminada por un velón de dos mecheros, y desde la cual se descubría la espaciosa alcoba contigua. La chacha se había valido de una estratagema infernal. Si antes me hubiera confiado su proyecto, jamás hubiera yo consentido en realizarle. Vamos... si no es posible que adivine usted lo que allí pasó. D. Gregorio se había quedado aquella noche a dormir en la casería, y la perversa chacha Ramoncica, engañándome, acababa de introducirme en el cuarto de doña Juana. ¡Qué asombro el mío cuando me encontré de manos a boca con esta señora! Dejo de referir aquí, para no pecar de



prolijo, los lamentos y quejas de esta dama, las muestras de dolor y de enojo, combinadas con las de piedad, al creerme víctima de un amor desesperado por ella, y los demás extremos que hizo, y a los cuales todo atortolado no sabía yo qué responder ni cómo justificarme. Pero no fué esto lo peor, ni se limitó a tan poco la maldad de la chacha Ramoncica. A D. Gregorio, varón pacífico, pero celoso de su honra, le escribió un anónimo revelándole que su mujer tenía a las diez una cita conmigo. D. Gregorio, aunque lo creyó una calumnia, por lo mucho que confiaba en la virtud de su esposa, acudió con D. Ambrosio para cerciorarse de todo.

Bajó del caballo, entró en la casa y subió las escaleras sin hacer ruido, seguido de su cuñado. Por dicha o por providencia de la chacha, que todo lo había arreglado muy bien, D. Gregorio tropezó en la obscuridad con un banquillo que habían atravesado por medio y dió un costalazo, haciendo bastante estrépito y lanzando algunos reniegos.

Pronto se levantó sin haberse hecho daño y se dirigió precipitadamente al cuarto de su mujer. Allí oímos el estrépito y los reniegos, y los tres, más o menos criminales, nos llenamos de consternación. ¡Cielos santos! — exclamó doña Juana con voz ahogada: — Huya usted, sálveme; mi marido llega. No había medio de salir de allí sin encontrarse con D. Gregorio, sin esconderse en la alcoba o sin refugiarse en el cuarto de Isabelita, que estaba contiguo. La chacha Ramoncica, en aquel apuro, me agarró de un brazo, tiró de mí, y me llevó al cuarto de Isabelita, con agradable sorpresa por parte mía. Halló D. Gregorio tan turbada a su mujer, que se acrecentaron sus recelos y quiso registrarlo todo, seguido siempre de su cuñado. Así llegaron ambos al cuarto de Isabelita. Esta, la chacha Ramoncica como tercera, y yo como novio, nos pusimos humildemente de rodillas, confesamos nuestras faltas y declaramos que queríamos remediarlo todo por medio del santo sacramento del matrimonio. Después de las convenientes explicaciones y de saber D. Gregorio cuál es mi familia y los bienes de fortuna que poseo, no sólo ha consentido, sino que ha dispuesto que nos casemos cuanto antes. Doña Juana, a regañadientes, ha tenido que consentir también a lo que ella entiende para salvar su honor. Y hasta me ha quedado muy agradecida, porque me sacrifico para salvarla. Y [...] agradecida ha quedado a Isabelita, que por [...] mismo motivo se sacrifica también, a pesar de [...] enamorada que está de D. Ambrosio.

No he de negar yo, mi querido maestro, [...] la tramoya de que se ha valido la chacha Ra[...]moncica tiene mucho de censurable; pero [...] una ventaja grandísima. Estando yo tan [...]amorado de doña Juana y estando Isabelita [...] enamorada de D. Ambrosio, los cuatro [...]ríamos grave peligro, si mi futura y yo [...] quedásemos por aquí. Así tenemos razón [...]brada para largarnos de este lugar, no bien [...] eche la bendición el cura, y huir de dos [...] apestosos personajes como son la madrastra de Isabelita y su hermano.

De doña Juana a doña Micaela, hermana del Padre Gutiérrez.

4 de mayo.

Mi bondadosa amiga: Para desahogo de [...] corazón, he de contar a usted cuanto ha [...]rrido. Siempre he sido modesta. Disto [...] de creerme linda y seductora. Y, sin embargo, yo no sé en qué consiste; sin duda, sin que[...]yo y hasta sin sentirlo, se escapa de mis [...] un fuego infernal que vuelve locos fu[...] los hombres. Ya dije a usted la vehemen[...] criminal pasión que en Carratraca inspiré a [...] Pepito, y lo mucho que éste me ha soli[...] atormentado y perseguido viniéndose a mi [...]blo. Crea usted que yo no he dado a ese [...] audaz motivo bastante para el paso, o [...] diré, para el precipicio a que se arrojó [...] algunas noches. De rondón, y sin decir [...]moste, se entró en mi casa y en mi [...] para asaltar mi honestidad, cuando esta[...] marido ausente. ¡En qué peligro me he [...]trado! ¡Qué compromiso el mío y el [...] D. Gregorio llegó cuando menos lo pre[...] Y gracias a que tropezó en un banq[...] un batacazo y soltó algunas de las fe[...]brotas que él suele soltar. Si no es por [...] sorprende. La presencia de espíritu de la [...] Ramoncica nos salvó de un escándalo y [...] de un drama sangriento. ¿Qué hubiera [...] mi pobre D. Gregorio, tan grueso como [...] saliendo al campo en desafío? Sólo de pe[...] se me erizan los cabellos. La chacha, por [...]na, se llevó a D. Pepito al cuarto de Isabel [...] nos salvó. Yo le he quedado muy agra[...] Pero aun es mayor mi gratitud hacia el [...]nado D. Pepito, que, por no comprom[...] ha fingido que era novio de Isabel, y [...] propia hija política, que ha renunciado [...] amor por D. Ambrosio y ha dicho que [...]via del joven malagueño. Ambos han [...]mado un doble sacrificio para que yo no [...] mi tranquilidad ni mi crédito. Ayer se [...] y se fueron en seguida para esa ciudad. [...] olviden, ahí, lejos de nosotros, la pasión [...] mi hermano y yo les hemos inspirado. [...] el cielo que, ya que no se tengan un amor [...] fervoroso, lo cual no es posible cuando [...] amado con fogosidad a otras personas, [...]bren mutuamente aquel manso y tibio [...] que es el que más dura y el que mejor [...]viene a las personas casadas. A mí, ent[...] todavía no me ha pasado el susto. Y [...] escarmentada y recelo tanto mal de este [...]luntario fuego abrasador que brota a ve[...] mis ojos, que me propongo no mirar a [...] ir siempre con la vista clavada en el suelo.

Consérvese usted bien, mi bondadosa [...] y pídale a Dios en sus oraciones que [...] vuelva el sosiego que tan espantoso [...] había robado. ◈

SE HIZO FAMOSO...
estudiando en su casa!



Antes era una hazaña realizar estudios en el hogar, porque era muy difícil conseguir los medios e imposible hacerse asesorar por expertos.

Hoy, gracias a la enseñanza por correo de la UNIVERSIDAD POPULAR SUDAMERICANA, es tan fácil y económico que todos pueden hacerlo. No crea, pues, que la falta de conocimientos le impide triunfar. Piense que ya más de 40.000 de nuestros ex alumnos alcanzaron el éxito anhelado y decídase a imitar su ejemplo.

IMPORTE DE LOS CURSOS PAGADEROS EN PEQUEÑAS CUOTAS MENSUALES

Tenedor de Libros	$ 60	Técnico en Pinturas Barnices y Materias Colorantes	$ 60
Contador General	$ 190	Aceites y Grasas	$ 80
Contador Mercantil	$ 130	Dibujo Artístico	$ 100
Jefe Oficina	$ 100	Dibujo Ind. y Com.	$ 105
Empleado Bancario	$ 105	Adminis. de Hoteles	$ 100
Cajero	$ 40	Radiotelefonía	$ 170
Emp. de Comercio	$ 60	Electrotécnico	$ 100
Corresponsal	$ 40	Construcción	$ 170
Secretariado	$ 95	Arquitectura	$ 185
Mecanografía	$ 18	Mecánico Automóvil	$ 140
Taquigrafía	$ 42	Motores a Explosión	$ 140
Téc.-Arg. Cinem.	$ 175	Perito Agrónomo	$ 195
Taqui-mecanógrafo	$ 50	Adm. de Estancias	$ 100
Caligrafía	$ 30	Técnico Tambero	$ 60
Aritmética Comercial	$ 28	Mecánico Agrícola	$ 65
Redac. y Ortografía	$ 37	Avicultura	$ 45
Martillero Público	$ 54	Jard. y Arboricultura	$ 78
Procuración	$ 150	Motores Diesel	$ 160
Prep. p/Id. Farmacia	$ 130	Corte y Confección	$ 39
Química Industrial	$ 125	Radiotelegrafía	$ 165
Técnico en Vinos y Licores	$ 100	Inglés (c. discos)	$ 150
Jabones y Perfumes	$ 100		
Telegrafía (c. discos)	$ 110		

★

UNIVERSIDAD POPULAR SUDAMERICANA

RIVADAVIA 2465 - Buenos Aires

REPRESENTANTES EN:

COLOMBIA
Alfonso Fernández Quintero
Edificio Olano, Medellín

BOLIVIA
Calle Belisario Díaz Romero
(Miraflores) 411. Casilla de Correo 1307. La Paz.

PARAGUAY
Ramón Ortiz Cabriza
Brasil 142. Asunción.

Mándenos este cupón y recibirá GRATIS y sin compromiso el interesante folleto "HACIA ADELANTE" que le enseñará a triunfar en la vida.

Sr. Ing. B. Margulián, Director de la "Universidad Popular Sudamericana" Rivadavia 2465 (R. 25) — Buenos Aires

NOMBRE

DIRECCION

LOCALIDAD

L. 242

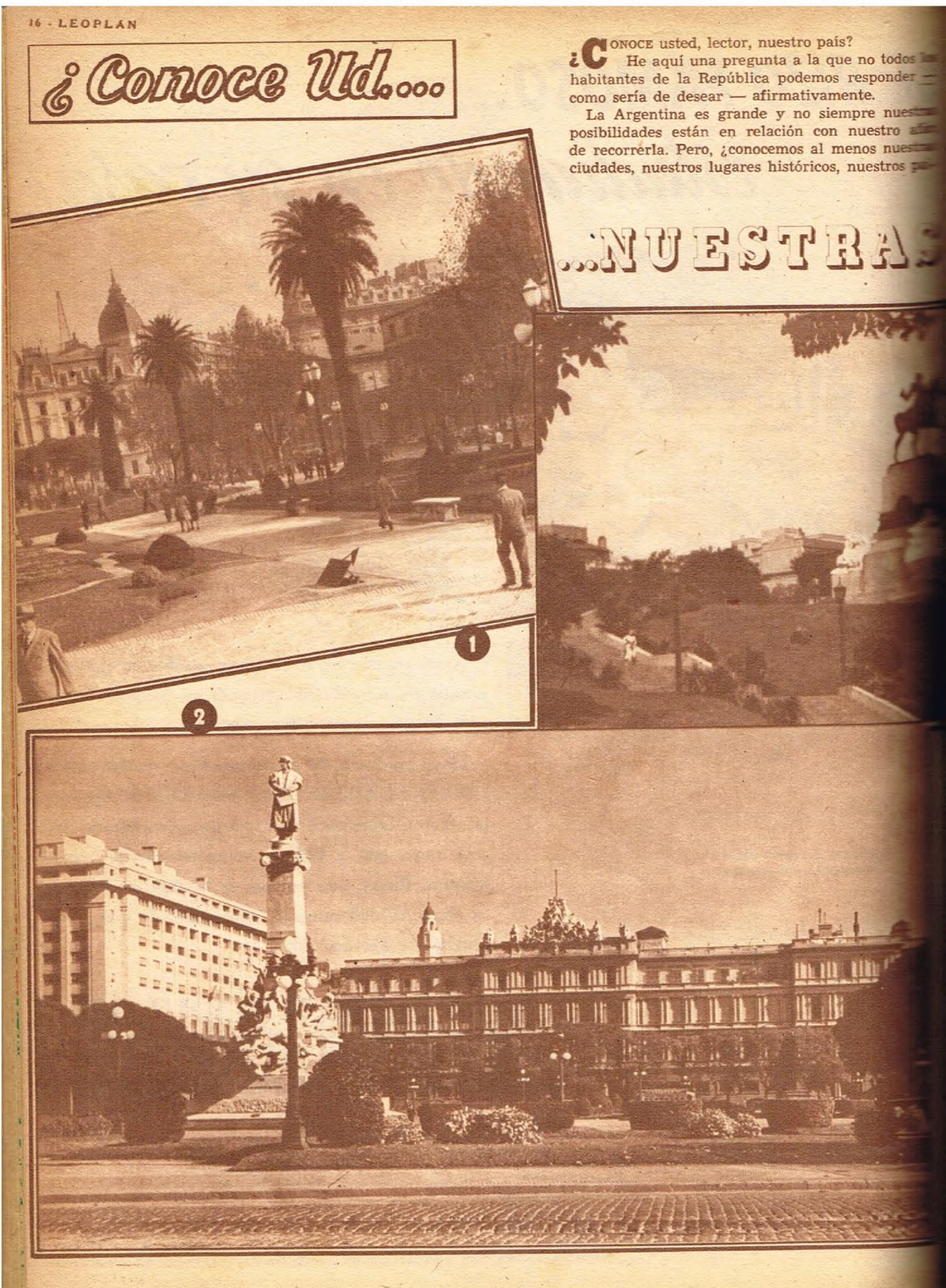
¿Conoce Ud....

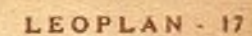
¿CONOCE usted, lector, nuestro país?

He aquí una pregunta a la que no todos los habitantes de la República podemos responder — como sería de desear — afirmativamente.

La Argentina es grande y no siempre nuestras posibilidades están en relación con nuestro afán de recorrerla. Pero, ¿conocemos al menos nuestras ciudades, nuestros lugares históricos, nuestros pa-

...NUESTRAS





...ajes característicos, nuestros paseos, nuestros templos o nuestras estatuas?

Poner a prueba el conocimiento que el lector tiene de todo eso es el objeto de la presente sección.

Identifique, pues, las plazas cuyas fotografías ilustran las presentes páginas, y recurra... si lo necesita, a los datos que damos de ellas en "Aquí le contestamos".

...PLAZAS ?

3

4

5



DESDE las encrucijadas de la calle Australia hasta los baldíos
rrio de los amarillos, nadie dudaba en la Dársena Sur que el
Mac Gee estaba loco de remate.

Lo que ignoraban todos era el origen de su decadencia pr
Porque bastaba escucharle durante un par de horas, en las me
bar de Juliette la francesa, incrustado en un recodo de la ca
de Mendoza, para convencerse de que era, o había sido, un hábil

Y no era tan viejo el capitán Mac Gee. Podría tener unos
y cinco años, y su físico hacía pensar en una estatua de bronc
pada en alcohol...

Un negro jamaicano
pañaba siempre, como
bra, como un mal esp
negro sordomudo que
cocinero en uno de los
que comandó Mac Gee
rroso pasado, y que solía
como reemplazante en
nes de Nino el Italian
Dock Sur, o en los re
genoveses de la Vuelta
Mac Gee era, entre otr
un ebrio consuetudinari
gaba sus copas más que
negro sordomudo, que
Jimmy Kingston, le entr
centavos ganados en la
de los figones ribereñ

Pero el crédito del ca
Gee era poco menos que

La locura del capitán Mac Gee

Por **HECTOR PEDRO BLOMBE**

ILUSTRACION DE VALDIVIA

las zonas portuarias. Porque en las encrucijadas de los puertos internacionales, llámense Buenos Aires, Montevideo, Trinidad, La Habana o Marsella, los capitanes de barco, aunque estén en decadencia, siempre gozan de crédito. ¿Acaso uno sabe cuándo volverán a mandar veleros o pailebotes de muchas toneladas?

La locura del capitán Mac Gee era singular. Todos en la Dársena Sur estaban hartos de la historia, contada hasta el cansancio. Bastaba que el pobre Mac Gee bebiera un par de copas y comenzara el relato del hundimiento de la goleta "Miriam", para que todos, desde Juliette la francesa hasta Girini, el dueño del bar Garibaldi, lo dejaran solo, narrando el lejano y borroso suceso a las litografías de las familias reales que adornaban la pared.

El único a quien la historia de la goleta "Miriam" parecía interesar vivamente, era al negro jamaicano.

Como el negro era sordomudo, es de presumir que no oía una sola palabra del relato. Pero, parecía seguirlo por los ademanes de Mac Gee, que gesticulaba violentamente, poniéndose de pie, describiendo con detalles lúgubres aquella reciente tragedia de las olas.

Si Jimmy Kingston hubiera podido hablar... Porque él había presenciado el hundimiento de la goleta "Miriam". Era el cocinero de a bordo.

Mac Gee interrumpíase a veces en su narración, y enjugándose el sudor que corría por sus mejillas, señalaba al antillano, y decía al auditorio:

—Este negro lo sabe... Se salvó conmigo cuando se hundió la "Miriam"...

Por espacio de tres años, Mac Gee, el jamaicano y la historia de la goleta anduvieron por la ribera de Buenos Aires, hasta que la leyenda de la locura de Mac Gee fué un hecho reconocido por todos.

Naturalmente, no faltaron espíritus suspicaces que hicieran extrañas afirmaciones sobre la enajenación mental del navegante, y su afán de repetir la historia de un velero de segundo orden que se hundió frente a Fidji hacía muchos años.

Pero eran habladurías, seguramente.

Mac Gee y el negro, si es que algún secreto existía en todo aquello, lo guardaban cuidadosamente. Sobre todo el jamaicano...

Fué un mediodía de invierno, en pleno agosto, cuando al capitán Mac Gee le dió el primero de los tres ataques reglamentarios de *delirium tremens*, en el bar de Juliette la francesa.

Estaba lloviendo y el bar hallábase solitario. Jimmy vió caer al suelo a su capitán, retorciéndose extrañamente, con los ojos fuera de las órbitas y la boca llena de espuma, y creyó que iba a morir.

Juliette la francesa, que estaba dentro, acudió al oír el ruido de las copas que caían, y también creyó que Samuel Mac Gee emprendía el viaje al infierno.

Pero los dos estaban equivocados. Porque Mac Gee reaccionó, y siguió cargando combustible líquido por espacio de quince días, hasta que una mañana de sol, a principios de septiembre, un segundo ataque dió en tierra con el navegante.

Jimmy miró a su capitán, y después dirigió sus ojos relucientes hacia el gran canal de la Dársena Sur.

Estaba entrando un velero, un velero pintado de rojo sucio, con las velas plegadas, arrastrado por un remolcador estridente y afanoso.

En la proa, al lado de un destruído Eolo que hacía de mascarón, leíase en letras blancas un nombre: "Miriam".

Emitiendo ruidos extraños, el antillano se ocultó debajo de la mesa, mientras Mac Gee seguía arrojando espuma por la boca.

Juliette la francesa se acercó asustada.

—Los dos están locos — murmuró, enviando en busca de la policía y de la Asistencia Pública.

❦ ❦ ❦

Samuel Mac Gee ya no deambula por los malecones ni por los chamizos de la Dársena Sur.

Pero cada vez que los parroquianos de la "Campana Azul", del bar Garibaldi, de "Las Armas de Cardiff", del "Droning Maud", del café Dalmacia, y los patrones de las balleneras que traen naranjas del Paraguay ven pasar a Jimmy el antillano, idiotizado, taciturno y harapiento, recuerdan la historia de la goleta "Miriam". Mac Gee, antes de irse al infierno, la contó por última vez y confesó la verdad.

El había llevado la goleta "Miriam" a la catástrofe, deliberadamente.

Los dos cajones de libras esterlinas que embarcara en Liverpool con destino a un Banco de Melbourne, Australia, le hicieron pensar en un naufragio. Encalló el velero frente a las islas Fidji, saliéndose un poco de las grandes rutas del tráfico oceánico; dejó que se ahogaran sus veintiséis tripulantes, y resolvió esperar un año o dos, a fin de que nadie entrara en sospechas.

Jimmy fué su cómplice.

Pero Jimmy era un negro ignorante, y aunque cocinó durante veinte años en los barcos del mar, era capaz de perderse solo, en el Caribe o en el Mediterráneo, como un niño de dos años en una casa a obscuras...

Después del hundimiento de la goleta "Miriam" empezaron a decirse cosas feas de su capitán, en Suva, la capital de las islas Fidji, en Melbourne y hasta en Liverpool. Sam Mac Gee fué citado por los diarios.

Por eso estaba oculto en las tabernas de la ribera de Buenos Aires, soñando con aquel tesoro siniestro que velaban veintiséis esqueletos de antiguos compañeros, a pocas brazas de profundidad, entre las rompientes.

Ahora Sam Mac Gee estaba muerto. El pailebote "Miriam", matrícula de Helsingforg, surgió ante sus ojos alcoholizados como el espectro de aquella goleta "Miriam", matrícula de Liverpool, que dormía con sus cajones de libras esterlinas y sus esqueletos bajo las aguas azules del Pacífico, desde hacía ocho años. Y el espectro, junto con el whisky, lo mató.

Algunas personas en la Dársena Sur, entre ellas Juliette la francesa, soñaban vagamente con aquel tesoro criminal que yacía al otro lado del planeta, casi al alcance de la mano...

Pero nadie sabía a ciencia cierta dónde se había hundido la goleta "Miriam". Sólo dos personas podían informar sobre el sitio exacto. Una de estas personas estaba en el infierno.

Y la otra era un negro sordomudo que pedía limosna en la calle Pedro de Mendoza, desde las encrucijadas de la calle Australia hasta los confines del barrio asiático. ◈

ACTUALIDADES



El primer magistrado de la Nación, general Edelmiro J. Farrell, pronunciando su mensaje, que fué escuchado en todos los ámbitos del país. Le acompañan en la fotografía los miembros del gobierno nacional.

EL PRIMER ANIVERSARIO DE LA REVOLUCION DEL 4 DE JUNIO

La misa de campaña oficiada en la plaza de la República, de Buenos Aires; la apertura de la Exposición de la obra realizada por las autoridades nacionales y el mensaje dirigido a la Nación por el jefe del Estado, general Edelmiro J. Farrell, fueron los actos culminantes de todos aquellos en los cuales, autoridades y pueblo, celebraron juntos, en todo el país, el primer aniversario de la Revolución del 4 de junio. La misa de campaña constituyó un acto solemne; asistió a ella el presidente



ACTO PUBLICO. — El titular de la seccional 20ª de Policía, comisario José Antonio Sapio, pronunciando un expresivo discurso durante el acto público realizado en dicha seccional con motivo de la celebración de la efemérides patria de mayo, acto que alcanzó mucho lucimiento.



EN HONOR DEL PERIODISMO ARGENTINO. — Monseñor ... hace uso de la palabra durante el almuerzo que la Federación de Asociaciones Católicas de Empleadas, de la cual es asesor ..., el ilustre prelado, ofreció en la Casa de la Empleada, ... del periodismo argentino. Habló también durante el acto ... sidenta de la Federación, señorita Elisa Espósito.



CONCIERTO. — La Asociación Argentina de Conciertos, que dirige el maestro Carlos Olivares, realizó en el salón de actos de la Biblioteca del Consejo de Mujeres uno de sus acostumbrados conciertos, en el cual actuaron como solistas María Luisa Ritterstein, Carlos Campanone y Félix Marafioti, quienes aparecen en la fotografía junto al maestro Olivares.



EXPOSICION. — En los primeros ... del próximo mes de julio ... Benito Quinquela Martín ... en la galería Witcomb, una ... ción de sus obras. En ella, ... co argentino podrá apreciar, ... de un intervalo de más de ... la labor del destacado artista.



Un aspecto del imponente cuadro que ofrecían autoridades nacionales y eclesiásticas, y el público reunido en la plaza de la República, durante la realización de la misa de campaña.

de la Nación con todos los ministros y demás colaboradores de su gobierno. La inauguración de la muestra de la obra gubernativa alcanzó su momento culminante cuando, momentos después de la llegada del primer mandatario, y luego que el cardenal Copello bendijera las instalaciones que se inauguraban, ejecutóse el Himno Nacional. Por la noche del día 4, y desde el Círculo Militar, el general Farrell puso un patriótico colofón a las diversas ceremonias del día, dirigiendo un mensaje al país.

◆

...LAVE DEL ...— Acaba de aparecer la segunda edición de esta obra de María Raquel ..., favorablemente acogida en su oportunidad por la crítica y el público.

◆





VISITA DEL SEÑOR D. A. MONTEIRO. — Se encuentra en nuestra capital el distinguido publicista brasileño D. A. Monteiro, gerente de la Oficina de San Pablo de Mc. Cann Erickson Corp. do Brasil. El señor Monteiro, que viaja en compañía de su señora esposa, con quien aparece en la fotografía, alternará sus actividades de descanso con diversas gestiones vinculadas al medio publicitario en que actúa.

ACTO LITERARIO-MUSICAL. — La Peña Ferroviaria inauguró su temporada oficial del corriente año, con un acto literario-musical que se realizó en los salones de la Administración de los Ferrocarriles del Estado. En la fotografía se ve parte del público asistente, escuchando el conceptuoso discurso con el cual el presidente de la institución, señor Juan B. Morales, abrió el citado acto.

Arturo Cancela, versu



Arturo Cancela

Arturo Cancela es un humorista, pero no de esos de cansadas comisuras y humor tétrico que destilan trabajosamente pócimas agridulces, capaces de hacer reír con la imperiosa exigencia del gas hilarante.

La risa de Cancela es sana, contagiosa y juvenil. Podría decirse que es el primero entre sus lectores. Su propio gozo sírvele de pauta y de termómetro para dosificar la alegría que se propone suscitar.

Algo de duende malicioso, de trasgo indiscreto y sibilino, posee este escritor capaz de descubrir en el mundo que lo rodea el sesgo por el cual los acontecimientos y los seres, solemnes o circunspectos, derrúmbanse hacia la frivolidad o la tontería.

Como Don Quijote contra los molinos de viento, Cancela arremete contra las estatuas de humo.

Eso es lo que se propone y cumple el autor de "Tres relatos porteños", pero sin saña ni rencor, con la crítica edulcorada por la sonrisa, como si su "castigat ridendo mores" —valga por una vez este latín de Petit-Larousse—, aportara también su buena ráfaga de júbilo desenfadado.

Donde nace un nuevo profesor

Ocurre que Arturo Cancela demuestra manifiesta predilección por los profesores. Si, como dijo alguna vez: "un libro es un hijo", se complace en proveer al mundo de nuevos catedráticos. Quizá añora los días en que era respetuoso alumno del profesor Otto Schultze, hace de esto un tercio de siglo. El hecho es que, después de haber infundido vida a Augusto Herrlin, el inefable descubridor del cocobacilo del mismo nombre y protagonista de uno de sus "Tres relatos porteños", se dispone en la actualidad a dar a conocer las aventuras gozadas o padecidas en nuestro medio por Abel Du Bois Landormy, miembro del Instituto, profesor de arqueología griega en el Colegio de Francia y huésped benemérito de Buenos Aires.

—Me propuse escribir un libro tipo siglo XVIII —nos dice Cancela cuando le entrevistamos —. Pretendí, mediante él, realizar una experiencia que juzgo interesante. La novela de nuestros días suele pertenecer a un género híbrido, carente de lo esencial. No se preocupa por la creación de tipos, de figuras... Autónomas, por así decirlo, capaces de alentar con vida propia. Recordemos que, ineludiblemente, el arte narrativo exige la creación de seres vivos, de personajes. Y la misión del novelista es la de crear una gran alucinación.

"Por eso, cada uno de los engendros que echan a andar —y casi por su cuenta, como veremos más adelante— debe poseer su propio lenguaje, su peculiar elocuencia...

"La "Funambulesca aventura del profesor Landormy" —añade Cancela riendo— es un auténtico breviario de discursos.

La onomancia, ciencia infusa

—Y aun hay más — prosigue el escr
un personaje exige imperiosamente
atribuya el nombre que le corresp
que anticipa y prefigura su destino.
bre —valga por una vez la antigu
de la onomancia— es, en cuanto a la
de ficción, el ámbito cerrado en
rior le está permitido su propio y
citamiento. Esa es la razón por la
profesor se llama Abel Du Bois L
nombre que habría de permitir que —apenas hollado el hipotético territorio de la novela— un cronista desaprensivo se dijera que componía fonéticamente una variante del título de un cuento de Perrault: "La belle au bois dormant", y lo rebautizara sin más trámites.

—...

—¿Cómo nació Abel Du Bois Landormy?— repite su progenitor tras escuchar nuestra pregunta—. Pues, por el año 1925 y en dos apuntes sucesivos. Después, lo abandoné. Posterior-
mente, me propuse componer en
figura un nuevo relato porteño...
comencé a trabajar, en noviemb
pasado, el relato se transformó en
novela. Alrededor de Landormy
vos personajes, plenos de exigencias
tensiones. Reclamaban, también, la
esto requiere una digresión.

Sancho Panza contra Miguel de Cerv

—¿Sabe usted de la tiranía de los
jes?... —prosigue Arturo Cancela—
creados comienza, entre el autor y
imaginarios, algo así como un in
do forcejeo. Eso es, a mi juicio,
ocurrió a Cervantes con Sancho P
so crear un campesino simplote y
pe y necio, y le nació un campesino
ro, de carne y de sangre, astuto,
dependiente ya
tención y de
tad de Cerv
los hijos del
independizan
to que los de

"Quien r
atención el Q
tirá a la dram
na entre C
su engendro,
do ya de su
peza nativa,
vindicar su
su derecho a
vida... Sanch
ser —ya he esc
ello en otra p
aldeano de v
zurro y disc





el profesor Landormy

EL PROTAGONISTA DE LA ULTIMA OBRA DEL CELEBRADO ESCRITOR, HABIA NACIDO PARA COLMAR BREVE RELATO, PERO IMPUSOLE A SU CREADOR LA TAREA DE SEGUIRLO A TRAVES DE LAS PAGINAS DE UNA LARGA NOVELA

Por

Julio Ellena de la Sota

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN" DIBUJOS DE RAÚL VALENCIA

pelos en el rostro y en la lengua.

guay del escritor que en corregir sus cria- ... Se le morirán entre ... y seguirá, después, ... empujando sumisos ...

de eso me ocurrió a ... lo que se refiere a ... entre Cervantes y ... con los numerosos ... que desfilan, opi- ... actúan por las páginas ... "Funambulesca aventura ... profesor Landormy", no- ... la que existe una es- ... trasfondo del Qui- ... cual, en mi entender, ... imitado en lo exter- ... en lo íntimo...

plagiado —añade Can- ... sonriendo— todos los tí- ... posibles de Cervantes...

la premiosa lectura del índice que ... al voluminoso rimero de originales ... atestiguarlo: "Donde se presenta a los ..., a la vez que ante Su Señoría, la ... de "Al amor de los Marineros"; o ... la descomunal y nunca vista batalla que ... entre los Machados y una viuda, un sar- ... y tres vigilantes"; o "Del sorprendente ... que el profesor descubrió entre los ... y los egipcios y del temor que le ... con ese motivo"; para finalizar ... el capítulo que se titula: "Donde M. Landormy se aleja de Buenos Aires, Lajeneu- ... recibe una herencia y el ingenioso autor ... esta fidedigna historia —o viceversa— po- ... término a su empeño, cuelga, como Cide Hamete, su pluma de una espetera y se despide de sus lectores..."



—El hecho es que— prosigue el autor de "Una semana de holgorio"— M. Landormy nació en 1925, dormitó casi en el olvido largo tiempo, resucitó con la misión de colmar un breve relato y me impuso la ardua tarea de seguirlo a través de innumerables peripecias durante los tres meses que tardé en describir lo que le sucedió en Buenos Aires en cuatro días... Desde un sábado hasta un martes, para ser más preciso.

Personajes en libertad

No terminamos de formular una pregunta, cuando Cancela replica con viveza:

—No; nada de eso... Por la novela no ambulan gentes identificables o medianamente reconocibles. Si alguna hubiera, ya no existe —comenta con malicia—. Como toda labor de creación requiere un sustento de viva realidad, puede que alguno de los personajes haya sido compuesto con datos extraídos de la vida, con detalles aislados y recogidos mediante la observación del contorno, para ser recreados después, en su totalidad, sin fisuras, libres de herencias y de parecidos, en pleno goce y disfrute de su peculiar autonomía.

"Esa tiranía de los personajes a que aludí hace un instante —añade Cancela—, ese apetito que cada uno de ellos siente por pasar al primer plano, deseosos de intervenir cumplidamente, sin supeditarse por completo al destino del protagonista, a cuya vera discurren, me obligó, también, a no extraviar ninguna de mis criaturas en un recoveco de la novela.

"Todas, desde que penetran en la obra, permanecen en ella hasta que se arriba a su límite material. Y, en cierto momento, actúan simultáneamente en escena, impelidas, arrebatadas por el cúmulo de peripecias en sucesión irresistible que desencadenara el profesor Landormy cuando se le ocurrió asegurar que había reconocido en el sinsonte legendario de los mayas al ave misteriosa de los cretenses.

—¿Acaso la novela gira en torno de un misterio?

—En cierto sentido, sí. Escribí algo que podría denominarse novela policial al revés. Pues, si bien los lectores conocen el equívoco inicial, es la policía la que persigue por los escabrosos senderos de la hipótesis la verdad resbaladiza... o alada.

Otra novela porteña

Arturo Cancela ha escrito, pues, otra novela esencialmente porteña. Fustiga en ella, tal como lo hizo en anteriores, viejos hábitos, inveteradas costumbres, supersticiones colectivas.

Se propuso reunir en torno del profesor Landormy, que buscaba en tierras nuevas la Fuente de Juvencia para su nombradía declinante, un muestrario de flaquezas humanas. Abel Du Bois cumple, entre las gentes que lo circundan, persiguen y agasajan sañudamente, función de catalizador. Actúa sobre ellas por acto de presencia.

Y la humanidad que lo asedia afánase y se precipita, viviente y reconocible, hasta quedar al fin al desnudo, como sorprendida por una cámara indiscreta que la inmovilizara para siempre en risueña e incómoda actitud de calambre. ◈

Profesor Landormy





UNA partida santafecina persigue a Ramírez, que derrotado en las inmediaciones de Río Seco intenta ganar la frontera de Santiago, para ponerse a salvo bajo la sombra protectora de su amigo Ibarra.

Marcha el caudillo derrotado con la impresión penosa del terrible entrevero en el que ha visto deshechas las últimas fuerzas que le quedaban. Pero no está abatido: tiene treinta y cuatro años, una formidable energía, una naturaleza excepcionalmente dotada para la acción, un espíritu indomable, y, sobre todo, tiene a su Delfina, que en aquella mañana del 10 de julio de 1821 galopa a su lado junto al grupo de fieles amigos que lo acompaña.

El encuentro con esta bella criatura, hace tres años, en sus andanzas por la Banda Oriental, cuando era teniente de Artigas, decidió su destino. Con ella a su lado, galopó desde entonces

PASION Y MUERTE DE Francisco Ramirez



Francisco Ramírez, el "Supremo Entrerriano".

LUCHANDO POR SU DAMA CAYO CON EL CORAZON ATRAVESADO POR UN BALAZO EL "SUPREMO ENTRERRIANO"

Por Valentín de Pedro

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

vertiginosamente de triunfo en triunfo. No hay lumbre semejante a la de los negros ojos de aquella mujer para encender el fuego en los corazones: fuego de amor, fuego de heroísmo, en el que arden todas las voluntades. Y la primera, la del jefe. En la entrega que ella le ha hecho de su corazón, ven los hombres que lo siguen el más claro signo de su superioridad. Ella es su orgullo y su aureola. Dijérase que su amor lo consagra con el título que la veneración popular le ha dado: el "Supremo Entrerriano".

Francisco Ramírez es, por derecho propio, el señor de los verdes castillos de Entre Ríos, cuya arquitectura vegetal no ha sido superada por ningún alarife de la tierra. Salió de ellos cuando hasta allí llegó el grito de Independencia dado en Buenos Aires, para convertirse en paladín de la libertad. Y ¿cómo no había de ser así, si él es la libertad misma, que estaba —viento huracanado— encadenada en estas selvas, y ahora corre de un lado para otro, sin que nadie pueda detenerla, rotas todas sus ligaduras?

De Entre Ríos a Buenos Aires, de Buenos Aires a Entre Ríos, galopa en triunfo con sus hombres, y la tierra se estremece bajo los cascos de sus caballos, como en sus horas juveniles, cuando surgían de la espesura tropeles de centauros. Lleva con él aquella ninfa que un día encontró en la floresta y de la cual ya nunca habrá de separarse: una ninfa que fuese una walkiria.

Pero un día, este centauro de la mitología gaucha, pierde el favor de los dioses. Dijérase que le habían sido propicios mientras encarnaba el espíritu de la libertad en su origi[illegible] reza, inconcreto, anárquico; pero de [illegible] fo ha nacido su ambición, y, de pro[illegible] cuanto hasta ayer le fué favorable, le [illegible] adverso. De nada le ha valido triunf[illegible] Buenos Aires, de nada le vale haber de[illegible] Artigas. Se encuentra acosado y perse[illegible] tierras de Córdoba, con los restos de [illegible] cito, y no tiene más remedio que j[illegible] última carta, según él mismo dice.

Y la pierde, a orillas de Río Seco.

Ahora lo que importa es salvarse, [illegible] frontera santiagueña, sentirse libre de [illegible] pesadilla de sus perseguidores, que no [illegible] dejado descansar en toda la noche.

Pero la noche ha pasado ya. La luz [illegible] le trae una nueva esperanza. Aquell[illegible] que se acumula en su torso, momentá[illegible]

se levantará como antes, para que del caudillo recobre su prestigio. Los que van atravesando le comunican su energía; le traen el recuerdo de sus sel-rianas, los verdes castillos de los que y señor...

más absorto está en sus pensamientos, que Delfina no está a su lado. Es co- aquellos sueños hubiese prescindido despertara de pronto estremecido por timiento. ¿Cómo soñar con el triunfo junto a él su inspiradora? ¿Dónde es- Delfina?

do a sus compañeros, vuelve gru- correr en su busca.

mismo instante en que sus sueños que- interrumpidos por un presentimiento, de bolas de los santafecinos que van persecución alcanza la cabalgadura de la guesa, que se ha quedado rezagada

de gozo la jauría, por haber dado al- aquella presa.

Ramírez las voces de auxilio que morada. ¿Y qué mayor acicate para d? Lanza a todo galope su caballo lugar en que la soldadesca se apiña en la mujer.

ya se halla cerca, un pistoletazo lo seco; y, mientras el animal cae a tierra, sobre sus enemigos, empuñando su un don Quijote que va a librar des- batalla en defensa de su dama. El solo dos, porque sus compañeros, sin sos- aquella trágica aventura, siguen su ca-

aquel instante es cuando mejor se di- perfil de héroe legendario. El solo se para tener a raya a los enemigos que lo para ir dejándolos fuera de combate golpes de su lanza. Y hasta hubiera po- parafrasear al Cid castellano, cuando dice:

"Con ciento luché en Zamora
y a los ciento los vencí..."

contra los romances del valor se han las armas de fuego. La fuerza legen- de su brazo, que se habría bastado por sí para vencer a aquella partida, se rindió bala traidora que atravesó su corazón.

grito de Delfina, al verlo caer exánime, grito de dolor y de protesta, puso pa- sus atacantes, que retrocedieron sobre-

inclinó ella sobre el cuerpo sin vida de amante, lo tomó en sus brazos, le llamó voz enloquecida, buscó su mirada; pero boca estaba muda, la llama fascinadora de ojos, bellos y terribles, se había apagado. paso a descansar aquella cabeza adorada en regazo...

Mas ¡ay! que aquella cabeza ya no le per- tenece; ya es sólo un despojo de la victoria, el triunfador reclama; y el "degollador" acerca, en la mano el cuchillo con que de cercenarla... ◈



¡Oh, amigo Rodolfo! ¡Qué ha sucedido, pues, para que hayas cambiado así? ¿Debo creer en los rumores que corren y en que el infortunio ha logrado abatir a tal extremo tu robusta filosofía? ¿De qué manera podré yo, vulgar historiador de tu epopeya bohemia, tan llena de carcajadas, de qué manera podré yo referir en tono suficientemente melancólico la penosa aventura que pone un crespón en tu constante alegría, deteniendo de pronto el campanilleo de tu regocijo?

¡Oh, Rodolfo, amigo mío! Admito que el dolor sea grande; pero, la verdad, no lo es hasta el punto de que haya que arrojarse al agua. Por consiguiente te invito a poner cuanto antes una cruz sobre el pasado. Huye sobre todo de la soledad, poblada de fantasmas que eternizarían tus penas. Huye del silencio, donde los ecos del recuerdo estarían aún llenos de tus alegrías y de tus penas pasadas. Echa valerosamente al viento del olvido el nombre que tanto has amado, y échalo juntamente con todo lo que te queda todavía de aquella que lo llevaba... Bucles de pelo mordidos por los labios locos del deseo; frasco de Venecia donde aun duerme un resto de perfume, cuya aspiración sería ahora más peligrosa para ti que la de todos los venenos del mundo. Al fuego las flores, las flores de gasa, de seda y de terciopelo; los jazmines blancos, las anémonas empurpuradas por la sangre de Adonis, los miosotis azules y todos aquellos encantadores ramilletes que ella confeccionaba en los lejanos días de tu breve felicidad. Entonces yo la quería también a tu Mimí; yo no veía peligro en que tú la amases. Pero, ten en cuenta mi consejo: al fuego las cintas, las lindas cintas rosas, azules y amarillas con que se hacía collares para llamar la atención. Al fuego los encajes y las cofias y los velos y todos aquellos trapos coquetos con que se engalanaba para ir a hacer el amor matemático con el señor César, con el señor Jerónimo, con el señor Carlos, o con cualquier otro galán de la temporada, mientras tú la esperabas a tu ventana, tiritando en la niebla y en los hielos de invierno. Al fuego, Rodolfo, y sin compasión, todo lo que le ha pertenecido y pueda hablarte de ella. Al fuego las cartas de amor. ¡Toma! Aquí hay, precisamente, una sobre la cual has llorado como una fuente. ¡Oh, amigo infortunado!

"Como no vuelves, salgo para ir a casa de mi tía. Me llevo el dinero que hay para tomar un coche. Lucila."

Aquella noche, ¡oh, Rodolfo!, tú no cenaste; ¿te acuerdas? Y viniste a mi casa a arrojarme un fuego artificial de bromas que atestiguaban la serenidad de tu ánimo. Porque creías que Mimí estaba en casa de su tía y si yo te hubiera dicho que no, que estaba en casa de César o de un actor de Montparnasse, seguramente que hubieras querido degollarme. Al fuego también esta otra misiva que tiene toda la ternura lacónica de la primera.

"Voy a encargarme unas botitas; es absolutamente necesario que encuentres dinero para que vaya yo a recogerlas pasado mañana."

¡Oh, amigo mío, aquellas botitas han bailado no pocas contradanzas sin que fueras tú la pareja! A las llamas todos aquellos recuerdos y al viento sus cenizas.

Pero, ante todo, ¡oh, Rodolfo!, por amor a la humanidad y por la gloria de *El Velo de Iris* y de *El Castor*, vuelve a tomar el cetro del buen gusto que habías abandonado durante tu egoísta sufrimiento, pues de otro modo pueden acontecer cosas terribles de las que serías responsable. Volveríamos a las mangas de jamón, a los pantalones ceñidos y veríamos de moda otra vez ciertos sombreros que irritarían al universo y atraerían las iras del cielo . . .



La señorita



Mimí

Otro episodio de

"ESCENAS DE LA VIDA BOHEMIA"

la popular obra de

ENRIQUE MURGER

ILUSTRACIONES DE ARTECHE

Y ahora ya podemos referir los amores de nuestro amigo Rodolfo con la señorita Lucila, conocida por el nombre de Mimí. Tenía Rodolfo veinticuatro años cuando sintió el corazón súbitamente atacado por aquella pasión, que tanto había de influir en su vida. Por el tiempo en que encontró a Mimí, llevaba Rodolfo la existencia accidentada y fantástica que hemos tratado de describir en las precedentes escenas de esta serie. Era, en verdad, uno de los más alegres soportadores de miseria que hubiese en el mundo de la bohemia. Y cuando al terminar el día había tenido una mala cena y una buena frase, caminaba más orgulloso sobre el pavimento, que frecuentemente le servía de lecho; más orgulloso en su levita negra clamando auxilio por todas las costuras, que un emperador en su túnica de púrpura. En el cenáculo en que vivía Rodolfo conforme a un amaneramiento harto común entre algunos jóvenes, consideraban el amor como una cosa de lujo, un tema de bromas. Gustavo Colline, que estaba desde hacía tiempo en relaciones con una chalequera a quien deformó, de cuerpo y alma, a fuerza de hacerle copiar día y noche los manuscritos de sus obras filosóficas, pretendía que el amor era una especie de purgante, bueno para tomarlo al comienzo de las estaciones como medio de limpieza de humores. Entre aquellos falsos escépticos, Rodolfo era el único que se atrevía a hablar del amor con cierta reverencia. Cuando, por desgracia, le dejaban tocar tal cuerda, tenía Rodolfo materia para una hora de arrullos elegíacos sobre la dicha de ser amado, el azul del lago apacible, la canción de la brisa, el concierto de estrellas, etcétera, etcétera. Aquella manía le había ganado el apodo de *Armonium*, que le aplicaba Schaunard. También Marcelo había hecho a aquel propósito una frase muy linda, en la que, aludiendo a las tiradas sentimentales de Rodolfo, así como a su precoz calvicie, le llamaba el *miosotis calvo*. La verdad verdadera era ésta: Rodolfo creía entonces seriamente haber acabado con todas las cosas de la juventud y del amor; entonaba insolentemente el *de profundis* en su corazón que él creía muerto cuando en realidad sólo estaba inmóvil, pronto a despertarse, fácil a la alegría y más dispuesto que nunca a todos los caros dolores que no esperaba ya y que hoy le tenían a mal traer. Tú lo has querido, ¡oh Rodolfo!, y no te tendremos lástima, pues el mal de que sufres es de los más envidiados, sobre todo por quienes se imaginan curados del mismo para siempre.



Rodolfo encontró, pues, a la joven Mimí, a la que había conocido en otro tiempo cuando era la amante de un amigo. Y la hizo suya. Primeramente hubo una sorpresa general entre los bohemios cuando se enteraron del matrimonio de Rodolfo; pero como la señorita Mimí era muy simpática y nada mogigata, y aguantaba sin marearse el humo de la pipa y las conversaciones literarias, se acostumbraron a ella y la trataron como a una camarada. Mimí era una encantadora mujer y de un temperamento que se acomodaba particularmente a los ideales plásticos y poéticos de Rodolfo. Tenía veintidós años. Era pequeña, delicada, traviesa. Su rostro parecía el esbozo de un rostro aristocrático, pero sus facciones, de extrema finura, y como suavemente iluminadas por el brillo de sus ojos azules y límpidos, tomaban, en ciertos momentos de fastidio o de mal humor, un aspecto de brutalidad casi feroz, en el que un fisiólogo quizá hubiera reconocido indicio de un profundo egoísmo o de una gran insensibilidad. Pero más frecuentemente había en su rostro una sonrisa juvenil y fresca, y miradas tiernas y llenas de irresistible coquetería. La sangre de la juventud corría ardorosa y rápida por sus venas, coloreando de rosa su diáfana piel de blancura de camelia. Aquella hermosura enfermiza seducía a Rodolfo, hasta el punto de que pasaba a menudo largas horas de la noche coronando de besos la pálida frente de su amante dormida, cuyos ojos, húmedos y cansados, brillaban medio cerrados bajo la cortina de su magnífica cabellera negra. Pero lo que, sobre todo, contribuyó a que Rodolfo se enamorase locamente de Mimí fueron sus manos, que, a pesar de las ocupaciones domésticas, se conservaban aún más blancas que las manos de la diosa Ociosidad. Sin embargo, aquellas manos tan delicadas, tan diminutas, tan suaves para la caricia de los labios; aquellas manos infantiles, en las que Rodolfo había depositado su corazón, de nuevo florecido; aquellas manos blancas de la señorita Mimí, no tardarían en desgarrar el corazón del poeta con sus uñas de color de rosa.

Al cabo de un mes empezó Rodolfo a advertir que se había unido a una tormenta y que su am un gran defecto. *Comadreaba,* dice, y se pasaba la mayor par tiempo en casa de las mujeres del barrio, con quienes habí relaciones. Pronto resultó lo dolfo había temido al ent aquellas relaciones contraídas amante. La opulencia variable gunas de aquellas flamantes bía hecho nacer una selva de en el pecho de la señorita Mi hasta entonces sólo había ten modestos y se contentaba con sario, que Rodolfo procuraba lo mejor posible. Mimí se dió a sedas, terciopelos y encajes. Y de las prohibiciones de Rodol nuó frecuentando la amistad llas mujeres, empeñadas tod suadir a Mimí de que rompie bohemio que apenas podía da cincuenta francos para un traje

—Tan linda como eres —le consejeras—, encontrarás fácil posición mejor. No hay sino qu

Y la señorita Mimí se puso Testigo de sus frecuentes sal vocadamente motivadas, Rod en la vía dolorosa de las Pero tan pronto como advert de la infidelidad, se apretaba día la venda que le tapaba los de no ver nada. Fuera como raba a Mimí. Sentía por ella celoso, empecinado, pendenci vagante, que la joven no porque ya no experimenta por Rodolfo sino la inclinación resulta de la costumbre. Y mitad de su corazón se hab sumido en la época de su pri y la otra mitad estaba aún llena de recuerdos de su prim

Ocho meses transcurrieron de aquel modo, alternando los dables con los desagradables. Mientras tanto, Rodolfo veinte veces a punto de separarse de la señorita Mimí, que con él todas las perversas crueldades de la mujer desamo cir verdad, aquella existencia se había vuelto para ambos Pero Rodolfo se había habituado a aquellas disputas diarias el fin de aquel estado de cosas, porque presentía que con fin para siempre los ardores de la juventud y las agitacio había vuelto a sentir desde hacía tanto tiempo. Y, ademá decirlo también, había momentos en que la señorita Mimí olvidar a Rodolfo todas las sospechas que le desgarraban Había instantes en que se doblaba en sus rodillas como un el encanto de su mirada azul, aquel poeta a quien ella habí la perdida poesía, aquel joven a quien ella había devuelto y que, gracias a ella, había vuelto a encontrar el ecuador Dos o tres veces al mes, en medio de sus tempestuosas querell fo y Mimí se detenían de común acuerdo en el fresco oasis che de amor y de dulces pláticas. Entonces Rodolfo tomab brazos el rostro sonriente y animado de su amiga, y durante ras se pasaba hablándole aquel admirable y absurdo lenguaje sión improvisa en sus trances de delirio. Mimí le escuchaba los comienzos, más bien sorprendida que emocionada; pero elocuencia entusiasta de Rodolfo, ya tierna, ya alegre, ya la ganaba poco a poco. Sentía fundirse al contacto de aquel hielos de la indiferencia que aletargaban su corazón; fiebres sas comenzaban a agitarla, y se arrojaba al cuello de Rodolfo con besos todo lo que no hubiese podido decirle con pal los sorprendía el alba, enlazados uno al otro, mirándose a l manos encadenadas a las manos, mientras que sus bocas, ardientes, murmuraban aún la frase inmortal:

que desde cinco mil años antes
hace brotar la noche en labios de la amante.

Pero al día siguiente el más trivial pretexto daba origen a ta, y el amor, asustado, huía otra vez por largo tiempo.

Sin embargo, finalmente, Rodolfo se hizo cargo de que si precauciones, las blancas manos de la señorita Mimí le arrastr un abismo donde dejaría su porvenir y su juventud. Por un austera razón habló en él con más fuerza que el amor, y se con oportunos razonamientos, apoyados en pruebas, de que no le amaba. Más aun: se convenció de que las horas de ella le concedía no eran otra cosa que un capricho de los se mejante al que algunas mujeres casadas experimentan por su cuando arden en deseos de tener un cachemir, un vestido

...o su amante está ausente, conforme a lo que dice el proverbio de ... "a falta de pan buenas son tortas". En una palabra, Rodolfo podía ...narlo todo a su querida, excepto que no le quisiera. Tomó, pues, ... determinación heroica, y advirtió a la señora Mimí, que, viendo ... Rodolfo se mantenía firme en su decisión y la recibía con la ma... tranquilidad cuando volvía a casa después de una noche ... día pasados fuera, comenzó a inquietarse un poco ante aquella fir... a la que no estaba acostumbrada. Entonces se mostró cariñosa ... dos o tres días. Pero su amante no se volvía atrás, y se limi... a preguntarle si había encontrado ya alguno.

–Ni siquiera lo he buscado –respondía ella.

...o había buscado, y aun antes de que Rodolfo se lo hubiese acon... En quince días había hecho dos tentativas. Una de sus amigas ...abía ayudado, y la había puesto primeramente en relaciones con un ... bisoño que había hecho brillar ante los ojos de Mimí un hori... de cachemires de la India y de mobiliarios de palisandro. Pero, ...inión de la misma Mimí, aquel colegial quizá supiera mucha alge... pero estaba distante de ser docto en amor. Y como a Mimí no le ... educar, plantó al novicio enamorado con sus cachemires, que ...pastaban en las praderas del Tíbet, y sus muebles de palisandro, ... hojas en los bosques del Nuevo Mundo.

...estudiante no tardó en ser reemplazado por un hidalgo bretón, ... Mimí se había prendado rápidamente y no tuvo necesidad de ...mucho tiempo para convertirse en condesa. A pesar de las pro... de su amante, Rodolfo tuvo la sospecha de una intriga, y que... saber exactamente en qué consistía, una mañana, después de una ... en que la señorita Mimí no había vuelto a casa, corrió al sitio ...nde suponía que la encontraría, y allí pudo a su gusto hundirse ...eno corazón una de aquellas pruebas en las que hay que creer ...cuando no se quiera. Con los ojos ribeteados de voluptuosidad, ... a la señorita Mimí salir de la mansión en que se había hecho en... ...cer, colgada del brazo de su nuevo dueño y señor, quien, a decir ...ad, no parecía estar tan satisfecho de su conquista como lo estu... París, el guapo pastor griego, después de raptar a la bella Elena.

...l ver llegar a su amante, la señorita Mimí pareció algo sorpren... Se acercó a él, y durante cinco minutos conversaron muy tran...mente. Se despidieron luego, marchando cada cual por su lado. ...ruptura estaba resuelta.

Rodolfo volvió a su casa y pasó el día empaquetando todos los ob... que pertenecían a su amante.

Durante el día que siguió al divorcio de su querida, Rodolfo reci... la visita de varios amigos suyos, a quienes explicó lo sucedido. To... le felicitaron por aquel acontecimiento como por una gran dicha.

–Te ayudaremos, ¡oh, mi poeta! –le decía uno de los que habían ... con más frecuencia testigo de las miserias que la señorita Mimí ... sufrir a Rodolfo–, te ayudaremos a retirar tu corazón de manos ... una criatura tan malvada. Y dentro de poco tiempo estarás curado ...eramente en condiciones de correr con otra Mimí los verdes sen... de Aulnay y de Fontenay-aux-Roses.

Juró Rodolfo que habían acabado para siempre duelos y desespera... Hasta se dejó conducir al baile de Mabille, donde su descuidada ...mentaria representaba bastante mal al *Velo de Iris* que le facili... las entradas para aquel hermoso jardín de la elegancia y el placer. Encontró allí Rodolfo a otros amigos, con quienes se puso a beber. ... contó su desventura con un derroche inaudito de estilo raro. Y du... una hora estuvo ebrio de inspiración y de entusiasmo.

–¡Ay, ay! –suspiraba el pintor Marcelo al oír la lluvia de ironías ... fluía de los labios de su amigo–. Rodolfo está muy contento. ¡De...ado contento!

–Está encantador –respondió una joven a quien Rodolfo acababa ... obsequiar un ramillete–. Y aunque está muy mal puesto me com...metería a bailar con él si quisiera invitarme.

Instantes después, Rodolfo, que había oído las palabras de la joven, ... a sus pies envolviendo su invitación en un discurso aromatizado ... todo el almizcle y todo el benjuí de una galantería a 80 grados ...chelieu. La muchacha se quedó confundida ante aquel lenguaje es...ado de adjetivos deslumbrantes y de frases contorneadas a la Re...gencia, hasta el punto de hacer ruborizar los tacones de Rodolfo que ... había sido tan cumplido cortesano, a lo Sevrès antiguo... La in...ación fué aceptada.

Lo mismo ignoraba Rodolfo los primeros elementos del baile que ... regla de tres. Pero estaba impulsado por una extraordinaria audacia. No vaciló, pues, en improvisar un baile desconocido entre todas las co...grafías pasadas. Era una danza a la que él llamó *de las penas y sus...*, y cuya originalidad obtuvo un éxito increíble. Aun cuando los ... mil mecheros de gas parecieron sacarle la lengua como para bur...se de él, Rodolfo bailaba siempre y lanzaba, sin tregua, a la cara de ... pareja un puñado de madrigales completamente inéditos.

–¡Ay! –exclamaba Marcelo–. Esto es increíble. Rodolfo me hace ... efecto de un borracho que cayese entre vasos rotos.

–Mientras tanto, se ha hecho una soberbia conquista –comentó otro ...ndo a Rodolfo que se marchaba con su pareja.

–¡Eh! ¿No nos dices adiós? –le gritó Marcelo.

Volvióse Rodolfo junto al pintor y le tendió la mano. Aquella mano ...staba fría y húmeda como una piedra mojada.

(CONTINUA EN LA PAG. 95)

Un agricultor

En un pequeño terreno escondido tras el amplio parque de la legación suiza de la ciudad de Wáshington, uno de los hombres más importantes de los Estados Unidos olvida cada mañana sus preocupaciones de orden político, para dedicarse al beneficioso trabajo de hacer rendir sus frutos a la tierra.

Su nombre, Henry A. Wallace; su importancia, la de ser én la actualidad el vicepresidente de la nación norteamericana.

Henry A. Wallace tiene una ascendencia de famosos agricultores. Él mismo lo es, y en sus campos de Iowa aprendió a luchar desde temprano con las dificultades propias de la agricultura y de la ganadería. Inició sus estudios orientándolos hacia tales actividades, aunque más tarde la política dió un nuevo giro a su vida. Pero Mr. Wallace sigue siendo hombre del campo. Por eso, ahora, después de diez largos años en Wáshington, como ministro de Agricultura y como vicepresidente, se dedica en estos días a cultivar su pequeño huerto; su jardín, el "jardín de la victoria".



Empuñando la pala, ya que no el arado, Mr. Wallace olvida las preocupaciones de orden político, en su huerto de Wáshington.

Un huerto

Quienes logran atisbar en el huerto del vicepresidente, quedan sorprendidos por la variedad de legumbres y hortalizas que allí se cultivan. Algunas de ellas poco conocidas en el ambiente. Esto se explica: Henry A. Wallace llevó a Wáshington, después de su última gira por los países de Centro y Sudamérica, gran cantidad de semillas de legumbres, que le fueron obsequiadas teniendo en cuenta, precisamente, su carácter de agricultor. Esas semillas son las que fructifican hoy en su huerto de la capital de los Estados Unidos.

Para Mr. Wallace, las labores de su huerto constituyen un ... pasatiempo que, a la vez que le permite descansar por unos ... sus múltiples ocupaciones de orden político, le hacen recor... tiempos pasados pero siempre gratos de la juventud. Sus vecinos ... verlo cada mañana, con la pala o con el rastrillo, dedicando ... atención a cada una de las variedades de legumbres que constit... orgullo de agricultor.

Un hombre

"Hanky", como le llaman sus familiares, se precia de no habe... viado nunca de esa línea de conducta que le marcaron sus ascen... Fué periodista, y luchó por sus ideas desde las columnas de la ... publicó numerosos libros, fué estudiante y dedicóse luego a la ... Pero, en el fondo, quedóle siempre ese amor al campo, a la tie... hoy le hace volver a ella, aunque sólo sea como distracción, en su ... dín de la victoria".

Mr. Wallace es un hombre reposado, tranqu... sustenta sus ideas y orienta sus esfuerzos según su ... criterio y no según la mayor o menor popularidad ... pueda brindarle. Es que, como todo hombre de ... que tarde o temprano la verdad se abre paso. De es... de conducta surgió un día la anécdota...

Quemado... en efigie

Mal interpretados los esfuerzos que desde el ... de Agricultura hacía en pro de los agricultores ... sus propios coterráneos, sus amigos de Iowa, ... cierto día una manifestación pública en la que Mr. ... fué quemado... en efigie.

Mr. Wallace no alteró su gesto sereno ante la ... de la incomprensión. Pero a los periodistas que ... ban tratando de arrancarle una declaración para ... rios, les dijo:

Examinando una planta de tomates que, como se ve, ... forma satisfactoria. El huerto de "Hanky" es uno de los ... Wáshington.



—Lamento el error que se comete con esa protesta simbólica..., por- Judas murió ahorcado.

Sociólogo, filósofo a ratos, orador de nota, fué a buscar en los textos [illegible]osos, a los que respeta profundamente por convicción, la respuesta [illegible] público y brutal.

[illegible] aquí, en pocas líneas, un esbozo que pinta a Mr. Wallace firme- [illegible] plantado en medio de su huerto. Las fotografías que ilustran [illegible] darán al lector, por otra parte, un fiel y gráfico reflejo de "[illegible]", ciudadano y agricultor. ◈



Su hermana María, la esposa del ministro de Suiza en los Estados Unidos, tiene, como él, arraigado el cariño a la tierra. Aunque, naturalmente, prefiere las flores.

Un pantalón y una camisa de campesino, y a cavar, a sentir olor a tierra. Henry Agard Wallace aparece aquí en el rincón de su huerto, donde cultiva maíz.

El vicepresidente Wallace cuida su huerto...

DESCENDIENTE DE AGRICULTORES, EL SEGUNDO MANDATARIO DE LOS ESTADOS UNIDOS EMPLEA LAS HORAS QUE LE DEJAN LIBRES SUS TAREAS DE ESTADISTA, EN EL CULTIVO DE TODA CLASE DE HORTALIZAS Y LEGUMBRES.

Por **Ricardo E. Mármol**

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

EL ESPAÑOL QUE FUE PRINCIP

El misterio del Africa Central

AFRICA, a las puertas de Europa, ligada a ésta y al Asia por decenas de siglos de historia, era en los comienzos del siglo XIX menos conocida que el Nuevo Mundo, descubierto cuatrocientos años antes.

Conocíase, sí, su contorno, desde el Egipto milenario hasta el Marruecos sumido en su fatalismo musulmán; recorriéranse y domináranse sus costas, desde el cabo Espartel hasta el de Buena Esperanza; contorneárase el continente, desde el extremo sur hasta el estrecho de Bab-el-Mandeb, y sabíase lo que el mar Rojo bañaba de aquellas tierras caldeadas por un clima de fuego.

Mas era solamente la corteza lo que se conocía. ¿Qué había en el interior del continente? Misterio. Y aun habían de pasar muchos años antes de que los ingleses Livingstone y Stanley, y los portugueses Serpa Pinto, Brito Capello y Roberto Ivens se decidieran a cruzar el Continente Negro, cuando ya un español, nacido para la aventura, se propusiera hacer lo que aquellos exploradores hicieron.

Carlos IV quiso anexarse Marruecos

Pero si este español no logró que se le facilitasen los recursos para anticiparse en medio siglo a los nombrados, consiguió, en cambio,



Carlos IV, que apoyó en un pr... los proyectos de Badía, pero tr... los fines científicos del mi... miras políticas.



El sultán Osmán, de quien Domingo Badía decíase descendiente, inventando para ello una genealogía en virtud de la cual resultaba ser príncipe de Abisinia.

legar su nombre a la posteridad, con la fama de aventurero extraordinario.

Era este hombre singular, Domingo Badía Leblich, natural de Vizcaya, nacido en 1766, y muerto en 1818 en Damasco, o en 1822 en Alepo.

Desde muy joven le atrajeron los estudios orientalistas, y de tal modo llegó a dominarlos que la lengua árabe y varios de sus dialectos o ramas le fueron familiares. Y así pudo, como se verá, pasar por un verdadero musulmán y hasta adquirir la condición de príncipe del Islam.

En 1801 presentó al gobierno español un proyecto de viaje científico al centro de Africa. Aconsejado por su favorito, Godoy, el rey aprobó ese proyecto, pero variándolo totalmente y convirtiéndolo de científico en político.

Ni a Carlos IV ni a Godoy le interesaban las exploraciones en Africa. Lo que pudiera haber allá dentro, era cosa que al ambicioso ministro tenía sin cuidado. La gloria de iniciar las exploraciones africanas para España, valía menos, para D. Manuel, que el ceñir una hipotética corona. Porque después de haberse elevado desde simple guardia de corps hasta favorito de los reyes, debió de tender la vista hacia el trono del Mogreb, como luego la dirigió hacia un fantástico principado de los Algarbes.

Y en lugar de ayudar a Badía en su empresa de explorar el interior del continente africano, se le encargó penetrar en Marruecos, hacerse allí influyente, promover una revolución y justificar la intervención de España, con la consiguiente anexión.

Un príncipe de Abisinia

Pero no convenía, para esto, que Badía se presentase como español, sino como un auténtico musulmán. Se le inventó una genealogía, por virtud de la cual resultaba príncipe de Abisinia y descendiente de Osmán Bey.

Badía aceptó todo esto, porque la aventura que iba a correr estaba muy de acuerdo con su espíritu. Provisto de toda la documentación necesaria y precedido de ciertos anuncios diplomáticos, se presentó en Marruecos como tal príncipe, en visita al soberano imperial, Muley Solimán.

Este sultán, que gobernó desde 1792 hasta 1822, acogió con la mayor satisfacción y alegría al príncipe *Alí-Bey-el Abassi*, que así resultó llamarse el español Domingo Badía en su calidad de falso musulmán.

Tanto ascendiente adquirió Badía en el ánimo de Muley Solimán, que cuando anunció arteramente que se iba a retirar de Marruecos, el sultán quiso retenerlo, y lo consiguió por de pronto, regalándole un palacio y varias mujeres de su harén.

Viaje hacia Oriente

Los sucesos de Europa hic... desviar de Marruecos haci... lla la atención de los gobe... españoles, y el plan de rev... en Marruecos, con su secu... anexión, quedó abandona... parte de Carlos IV y de su c... jero Godoy.

Falto de apoyo del gobierno e... ñol, con el cual había estado ... tamente en comunicación, D... Badía volvió a sus propósitos c... ficos, sólo que en lugar de d... hacia el corazón de Africa, t... ruta oriental, y fué visitando suc... mente, y siempre bajo su co... y rango de príncipe *Alí-Bey-el A...* los territorios de Argelia, Túne... poli, Egipto, Arabia, Siria, Tu... Grecia, cuyos bajás lo agasaj... pléndidamente, proporcionaron ... y dieron todo género de facilida... sus estudios científicos, sorpren...



Godoy aconsejó al rey que aprobara los pr... yectos de Badía. Su ambición le hacía ... der la mirada hacia el trono del Mog...

que un príncipe del Islam abandonase ... muelle, para correr tierras y estudiar...

Los doctores del Islam le consultan

En la Arabia visitó la Meca. Un ... creyente no podía dejar de hacerlo. Se ... tó en la ciudad santa de los mahome... el fausto que correspondía a su alcur... las limosnas de rigor.

Su conocimiento del Corán le per... partir con los doctores del Islam, quie... ron a consultarle algunos puntos de la ... na del Profeta. Sus grandes conoci... su talento cultivado le permitieron sa... de esta prueba, y ello le valió el visit... sagrados donde jamás un cristiano hab... Así pudo conocer, hasta lo más íntimo, ... quitas *Baith Allah* (Casa de Dios) y *E...* (La Santa), el monte Arafat, donde ... ma, y otros lugares de los más im... de la Meca.

monte Arafat se postró y oró tan fervorosamente, que dejó a los propios doctores de la Ley Islámica.

en España y general en Francia

a España en 1808, y despojado de su falsa condición de musulmán, abrazó el partido de los afrancesados y se puso a de José I. El rey intruso lo nombró intendente de Segovia, gobernador de Córdoba.

rse José I de España y restablecerse la soberanía nacional en Patria, Badía Leblich se refugió en Francia, donde publicó de sus viajes y aventuras, sin dejar de mencionar los peligros o expuesto y los escollos que con suprema habilidad tuvo para poder sostenerse en su papel de príncipe oriental.

mo francés, reconociendo los servicios que le había prestado, a Domingo Badía el nombramiento y el sueldo de general. nueva investidura y en gracia a sus conocimientos de los paí- Oriente, fué designado para desempeñar una delicada e impor- en Siria.

de los otomanos

mejor llevar esa misión, volvió Badía a tomar los modos y el príncipe islamita, con el nombre de Alí Osmán. Volvió a ser como un príncipe de verdad. Pero llegó un día en que sus fueron sospechosos para las autoridades turcas, y de esto a su falsa condición principesca y musulmana, sólo hubo un paso. embargo, aquellas autoridades supieron disimular, y Badía siguió agasajado y atendido como un príncipe y un creyente. Y un ndo con el bajá de Damasco, murió repentinamente, o me- víctima de un activísimo veneno.

que ocurrió esto en 1818; pero también se dice que el hecho en Alepo, en el año de 1822. ◈

EL ISLAM

NSTRUMENTO DE UNA INTRIGA POLITICA, OMINGO BADIA LLEGO AL AFRICA IN- ESTIDO DE UNA FALSA DIGNIDAD MU- SULMANA Y ACABO SUS ANDANZAS EN- ENENADO POR EL BAJA DE DAMASCO

Por Avelino Rodríguez Elías

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"



, la bella ciudad de Oriente, donde, víctima de un activísimo veneno, murió Domingo Badía Leblich, a la mesa del bajá.

AL MARGEN DEL CANCIONERO CRIOLLO

DONDE EL RIPI



Una de las maneras de disparatar preferidas del criollo es la narración frustrada. Parece que va a contar algo y, cuando ha creado una expectativa, el relato se desvanece repentinamente.

Señores, escuchenmén:
tuve una vez un potrillo
que de un lao era tordillo
y del otro lao también.

Citando esta copla, Jorge Luis Borges intenta iluminar un aspecto de la índole criolla, diferenciándola de la española. "El andaluz —escribe en *Inquisiciones*, B. A., 1925— alcanza la jocosería mediante el puro disparate y la hipérbole; el criollo la recaba, desquebrajando una expectación, prometiendo al oyente una continuidad que infringe de golpe".

Para confirmar su sospecha agrega estas dos coplas ejemplares:

A orillas de un arroyito
vide dos toros bebiendo.
Uno era coloradito
y el otro... salió corriendo

Cuando la pardiz canta,
ñublado viene;
no hay mejor señal de agua
que cuando llueve.

Aquí el disparate se toca con la perogrullada. Y aunque es evidente la fruición que pone el criollo en esta socarrona manera de disparatar, lo cierto es que los clásicos de la literatura española se divertían con lo mismo.

Góngora usó este chiste al principio del romance de don Gaiferos:

Desde Sansueña a París,
dijo un medidor de tierras
que no había un paso más
que de París a Sansueña...

Un soneto de Baltasar de Alcázar también nos amaga con un relato que nunca llega:

Yo acuerdo revelaros un secreto
en un soneto, Inés, bella enemiga:
mas por buen orden que yo en este siga
no podrá ser en el primer cuarteto.

Y al final es claro que no revela nada, y se queda tan vacío como el de Lope de Vega a Violante, y otros por el estilo. El mismo Lope, en otro soneto, *describe un monte sin saber qué ni para qué*, cuyo último terceto dice, desengañadoramente:

Y en este monte y líquida laguna,
para decir verdad, como hombre honrado,
jamás me sucedió cosa ninguna.

Tengamos en cuenta aun una última categoría de disparates criollos. Las coplas ripiosas no son, sin duda, privilegio de ningún país, pero en nuestro cancionero popular abunda el ripio voluntario, el ripio consentido, el ripio alegre, buscado como desbaratador de la realidad y motivo de alegría.

Ahí están todos esos animales que suspiran en el fondo o en el medio o en la orilla de la mar.

En el fondo de la mar
suspiraba una ballena,
y en el suspiro decía:
quien tiene amor tiene pena.

En el medio de la mar
suspiraba una gaviota,
y en el suspiro decía:
echale sebo a las botas.

A veces el inevitable suspiro llega de donde menos se piensa, de manera tan sorpresiva que hasta la rima queda burlada:

En la orilla de la mar
suspiraba una carreta,
y en el suspiro decía:
esperate que están cuarteando.

Decir las cosas en verso suele ser más eficaz que decirlas simplemente en prosa. De ahí la desesperada búsqueda de cualquier consonante que apuntale con su ruidito lo que hemos pensado decir. En nuestras coplas populares suele bastar la invocación a una flor o a una planta cualquiera que saque del paso al [illegible]visador:

Planta de ajís
flor de tomate
el que no traiga yerba
no toma mate.

También las cintas de colores [illegible] serviciales:

Me gusta la cinta verde
porque es color de esperanza

dice un principio de copla muy [illegible]
La dama celosa o despechada pue[illegible]
zarlo a su modo para acomodar su [illegible]







ANDA SUELTO



Por

José Luis Lanuza

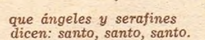
ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

ILUSTRACIONES DE VILLAFAÑE

Me gusta la cinta verde
y también la cafecita,
me han dicho que andás noviando
con una de aquí cerquita.

La falta de disimulo en el ripio suele contribuir a la eficacia de la copla. En trance de apuro, el improvisador puede echar mano de todo el repertorio acumulado en su memoria y formar coplas híbridas con la cabeza de una y la cola de otra. Ahí está el enamorado en trance de declararse, que no sabe decir más que "te quiero", pero tiene que decirlo en cuatro versos:

Es tanto lo que te quiero
y lo que te quiero es tanto,



que ángeles y serafines
dicen: santo, santo, santo.

Y el que es capaz de perder la vida por su amor, sin darle importancia a su heroísmo, pero para decir todo eso le sobran dos versos:

Meto la mano al bolsillo,
saco una cuenta morada,
si por vos pierdo la vida
digo que no pierdo nada.

¿Y el que necesita armar toda una copla, complicando a la meteorología, para formular un simple *pechazo?*

Esta noche va a llover
y mañana va a haber barro.
Echá la mano al bolsillo
y convidá con un cigarro.

Las coplas para cantar flor en el truco suelen ser a su vez flor de disparate. El ripio consentido campea en ellas con una alegría casi explosiva. En ellas una sola palabra tiene sentido. Las demás son disimulo puro.

Por el río Paraná
venía navegando un piojo,
con un hachazo en un ojo
y una flor en el ojal.

Las coplas del truco no quieren tener nada que ver con la realidad. El mundo que pintan no tiene sentido. Suelen ser el ensayo más aproximado de disparate integral. Tienen algo de fórmula mágica o de recreación del caos. A veces se valen de versos sueltos barajados de nuevo, como aquel de Luis Domínguez (la pampa tiene el ombú), ya separado, para todo servicio, de su décima inicial.

Por ejemplo:

La pampa tiene el ombú
y el ombú la hoja verde,
perro que ladra no muerde,
disculpe si tengo flor.

Copla disparatadísima y muy digna de cerrar este largo capítulo de disparates. ◈

AL MARGEN DE LA GUERRA

ALUMNOS CHECOS

Una vista de las cúpulas y torrecillas que coronan los diversos cuerpos de edificio de la Universidad de Oxford, donde estudian actualmente los estudiantes checos de la Universidad de Charles.



La biblioteca de la Universidad de Charles, en Praga, cuyos alumnos emigraron hacia Oxford, cuando aquélla fué clausurada.

EN la Europa de la actualidad, los hom que por azares de la fortuna pueden e dir su trágico fin en los campos de ba deambulan desorientados; pues todo lo que co tituía su razón de vida ha sido transform cambiado en su más pura esencia.

Las fábricas ya no trabajan para crear tos que sirvan al hombre, sino para aniqui En los laboratorios, la ciencia se desvive mismo afán de muerte.

Todo lo que constituía una esperanza truncado, deshecho.

Tal lo sucedido con la Universidad de Ch una de las más antiguas del mundo. Fu en Praga, en el año 1348, por el rey de Boh Carlos IV, fué desde esa época, y a través casi seis siglos, el principal centro de estu los universitarios checos.

No obstante, el 17 de noviembre de 1939 autoridades alemanas procedieron a su clau Creyóse en un principio que esa medida tendría una duración de tres años, pero se supo que sería definitiva si el curso de guerra no daba un nuevo giro a los aco mientos.

Ante tal perspectiva, los estudiantes, imp bilitados de continuar los cursos, ya que demás casas similares también habían sido tervenidas, propusieron a la Universidad

EN LA UNIVERSIDAD DE OXFORD



el estudio de las proposiciones de los estu- checos por parte de las autoridades de Ox- obtenida esta fotografía del presidente Benes, conversando con Mr. G. S. Gordon, del colegio Magdalena, de la Universidad.

entre otras cosas, que declarara vires" el cierre de aquel centro; Universidad de Oxford "adop- a la de Charles, y finalmente en caso de ser rechazadas las pro- anteriores, se dieran a los uni- rios checos facilidades especia- ra asistir libremente a los cursos ferencias de los representantes Universidad, así como para te- acceso a las bibliotecas y realizar propias reuniones dentro de su re-

diadas las propuestas en largas eraciones, las autoridades de d llegaron a la conclusión de que las dos primeras podrían surgir licaciones de orden legal; por motivo decidieron descartarlas.

cuanto a la tercera, fué aceptada, do notar, además, que si bien era menos significativa que las salvaba el principio de que los bros de la Universidad de Char- pertenecían a una institución con fueran cualesquiera las acciones represivas que contra ella se hubiesen adoptado.

Con esta medida, la Universidad de Oxford ha admitido en la severa austeridad de sus aulas a los estudiantes checos, salvando así el porvenir intelectual de muchos jóvenes, castigados por la adversidad de esta época de confusión.

Cuando esos hombres lleguen al término de sus respectivas carreras, nadie seguramente discutirá la justicia y el profundo sentido humano con que procedieron las autoridades de la mencionada Universidad inglesa.

Por encima de las pasiones se levantará otra vez la cordura para reconocer los gestos de nobleza, dondequiera que ellos hayan tenido lugar.

Oxford, por otra parte, ha hecho honor a su tradición, ya que en la guerra pasada también ofreció hospitalidad a los estudiantes servios. Así lógicamente debía ser, pues ella misma debe su existencia a una dispersión de estudiantes franceses. ◈

Por
J. R. Glorney Belton

GRANDES FIGURAS DE LA ORATORIA ESPAÑOLA



por Niceto Alcalá Zamora

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

D. Melquiade

Su significación política; su vida y su muerte

En relación con el ambiente político, ya que no con el oratorio, dentro de los cuales desenvolvió su vida, Alvarez fué en cierto sentido un retardado. Aquel espíritu, idealista, soñador y apasionado, permaneció influído por el de la Revolución francesa, respecto de la cual, así como del enciclopedismo filosófico que la



El temperamento apasionado de Alvarez le impulsaba a accionar briosamente. Se le ve aquí pronunciando uno de sus tantos discursos políticos.

precediera, ha habido tantas prolongaciones de supervivencia o de resurgimiento en todos los países, señaladamente entre los de nuestra raza. Lo selló aquella primera revolución, que suprimiera a Luis XVI, y, permaneciendo dentro de su ambiente, casi no llegó a la otra de 1848, menos convulsiva y más honda, que destronó a Luis Felipe. Por todo eso, Alvarez vivió obsesionado por el tipo de estructura nacional política, y en las más modernas preocupaciones económicas y sociales detúvose casi ante lo más jurídico y orgánico, patrocinando el derecho de asociación obrera como forma de defensa y progreso de la clase trabajadora.

Varias causas, de lógico y natural influjo, trazaron el rumbo de su existencia y fueron moldeando su pensamiento. Hiciéronle: demócrata siempre, y republicano casi siempre, el ambiente que como iniciación le envolviera; templado las experiencias del mundo y los nuevos horizontes, a que en él ascendiera; hombre de orden, al serlo de ley, la profesión de sus vocaciones y sus entusiasmos; gubernamental el encadenamiento de todo lo anterior y la influencia prestigiosa, afectiva y modeladora de Azcárate. Cristalizó la evolución en el partido reformista (reformista de la Constitución ante todo), que significó el resurgimiento, y pretendió ser el complemento de aquella otra esperanza, treinta años anterior en fecha, representada por el posibilismo castelarino, para transigir con una monarquía sinceramente constitucional y democrática. A Castelar dióle satisfacción en las leyes la reina regente, por mediación de Sagasta y con el asentimiento de Cánovas; Alvarez fué total y escandalosamente defraudado por Alfonso XIII, en 1923, sirviéndose como instrumento de Primo de Rivera.

Aquella burla audaz y cruel debió causar honda impresión en el tribuno asturiano, quien nacido para jefe de gobierno, nunca llegó a ser ministro, pero por excepcional y merecido salto en la carrera política ocupaba entonces la presidencia del Congreso. Desde ella cumplió, sin vacilar, junto con Romanones, presidente del Senado, el claro, penoso e inútil deber de protestar ante el rey por la violación constitucional, que implicaba la disolución de aquellas Cortes sin la convocatoria de otras dentro del plazo obligatorio e improrrogable. Ante el reiterado desengaño de la regia indiferencia, Alvarez llevó la energía de su convicción democrática a la formación del grupo constitucionalista, y en la acción resuelta al movimiento, que acaudillado por Weyler y Aguilera, con manifiesto cuyo autor fué el propio don Melquíades, abortó en Valencia en la noche de San Juan de 1926. Incluso en tal actitud, que fué la máxima decisión de su energía, Alvarez se aferraba, como los pretéritos doceañistas respecto de Fernando VII, a la fórmula de restaurar, pero también sostener, como rey constitucional al que por su voluntad y perjurio se había declarado absoluto.



Una de las últimas fotografías de don Melquíades Alvarez, el político cuyo estilo oratorio recordaba la majestad castelarina y el encanto del clasicismo antiguo.

Nada ni nadie logró sacar a Alvarez de aquella tibieza contradictoria, y por paradójico que ello fuese, el antiguo republicano, apenas monárquico condicional, pesó para detener en el camino de la república a los otros personajes del grupo constitucionalista, cuya voluntad fué Sánchez Guerra, cuya dirección estuvo en Villanueva, y cuyo tesón lo representó Burgos Mazo, los tres menos reacios, aun siendo todos de abolengo monárquico, conservador el primero y derechista el último. La actitud de Alvarez obedeció sin duda a un temor infundado hacia el reproche de falta de seriedad, por lo reciente de su evolución, que había de rectific... mente. Sin embargo, ninguna actitud ... cana era más fácil y justificada que ... pues él sabía como gran jurista que ... gaciones recíprocas se resuelven por ... miento en las de la otra parte, y fué ... la que, habiéndole prometido una ... ultrademocrática, retrocedía al absoluti... nandino. Ni siquiera eran de temer, ... todavía fundadas, las ironías acerca ... genuidad engañada, ya que él prestó ... fianza nada menos que sobre esa gar... cular y solemne, que la enfática expre... tesana ha llamado el crédito de la real ... Con todo, ni cuando cayó Primo de ... decidió Alvarez a romper abiertame... monarca. El discurso, pronunciado ... orador reformista en el teatro de ... en abril de 1930, fué a la vez el más ... el menos feliz de Alvarez. En la ... sus facultades prodigiosas renovó ... dores de las filípicas y de las catili... gelando, harto de razón y magnífico ... cuencia, la imperdonable deslealtad ... rona; y cuando el público aplaudía ... entusiasmo, surgió en brusca contr... todos los fundamentos de la senten... transigente, conciliador y en reali... torio. Heláronse los entusiasmos; ... mero la extrañeza y el desencanto ... protesta; el desacierto político hab... la atracción soberana del éxito ora...

Alvarez habló poco en las Consti... la Segunda República, cuya constit... y votó, habiéndola combatido y que... dar, con previsor acierto, en dos de ... al restringirse la disolución de C... guardia de la verdadera soberanía ... del país; y al preferirse la políti... antirreligiosa con renuncia de los ... paz que asegura al Estado la concor... crimináronle por esto último, y si... extremas izquierdas, y no le perdo... derecha pretéritos alardes verbales ...



El accionado nervioso y hasta impresion... era típico en don Melquíades. Esta foto ... obtenida en Gijón, mientras hablaba en ... teatro de los Campos Elíseos.

Alvarez

...ingenua, y menos todavía que somera, ... a programas de partido y no a doc... del clero, a artículos de la constitución, ... de la fe.

...muerte de Alvarez, asesinado en la cárcel ... de Madrid por los extremistas de iz... en el verano de 1936, fué el más absur... los inicuos e ignominiosos crímenes ... ferocidad de los dos bandos cometió du... la guerra civil. Prenderle fué ya enorme ...; matarlo, monstruosidad insuperable, ... odiosa en cuanto intentara envolverse ... apariencias curiales, profanación mayor ... justicia. El asesinato extinguió la vida ... de los grandes oradores de quienes se ...ado, Cánovas y Canalejas, y se frustró ... por dos veces al atentar contra Mau... aun cuando nunca hubo ni podía ha... justificación, excusa ni disculpa, en aque... se descubre la trayectoria del pensa... criminal, que se borra en el asesinato ... Cánovas, conservador en lo oficial, ...rio en los métodos y soberbio en el ...amento, había luchado contra la más ... y extendida explosión del anarquismo ... Canalejas, sin renegar de su democra... constructiva y honrando la firmeza del go... acababa de hacer frente a la amenaza ... huelga revolucionaria general, ante todo ... en la de ferrocarriles. Maura, hombre ...cho y de sincera y cristiana democracia, ... reprimir la "Semana trágica" de Bar... la más fuerte entonces de las convul... políticas españolas, aun cuando hubieran ...rarla después la hora de cualquier ciu... el día de alguna aldea. Pero a Al... que no fué nunca de extrema izquierda, ... condenársele como traidor, que no go... era imposible que fuese tirano, y que ... fué demócrata no cabía odiársele como ...nario.

... singulares de su oratoria

... Alvarez hubiese nacido veinte años antes ..., no le habría eclipsado la gloriosa plé... oratoria, que brilló en las Constituyentes ...ticas de 1869. Cuando apareció mucho ... después renovó aquellos esplendores, y ...tro de primera magnitud desde su primer ..., confirmando la fama que ya le pre... y que en general ha sido más bien un ...lo para las consagraciones parlamen...

... estilo oratorio sintió y reflejó las atrac... de dos tendencias distintas y en cierto ... opuestas: la majestad del modelo caste... seguida al cabo con menos coincidencia ... observada en Vázquez Mella; y el en... modelador del antiguo clasicismo, familiar ... para el catedrático de Derecho Romano, ... fué siempre Alvarez. En la combinación ... de uno y otro estilo, quizá predominase ... lo clásico. Percibíase así en la amplitud ... y más sobria de los períodos; en la pre...cia de la esbeltez gramatical sobre la opu... literaria; en el cuidado intuitivo, que ... a la sintaxis antes que a las imágenes; ... construcción redondeada y armoniosa, con ...sión de régimen, y con felices concordan... cuya estructura y cuyas series recordaban ... huella concisa y elegante del ablativo abso...; en el inspirado engarce de oraciones inci...tales o bellos paréntesis, aun cuando no tu... siempre la perfección magistral de Ca...lejas.

Entre las aptitudes o dotes físicas, convenientes al orador, Alvarez poseyó mejor que nadie la más necesaria: la voz. Era ésta clara, vibrante, llena, armoniosa, variadísima, simpática, con maestría y don natural por nadie alcanzados en la transición de las inflexiones y en la resultante total de la modulación. La oratoria se acerca a otras muchas artes, entre ellas a la música, y en la zona de sus colindancias imperó como nadie Alvarez, que fué el excelso cantor entre los oradores. Decían sus íntimos que cantaba muy bien, y era de creer y aun de adivinar. En eso llevó ventaja a todos los oradores, aun a los de voces más destacadas y distintas de la suya, y a los más afines. Salmerón tuvo la rareza del bajo profundo; Maura, que a ratos a ello se acercaba, poseía la entonación y escala armoniosa y viril del barítono; Canalejas bajaba menos y subía algo más en esa cuerda... Alvarez fué el primero en la suya, en la que subyuga y enloquece a los auditorios, en la que permite dar y rebasar "el do de pecho"; y en eso su voz privilegiada era sin duda la mejor: en Moret aparecía menos vibrante, más uniforme; en Mella, incomparablemente más aguda y mucho menos grata.

El acompañamiento de esa voz era un accionado vigoroso, en el cual la primera huella, difícilmente borrable, y su temperamento apasionado le impulsaban hacia la exageración, no con brío ocasional, y sí constante, y por lo mismo más difícilmente matizable en la progresión. El accionado fué estatuario en Moret y también, aunque más dinámico, en Maura; de nerviosa esgrima en Canalejas y de ritmo dramático, por ello inevitablemente teatral, en Alvarez. A diferencia de casi todos los oradores, que hablaban delante de su asiento o, a lo sumo, paseándose sobre el espacio horizontal que les quedaba libre, Alvarez, con la cabeza avanzada e inclinada, las manos en briosa gimnasia, y todo su ser contraído, descendía veloz la escalerilla de la Cámara, bajando y volviendo a subir casi todos sus peldaños, deteniéndose apenas, cuando empleaba el recurso musical de la repetición en la frase eje del argumento o relieve principal del adorno. Por este último detalle, Canalejas, que de 1910 a 1912 sostuvo con Alvarez el más porfiado y brillante torneo oratorio, repitió por excepción una vez, y entre los regocijados murmullos de la Cámara dijo "porque yo también repito, señor Alvarez". Pero esto fué una sola vez; los dos se enfrentaban más que se encontraban, por ser sus cualidades muy dispares.

El accionado nervioso, impresionante de Alvarez, trae a mi memoria una anécdota de tan inverosímil como dramático presagio. En uno de aquellos duelos oratorios con Canalejas, sentados inmediatamente detrás de éste comentábamos varios diputados en voz baja las dramáticas actitudes de Alvarez, sin proporción con la serenidad no pasional del debate; y como alguno dijese "qué haría este hombre compareciendo a defenderse ante un tribunal revolucionario", un profesor de preceptiva, muy mordaz y enconado con Alvarez por ser aquél pariente cercano de Canalejas, dijo: "no le quedaría más recurso que morirse". Nadie podía suponer que a aquella broma imaginativa de 1910 se acercase tanto la trágica realidad de 1936; pero cuando llegó la hora suprema de esa realidad horrenda, Alvarez, que nunca fué corpulento ni siquiera alto, aunque sí sano y fuerte, y que ya tenía setenta y dos años, mostró tal entereza física y dignidad moral, que enaltecen su noble memoria en la misma medida en que proyectan execración e ignominia sobre el recuerdo de sus verdugos. ◈

El cuento festivo

Un reloj, un abuelo

No menos de ochenta años tenía cuando llegó a nuestra casa. De los brazos de mi esposa, que le condujo con ternura, como a un hijo más, pasó a ocupar un lugar sobre el aparador. Pronto la familia supo de su arribo y todo lo abandonó para reunirse cerca del recién venido.

La primera explicación fué para los chicos, quienes nunca habían visto cosa igual:

—Es un reloj de péndulo...; da campanadas cada quince minutos. ¡Y cuidado con tocarlo porque se descompone!

—¡Qué vieja y descascarada está la caja! —exclamó la mayor de mis cuñadas—. Quedará lo más mono con una mano de barniz y filetes dorados.

Trabajo me costó quitarle de la cabeza su brillante idea, y, como siempre, se alejó refunfuñando. Entretanto, y con tiempo de sobra para dar su dictamen, habló el abuelo:

—Los años que tiene y sigue caminando... ¡Ah, de estas máquinas ya no se construyen!

Mi mujer dió un corte al asunto, empujando a la familia hacia la mesa tendida:

—Me lo regaló tía Lola; lo tenía en el altillo entre un montón de cosas viejas... Dice que su esposo lo compró allá por el año ochenta y tantos...

* * *

El entusiasmo de la familia por el reloj duró dos días. Durante ellos, me opuse tenazmente a todas las sugestiones: cambio de caja, reajustes, barnizados, etc.

—Una cuerda nueva reventaría esta máquina —argumentaba—. Piensen, también, que la compostura de este reloj debería encomendarse a un relojero de su época...

—¿Pretenderás que salgamos a buscar a un relojero de ciento o más años?

—¿Y que cuando se enferme el abuelo lo atienda el propio Hipócrates, que debió ser su contemporáneo?

Las observaciones eran acertadas, y tuve que esforzarme para encontrar una salida airosa.

—El abuelo no es un reloj, evidentemente...; pero ya que del abuelo hablamos, propongo que sea él quien diga la última palabra: ¿Debemos introducir en esta maquinaria piezas que trastornarán el ritmo de los viejos engranajes? ¿Dejaremos que un relojero de 1944 ponga sus manos sacrílegas en este aparato octogenario?

El abuelo—yo bien lo sabía—decidió la cuestión: el reloj era intocable.

Y, milagro o no, en aquel momento y como queriendo agradecernos la defensa, el viejo reloj, cuyas manecillas señalaban las cuatro y veinte, nos regaló con once campanadas. Toda la familia soltó la risa, y el muchacho más chico gritó, alborozado:

—¡Este reloj está loco! ¡Si faltan quince minutos para las nueve!

El abuelo se quedó serio.

* * *

La marcha de aquel reloj empezó a preocuparme. Si es que la anarquía puede reinar de alguna manera, reinaba dentro de aquella caja, en la cual nunca estaban de acuerdo las distintas partes del mecanismo. Repentinamente, la vieja máquina se largaba a tocar campanadas, acusando horas que sólo existían en su imaginación; otras veces, creo que distraído o malhumorado, dejaba pasar horas, medias y cuartos sin dar señales de vida; después, como queriendo recuperar los cuarenta y tantos años de inactividad, apurábase jadeante, pero la violencia de su impulso le hacía adelantar cuatro o cinco horas sobre la oficial, trastornando con ello las costumbres de los seres de este y de otros mundos, como en aquella oportunidad cuando muy orondo dió las doce campanadas que esperaban las brujas y los duendes para hacer sus rondas habituales y los pobres lleváronse un sofocón al hacer el ridículo con sus muecas y cabriolas a media tarde.



Deteníase luego, procurando ponerse a la par del reloj eléctrico que le acompañaba en la habitación, pero vencíale pronto el cansancio y nuevamente se quedaba atrás, desconcertado, abatido, sin ganas de seguir viviendo.

* * *

La familia le perdió el respeto. ¿Para qué sirve un reloj sino para trabajar con precisión y sin descanso? ¿Qué era eso de dar campanadas a la buena de Dios y en eterno desacuerdo con la hora de los informativos radiotelefónicos? Además, planteábanse a menudo en la casa problemas complicados.

—¿Oyen? — decía alguien —. Está dando las cuatro, pero... ¿Las cuatro de cuándo?

—¿Cómo de cuándo? —intervenía el abuelo—. Está dando las cuatro y se acabó.

—¡Ah, no, no, no! Está dando las cuatro, sí, pero, ¿de la mañana o de la tarde? ¿Del año en que dejó de funcionar o del que ahora vivimos? Imagínense que ahora esté señalando las cuatro de la mañana del 14 de agosto de 1904...

—Ya está imaginado... —dije—. ¿Qué ocurre con eso?

—¡Pues casi nada!... En primer lugar, que estaríamos en pleno invierno y levantados de madrugada sin necesidad...

Algunos, los más sugestionables, achucháronse de frío, pero aun les aguardaba un golpe terrible. El que hablaba continuó:

—Y si suponemos que está seña[...]
horas del año 1904, llegaremos a la
clusión de que cuantos estamos aquí
cepto el abuelo, no hemos nacido

Son mis familiares gentes tra[...]
y la teoría de no haber nacido,
por aquel insensato, estuvo a p[...]
provocar una tragedia. Mi mujer,
su instinto de madre, reunió pres[...]
los muchachos, y apretándolos fue[...]
te contra su pecho, exclamó:

—No hagan caso de esas camp[...]
queridos... ¡Todos nosotros hemos
do, y no hay reloj en el mundo que
probar lo contrario!

* * *

El abuelo le amaba. Eran de una
época, y ambos vivieron tiempos
cuando gobernaba el general Roca
dos sobresaltó alguna descarga
la revolución del 90; uno y otro
aclamar a Pellegrini... Ahora,
bio... El abuelo esforzábase en
meter una cuña en las convers[...]
del hogar, mantenidas sobre la
una terminología extraña: "sulf[...]
penicillina, hormonas, televisión,
cohetes...", y el reloj atribul[...]
y más cada día observando la
del reloj eléctrico, del ventilador
co, de la heladera eléctrica, de los
tos eléctricos... El solamente
vieja máquina que marchaba por
el afecto de un viejo abuelo, cuya
no era menos milagrosa, y el poco
de la familia, que compartía la
más pequeño de los vástagos:

—¡Este reloj está loco!

* * *

Lo llevaron a la habitación
y las cosas no mejoraron. El buen
no quería regir su existencia sin
indicaciones del reloj, y almorza[...]
cinco de la tarde, desayunábase
noche, cenaba al aclarar y recla[...]
five o'clock tea a las once de la
En vano fueron ruegos y ame[...]
amparábase él en las horas
aquella máquina, "de esas que
construyen", y todo el mundo
darle la razón antes de escuchar
labios, y por milésima vez, el
primer viaje de "La Porteña".

* * *

Fué en marzo cuando el abue[...]
salimos para Mar del Plata.
mujer que el mismo día de nue[...]
tida llegó a casa, y especialmente
por la familia, el barbudo prop[...]
un negocio de compra y venta,
jos de emocionarse por la ca[...]
hombres, mujeres y niños que le
con curiosidad, examinó el reloj
la sensacional oferta de cuatro

Así comenzó la cruenta lucha,
cual el pobre hombre cedía
en dosis de cincuenta centavos;
nese que cuando nuestro tren
su destino, el gremio de camb[...]
acababa de hacer un nuevo neg[...]
familia descansaba tranquila de[...]
embolsar los veintidós pesos con
centavos que dejó el dueño de "El
gaucho".

y una tía

por **Carlos V. Warnes**
ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"
ILUSTRACIONES DE RAÚL VALENCIA

En lo que respecta al abuelo, le dirían a su regreso que habían entrado ladrones y que, enamorados sin duda de aquella preciosidad, cargaron con ella. Mentira piadosa, si las hay, porque permitiría al viejo hablar de los valores del reloj, elegido por los cacos entre algunos objetos de valor. Incluso ese antipático y pretencioso reloj eléctrico...

❦ ❦ ❦

Regresamos a los doce días. Nos recibieron en la estación, y para aquella fecha nadie se acordaba del reloj. Llegamos a la casa, y, a la hora del almuerzo, el abuelo ocupó su lugar en la mesa puntualmente y sin hablar una palabra acerca de la máquina ausente. La familia quedó satisfecha; todo parecía indicar que íbamos a pasar un día amable, cuando...

Sonó el timbre y alguien corrió a la puerta. Era la tía Lola que llegaba muy nerviosa y seguida de un muchacho que cargaba un paquete.

—Cariños para todos, hijos. Vengo agitadísima...; anduve por el centro y...

Mientras hablaba cortaba piolines y apartaba papeles. Todos, cerca de ella, seguíamos sus movimientos con explicable curiosidad, no faltando quien le simplificara el trabajo con un tijeretazo oportuno.

¡Y apareció el reloj! El mismo reloj, el reloj que un día mi mujer trajo a la casa y que otro día vendieron a un cambalachero...

—Lo traje para ti, Julio... —la tía Lola se dirigía al abuelo —; he sabido que te gustaba mucho el reloj que os robaron y te traigo este otro idéntico que encontré en un negocio... ¡Me costó ciento ochenta pesos, pero me di el gusto!

El viejo reloj, al que ya habían dado posición vertical y cuerda, saludó a sus amigos con ocho campanadas.

—Pero entonces nadie soltó la risa —dijo a manera de epílogo el amigo que me contó la historia—. Y el menor de la familia comprendió que no causaría la menor gracia repetir su frase ingeniosa: "¡Este reloj está loco!" ◈



LA BARONESA QUE QUERIA LA PAZ...

"UNA GUERRA ENGENDRA SIEMPRE OTRA GUERRA" - VATICINO BERTA KINSKY EN "¡ABAJO LAS ARMAS!" Y SE CUMPLE SU PROFEC[illegible]



La baronesa Berta de Suttner, autora de "¡Abajo las armas!", obra que fué rechazada en principio por los editores por atrevida, pero a la cual se adjudicó en 1905, el premio Nóbel de la Paz.



Viena, la vieja ciudad que una vez se escandalizara ante la fuga de la condesita Kinsky, y llorar[illegible] ante la muerte de la ilustre pacifista.

El romance de la condesa Berta Kinsky

1862. La aristocracia de Austria baila al son enervante de las orquestas desoyendo el rumor de espadas con que se anuncian posibles conflictos bélicos.

Entre las figuras más descollantes de las fiestas de palacio y de los salones de la nobleza, cuéntanse Berta Kinsky y su madre, la condesa Sofía, viuda de un feldmariscal y chambelán del emperador, miembro, como su esposo, de una familia de generales austríacos, cuyos antiguos blasones fueron bruñidos en los campos de batalla.

Berta, belleza fina y vivaz, no tiene par entre las adolescentes de su rango recién presentadas en la Corte. Su talento, su cultura y su gracia enorgullecen a la madre, que ha vivido vigilante y celosa de la educación de su niña.

Posee Berta cuanto puede hacer feliz a una mujer; mas su espíritu no se encuentra en sí, parece girar siempre algo inclinado hacia un lado u otro de su propio eje: la vida mundana. Anhela ser una gran cantante. O bien algo..., algo que aun es incapaz de definir, pero que puede algún día aplomar su existencia fuera del círculo estricto de aristocracia y frivolidad al que parece destinada por su nacimiento. ¿Acaso el amor aplacaría su inquietud espiritual colmando su corazón?

Una noche, en un castillo de Praga, ante una concurrencia que luce en salones y terrazas, Berta canta. Pero no lo hace sólo con su timbrada voz, canta con la mirada, con la sonrisa, con todo su espíritu exquisito, porque toda ella está pendiente de uno solo de los espectadores: el príncipe Adolfo de Wittgenstein.

La fascinación de Berta es poderosa. Tras del canto, el baile. Y pocos días después Adolfo pide la mano de la condesita Kinsky.

Se aman con el deslumbramiento de una juventud feliz. La boda se apresta con rapidez. El príncipe, por asuntos particulares, ha de hacer un viaje a Norteamérica, y apenas regrese se efectuará el enlace en Viena.

Berta olvida en el hechizo sentimental sus ambiciones de cantante y aun más: aquellas otras indefinidas e inquietantes que arrebataban su espíritu a ensueños cuyo vago dintorno surgía entre nieblas más allá de los salones de baile. Sin embargo, el destino velaba en lo inimaginado por sus sueños. Berta es una criatura de privilegios y han de cumplirse sus sueños, aun aquellos vagos e indefinidos. Han de cumplirse en el dolor, en la madurez que sigue a las grandes conmociones espirituales. El príncipe Adolfo de Wittgenstein muere en el mar cuando descontaba en el calendario los días que aun faltaban para su dicha.

Encuentro con el destino

Los diecinueve años de Berta maduran de golpe. Se retira de la vida mundana y vuelve al estudio. Para combatir aquella pesada angustia en la cual parece que se hunden para siempre las potencias de su espíritu, la madre la obliga a viajar. Ha comenzado su aprendizaje para un gran destino, para aquel en el cual se agitara tan extrañamente su adolescencia, en la desconformidad y la ambición no colmada por el fasto de los salones.

Poco después la guerra asuela a Austria y da a Berta una visión pavorosa del más bárbaro y grande flagelo de la humanidad. Siéntese como nunca desconforme con su mundo y con su pasivo destino de mujer. Hasta que al fin, un día, en medio de aquel caos espiritual en que se agita, encuentra la verdadera orientación para su vida: la paz será su apostolado.

Le ha sido descubierto el camino por donde debe ir sin claudicaciones y a lo largo del cual ha de salirle al encuentro la felicidad y el triunfo. Ella ignora este dichoso epílogo, pero acepta, con verdadera embriaguez, los sinsabores de la lucha.

Escándalo en Viena

Pero, ¿cómo? Ella, culminación de un antiguo espíritu de militares que no ha oído hablar desde niña sino de la gloria de los campos de batalla, ¿va a inmolar su juventud al ideal de la paz? ¡Imposible!

Toda la familia, aun más, todo el mundo se alza contra ella. Berta siente alrededor de sí el vacío, pero en lo recóndito de su espíritu hay una armoniosa serenidad, que antes le era desconocida.

¿Pero es posible que en ese círculo de elegantes sólo ella aliente para aquel gran vuelo del espíritu?

A varias leguas de Viena vive en su [illegible] solariego un apuesto noble, hombre [illegible] también por sus ideas a su propio me[illegible] las tradiciones de su casa: Arturo Gu[illegible] barón de Suttner.

Tras la trivial fórmula de las presen[illegible] un mutuo cambio de ideas. Y de [illegible] la sorpresa: la armonía espiritual. ¿Es [illegible] Berta hace tiempo que se encuentra [illegible] a la soledad, y Arturo, a su vez, no cre[illegible] espíritu ni en la inteligencia de ningun[illegible] Sin embargo, ambos se atraen, se co[illegible] y concluyen por amarse apasionadam[illegible]

Ya están los dos frente a ese hostil [illegible] de aristócratas, unidos como dos ár[illegible] una sola y fuerte raíz: el amor y el sueñ[illegible] villoso de la obra común. Pero he aquí [illegible] familias de ambos se oponen irreducti[illegible] culminación del romance. La madre de [illegible] no se resigna a que su hija, educada [illegible] príncipe, y a la cual viera ya del [illegible] Adolfo de Wittgenstein, fracase en bar[illegible] Suttner. Los parientes de él no simpat[illegible] una mujer rebelde a las tradiciones fe[illegible] y a los antiguos cánones de la aristoc[illegible]

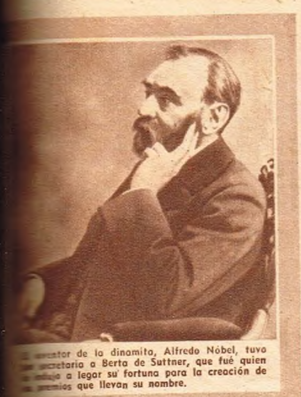
El escándalo estalla en la Viena elegan[illegible] ta Kinsky huyó con el barón de Suttne[illegible] la rebelde no podía concluir de otra [illegible]

Pero cuando aun el carruaje que [illegible] del humeante hervidero social rueda [illegible] caminos de Austria, se aplacan las voc[illegible] enamorados encontrábanse casados secr[illegible] te desde pocos días antes.

El término del romancesco viaje es [illegible] caso. Hospédalos allí la princesa de Min[illegible] Mas no están dispuestos ninguno de lo[illegible] la vida apacible y señoril. Poseen esca[illegible] dios de vida y anhelan trabajar, real[illegible] obra bella, gozando de una independen[illegible] posible hasta entonces para ambos.

Juntos recorren las localidades más im[illegible] tes del sur de Rusia dando lecciones de [illegible] jo él, enseñando canto e idiomas ella. C[illegible] zan a escribir cuentos y artículos que [illegible] en revistas de categoría. Publican lib[illegible] éxito, gracias a los cuales vuelve a [illegible] de ellos en las altas esferas de Viena. [illegible] los padres de Arturo Gundakkar per[illegible] y ambos vuelven felices, cada día más [illegible]

Por
Rosario Beltrán Núñez
ESPECIAL PARA "LEOPLAN"


...nventor de la dinamita, Alfredo Nóbel, tuvo ... secretaria a Berta de Suttner, que fué quien ... indujo a legar su fortuna para la creación de ... premios que llevan su nombre.

... el amor, la lucha y el triunfo, a instalarse ... la antigua residencia solariega de los caba... de Suttner. Comienza para Berta una ... y definitiva etapa.

"¡Abajo las armas!"

...890. La publicación de "¡Abajo las armas!", ... en el cual pinta fogosamente el horror ... la inutilidad de la guerra, prestigia en el ... entero el nombre de la baronesa de ...ttner. Leen la obra millones de hombres y ...jeres; y la insigne autora es invitada desde ...dres, desde La Haya y otros centros de ...tura, a dar conferencias y presidir congre... de la paz. Los gobiernos de distintos países ...nden en el pecho de la ilustre baronesa las ... altas distinciones.

Secretaria e inspiradora de Nóbel

1896. Alfredo Nóbel, el inventor de la di...mita, agoniza más que vive, mientras el oto... abre las primeras flores de nieve en los ...ntes y praderas de su Suecia natal. No sólo ... enfermedad, sino el remordimiento, han apre...ado los estragos del tiempo y la fatiga en ... existencia entregada por entero al estudio, ... el encierro de los laboratorios de química. ¡El inventor de la dinamita! ¡Cuánto duelen a ... espíritu esos cinco breves vocablos que le ...ñalan ante el mundo como el generador de ... fuerza demoníaca!

Al fin, el 10 de diciembre de 1896, Alfredo Nóbel entra en el reposo absoluto, mas he aquí ... ha muerto tranquilo, satisfecho de sí mis..., gracias al benéfico influjo de un espíritu ...menino.

Berta de Suttner era desde hacía tiempo su ...gente secretaria. Nóbel la admira de cora.... Fácil le fué a ella, con su clarividencia ge...al, desvanecer sus preocupaciones induciéndole a legar su inmensa fortuna para la crea...ón de los premios Nóbel.

1914. 20 de junio. La baronesa de Suttner muere en la milenaria e imperial Viena, igno...ndo que empieza ya a cumplirse su predic...ón de "¡Abajo las armas!": "Una guerra en...ndra siempre otra guerra". Y que ni aun ...spués de veintiocho años de su muerte, ha...án de envejecer sus palabras ni su libro, pe...ennemente remozados con el desangre de la ...manidad. ⊛

En el interior de la República, el PATRONATO NACIONAL DE CIEGOS cuenta con el dispensario número 3 en la ciudad de Santa Fe, San Jerónimo 1823, y el número 4 en Tucumán, Las Heras 879; la atención en los mismos es completamente gratuita.

El cuento chaqueño

El rey del monte

¡TAC-TAC!" Las hachas brillaban y rebrillaban al tajear los troncos de los quebrachos...

Eugenio se quitó el casco para secarse la frente con su gran pañuelo. ¡Había sido muy ruda la jornada! ¡Como la del día anterior y la de muchos, muchos días atrás, por años y años! ¿Años? ¡Siglos de calor, plagas, incomodidades, soledad!... ¡Pero al fin, tantos sacrificios rendían óptimos frutos! Cuando llegara al Chaco no poseía más que juventud, inmejorables dotes físicas y morales y la mejor voluntad del mundo para labrarse una posición con sus propias manos, que eran fuertes y honradas, pero que estaban vacías. Trabajó mucho y duro, hasta llegar a ser jefe del más importante obraje de una gran firma de explotación forestal. Y ahora lo ascendían a técnico de la fábrica, sita en la villa principal de la compañía. A más de un señalado y promisorio adelanto en su carrera, significaba volver a vivir en medio de la civilización, gozando de una sociabilidad y de unas comodidades relativamente buenas. Y, para culminación de gozo, le permitiría brindar un hogar seguro a la cariñosa y fiel muchacha que lo esperara por tantos años.

La recién llegada cuadrilla de refuerzo acababa de entregarle una comunicación de la Gerencia, donde le confirmaban su nombramiento, anunciándole también la pronta llegada de su sustituto en el obraje. Abarcó, pues, con una amplia mirada, que parecía un anticipado abrazo de despedida, el cuadro bravío de sus hacheros en plena labor, enorgulleciéndose al pensar una vez más, que gracias a ellos se construían durmientes para tender vías hasta el infinito y se extraía tanino para llenar bodegas y bodegas. No obstante, lo inquietaba algún remordimiento al abatir tanto magnífico árbol: lapacho, urunday, guayacán, palo santo, guabiyú, y ¡al rey del monte chaqueño: el quebracho! "Lo abatimos en unas horas, a él, que necesita doscientos años para crece... Por eso propiciaba, dentro de su compañía, un movimiento en pro de la repoblación forestal, que parecía a punto de cristalizar en plan ac... Sería un gran estacionamiento de capital, pero en beneficio de las ge... raciones venideras y, con ellas, del país.

Si con la mano derecha había blandido el hacha, con la izquierda que... ría plantar. Y el quebracho debía saberlo, porque le había rendido ge... rosamente toda su riqueza, sin cobrarse revancha alguna... ¡En ca... con su amigo Felipe!... A propósito, ¿qué sería de él?...

—¡Ciriaco! ¿No se han tenido noticias de don Felipe?

Su capataz se le acercó prestamente:

—¡Cierto, paa! Esta tarde se nos vino a buscar trabajo otro de ... peones de su obraje; dice que todo marcha al revés... Y... ¡desde ... murió el guanito!

—Bueno, ya se va el sol, basta de faena por hoy. Vigile todo, que ... me daré una vueltita hasta el obraje 14...

—Mi cherubichá, vaya por la picada chica que acaban de abrir ... tros hombres, así ahorrará camino, por más que la "14" está aca... cerca... ¡Si don Felipe hubiera seguido mi consejo de saludar con ... peto al quebracho cuando recién llegó, no sufriría ahora tantas ... gracias!...

Con un preocupado: "¡Hasta luego!", Eugenio taloneó a su ... dura haciéndola zigzaguear por el accidentado terreno del claro, ... to a la sazón de troncos derribados. Pasó junto a los cachapés, do... peones cargaban los rollizos, y rumbeó por la estrecha picada ... "monte fuerte" adelante... Se había hecho tanto al misticismo pr... del pago, que le parecía ver y oír entre las frondas multiformes ... espíritus del bosque murmurando las últimas palabras de Ciriaco: "... don Felipe hubiera seguido mi consejo de saludar con respeto al ... bracho cuando recién llegó, no sufriría ahora tantas desgracias!"

Ambos jóvenes, muy amigos y compañeros, llegaron juntos al C... para labrarse un porvenir. Aquel prototipo de los hijos del mo... era Ciriaco, los había guiado por su reino paterno, advirtiéndole... primera vez que se encuentren frente a un quebracho, deben sal... con respeto, porque es el rey... Si no lo hacen, enviará contra ... a todos sus poderes maléficos, pestes, alimañas... Si lo hacen, dej... lo hachen en pleno corazón, brindándose generosamente en ... sobre las mismas manos que lo hayan herido... ¡Es la ley de... bracho!"

Felipe había reído burlonamente, negándose a ello, alegando que ... burdas supersticiones de montaraces ignorantes. "El quebracho ... más que un árbol y el hombre es el rey de la creación. Con mi ... y con mi brazo puedo demostrarlo fácilmente, ¡y lo demostr...

En cambio Eugenio se inclinó respetuosamente frente al colos... queño. No tanto por abandono a la superstición que alienta ... corazón humano por proyección ancestral, cuanto por romanticis... juventud sensible.

Y comenzó la brega, en que ambos fueron luchadores esforzados. ... un principio, Felipe pareció triunfar del monte con las solas ar... su "cerebro" y de su "brazo". Tanto así, que mucho antes que su ... tuvo un obraje bajo su dirección y hasta un hogar, pues trajo ... a su esposa y a su hijito de corta edad. Fué entonces, en plena ... guez del triunfo y de la dicha, sin duda para causar por contra... mayor dolor posible, cuando el monte comenzó su revancha...

¡El monte, el "monte fuerte" chaqueño! En un principio parec... lo que define la geografía: "Formación cerrada de bosque, impe... ble a causa del monte bajo que forma el soto"... Naturaleza ce... cuando no milenaria, virgen y bravía, pero... ¡qué hay sobre la ... que el hombre no pueda destrozar!... Mas, luego, viviendo en s... comienza a sentirse como si se fuese solamente una de sus plant... treras, con las raíces fuertemente clavadas en esa tierra, que nos ... savia, con las mismas propiedades de excitante efímero y vene... placable de un alcaloide. ¿Cómo se puede seguir pretendiendo do... al quebracho? El se agiganta mientras uno se empequeñece. Para ... batirlo, cuando no más ya que para resistirlo, se piden fuerzas pr... al alcohol, y aquellas que no se llevó el monte, concluye por ... selas en intereses monstruosos este terrible usurero.

¡Entonces se ve con claridad que el quebracho es rey, rey en el ... decer de su gloria, pero rey acaso hasta en la misma noche! Y más ... de o más temprano aniquila al qué cometió contra él el crimen de ... garlo.

Porque Eugenio se mostrara respetuoso, el quebracho fué su ami... protector. Porque Felipe no hiciese lo propio, se declaró su ene... implacable; lo retenía preso en la selva por embrujo montaraz y ... cluiría por matarlo cruelmente, ¡era su inexorable ley!

Y principiaron las desgracias: al niño lo minó el clima agobiad...

Por ***Helvecia Hirt***

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"
ILUSTRACIONES DE MARIANO ALFONSO



murió al poco tiempo de tisis galopante. Como la madre, debilitada y dolida, parecía a punto de enfermar también, Felipe la envió rápidamente a casa de sus padres en Santa Fe, y le mentía carta tras carta, que él estaba muy bien, y que no la necesitaba, para que no regresase, para salvarla de aquella superstición que comenzaba a tomar cuerpo de terrible realidad. No quería dar su brazo a torcer reconociéndolo frente a los demás, pero consigo mismo no podría menos de hacerlo: ¡Las áreas que se le asignaban para explotar se incendiaban, sus jangadas se perdían, los trenes que llevaban sus rollizos descarrilaban, sus peones se accidentaban casi a diario..., su hijito había muerto, su esposa estaba enferma y lejana, y él mismo sufría de chucho!

Tan indomable era su espíritu varonil de lucha por la existencia, que todavía convaleciente le había dicho a Eugenio días atrás, la última vez que se vieran: "Esto... no ha sido más que casualidad. Me río ahora mejor que nunca de todas las supersticiones. ¡Voy a arrasar el monte, arrancando de raíz a los quebrachos, para mostrarles lo que es y lo que puede el hombre!..."

❦ ❦ ❦

Ya era noche cerrada cuando Eugenio llegó al obraje 14. Una única puerta iluminada lo invitó a entrar; correspondía a la proveeduría, donde se velaban algunos peones entreteniéndose con poca conversación y mucha ginebra.

—¡Don Eugenio! ¡Güepa con la sorpresa!... ¿Que cómo anda el patrón? Y... el "mal del quebracho" lo tiene apurado. Busca consuelo en la botella y resulta peor... Se fué a dormir gritando que nadie lo molestase, pero a usted, cherubichá, lo va a recibir con gusto... ¡Y de no!...

Meneando la cabeza preocupadamente, Eugenio hizo a grandes zancadas los metros que lo separaban del rancho de Felipe. Llegaba casi junto a la entreabierta puerta, cuando una singular forma rastreante que salía de ella lo paró en seco de sorpresa. La iluminó rápidamente con su linterna, alcanzándole a ver el dibujo característico sobre la piel amarilla, antes de que desapareciese entre los matorrales vecinos: ¡Una yarará! ¿Cómo seguirla en la oscuridad para matarla? Y quizá fuese inútil el hacerlo, porque de haber ya mordido, no le restaría veneno... "¡Felipe!" Ese extraño silencio auguraba muerte... "¡Cherubichá!" Los peones llegaban, también curiosos y angustiados, trayendo candiles...

Abierta del todo la puerta por un premioso empujón, las luces dieron de lleno sobre el cuerpo de Felipe, caído en tierra. Los rígidos dedos de su diestra apretaban aún el palo de quebracho colorado que le servía de tranca para la ventana... Eugenio se inclinó, mirándose en aquellos ojos, cristalizados por la muerte en una expresión desesperada. Sintió que una ola de horror le anegaba el cerebro, porque creyó leer en esas pupilas, retrospectivamente, lo que había sucedido... Entre las nubes del alcohol y del sueño, surge la cabeza ondulante de la yarará. Felipe salta del lecho y toma el palo de quebracho para matarla, pero es tan pesado que no le deja mover el brazo, ¿o sería efecto de la borrachera?... ¡Acaso la víbora misma no fuese más que una pesadilla de ebriedad! Pero no... ¡Lo ha mordido!... ¿Por qué no puede levantar el brazo para destrozar a esa maldita?... Por el peso del palo y de la horrible hinchazón que va subiendo desde la mordedura del antebrazo... Intenta pedir auxilio, pero su voz es un estertor... El brazo le pesa tanto, que siente como si se le fuese hundiendo poco a poco en la tierra... Se ahoga, se ahoga... ¡Unas raíces se enlazan a su cuello y aprietan, aprietan hasta estrangularlo!...

¿Delirio? ¿Locura?... Eugenio se apartó trastabillando y corrió desalentado hacia el primer quebracho que distinguió a la fría luz lunar. Tenía aquel ejemplar un hacha clavada en la profunda herida de su tronco, pero aun así estaba erguido con toda la majestad de un rey legendario. El hombre cayó de rodillas a sus plantas, rezándole abrasadamente entre hipos de llanto:

—¡Rey del monte... Tata quebracho... Rey del monte!... ❖

Habla un viejo... joven

¿Por qué van las juventudes a la guerra?— se preguntaba France. E inmediatamente aconsejaba: —Debiéramos ir los viejos, así el mundo quedaba en la plenitud de su fuerza y se libraba del pesado lastre de la vejez.

Y Anatole France contaba entonces 60 años, edad de viejo, y seguía produciendo aquellas maravillosas páginas que habían de deleitar y conmover a millares y millares de lectores...

Cabe entonces preguntarse: ¿Depende de los jóvenes o de los viejos el bienestar del mundo? ¿Son los primeros o los últimos los que crean, los que inventan, los que transforman en arte, en mecánica, en ciencias? France, a quien siempre sobraban razones para defender sus razones, nos diría que no valía la pena la averiguación. En el mejor de los casos, si llegáramos a demostrarle que eran los viejos los creadores, él nos respondería que salvar a la juventud de hoy era reservar una buena vejez para mañana.

Medicina y psicología

Pero para adentrarnos un poco en el estudio de este problema, sería necesario establecer previamente una división oportuna de las edades del hombre, tomando los setenta años como término medio de vida. 14 años corresponden a la infancia, cuatro a la adolescencia, siete a la primera juventud, de la que es raro esperar ningún fruto definitivo..., y ya tenemos al hombre en los veinticinco años. Comienza entonces la juventud seria, si así pudiera llamársela, y ella se prolonga diez años más. A los treinta y cinco años nace la madurez y a los cincuenta y cinco la vejez. Esta división más o menos caprichosa he podido realizarla sin valerme de las etapas clásicas. La medicina atiende, para señalar estas diversas napas de la vida, al mayor florecimiento o desgaste del organismo, pero llega a la desoladora comprobación de que todos los organismos son distintos y que no puede fijarse la duración de la máquina humana como la de un motor a explosión. La psicología enfoca solamente el brillo del espíritu y acuerda a la juventud un tono de alegría, a la madurez de serenidad y a la vejez de tristeza.

Así para el psicólogo hay jóvenes viejos y ancianos capaces de juventud.

Estadística curiosa.

Obreros

Yo he recurrido a una estadística fácil. Sobre cincuenta individuos he estudiado la evolución del organismo y del carácter a través de los años, y ese estudio me ha permitido arribar a mi tabla de edades con un noventa por ciento de exactitud. Veamos los resultados:

En los cincuenta individuos observados hay treinta y seis obreros, ocho empleados de escritorio, dos boxeadores, dos escritores, dos maestros de escuela. Los obreros tuvieron su época de mayor rendimiento, según declaración propia y de testigos, entre los 16 y los 35 años. Diecinueve años de rendimiento extraordinario que les permitió ganar los mayores jornales como trabajadores a destajo. Luego se aflojó la fuerza de la mano, y el martillo, la cuchara de albañil o el pico tenían menos eficacia. Decrecieron los jornales o la frecuencia de trabajo y se mantuvieron malamente viviendo de su labor hasta los 55 años. De ese límite sólo cuatro pasaron relativamente.

Oficinistas

De los ocho empleados de escritorio, casi todos hicieron una carrera lenta hasta los 28 ó 30 años. De ahí para arriba consiguieron sus mejores ascensos y fueron reconocidos por sus superiores como hombres de verdadera utilidad. Uno de ellos, que había llegado a los 45 a la gerencia de una gran fábrica de tejidos, me decía:

—Esa tarea aparentemente sencilla de llevar libros, de controlar una contabilidad, de atender una corresponsalía comercial, es más seria de lo que parece. No se necesitará un talento especial, pero en cambio se requieren otras condiciones especiales y por cierto raras: serenidad mental, comprensión rápida, orden y amor por el trabajo. Hasta que uno se acerca a la cumbre de los treinta años es difícil que posea tres de estas cuatro condiciones: la serenidad, el orden y el amor por el trabajo. El hombre joven, inquieto, afanoso por renovar, no puede ser verdaderamente útil en esas tareas de contabilidad, donde el sistema de las innovaciones es siempre perjudicial. Yo recuerdo que durante los primeros diez años de mi trabajo en escritorio, me empeñaba todos los días en modificar algo: proponía un nuevo sistema de asientos, aconsejaba un fichero en cambio de un libro, quería cambiar la redacción de esas gastadas pero insustituibles cartas-formulario que se utilizan en las relaciones comerciales. Y siempre mi jefe o algún empleado más antiguo terminaban por mostrarme mi error. Después de los treinta años reconocí que el sistema de contabilidad que utilizábamos era excelente, que las cartas decían precisamente lo que queríamos decir y que eso bastaba, que los libros se ajustaban a las exigencias legales, etc. Dejé de ser el revolucionario del trabajo y me convertí en un productor útil. Esa es mi historia y la de muchos de los que como yo han comenzado siendo "pinches" de escritorio. Hasta los cincuenta años somos útiles, capaces, rendidores. Después, ya generalmente el patrón nos aumenta la habilitación para que nos retiremos a vivir tranquilamente.

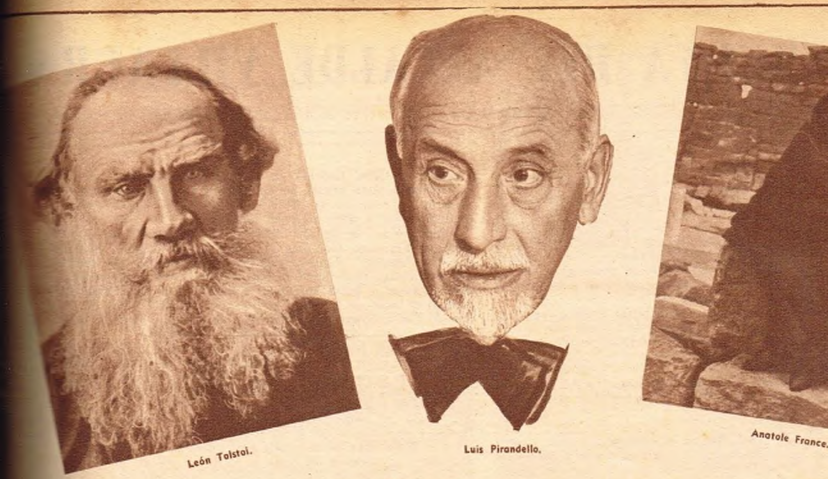


Los empleados de escritorio hacen una carrera lenta hasta los 30 años; de ahí para arriba consiguen sus mejores ascensos. Es el triunfo de la edad madura.

¿JOVENES...

Víctor Hugo.

Georges Clemenceau.



León Tolstoi.

Luis Pirandello.

Anatole France.

O VIEJOS?

¿A QUE ALTURA DE SU VIDA ES EL HOMBRE MAS UTIL A LA HUMANIDAD?

Por el Dr. Lewiss Cilley

Boxeadores

El caso de los dos boxeadores era más sencillo. Hasta los 22 años uno y hasta los 18 el otro habían actuado en el amateurismo. Llegaron al profesionalismo ya con fallas en el órgano que más siente esta terrible actividad: el cerebro. A ambos les traté varias veces durante su vida pugilística. Entre los 24 y los 27 años estuvo su rendimiento mayor. Ganaron las mejores peleas y obtuvieron las más abundantes bolsas. Actuaban en el *ring* con valentía y decisión y entusiasmaban al público. Una noche uno de ellos sufrió un K.O. sensacional. Un fuerte *punch* de su adversario en el mentón le levantó en el aire y le hizo caer luego sobre el tapiz con un desmayo que le duró tres minutos largos. Fuí llamado a su camarín. El hombre lloraba. Tenía miedo. No quería pelear más. Y no volvió a pelear. Luego, en mi consultorio, me confesaba:

—Fuí a aquella pelea con miedo, doctor. Hacía ya como dos meses que me sentía con miedo, se lo confieso. Estaba en todo el poder de mi *punch*, pero me sentía asustado...

Efectivamente. Al hombre le había llegado la edad de tener miedo. Los boxeadores fallan todos por ese lado: un día se asustan y se acabó el hombre. Los golpes, la vida trágica del *training* aceleran el proceso de su existencia. Diez años de utilidad, entre los 20 y los 30 años, constituyen el período de rendimiento mayor.

El otro boxeador al que estudié, llegó sobre el *ring* a los 20 años. Pero también desde los 18 estaba acobardado. Fué desde entonces el clásico noqueado, el hombre a quien le pagan unos pesos para que al primer golpe de su adversario se tire sobre la lona. Terminó su carrera una noche en que peleó en Marsella y unos marineros advirtieron su estratagema. Pocos días después llegó a mi consultorio con dos tajos en la cara y el cuerpo lleno de moretones, declarándome:

—Doctor: se acabó el *ring*...

Maestros

La tarea de enseñar frente a un inquieto grupo de jóvenes o de niños, no es tarea —así lo indican las estadísticas— para hombres de excesiva juventud. El magisterio exige reposo cerebral y un bien formado carácter, que sólo se adquiere en la madurez. Hasta la voz ha de tener tal pausada entonación que es difícil encontrar en los hombres que aun no han entrado en la edad de la madurez.

El maestro de escuela que se encuentra entre los que he estudiado, me confesaba:

—Comencé a actuar desde joven y los comienzos fueron muy duros. Hoy estoy convencido de que aquellos muchachos no me tomaban en serio. Y habiendo perdido el respeto de mis alumnos, de poco valían mis diarias lecciones, tanto me llegó a impresionar mi evidente falta de ascendiente que tuve que luchar mucho tiempo con un verdadero complejo de inferioridad frente al alumnado.

Ahora, lo que no conseguía mi entusiasmo y mi tesón, lo obtiene mi cabeza blanqueada por los años. Me siento seguro frente a la clase, porque tengo la convicción de que mis palabras son escuchadas y de que he adquirido el aplomo necesario para concentrar la atención de los educandos.

Los escritores - Voltaire, Víctor Hugo, Pirandello

En el campo de la literatura es donde, quizá, se destaque más el triunfo de la madurez sobre la juventud. Hombres que. de jóvenes fueron oscuros ciudadanos o ignorados escritores, se revelaron de pronto con verdaderas obras maestras,

Pirandello, por ejemplo, tenía sesenta años de edad cuando daba al teatro las obras que lo han hecho inmortal.

Víctor Hugo, Clemenceau, el viejo "Tigre", producían páginas inolvidables cuando ya habían pasado siete décadas de su existencia. Y así otros muchos. Al escritor brillante, al autor teatral que impone sus piezas en largas temporadas a través del tiempo, hay que buscarlo entre los hombres que ya han dejado atrás los cuarenta años de edad. Ahí están el "Diccionario Filosófico", que Voltaire escribió a los 70 años; "La importancia de la revolución rusa", que Tolstoi redactaba cuando iba a cumplir los 80 años.

Y así, larga sería la serie de ancianos que han mantenido latentes las hermosas cualidades del intelecto. "El hombre interior en vez de envejecer, renuévase cada día", ha dicho Bossuet. Y James ha declarado: "Sólo es viejo aquel que no ha sabido mantenerse joven".

Desde luego que muchos hombres jóvenes han producido obras brillantes y de extraordinario éxito, pero eso confirma la regla. Porque toda regla, como es sabido, tiene su excepción. ◈

Los boxeadores hacen sus mejores peleas y obtienen mayores bolsas entre los 20 y los 30 años. Después llega la edad de tener miedo.



LA DERROTA DEL ALCALDE VILLAGRA

ALTERNATIVAS DE UN CURIOSO PROCESO QUE TUVO LUGAR HACE TRES SIGLOS EN SAN MIGUEL DE TUCUMÁN

I

Corre el año 1637. San Miguel de Tucumán está emplazada junto al campo de Ibatín, en la provincia que lleva su nombre. La paz y el sosiego imperan en la ciudad. Un vecino de probadas virtudes y sólido prestigio, el capitán Don Juan de Villagra, acaba de ser nombrado alcalde ordinario por Su Majestad. Tiene un hogar modelo, formado por su esposa Isabel y sus dos hijos de pocos años: Inés y Julián. Profesa la religión católica. Se prosterna ante Dios y va a oficiar de juez entre los hombres.

Promedia agosto. Es un día frío, con obscuridad de neblina, que borra los contornos de los cerros aledaños. Don Juan de Villagra sale del Cabildo, llega apenado a su casa y encuentra a Isabel ordenando ropas en un viejo arcón. Se le acerca, la besa en silencio.

—¿Estás enfermo? — le dice amorosa.

Vaga su mirada en un presentimiento que le inquieta; el alcalde responde:

—Hace un rato abrí un proceso criminal. Me da lástima; pero tendré que obrar con rigor.

—¿Qué ocurre?

—Prendí a un sobrino de Antón Bernal, el mercader, llamado Cristóbal de Cobos. Apenas cuenta dieciséis años. Nació en el puerto de Buenos Aires y viene de paso para el Perú. Antón dió querella contra él porque le robó trescientos pesos de una caja, hechura de Flandes. El mancebo descerrajó la puerta de calle, entró en la casa y quemó la tapa de la caja por la manezuela de la cerradura para abrirla.

—¡Desventurada criatura!

—Si los delitos se comprueban...

El alcalde corta la frase. Prefiere callar. La responsabilidad de sus funciones le lleva a dialogar con su conciencia.

II

A la mañana siguiente, gentes de todo pelaje van y vienen por la calle real, moviendo un misterioso cuchicheo. Entre la edificación, un monasterio de proporciones destacadas: el de Nuestra Señora de la Merced. Casonas fronteras del convento atraen las miradas de los transeúntes. En una de ellas se cometió el robo con escalamiento e incendio.

En su despacho, Don Juan de Villagra encuentra un escrito de tinta fresca. Lee: *Desistimiento*. Mira la firma: *Antón Bernal*. Desiste Antón Bernal de la querella. Recobró el dinero robado. Cristóbal —dice— le confesó en la cárcel pública que le había enterrado al pie de un naranjo, en el solar de los menores de Acosta Caballero. Fué a buscarle en compañía de Jerónimo de Escobar y Bartolomé Santos de Escobar, y lo desenterró en su presencia.

El alcalde relee el papel con escepticismo. No se aviene el desistimiento con la acusación acre y cargosa del día anterior, ni con el torpe temperamento del querellante. Algún personaje extraño se ha entrometido en la demanda con fines que no alcanza a comprender. Se siente inclinado al perdón; pero no puede acceder al petitorio. Hay que seguir la causa de oficio de la real justicia. La ley lo prescribe.

III

Es famoso el vecino Jerónimo de Escobar. De él se cuentan aventuras de toda suerte. En 1637, aconseja a encomenderos, media entre mercaderes, orienta y dirige analfabetos, contrata menestrales. Defiende causas perdidas y las gana. Estudió humanidades en Córdoba; habla latín; conoce las leyes, decretos y ordenanzas en vigor; está familiarizado con los sagrados cánones e impuesto de las últimas bulas y breves pontificios. En la curia eclesiástica entra como por su casa, aunque se le mira con recelo. Es más la confianza que se toma que la que le dan. Sólo con los jesuítas no ha hecho buenas migas, aunque ha intentado amigarse con ellos. Jerónimo de Escobar acompañó a Antón Bernal a desenterrar la plata. Bernal, hombre rudo y analfabeto, ni comprende la situación de su sobrino, ni aprecia lo que ella significa para la suya. Tiene su fundamento la presunción del alcalde.



Notificado por el alguacil mayor, para proseguir la averiguación, el mercader Francisco González comparece en el juzgado. Jerónimo de Escobar — declara — estuvo en mi comercio y me dijo que anoche [illegible] una obra buena, procurando un poco de plata, cosa de trescientos pesos, que un mozo le había hurtado a Antón Bernal. Ese mismo mozo le confesó el hurto en la cárcel y le manifestó dónde había guardado el dinero. Fué a buscarle con Bernal y su hermano Bernabé Santos de Escobar, y él lo halló enterrado junto a un naranjo.

Depone luego Jerónimo de Escobar. Habla con desparpajo. Sabe lo que conviene callar y lo que importa decir. Lo aprovecha cuando [illegible] a tener parte en la causa. En la de Cristóbal ya la tiene. ¿Acaso no es menor de edad? Por ley puede nombrar tutor y defensor. Él se encarga de la defensa y le sobrarán mañas para "componerlo todo". Así, declara que viendo que estaba preso Cristóbal de Cobos por querella de Antón Bernal, y sospechando que a éste la había hurtado trescientos pesos, [illegible] ver si el dicho Cristóbal descubría alguna cosa lo visitó en la cárcel y le dijo que si era sabedor del hurto se lo dijese, que él "procuraría componerlo por todos los medios posibles". Sigue hablando con [illegible] mentales y haciendo alarde de su habilidad forense.

Ya es evidente quién mueve el proceso. Jerónimo de Escobar es [illegible] inescrupuloso, apasionado. Pero — piensa el alcalde — no podrá "componerlo todo", como él promete.

Procede tomar al reo la confesión de derecho. Por ser menor de veinticinco años y mayor de catorce, se le notifica que puede nombrar tutor y defensor. Designa a Jerónimo de Escobar, sin limitación de poder dentro y fuera del juicio. Jerónimo acepta complacido y le dice a Antón Bernal:

—Hemos triunfado. Esta causa yo no la pierdo.

IV

La cárcel pública, donde está preso Cristóbal, queda en las afueras de la ciudad. A ella se va por un camino de herradura. En sus cercanías se levanta una ermita dedicada a los Santos Apóstoles Simón y Judas.

En el calabozo se ha dispuesto lo necesario para la confesión del [illegible] una mesa, sillas, un crucifijo, los Santos Evangelios, tinta, pluma y papel. Asisten a la diligencia, además del alcalde y el alguacil mayor [illegible] Melgarejo, Jerónimo de Escobar y dos vecinos que servirán de testigos. El alcalde manda que liberen a Cristóbal de los grillos que le aprisionan. Sonríe Jerónimo, porque en ese rasgo de misericordia entrevé un [illegible] de pusilanimidad. El encausado confiesa ampliamente su delito.

Jerónimo ha seguido la declaración con manifiesta nerviosidad. Su [illegible] tro se reviste de un ceño adusto y en su mirada brillan fulgores de [illegible] llas medrosas. Cavila... Impedirá la sentencia que presiente.

V

Sólo hay un recurso para librar a Cristóbal de Cobos de una terrible sentencia: [illegible] traerle a la jurisdicción de la autoridad civil. De la [illegible] Jerónimo se dirige a la [illegible] del P. Juan de Medina, [illegible] sionado de la Santa Cruzada, que reemplaza al cura [illegible] P. Juan Serrano hasta que [illegible] grese de la estancia que [illegible] en el río Hondo. Narra al eclesiástico lo que sucede, [illegible] palabras que aterran y [illegible] conmovedor.

—¿Incurrió en los delitos [illegible] que se le acusa? — pregunta el clérigo.

—Acaba de confesarlos. [illegible] anoche, Cristóbal hizo fuga [illegible] calabozo y se retrajo en la ermita de los Apóstoles Simón y Judas, de donde el [illegible] Antón Morel lo sacó con [illegible] temor de Dios y quebrantando las inmunidades de la Iglesia y lo volvió a la cárcel.

Por

Eduardo Alonso Crespo

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

—¿Cómo pudo quitarse los grillos?

—Los rompió con una lima que le dieron.

No se convence el P. Medina. Es tímido. Vacila. Por fin dice:

—Esperemos el regreso del P. Serrano. El es el juez vicario. Dentro de un par de días estará de vuelta.

Jerónimo protesta razones de apuro. Hay que evitar cualquier sentencia. Exige al P. Medina que exhorte al alcalde la restitución de Cristóbal a la ermita de la que fué sacado, responsabilizándole de que no se guarden al retraído las inmunidades de la Iglesia.

Titubea el eclesiástico ante un problema teológico y un caso de conciencia. Entre vacilaciones accede a la petición.

Al día siguiente, el P. Medina visita al alcalde y le entrega el escrito. Departen amigablemente. El alcalde dice confiado: Jerónimo de Escobar no podrá probar la evasión del reo.

No quedó satisfecho Jerónimo con el texto del exhorto. Lo halló débil y presume su ineficacia. Escribe otro en su carácter de defensor y lo presenta apenas el P. Medina se retira del Cabildo. Don Juan de Villagra lo lee. ¡Qué tono acre, con asomos de despecho! El juez parece trocado en reo. Los que empiezan a soplar son vientos de tormenta...

Dan las 12. El alcalde va a su casa preocupado por este escrito. Isabel le espera contenta.

—¡Qué felicidad! — le dice —. Ya puedes abandonar ese endiablado proceso.

—¿Abandonarlo? ¿Cómo?

—Acaba de irse doña Gregoria de Abreu, la tendera. Vino a implorar perdón para Cristóbal de Cobos. Dijo que el muchacho se fugó de la cárcel, se refugió en lugar sagrado y que ahora es el cura vicario quien le debe juzgar.

—Inexacto. Se trata de una industria de Jerónimo de Escobar para impedir la condena del mancebo.

La alegría de Isabel se nubla súbitamente. Luego, pregunta con pesadumbre:

—¿Y qué piensas hacer?

—Proseguir la causa. No puedo permitir que se oscurezca la buena administración de la real justicia.

Calla el alcalde, perdida su imaginación en los vericuetos del sumario. Calla Isabel, pensando en la amenaza de excomunión que se cierne sobre su esposo, si no liberta a Cristóbal.

El proceso sigue su curso. El alcalde no se amilana y decreta al pie del escrito de Jerónimo: "Vista esta petición, mando que se ponga en autos y se ratifiquen los testigos de la sumaria, por cuanto no me consta de fuga ninguna".

Se ratifican plenamente los testigos. Jerónimo lo hace de mala gana. El reo declara luego, colocado en el peso de tormento, que él solo hizo el delito, que nadie fué en su compañía y que, pues fué él solo, solo lo quiere pagar. Y el 2 de septiembre, el alcalde pronuncia en acto público su sentencia, condenando a Cristóbal de Cobos a muerte.

VI

Jerónimo de Escobar anda contrariado, pensando lo que ha de hacer para derrotar al alcalde. Su derrota le importa ahora tanto como la libertad de su defendido.

Ya ha vuelto el P. Serrano de su estancia. Lo entrevista en la vicaría y le expone el caso de Cristóbal, cargando el relato con tintes sombríos. El clérigo se horroriza. Y el tribunal eclesiástico entra a funcionar el mismo día de la sentencia. Con la velocidad de la luz, se instruye un sumario para que Jerónimo pruebe la evasión que el reo hizo de la cárcel. Tres testimonios se reúnen. Pobres son los tres y de muy poca fuerza probatoria. No obsta para que el cura vicario, a pedido de Jerónimo, exhorte al alcalde, en la madrugada del día siguiente, que restituya al retraído Cristóbal a la ermita, sin poner excusa alguna, en el término de una hora, mandándoselo, si fuese necesario, en virtud de santa obediencia y so pena de excomunión mayor.

A las 7 horas, el promotor fiscal notifica el exhorto al alcalde en su domicilio. La rebelión asoma al espíritu del capitán Don Juan de Villagra, pero la contiene. Reflexiona y se notifica sin protestar ni prometer.

Son las 8 y la restitución no se ha hecho efectiva. Jerónimo pide al vicario que declare al alcalde excomulgado con toda agravación por su inobediencia y contumacia. El P. Serrano le libra un nuevo oficio, por el que le cita para que manifieste por qué no ha cumplido las órdenes que se le han dado.

No presta el alcalde esta declaración. A las 9 señala por cárcel eclesiástica la tienda de doña Gregoria de Abreu y allí remite al reo hasta que el procurador general del Obispado determine si le valen o no las inmunidades de la Iglesia.

(CONTINÚA EN LA PÁGINA 96)

CUANDO LA PANTALLA REFLEJA

"LAS AVENTURAS DE MARCO POLO", FILM QUE TORNA A LAS CARTELERAS, SE BASA EN LOS RELATOS DE

Una nueva tendencia del cinematógrafo

Hace unos años notóse en el cinematógrafo una tendencia que habría de reportar muchos beneficios, a la par que iba a dar lugar a la realización de películas calificadas como "extraordinarias": la de llevar a la pantalla los grandes sucesos de la historia o las figuras de personajes célebres. Recordemos, entre otras películas de tal tendencia, "Motín a bordo", que revive el motín de la fragata "Bounty", de la Marina Real Inglesa, y el extraordinario viaje de su capitán, abandonado en una chalupa en medio del océano; "Mayerling", que trata de los trágicos amores del archiduque Rodolfo de Austria con María Vetsera; "Juárez", cuyo personaje central es la figura del presidente de México, Benito Juárez; "La vida privada de Enrique VIII", que describe los amoríos de ese monarca inglés; "Las aventuras de Stanley y Livingstone", sobre la desaparición del célebre explorador Livingstone en el Africa y su búsqueda por el periodista Stanley; "La gran tragedia de Luis Pasteur", que describe la lucha del ilustre sabio francés contra la incomprensión de sus contemporáneos; "Las aventuras de Robin Hood", que recuerda las hazañas del arrojado personaje que vivió en la época de Ricardo Corazón de León, y tantas otras. Entre las películas de ese carácter merece una mención especial: "Las aventuras de Marco Polo", cuyo tema se nutre de las aventuras que corrió en Oriente el célebre viajero veneciano.

El cine y la historia

En efecto, diversos factores contribuyeron a hacer de "Las aventuras de Marco Polo" una producción excepcional: el argumento, extraído de "El libro de Marco Polo", memorias de viaje que el aventurero dictó a Rusticiano de Pisa cuando se hallaba prisionero de los genoveses; el director del film, Archie Mayo, cuya competencia para las obras de acción es bien conocida; el autor, a quien Goldwyn encargó la tarea de escribir el argumento cinematográfico, y cuyo nombre es toda una garantía de éxito, pues se trata del dramaturgo Robert E. Sherwood, y, finalmente, los recursos empleados en el film: cientos de extras, enormes decorados y todo el despliegue de lujo y colorido de que sólo son capaces las grandes productoras.

Con tales films el cine se vinculó a la historia, y de entre las páginas del libro del tiempo, amarillas de años y de siglos, fueron surgiendo personajes célebres, hechos famosos, que cobraron otra vez vida y movimiento merced a la magia del "séptimo arte". El público acogió con agrado esas producciones, en las cuales se amalgaman la ficción y la realidad y que, a la par que le brindan un momento de solaz, le permiten recordar hechos pasados.

Desde luego, el cinematógrafo, arte del movimiento por excelencia, tiene exigencias propias. De ahí que los argumentistas deben siempre ingeniarse para conciliar dentro de los estrechos límites de la verdad, el hecho histórico con el episodio cinematográfico. En ese sent... el escritor Robert E. Sherwood cumplió, en "Las aventuras de Marco Polo", una labor so... bresaliente. Sobre todo, si se tiene en cuenta ... el experimentado Polo, cauto y sabio, muy po... co habla de sí mismo en su libro, dedica... toda su prosa a relatar "hechos vistos u oídos". Pero, sin duda, durante los 25 años de su ... que transcurrieron en Oriente, muchos hech... aun el romance que toda película exige y ... Sherwood trató con mano maestra, habrán ... lonado la existencia del célebre aventurero.

Ficción y realidad

Eso, en cuanto se refiere al personaje cen... Por lo demás, los detalles de conjunto, ... mentas, tipos, costumbres, etc., etc., han ... cuidados en sus menores detalles de manera ... que el espectador se siente transportado des... su butaca, y a través del tiempo, hacia aque...



Los personajes principales de "Las aventuras de Marco Polo", en un pasaje del film, en el cual se han cuidado todos los detalles para situarlo en la época. Por otra parte, el físico de Gary Cooper, alto y delgado, se prestó como ningun... para caracterizar al viajero veneciano.

Una emotiva escena del film, en la que intervienen Gary Cooper y Basil Rathbone. Ambos realizaron uno de los más notables trabajos de su carrera artística.

legendarias regiones entonces tan poco ... cidas. Tras setecientos o más años de ... lidad histórica y cuando sus huesos no ... que polvo entre el polvo, aquellos per... vuelven a vivir una vez más y a renovar ... lienzo sus pasiones y sus intrigas, sus amo... sus aventuras. Milagro éste que sólo puede ... rar el cinematógrafo. Los ojos del espec... captan, en rápida síntesis, todo aquel mun... pasado, todo el fausto de las cortes orie... hechos y costumbres desconocidos y ex... Llevado por la mano maestra de Sherwo... espectador viaja desde Venecia, donde se ... la acción, hasta el fabuloso reino del Jan ... lai; asiste a las reuniones de su corte y ... ver cómo el soberano acoge al intrépido v... de otra raza. Más tarde, a medida que el ...

HISTORIA

Por
Rolando W. Varela

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

...MOSO VIAJERO VENECIANO.

...a y cobra relieve de calidad, se esbozan ...s amores de la hija del Jan con Marco Polo ... ve, poco a poco, extenderse y cerrarse la ... de intrigas del rival, astuto y solapado mi... del soberano, que pretende dar muerte al ...jero que le disputa la mano de la princesa ... creía suya. Tal, en síntesis, el argumento ... "Las aventuras de Marco Polo", en rapidí... síntesis, porque el film, de desarrollo ex...cional, escapa a los estrechos límites de una ...

... personajes históricos y sus intérpretes

... estas películas históricas, los directores ...zaron, desde el primer instante, con el ...veniente de la adaptación del actor al per... No solamente era necesario elegir un ... de primera fila, un astro, sino que éste de... adaptarse, dentro de lo posible, al per... histórico que iba a encarnar. Y el pú... asistió entonces, no sin asombro, a las re...ciones del arte *sui-generis* del maquillaje. ... Laughton creaba un Enrique VIII que ... arrancado de las páginas de la historia; ... Muni transformábase en Pasteur o, por ... decir, Pasteur se erguía ante el público, ...és de Paul Muni, para volver a vivir mo... inolvidables de su existencia.

... un cuadro de Tranquilo Cremona, el fa... pintor nos ha legado la figura de Marco Polo en la corte del rey de Tartaria. Es un cuadro que figura en el Museo de Arte Moderno de Roma. Basta echarle un vistazo para comprobar con cuánta perfección se adapta Gary Cooper, el astro del cinematógrafo norteamericano que encarna a Marco Polo, a su personaje. Del trabajo del actor, siempre sobrio y de calidad, huelga hacer comentarios. Por su parte, Sigrid Gurie, actriz hasta entonces poco apreciada en su labor, revelóse al público encarnando a la princesa oriental. Basil Rathbone, en su papel de ministro, y Alan Hale, en el de régulo del Jan, cumplen una labor calificada como sobresaliente. Los demás elementos del film contribuyen a crear ese marco de grandiosidad que ha hecho de "Las aventuras de Marco Polo" un film de excepcional calidad.

Ha sido, pues, todo un acierto la decisión de la Guaranteed Pictures de volver a reponer la película en las carteleras cinematográficas, ya que se trata de uno de esos films de grato recuerdo que el público espera siempre volver a ver una vez más. ◈

Luis Pasteur, tal como lo interpretó Paul Muni.

La reina Victoria, a través de la caracterización de Ann Neagle.



Charles Laughton, transformado en Enrique VIII.



Napoleón III, según el actor Claude Rains.



Marco Polo, es decir, Gary Cooper, en otro pasaje de la película que se repondrá en breve en las carteleras porteñas. Una magnífica ocasión para volver a ver el mundo oriental a través de este film, en el cual se invirtió más de un millón de dólares.



Los dos tenderos

I

M. Grantalot era el propietario de la tienda: *Pañería y Sedería*, situada en el número 6 de la plaza de la Mairie.

Un cliente, hacia mediodía, entreabrió, durante un instante, la puerta de su tienda:

—Buenos días, M. Grantalot... Luego enviaré a mi sirvienta por un metro de sarga gris.

No logró encontrarla. Acabó por convencerse de que no le quedaba en la tienda ni un retal de aquella tela.

Si esto le ocurre el día anterior, hubiera pensado: "¿No me queda más sarga gris? Pues no tengo que hacer más que una cosa: rogar a mi cliente que espere veinticuatro horas y telegrafiar en seguida a mi abastecedor de Roubaix". Pero aquella mañana, su competidor — que tiene la tienda enfrente, en el número 12 de la plaza de la Mairie — le ha hecho rogar por su empleado que le cediera un metro de cinta. Y, en consecuencia, él acaba de preguntarse por qué, puesto que su competidor no ha dudado en acudir a su casa para abastecerse, se va a mostrar él más discreto.

Y ha ordenado a su dependiente:

—Escucha, pequeño. Atraviesa la plaza y ve a rogar a M. Charpiat que nos ceda un metro de sarga gris de tres francos.

En posesión del trozo de sarga gris que su empleado acaba de traer de casa de Charpiat, se disponía a envolverlo con destino a su cliente.

Maquinalmente lo ha medido.

—¿Eh? — se ha asombrado —. ¡Sin embargo, no estoy soñando! Este pedazo de tela no tiene más que noventa y siete centímetros.

Lo ha medido dos, tres, cinco veces.

—¡Sí, sí, no cabe duda, no tiene más que noventa y siete centímetros!... ¡Toma, toma! ¡También usted, M. Charpiat!... ¡Usted también, cuando le pagan un metro no da más que noventa y siete centímetros!... ¡Toma, toma, toma! ¡Me alegro mucho de saberlo!

II

Todos los días, hacia la una, M. Collery, el maestro, al volver a la escuela, pasaba por delante de la puerta de Grantalot.

Aquella tarde, Grantalot le detuvo al pasar.

—¿Cómo va esa salud, M. Collery? ¿Hoy no necesita usted nada?

—No; gracias, no.

—¡Tanto peor! Pero, si necesita usted alguna cosa, M. Collery, en interés suyo le conviene más, créamelo usted, comprarlo aquí que en casa de Charpiat.

Grantalot añadió:

—Sí de veras que sí, M. Collery. ¡Y no es que le diga esto únicamente porque Charpiat sea mi competidor! Mire, aquí tiene usted tres francos. No me pida explicaciones... Tómese únicamente la molestia de atravesar la plaza. Entre en casa de Charpiat. Cómprele usted un metro de sarga gris. Y vuelva usted aquí en seguida. Le voy a hacer a usted ver algo que le va a parecer edificante.

M. Collery no tardó en volver provisto de su compra.

Grantalot le tendió su metro.

—Lo que usted ha pagado es un metro
así? ¿Cuánto debe tener un metro?
tímetros? ¡Bueno!... Pues mídalo
Collery... Sí, mídalo... ¿Qué, cuánto
¿Noventa y siete centímetros?...
mente! Es todo lo que deseaba hacer
probar... Tendré mucho gusto en
ver pronto M. Collery.

Todos los días, alrededor de la una
M. Chaumette, el recaudador de
nés, pasaba por delante de la puerta de
lot, de vuelta a su oficina.

—Reciba usted mis saludos, M.
— murmuró aquella tarde Grantalot...
no necesita usted nada? ¡Tanto peor!...
si necesita usted alguna cosa, en interés
conviene más, créamelo usted,
que en casa de Charpiat.

M. Grantalot había ofrecido tres
M. Collery para adquirir un metro de
en casa de M. Charpiat. Ofreció
M. Chaumette tres francos destinados
tico fin.

M. Grantalot había tendido su
M. Collery cuando volvió provisto de
pra. Ahora, se lo había tendido
M. Chaumette, rogándole también a él
diera la tela despachada por Charpiat.

—¿Noventa y siete centímetros,
mette?... ¡Perfectamente, perfecta
Es todo lo que deseaba hacerle

III

Al cerrar la tienda aquella noche,
las siete y media, M. Grantalot se

Por MAX Y ALEX FISCHER

ILUSTRACIONES DE GUBELLINI



De una y media a siete, sesenta y dos personas habían pasado sucesivamente por delante de la puerta de su tienda. A todas ellas les había ofrecido tres francos. A todas ellas les había rogado que fueran a casa de Chartiat para comprar un metro de sarga gris.

Es cierto que tuvo que desembolsar una suma muy importante. Pero, ¿no es evidente que las sesenta y dos personas, en adelante, se guardarían muy mucho de hacer sus compras en casa de Charpiat? ¿No es evidente asimismo que esas sesenta y dos personas se apresurarían a divulgar el hecho de que han sido testigos?

Con un aire más vivaracho que de costumbre, se dirigió al *Café de las Artes.*

Acababa de estrechar la mano de los numerosos consumidores. Acababa de pedir su ajenjo, cuando Charpiat abrió la puerta del establecimiento.

Al distinguir de lejos a Grantalot exclamó:

—Buenas noches, Grantalot. ¡Vamos, creo que ya es hora de que le dé las gracias!... No soy ningún ingrato y...

—¿Y de qué tiene usted que darme las gracias, Charpiat?...

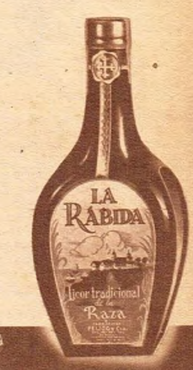
—¿De qué?... De lo amable que ha sido usted esta mañana consintiendo en venderle a mi empleado un metro de cinta.

Y en presencia de M. Collery, de M. Chaumette y de las sesenta y dos personas que habían estado a comprarle sarga gris aquella tarde, sin sospechar la confusión en que sus palabras iban a sumir a Grantalot, Charpiat explicó:

—Figúrense ustedes que, al abrir la tienda esta mañana, me ha sido imposible acordarme de dónde había guardado mi metro el día anterior. He revuelto durante un cuarto de hora todos los cajones sin lograr encontrarlo... Estaba verdaderamente fastidiado... ¿Cómo sustituir un objeto tan indispensable?... Entonces tuve la feliz inspiración, mi querido Grantalot, de mandar a su casa a comprar un metro de cinta... Ese metro de cinta me ha servido a mí para medir a mi vez durante todo el día, que no sé por qué, ha sido, desde luego, un día particularmente brillante... Una vez más, muchas gracias, mi querido Grantalot, muchísimas gracias. ◈







AQUELLA ACTRIZ QUE AMO BAUDELAIRE...

Por Alberto Girri

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"



Charles Baudelaire, ce frisson nouveau de la poesía francesa del siglo XIX. Este retrato lo pinta tal cual era, arrogante, de aire aristocrático, mirada penetrante y manos de belleza femenina.

La Bizarre deité brune dans les nuits, con quien el poeta tuvo, durante ... años, una vinculación dolorosa y mórbida. Jeanne Duval, según un retrato ...

La vida amorosa de Charles Baudelaire no tiene ni el prestigio ni lo espectacular de otras figuras del siglo XIX — piénsese en la trilogía Musset, Sand, Chopin—, pero en cambio es trágica y dolorosa como pocas. El gran poeta ocultó con un nunca perdido pudor las locuras a que lo llevaron su extraño temperamento y su cansada fisiología. Tuvo amantes ocasionales, mujerzuelas de la peor índole, a cuyo lado pasó muchas horas cual un siniestro y profundo "dilettante" del vicio. En *Les Fleurs du Mal* no faltan referencias.

Lo que conmueve y admira es ver que, a pesar de los extravíos y mistificaciones, Baudelaire, *ce frisson nouveau* de la poesía francesa, como le llamó Hugo, nunca mezcló a eso su arte superior. La clásica pureza de sus versos —porque en el fondo Baudelaire es un clásico—, la visión de mundos y cosas hasta entonces desconocidos poéticamente, la increíble y a veces aterradora profundidad de muchos de sus poemas, hacen de este hombre el poeta más extraordinario de su siglo. Su personalidad, dice Theodoro de Banville, viene directamente de Shakespeare, o mejor dicho, de Hamlet.

Un dandy bohemio

Hacia 1842 se incorporaba a los grupos de jóvenes literatos y pintores de la "rive gauche", una nueva figura. Arrogante, de aire aristocrático, la litografía de Duruy muestra su mirada penetrante e inquisidora y la femenina belleza de sus manos. Provenía de una familia de la alta burguesía francesa, y era hijo de François Baudelaire, un septuagenario treinta y cuatro años mayor que su esposa. Quizá Baude-
laire pagara las consecuencias de
trimonio tan desigual, y alguna
bió: "...estoy enfermo, tengo un
mento execrable por culpa de mis
A la muerte de François Baude
joven viuda cásase con el general
hombre de cierta fortuna y
fluencias. Para el niño fué un
ble. Había vivido en la adoración
yente de su madre, y al casarse
sintió desposeído y ultrajado.
cia su padrastro un odio que dura
su vida. Discusiones, peleas; la
culpando siempre los arrebatos de
y el general queriendo hacer del
cho un futuro personaje de la dip
y la política. Para hacerle olvidar
llamaban sus absurdas veleidades
tista, lo embarcan en un navío,
pitán, amigo de Aupick, promete
garse del joven. Viajan hacia Or

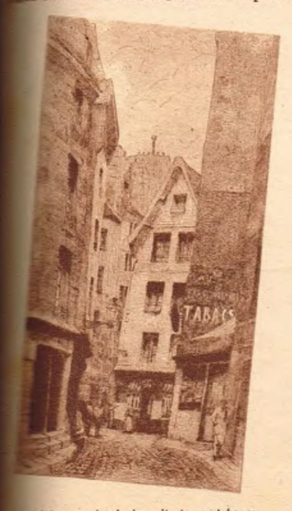
aquel crucero, Baudelaire conservará ...os recuerdos que luego asomarán en famoso "Albatros" y en su soneto "A ... dama criolla":

...pays parfumé que le soleil caresse
...connu, sous un dais d'arbres tout em-
[pourpres
... de palmiers d'ou pleut sur les yeux la
[paresse
... dame créole aux charmes ignorés.

... su regreso, ni su carácter ni sus am-...es han cambiado. Insolente, injusto ... el fondo, pero incomprendido, odiando ... vez más al hombre que le quitó a su ...e, su amiga querida, como la llama ... cartas, exige la herencia paterna. ...be el dinero, y se va casi sin des-...se de su madre. Tiene ya el aire es-...o y el natural desprecio del vidente, ...propone cumplir su destino de artista. ... recordaba los primeros poemas de ... del *Louys le Grand*. Su dinero fá-... promete además aventuras inéditas. ... imposible precisar cuándo tuvieron ... las primeras experiencias amorosas ... poeta. El mismo cuenta que en sus ... estudiante pasó con éxito los exá-... del bachillerato, gracias a la in-...a de la mujer de uno de los exami-...es. No es imposible que ello sea una ... mistificaciones a que lo llevó su ... en *èpater le bourgeois*, mas lo cier-... que algo extraño sucede en su ...

... Duval.

...zarre deité brune dans les nuits
... llama Baudelaire a Jeanne Duval en ...neto famoso. ¿Cómo se encontraron? ... extrañas afinidades unieron al poeta genial y refinado, con la mulata antillana, de ojos viciosos y anchas caderas? Parece aceptable la versión de Camille Mauclair, quien refiere que cierta noche, después de haber cenado junto a su amigo el poeta Gerard de Nerval, Baudelaire, vagabundo impenitente, llegó a cierto teatro de ínfimo orden, cuyos espectáculos grotescos y obscenos divertían, por extraña contradicción, al esteta que era Baudelaire. Se representaba "El sistema de mi tío", un acto con *couplets*. Entra en escena una mulata, para decir: "la cena está servida", o algo semejante, y allí termina su papel. El poeta queda impresionado; siente ya por esa mujer una atracción desconocida e imperiosa, se acerca a ella y corteja, con sus modales refinados, a aquella mulata de orígenes oscuros, llegada, sabe Dios cómo, desde Santo Domingo. Sobre los atractivos de Jeanne, las opiniones son dispares; un amigo de Baudelaire dice que no era ni muy negra ni muy bella, de pecho hundido y elevada estatura. Theodoro de Banville, en cambio, ve en Jeanne una criatura con algo de divino y algo de bestial.



...delaire, vagabundo impenitente, gustaba re-... los barrios sórdidos de la ciudad en busca ... espectáculos grotescos u obscenos que, por ...ña contradicción, divertían su alma de es-... Fué en un teatro de esos barrios donde conoció a Jeanne Duval.

Después de algunas entrevistas, una noche Baudelaire va a la pobre habitación de la mulata, y se inicia la vinculación dolorosa y mórbida, que ataría a la pareja durante casi veinte años. Cada vez que abandona la "rue" de la Femme sans Tète —así se llama la calle donde ha instalado a Jeanne—, el poeta siente la bajeza de su relación con esa mujer, obscena, perezosa y estúpida. Pero su atracción física lo vence. Vuelve a ella una y otra vez y volverá siempre. En 1856, en una carta dirigida a su madre, dice: "...nuestras relaciones de hace más de catorce años se han roto. Hice lo humanamente posible para que eso no sucediera. La lucha duró quince días; ella sostenía que mi carácter es intratable y que por otra parte, algún día le habría de agradecer esa resolución" y luego: "...esa mujer era mi única distracción, mi único placer, mi único camarada".

Consciente de la servidumbre sexual en que el poeta vive, Jeanne le hace la vida imposible. Mucho del indudable valor confesional que tienen *Les Fleurs du Mal*, hay que buscarlo en la genial transfiguración poética que Baudelaire opera con la imagen de esa mujer, y la conciencia de la bajeza que significa estar a su lado.

Las peleas entre los amantes son continuas. Se engañan mutuamente: ella con cualquiera; él vuelve a las mujerzuelas. Una noche, borracho, la golpea con un candelabro y la hiere. Se separan, mas ella lo persigue buscándole los pocos francos que restan a Baudelaire de su herencia. Es el final o casi, y sin embargo el poeta no la abandonaría nunca. Ya no vivieron juntos, pero esporádicamente acudía a ella, que fué la única mujer con quien el amor no resultó un fracaso doloroso y humillante:

"...Je t'adore a l'egal de la voute nocturne
O vase de tristesse, o grande taciturne." ◆

LOS ASESINATOS

(EL CARRETERO DE "LA PROVIDENCIA")

TEXTO INTEGRO
de la famosa novela policial de
GEORGES SIMENON

TAPA E ILUSTRACION DE ARTECHE

I

LA ESCLUSA 14

Después de reconstituídos con la mayor minuciosidad los hechos, del expediente no se desprendía otra cosa sino que era poco menos que imposible hallar el rastro del descubrimiento hecho por los dos carreteros de Dizy.

Aquel domingo 4 de abril, la lluvia comenzó a caer a torrentes a partir de las tres de l tarde.

En ese preciso momento estaban en el puerto, a la altura de la esclusa 14, que forma la unión entre el Marne y el canal lateral, dos barquitos de los llamados chalanas de motor, que descendían por el canal a favor de la corriente; un barco en descarga, y una draga.

Poco antes de las siete de la tarde, en el instante en que comenzaba el crepúsculo, un barco-cisterna, el *Eco III*, habíase anunciado y penetraba en el perímetro de la esclusa.

Su arribo había provocado el mal humor del encargado de la esclusa, que tenía en casa la visita de unos parientes, y que hizo un gesto negativo al personal de un barco, tirado desde la orilla por dos caballos, que llegaba inmediatamente después, arrastrado lentamente por las caballerías.

De regreso en su casa, el encargado de la esclusa no tardó en ver llegar al carretero, a quien conocía.

—¿Puedo pasar? El patrón desearía dormir mañana en Juvigny...

—Pasa, si quieres, pero si tú mismo te encargas de cerrar las puertas...

La lluvia caía cada vez con mayor violencia. Desde su ventana, el encargado de la esclusa vió la silueta rechoncha del carretero, que iba pesadamente de una puerta a la otra, hacía avanzar a sus caballos hasta dentro del barco, y ataba los cabestros a la borna de amarre.

La chalana fué entrando en la esclusa, elevándose poco a poco en el agua, hasta la altura de los muros. El timón era gobernado, no por el patrón, sino por su mujer, una bruselense gorda, de cabellos de un rubio chillón y voz aguda.

En pos del *Eco III*, a las siete y veinte, la chalana *La Providencia* llegó hasta detenerse frente al *Café de la Marina*. Se hizo entrar a bordo a los caballos que remontaban la embarcación contra la corriente desde la orilla, y el carretero y el patrón se dirigieron hacia el café, en el que se hallaban otros marineros y dos pilotos de Dizy.

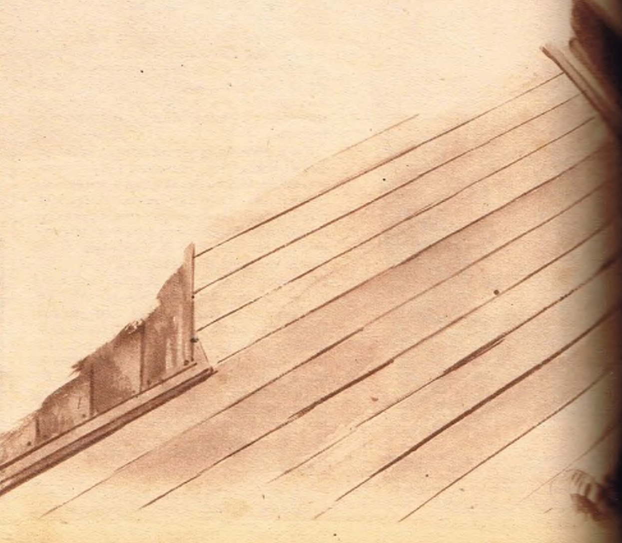
Ya había caído por completo la noche y eran las ocho cuando llegó un remolcador, encabezando los cuatro barcos que arrastraba.

Todo aquello engrosó el conting... *Café de la Marina;* pronto se llenaro... seis mesas. Sus ocupantes se interpe... una a otra. Los hombres, que co... entrando, dejaban tras de sí regueros d... y sacudían sus botas enlodadas.

Las mujeres se ocupaban de las pr... en la pieza inmediata, iluminada por u... para de petróleo.

Reinaba una atmósfera densa y ... los contertulios discutían acerca de ... dente ocurrido en la esclusa 8 y de... que podían sufrir los barcos que re... la corriente.

A las nueve, la marinera de *La Pro...* vino a buscar a su marido y al carre...




DEL CANAL

partieron después de dirigir un saludo general.

Y a las diez se habían apagado las lámparas en la mayoría de los barcos. El encargado de la esclusa acompañó a sus parientes hasta la carretera general de Epernay, que atravesaba el canal, a dos kilómetros de la esclusa.

Nada vió el hombre de anormal. Como pasara, al regresar, frente al *Café de la Marina*, lanzó un mirada hacia adentro y fué llamado por un piloto:

—¡Ven a echar un vaso! Estás empapado...

Sin sentarse siquiera, bebió un vaso de ron. Dos carreteros, que en aquel instante se levantaban, con el aire entorpecido por el vino tinto y los ojos brillantes, se dirigieron hacia la caballeriza próxima al café, en donde dormían sobre la paja, junto a sus caballos.

No estaban completamente borrachos; pero habían bebido lo suficiente para dormirse con un sueño de plomo.

En la caballeriza, iluminada tan sólo por una lámpara protegida y a media luz, había cinco caballos.

Eran las cuatro de la mañana cuando uno de los carreteros despertó a su compañero y ambos comenzaron a limpiar a los caballos. Los hombres oyeron cómo se sacaba a los animales de tiro de *La Providencia* y se los uncía.

El patrón del café, que se levantaba a la misma hora y encendía la lámpara en su habitación situada en el primer piso, oyó también cómo *La Providencia* se ponía en marcha.

Comenzó a trepidar el motor Diesel del barco-cistena a las cuatro y media, pero el barco no partió hasta un cuarto de hora después, luego que el patrón hubo ingerido un grog, en el café cuyas puertas acababan de abrirse.

Apenas si había abandonado el café y el barco no había llegado al puente, cuando los dos carreteros hicieron su macabro descubrimiento.

Mientras uno de ellos conducía sus caballos hacia el camino de sirga, el otro, que buscaba entre la paja su látigo, sintió que su mano tocaba un cuerpo frío.

Impresionado, creyendo ver un rostro humano, proveyóse de una linterna, y con ella iluminó el cadáver que iba a trastornar a todo Dizy y a agitar la vida del canal.

❦ ❦ ❦

Tales eran los hechos que el comisario Maigret, de la Primera Brigada Móvil, se ocupaba de recapitular, situándolos en su cuadro correspondiente.

Ocurría esto el lunes por la noche; aquella misma mañana, el juez de Instrucción de Epernay se había trasladado al lugar del hecho, y el cuerpo había sido conducido a la morgue, después de las comprobaciones de la Identidad Judicial y de los médicos forenses.

Continuaba lloviendo; ahora caía un agua menuda, cernida y fría, que no había cesado durante la noche y el día enteros.

Iban y venían las siluetas humanas, en torno a las puertas de la esclusa, sobre cuyas aguas elevábase un barco lentamente.

El comisario sólo se ocupaba, desde hacía una hora, en familiarizarse con aquel mundo, nuevo para él, que por primera vez descubría y acerca del cual sólo tenía a su llegada nociones falsas o confusas.

El guardián de la esclusa le había dicho:

—No había casi nada en el tramo del canal: dos barcos a motor, descendentes, otro de subida, que salió de la esclusa a mediodía, una chalana y dos "Panamá". Y luego el remolcador que llegó con sus cuatro barcos a la rastra...

Y Maigret tomaba nota de que un "caldero" es un remolcador y de que un "Panamá" es un barco que no tiene ni motor ni caballos a bordo, y alquila a un carretero y sus caballos para hacer un recorrido determinado, lo que constituye la navegación en pleno día.

A su llegada a Dizy, sólo había visto un estrecho canal, situado a tres kilómetros de Epernay, y un pueblecito de escasa importancia junto a un puente de piedra.

Vióse forzado a hundir sus pies en el lodo, a lo largo de todo el camino hasta la esclusa, que a su vez estaba situada a dos kilómetros de Dizy.

Allí había encontrado la casa del encargado de la esclusa, que tenía sobre sus piedras grises el cartel: Oficina de Declaraciones.

Y seguidamente el *Café de la Marina*, la segunda y única construcción del contorno, en el que entró.

Tenía el establecimiento un salón pobre, con sus mesas recubiertas de hule y sus muros, pintados la mitad de oscuro y la otra mitad de color amarillo sucio.

Pero reinaba allí un olor característico y que bastaba para marcar la diferencia con un café de una ciudad campesina. Aquí olía a caballeriza, a monturas, a brea, almacén, petróleo y gas-oil.

La puerta de entrada tenía una pequeña campanilla y en los cristales había pegados anuncios transparentes.

Dentro, el local estaba atiborrado de mercaderías: impermeables de hule, zuecos, trajes de marineros, bolsas de papas, barriles de aceite comestible y cajas de azúcar, de arvejas, porotos, todo ello mezclado con legumbres y cacharros de loza.

No se veía un cliente. En la caballeriza no había más que el caballo que su propietario enganchaba para ir al mercado, un gran animal tordo, tan manso como un perro, que no estaba nunca atado y que de vez en cuando se paseaba por el corral, en medio de las gallinas.

La nota general dominante era que todo chorreaba del agua que caía; y las gentes que pasaban iban con sus impermeables negros y relucientes, todas inclinadas hacia adelante.

A unos cien metros, un trencito de vagonetas iba y venía en una cantera, y su conductor, sentado detrás de una locomotora en miniatura, había fijado en ella un paraguas, bajo el que procuraba mantenerse, friolento y con los hombros encogidos.

Alejándose del borde del canal, una chalana avanzaba lentamente hacia una esclusa, de la que salía otro barco gemelo.

¿Cómo había venido allí la mujer? ¿Y por qué? Tal era la pregunta que la policía de Epernay, el juez de instrucción, los médicos y los técnicos de Identidad Judicial, se habían dirigido asombrados, y que el propio Maigret revolvía en su pesada cabeza.

La mujer había sido estrangulada —tal era la primera comprobación— y la muerte debió ocurrir el domingo por la noche, aparentemente hacia las diez y media.

Y el cadáver había sido descubierto en la caballeriza, poco después de las cuatro de la mañana.

Cerca de la esclusa no pasa ningún camino. Nada puede atraer hasta allí a nadie que no se ocupe de navegación. El camino de travesía es demasiado estrecho para permitir el paso de un automóvil. Y en cuanto a ir caminando..., aquella noche hubiera sido preciso hundirse hasta media pierna en los charcos y en el barro.

Ahora bien; la mujer asesinada pertenecía a una clase social que se traslada de un punto a otro en coche de lujo y en pullman, más bien que a pie.

Vestía tan sólo un traje de seda color crema y zapatos de gamuza blanca, que más bien parecía calzado de playa que de ciudad.

El vestido estaba arrugado, pero no pre-sentaba ni una mancha de barro. Sólo la pu[illegible] de su zapato izquierdo estaba todavía [illegible] jada en el momento en que se descubri[illegible] cadáver.

—¡De treinta y ocho a cuarenta años! —[illegible]bía afirmado el médico después de e[illegible]narla.

Los aros de sus orejas eran dos perla[illegible] gítimas, que valían alrededor de quince [illegible] francos. Una pulsera, de oro y platino, [illegible]celada según el gusto extra moderno, [illegible] estética que costosa, pero llevaba la fi[illegible] de un joyero de la plaza Vendôme.

Tenía los cabellos oscuros, ondula[illegible] muy cortos en la nuca y las sienes.

En cuanto al rostro, desfigurado p[illegible] estrangulación, había debido ser de u[illegible]lleza bastante llamativa.

Una mujer brillante, en suma.

Sus uñas, cuidadas por manicura y [illegible]zadas, estaban sucias.

No se había hallado cartera alguna [illegible] al cuerpo. La policía de Epernay y [illegible] Reims y París, provistas de una foto[illegible] del cadáver, trataban en vano, desde [illegible] mañana, de establecer su identidad.

Y la lluvia caía sin tregua sobre aque[illegible] paisaje. A izquierda y derecha se m[illegible] el horizonte, limitado por colinas de [illegible] de rayas blancas y negras, sobre cuyo [illegible] las viñas parecían, en aquel momento [illegible] estación, cruces de madera en un cem[illegible] del frente.

El encargado de la esclusa, que se [illegible]guía tan sólo por su gorra con galones [illegible]teados, daba vueltas, con aire anonada[illegible] torno a su esclusa, en la que el agua [illegible]zaba a agitarse cada vez que abría las [illegible] puertas.

Refería la historia a todos los mar[illegible] cada vez que un barco bajaba o re[illegible] la corriente.

Algunas veces, después de firmadas [illegible]jas reglamentarias, ambos interlocuto[illegible]gaban a zancadas al *Café de la Marina* [illegible]ciaban unos vasos de ron o de vino [illegible]

En su conversación, el guardián [illegible]ba con un gesto de su barbilla a Ma[illegible] cual, vagando sin finalidad precisa, deb[illegible]cer un aspecto de gran emoción.

Era indiscutible que el asunto se [illegible]taba de una manera francamente anor[illegible] siquiera había un testigo a quien inte[illegible]

Porque el juez de instrucción, tras de [illegible] explorado largamente al encargado [illegible] esclusa, y de haber conversado con [illegible]niero de puentes y rutas, había resu[illegible]jar a todos los barcos en libertad de [illegible] su camino.

Los dos carreteros fueron los últi[illegible] partir, hacia las doce, llevando cada [illegible]pos un "Panamá".

Como a cada tres o cuatro kil[illegible] hay una esclusa, y todas están unidas [illegible] sí telefónicamente, podía saberse en [illegible]quier momento el lugar en que se [illegible] cualquiera de los barcos e intercep[illegible] paso.

Por otra parte, un comisario de po[illegible] Epernay había interrogado a todo el [illegible] y Maigret tenía a su disposición las [illegible] aquellos interrogatorios, de los que [illegible] sacaba en limpio que la realidad era [illegible]tamente inverosímil.

Cuantos se hallaban la víspera en el [illegible] *de la Marina*, eran conocidos, ya del [illegible] ya del encargado de la esclusa, si [illegible] ambos.

En cuanto a los carreteros, dormi[illegible] lo menos una vez por semana, en la [illegible] caballeriza, y siempre en el mismo [illegible] vecino a la embriaguez.

—¡Hágase usted cargo! En cada esc[illegible] echa un trago... Casi todos los e[illegible]dos venden bebidas...

El barco-cisterna, llegado el domingo después de mediodía, y que volvió a salir el lunes por la mañana, transportaba nafta y pertenecía a una fuerte compañía del Havre.

Y *La Providencia*, cuyo patrón era su propietario, pasaba veinte veces por año con sus dos caballos y su viejo carretero. ¡Y otro tanto ocurría con los demás!

Maigret estaba mohino. Entró cien veces en la caballeriza y luego en el café o en el almacén.

Viósele caminar hasta el puente de piedra, con aire de ir contando sus pasos o buscando algo en el barro; y hosco, chorreando agua, asistió por lo menos a diez partidas de barcos de la esclusa.

Todos se preguntaban cuál era su idea acerca del caso: la verdad era que no tenía ninguna. Ni siquiera trataba de descubrir un indicio; se entregaba tan sólo al esfuerzo de impregnarse del ambiente, de apresar aquella vida del canal, tan diferente de todo lo que él conocía.

Habíase asegurado de que le podían prestar una bicicleta en el caso de que deseare alcanzar a uno u otro de los barcos.

El encargado de la esclusa le había puesto entre las manos la guía oficial de la navegación interior, en la que localidades desconocidas, como aquella de Dizy, toman, por razones topográficas, o a causa de un enlace, de un cruce, de la presencia de un puerto, de una grúa, hasta de una oficina de declaración, una importancia insospechada.

Trataba el comisario de seguir con el pensamiento a las chalanas y a los carreteros:

"Ay — Puerto — Esclusa Nº 13".

"Mareuil-sur-Ay — Astillero — Puerto — Zona de viraje — Esclusa Nº 12 — Cota 74,36..."

Luego: Bisseuil — Tours-sur-Marne — Condé — Aigny...

Allá, al final del canal, sobre la meseta de Langres, que los barcos escalaban, esclusa por esclusa, y que descendían luego, sobre la otra vertiente, hasta el Saone, Châlon, Mâcon, Lyón...

—¿Qué vino a hacer aquí esta mujer?

¡A una caballeriza, con sus perlas en las orejas, su pulsera de estilo y sus zapatos de blanza gamuza!

Debía llegar en vida, puesto que el crimen se había cometido después de las diez de la noche.

Pero, ¿cómo?, ¿y por qué? ¡Y nadie había oído nada! ¡No había gritado, entonces! ¡Los dos carreteros no se habían despertado!

¡Sin el látigo extraviado, no se hubiera descubierto el cadáver hasta después de quince días, acaso de un mes, al remover la paja!

¡Y otros carreteros hubieran venido a roncar allí, al lado de aquel cuerpo de mujer!

No obstante la fría lluvia, flotaba en la atmósfera algo pesado e implacable. Y el ritmo de la vida era lento.

Gentes calzadas con botas o con zuecos, se arrastraban sobre los muros de la esclusa o a lo largo del camino de sirga. Algunos caballos, calados de agua, esperaban el vaciado de la esclusa para partir de nuevo, curvados en un esfuerzo progresivo y apoyándose en sus patas traseras.

Iba el sol a ocultarse otra vez, desde la víspera. Ya las chalanas que ascendían el canal no continuaban su ruta, sino que eran amarradas para el transcurso de la noche, mientras que los marineros, entorpecidos, se dirigían en grupos hacia el café.

Maigret fué a echar una mirada a la habitación que acababan de prepararle, junto a la del patrón. Permaneció allí unos diez minutos, cambió de calzado y limpió su pipa.

En el instante en que volvía a bajar, un yacht, conducido por un marinero con su impermeable de hule, se adelantaba por la orilla, lentamente, daba marcha atrás, y se detenía, sin chocar, entre dos bornas.

Todas esas maniobras fueron realizadas únicamente por el marinero. De la cabina salieron un poco después dos hombres, que miraron con fastidio en torno suyo y acabaron por dirigirse al *Café de la Marina*.

También ellos estaban cubiertos por dos impermeables de hules, pero cuando se los sacaron, aparecieron vestidos con camisas de franela, abierta sobre el pecho, y pantalones blancos.

Los marineros les miraron, sin que los recién llegados manifestasen la menor molestia. ¡Al contrario! Aquella vestimenta parecía serles familiar.

Uno de ellos era alto, grueso, de cabellos encanecidos, con una tez color ladrillo y ojos salientes de color verde azulado, que se deslizaban sobre las personas y los objetos como si no los vieran.

Dejóse caer sobre una silla de paja, atrajo otra para apoyar los pies, e hizo chascar sus dedos para llamar al patrón.

Su compañero, que aparentaba tener unos veinticinco años, le hablaba en inglés con una negligencia que denunciaba snobismo.

Este último fué el que pidió, hablando sin ningún dejo particular:

—¿Tiene usted champaña natural?... ¿No espumoso?...

—Tengo...

—Tráigame una botella...

Ambos fumaban cigarrillos con boquilla de cartón, importados de Turquía.

La conversación de los marineros, cortada durante un instante, reanudóse vivamente.

Poco después que el patrón hubiera servido el vino pedido, entró el marinero, vistiendo también pantalón blanco y jersey de marino con rayas azules.

—Aquí, Vladimir...

El más gordo bostezaba, expresando de este modo su exuberante aburrimiento. Vació su vaso, con un gesto que sólo denotaba una mediana satisfacción.

—¡Una botella! —murmuró dirigiéndose al más joven.

Y este repitió en alta voz, como si estuviera habituado a transmitir así las órdenes:

—¡Una botella!... ¡Del mismo vino!...

Maigret salió de su rincón, en donde había tomado asiento ante un vaso de cerveza.

—Perdón, señores... ¿Puedo permitirme hacerles una pregunta?...

El más viejo designó a su compañero con un gesto que quería decir:

—¡Diríjase usted a él!

No demostraba ni sorpresa ni interés. El marinero, que se servía de beber, cortó después el extremo de un cigarro.

—¿Llegan ustedes por el Marne?

—Sí, desde luego, por el Marne...

—¿Estuvieron ustedes amarrados lejos de aquí la última noche?

El gordo volvió la cabeza, y dijo en inglés:

—¡Contéstale que eso no le importa!

Maigret fingió no haber comprendido, y, sin añadir palabra, sacó de su cartera la fotografía del cadáver y la depositó sobre el hule de la mesa.

Los marineros, sentados, o en pie ante el mostrador, seguían la escena con la mirada.

Movió apenas los ojos, para mirar la fotografía el hombre del yacht; examinó luego a Maigret, y exclamó con un suspiro:

—¿Policía?

Tenía un marcado acento inglés y una voz cansada.

—¡Policía judicial! Se ha cometido aquí un crimen la última noche. La víctima no ha podido ser aún identificada.

—¿Dónde está? —preguntó el otro levantándose y designando la fotografía.

—En la morgue de Epernay. ¿La conocen ustedes?

El rostro del inglés era impenetrable. Pero Maigret, sin embargo, observó que su enorme y apoplético cuello se volvió violáceo.

Tomó su gorra blanca, la clavó en su cr... calvo, y comenzó a gruñir primero en ... mientras se volvía hacia su compañer...

—¡Nuevas complicaciones!

Por último, indiferente a la atención ... marineros, declaró después de dar una ... pada a su cigarrillo:

—¡Es mi mujer!

Oyóse aún más claramente el tintin... lluvia sobre los cristales y hasta el ... de las manivelas de la esclusa. Dura... segundos, pesó un silencio absoluto, ... toda la vida hubiera quedado en ...

—Encárguese de pagar, Willy...

Y echándose el impermeable sobre los ... bros, sin meterse las mangas, el ingl... culló dirigiéndose a Maigret:

—Venga usted al barco...

El marinero a quien había llamado V... mir, acabó primero la botella de ch... y luego partió, como había venido, ... ñado de Willy.

Lo primero que vió el comisario al ... a bordo del barco, fué a una mujer ... peinador, los pies desnudos y el cabel... tante, que dormía sobre una cucheta ... ciopelo granate.

Tocóle el inglés el hombro, y con ... mo tono con que había hablado ant... pizca de galantería, le ordenó:

—Vete fuera...

Luego esperó, tendiendo su mira... sobre la mesa plegadiza, en la que ... frasco de whisky y media docena ... sucios, acompañados de un cenice..., ... bordante de puntas de cigarrillo.

Maquinalmente, terminó por ser... beber, y empujó la botella hacia ... con un gesto que quería decir:

—Si gusta usted...

Una chalana cruzaba a ras del ... del barco, y a cincuenta metros ... el carretero hacía parar a sus caballos ... campanillas se oía tintinear.

II

LOS HUESPEDES DEL *SOU... CROSS*

Maigret era, poco más o menos, ... y robusto como el inglés; su placidez ... hecho legendaria entre el personal ... Jefatura de Policía; pero, a pesar ... estaba ahora impaciente ante la cal... interlocutor.

El caso era que aquella calma ... la consigna que reinaba a bordo. ... marinero Vladimir hasta la mujer ... ba de ser despertada de su sueño, ... nían igual aire indiferente o ato... les hubiera creído seres a quienes ... caba del lecho al día siguiente de ... comunal borrachera.

Un detalle, entre otros mil: al ... y mientras que buscaba la caja de ... la mujer vió la fotografía que el ingl... depositado sobre la mesa, y que ... corto trayecto del *Café de la M...* yacht se había mojado.

—¿Mary?... —preguntó con un ... estremecimiento.

—¡Mary, sí!

¡Y eso fué todo! La mujer salió ... puerta que daba hacia la proa, y que ... conducir al lavabo.

Willy, que llegaba al puente, incl... la escotilla. El salón era reducido. S... de madera de caoba barnizada, eran ... y debían dejar oír todo desde ... rior, porque el propietario miró ... hacia aquel lado, frunciendo el entr... luego hacia el joven, al que dijo con ... impaciencia:

—¡Vamos!... ¡Entre!...

Y dirigiéndose a Maigret, agregó ... mente:

—¡Sir Walter Lampson, coronel retirado del Ejército de la India!

A la vez que acompañaba su propia presentación con un leve y seco saludo y un gesto con el que designaba la banqueta.

—¿Y el señor?... —preguntó el comisario volviéndose hacia Willy.

—Un amigo... Willy Marco...

—¿Español?

El coronel se encogió de hombros. Maigret escrutaba con la mirada el rostro manifiestamente israelita del joven.

—Griego por parte de padre... Húngaro por la de madre...

—Me veo obligado a dirigirle ciertas preguntas, sir Lampson...

Willy se había sentado con aire desenvuelto sobre el brazo de un sillón y se balanceaba, sin dejar de fumar su cigarrillo.

—¡Le escucho!

Pero en el momento en que Maigret iba a hablar, preguntó:

—¿Quién es el autor? ¿Se sabe?

Hablaba del autor del crimen.

—No se ha descubierto nada hasta ahora. Por eso será usted muy útil a la investigación, informándome acerca de algunos extremos...

—¿Con una cuerda? —agregó aún, llevándose la mano al cuello.

—¡No! El asesino ha usado simplemente las manos. ¿Cuando vió usted a mistress Lampson por última vez?

—Willy...

Decididamente, Willy era el hombre encargado de todo; de pedir las bebidas y de contestar a las preguntas dirigidas al coronel.

—En Meaux, el jueves por la tarde —dijo el joven.

—¿Y no denunció usted su desaparición a la policía?

Sir Lampson se servía en aquel momento un nuevo whisky.

—¿Por qué? Ella hacía lo que quería, ¿no es así?

—¿Desaparecía a menudo de esa manera?

—De vez en cuando...

Se oía la lluvia caer sobre el puente, por encima de sus cabezas. El crepúsculo iba cediendo el paso a la noche y Willy Marco hizo girar el conmutador eléctrico.

—¿Están cargados los acumuladores?— preguntó el coronel en inglés—. ¿No pasará lo del otro día?

Maigret hacía esfuerzos para dar a su interrogatorio un sentido preciso; pero sentíase sin cesar solicitado por nuevas impresiones.

A pesar suyo, todo lo miraba y en todo pensaba a la vez, de modo que tenía la cabeza llena de una confusión de ideas.

Sentíase aún más molesto que indignado por aquel hombre que, en el *Café de la Marina*, había lanzado una ojeada al retrato, declarando con un estremecimiento:

—Es mi mujer...

Veía de nuevo a la desconocida, preguntando:

—¿Es Mary?...

¡Y ahora Willy Marco continuaba balanceándose sin cesar, con el cigarrillo prendido en los labios, mientras que el coronel se manifestaba inquieto por los acumuladores!

Era indudable que en la atmósfera neutral de su oficina, el comisario hubiera llevado a buen fin un interrogatorio ordenado. Aquí comenzó por quitarse el abrigo, sin que nadie le hubiera invitado a ello, y recuperó el retrato, que era siniestro, como todas las fotografías de cadáveres.

—¿Vive usted en Francia?

—En Francia, en Inglaterra... Algunas veces en Italia... Siempre con mi barco, el *Southern Cross*.

—¿Viene usted de...?

—¡París!— contestó Willy al que el coronel había hecho signo de hablar—. Hemos permanecido allí unos quince días, luego de haber pasado un mes en Londres...

—¿Vivían ustedes a bordo?

—¡No! El barco estaba en Auteuil. Nos alojamos en el Hotel Raspail, en Montparnasse...

—¿El coronel, su mujer, la persona que acabo de ver aquí y usted?

—¡Sí! Esta señora es la viuda de un diputado sudamericano: Madame Negretti.

Sir Lampson, lanzando un suspiro de impaciencia, recurrió de nuevo al inglés, para decir:

—Explíquese de prisa; si no estará aquí todavía mañana por la mañana...

Maigret no movió un músculo. Sólo que a partir de entonces, hizo sus preguntas con un dejo de brutalidad.

—¿Es parienta suya madame Negretti? —preguntó a Willy.

—En absoluto...

—Es completamente extraña, tanto a usted como al coronel... ¿Quiere usted decirme cómo están situadas las cabinas?

Sir Lampson bebió un trago de whisky, tosió y encendió un cigarrillo.

—En la proa está la cabina de la tripulación, en donde duerme Vladimir, que es un ex aspirante de la marina rusa... Formó parte de la flota de Wrangel...

—¿No hay otro marinero? ¿No hay sirviente?

—Vladimir se encarga de todo...

—¿Y después?

—Entre la cabina de la tripulación y este salón, se encuentra, a la derecha la cocina y a la izquierda el cuarto de baño...

—¿Y en la popa?

—El motor...

—¿Entonces eran ustedes cuatro en esta cabina?

—Hay cuatro cuchetas... primero las dos banquetas que ve usted, que se transforman en divanes... Y luego...

Vladimir dirigióse hacia una de las paredes, abrió una especie de ancho cajón, y puso a la vista un lecho completo.

—Hay uno a cada lado..., ya lo ve usted...

En efecto, Maigret comenzaba a ver allí un poco más claro, y comprendía que no tardaría en estar al corriente de los secretos de aquella singular habitación.

Los ojos de coronel estaban glaucos y húmedos, como ojos de borracho. Parecía desinteresarse de la conversación.

—¿Qué ocurrió en Meaux? Pero, antes de todo, ¿cuándo llegaron allí?

—El miércoles por la noche... Meaux está a una jornada de París. Habíamos llevado a dos amigas de Montparnasse...

—Continúe...

—Hacía muy buen tiempo... Hemos hecho funcionar la gramola y bailado sobre el puente... Hacia las cuatro de la madrugada llevé a nuestras amigas hasta el hotel; debieron tomar el tren del día siguiente...

—¿Dónde estaba amarrado el *Southern Cross*?

—Cerca de la esclusa...

—¿No surgió ningún acontecimiento durante el jueves?

—Nos levantamos muy tarde, tras de haber sido despertados a menudo por el ruido de una grúa que cargaba piedras en una chalana cerca de nosotros... El coronel y yo tomamos el aperitivo en la ciudad... Por la tarde..., espere usted... El coronel se durmió... Yo jugué al ajedrez con Gloria... Gloria es madame Negretti...

—¿Sobre el puente?

—Sí... Estoy seguro de que Mary salió a pasear.

—¿Y no volvió?

—¡Perdón! Primero comió por la noche... El coronel propuso pasar la noche en un dancing y Mary se negó a acompañarnos... Cuando regresamos, hacia las tres de la madrugada, Mary no estaba allí...

—¿No realizaron ustedes ninguna gestión para buscarla?

Sir Lampson tecleaba con sus dedos sobre la barnizada mesa.

—El coronel nos había dicho que su mujer era libre de ir y venir a su gusto... La esperamos hasta el sábado y volvimos a ponernos en marcha... Ella conocía el itinerario y sabía en dónde podía reunirse con nosotros...

—¿Iban ustedes al Mediterráneo?

—A la Isla de Pourquerolles, frente a Hyères, en donde pasamos la mayor parte del año... El coronel ha adquirido allí un antiguo fuerte, el *Petit Langoustier*.

—¿Permaneció todo el mundo a bordo durante el viernes?

Willy vaciló un momento y contestó con cierta vivacidad:

—Yo fuí a París...

—¿Para qué?

El joven rió con una sonrisa desagradable, que imprimía a su boca una torsión anormal.

—Ya le he hablado de nuestras dos amigas... Tenía ganas de volverlas a ver... Al menos a una de ellas...

—¿Quiere usted darme sus nombres?

—Sus nombres propios... Suzy y Lía... Están todas las noches en la *Coupole*...; habitan en el hotel de la esquina de la calle de la Grande-Chaumière...

—¿Son dos profesionales de la galantería?

—Dos buenas muchachitas...

Abrióse la puerta y apareció madame Negretti, que se había puesto un traje de seda verde.

—¿Puedo entrar?

El coronel le contestó con un encogimiento de hombros. El hombre estaba ya en su tercer whisky, y los tomaba con muy poca agua.

—Willy... Pregúntele usted... Para las formalidades...

Maigret no tenía necesidad de intermediario para comprender. Aquella manera absurda y desdeñosa de dirigirle preguntas, comenzaba a fastidiarle.

—Está claro que deben ustedes comenzar por reconocer el cuerpo... Después de practicada la autopsia obtendrán indudablemente el permiso para enterrarla. Designarán ustedes el cementerio y...

—¿Se puede ir inmediatamente? ¿Hay aquí un garage para alquilar un auto?

—Lo hay en Epernay...

—Willy... Pida por teléfono un coche... Pero en seguida, ¿lo oye?...

—¡En el *Café de la Marina* hay teléfono! —dijo Maigret, mientras que el joven, con visible mal humor, se ponía su impermeable.

—¿Dónde está Vladimir?

—Le oí regresar hace un momento...

—Dígale que comeremos en Epernay...

Madame Negretti, que era gorda, de negros y relucientes cabellos y una piel muy blanca, se había sentado en un rincón, debajo de donde estaba el barómetro, y asistía a toda la escena con la barbilla apoyada en la mano y un aire lejano de profunda reflexión.

—¿Vendrá usted con nosotros? —le preguntó sir Lampson.

—No lo sé aún... ¿Sigue lloviendo?

Maigret tenía ya los nervios de punta; la última pregunta del coronel no contribuyó a calmarle.

—¿Cuántos días cree usted que se necesitará para todo?

Entonces, ferozmente, contestó:

—¿Contando con el entierro, supongo?

—Yes... ¿Tres días?...

—Si los médicos forenses entregan el permiso para inhumar y si el juez de instrucción no se opone a ello, podría usted materialmente acabar en veinticuatro horas...

¿Comprendió el inglés la amarga ironía de aquellas palabras?

Maigret, por su parte, sintió necesidad de contemplar de nuevo el retrato de la muerta; un cuerpo tronchado, manchado, estrujado; un rostro que había sido bello, empolvado, con el rojo perfumado sobre las mejillas y en los labios, y cuya mueca no podía mirarse sin sentir frío en la espalda.

—¿Quiere usted beber?...

—No, gracias...

—Entonces...

Y sir Walter Lampson se levantó para demostrar que consideraba terminada la conversación, y llamó:

—¡Vladimir!... ¡Un traje!...

—Tendré seguramente que hacerle otras preguntas —dijo el comisario—. Acaso me vea obligado a examinar el yacht a fondo...

—Mañana... Antes Epernay, ¿no es así?... ¿Cuánto tiempo hace falta en coche?...

—¿Me voy a quedar sola? —preguntó espantada madame Negretti.

—Con Vladimir... Puede usted venir con nosotros...

—No estoy vestida...

Entró Willy, como un huracán, quitándose el impermeable.

—El auto estará aquí dentro de diez minutos . . .

—Entonces, comisario, si usted tiene a bien...

Y el coronel le mostraba la puerta:

—Tenemos que vestirnos.

Maigret al salir hubiera deseado abofetear a alguien, tan irritado estaba. Sintió, que cerraban la escotilla tras de él.

Hacia afuera no se veía otra cosa que la luz de los faroles de ocho portillas, juntamente con el fanal blanco colgado del palo mayor. A menos de diez metros se dibujaba el perfil de la popa maciza de una chalana y sobre la orilla un gran montón de carbón.

Acaso era sólo una ilusión, pero el comisario tuvo la impresión de que la lluvia redoblaba y que el cielo era el más negro y pesado que había visto jamás.

Dirigióse hacia el *Café de la Marina*, en donde todas las voces enmudecieron a su llegada. Los marineros formaban un círculo en torno a la estufa de hierro fundido. El encargado de la esclusa estaba apoyado de codos en el mostrador, junto a la hija de la casa, una muchacha alta, de pelo rojizo, que calzaba zuecos.

Sobre el hule de las mesas se veían frascos de vino, vasos, restos de líquido.

—¿Y qué? ¿Es, en efecto, su mujer? —acabó por preguntar el patrón, decidiéndose a abordar el tema.

—¡Sí! ¡Déme cerveza! ¡O mejor dicho, no! Algo caliente..., un grog...

Los marineros reanudaron poco a poco su charla. La muchacha trajo un vaso humeante, rozando el hombro de Maigret con su delantal.

El comisario creía ver a los tres personajes, vistiéndose en la estrecha cabina, acompañados además por Vladimir.

Imaginaba muchas cosas más, pero vagamente y no sin repugnancia.

Maigret conocía la esclusa de Meaux, tanto más importante cuanto que, como la de Dizy, sirve de unión entre el Marne y el canal, y tiene un puerto en forma de semicírculo, siempre abarrotado de chalanas, apretadas unas contra otras.

Y allí, en medio de los marineros, se representaba al *Southern Cross*, con las dos mujeres de Montparnasse, la gorda Gloria Negretti, madame Lampson, Willy y el coronel, bailando todos al son de la gramola y bebiendo...

En un rincón del *Café de la Marina* dos hombres vestidos con blusa azul comían unos salchichones que iban cortando lentamente, a la vez que el pan, empleando su cortaplumas y consumiendo vino tinto.

Alguien estaba refiriendo un accidente ocurrido durante la mañana en la "bóveda", o sea el lugar en donde el canal se hace subterráneo, durante un recorrido de ocho kilómetros, a fin de franquear la parte más alta de la meseta de Langres.

Un marinero se había enganchado un pie en la cuerda de los caballos. Gritó, sin lograr hacerse oír del carretero, y en el momento en que las caballerías se ponían de nuevo en marcha después de un alto, había sido lanzado al agua.

El túnel no estaba iluminado; el barco no llevaba más que un farol, que apenas si lanzaba algunos reflejos sobre el agua. El hermano del marinero de aquella chalana, que se llamaba *Los Dos Hermanos*, había saltado al canal.

Unicamente se había logrado extraer a uno, cuando estaba ya muerto, y se buscaba al otro...

—Sólo les quedaban dos anualidades pendientes de pago de su barco, pero parece que, según el contrato, las viudas no tendrán que pagarlas...

Entró un chofer con gorra de cuero y buscó con la mirada a alguien.

—¿Quién es el que ha pedido un auto?

—¡Yo! —dijo Maigret.

—Me he visto obligado a dejarle en el puente... No tengo ganas de caerme en el canal...

—¿Come usted aquí? —vino el patrón a preguntar al comisario.

—No lo sé aún...

Y salió con el chofer. El *Southern Cross*, pintado de blanco, formaba una mancha lechosa en medio de la lluvia, y dos chiquillos de una chalana vecina estaban fuera, a pesar de la lluvia, contemplándolo con admiración.

—¡José!... —gritó una voz de mujer—. ¡Entra con tu hermano! ¡Mira que te la vas a ganar!...

—*Southern Cross*... —leyó el chofer en la proa—. ¿Son ingleses?

Atravesando la pasarela, Maigret llamó. Abrió la puerta Willy, que estaba ya listo, elegante con su traje oscuro; en el fondo se veía al coronel, congestionado y sin la chaqueta; Gloria Negretti le anudaba la corbata. Olía a agua de Colonia y a brillantina.

—¿Llegó el auto? ¿Está ya aquí?

—En el puente, a dos kilómetros...

Maigret permaneció fuera, oyendo vagamente al coronel y a Willy que discutían en inglés. Por fin el joven vino a decirle:

—No quiere hundirse en el barro... Vladimir echa la canoa al agua... Espérennos allá...

—¡Hum!... ¡Hum!... —masculló el [illegible]fer, que había oído.

Diez minutos después, Maigret y él se [illegible]seaban sobre el puente de piedra, junto a[illegible]che, cuyos faros estaban atenuados. T[illegible]currió todavía media hora antes de [illegible] oyese el ruido de un motorcito de dos [illegible]voluciones.

Por fin oyóse a Willy gritar:

—¿Es aquí, comisario?...

—¡Sí, aquí!

La canoa motora, luego de describ[illegible] círculo, abordó. Vladimir ayudó al co[illegible] a desembarcar y tomó órdenes para el re[illegible]

Dentro del auto, sir Lampson no pr[illegible]ció una palabra. No obstante su corpul[illegible] era de una evidente elegancia. De rostro [illegible] coloreado, flemático, muy cuidado [illegible] detalles, encarnaba el perfecto gentlem[illegible]glés, tal como le representan los gra[illegible] del siglo anterior.

Willy Marco fumaba un cigarrillo tr[illegible] otro.

—¡Qué cafetera! —protestó al sentir [illegible] el coche en un badén.

Maigret observó que llevaba en el de[illegible] solitario, un grueso brillante amarillo [illegible]tado en platino.

Cuando entraron en la ciudad, con s[illegible]zado chorreando agua, el chofer pre[illegible] levantando el vidrio:

—¿En qué dirección debo...?

—¡A la morgue! —contestó el co[illegible]

❦❦❦

La diligencia fué breve y el coron[illegible]nas entreabrió los apretados labios. T[illegible] había un guarda en el local, donde ap[illegible] tres cuerpos tendidos sobre las losas.

A aquella hora estaban cerradas ya [illegible] las puertas; oyóse el chirrido de las lla[illegible] las cerraduras y fué necesario encend[illegible] luz.

Maigret levantó la sábana:

—¡Yes!

Willy estaba más emocionado, más [illegible]ciente por huir del espectáculo.

—¿Usted la reconoce también?

—Sí, es ella misma... ¡En qué estad[illegible]

No acabó la frase. Se le veía palidece[illegible] le secaban los labios. Sin duda alguna s[illegible]biera desvanecido, si el comisario no l[illegible]biese arrastrado fuera del local.

—¿No sabe usted quién la ha...? —[illegible]beó el coronel.

Quizá su voz traicionaba una tur[illegible] apenas perceptible. ¿Pero no era el efec[illegible] los numerosos vasos de whisky?

Sin embargo, Maigret observô aque[illegible]ve flaqueza.

Encontráronse de nuevo en la acera, [illegible] iluminada por un reverbero, frente al [illegible] el chofer no había abandonado el *baq*[illegible]

—¿Quiere usted cenar? —dijo aún sir L[illegible]son, sin volverse siquiera hacia Maigret.

—Gracias... Voy a aprovechar mi [illegible] aquí para efectuar algunas diligencias...

El coronel inclinóse sin insistir.

—Venga usted, Willy...

Permaneció un momento Maigret en [illegible] umbral de la morgue, mientras que el jo[illegible] tras de conferenciar con el inglés, se [illegible]naba hacia el chofer.

Trataba de saber cuál era el mejor r[illegible]rante de la ciudad. Circulaban algunas pe[illegible]nas por la calle, así como los tranvías, [illegible]minados y trepidantes.

Durante algunos kilómetros se alargaba [illegible] canal, y en sus riberas, cerca de las escl[illegible] reposaban las chalanas, que partirían ha[illegible] las cuatro de la madrugada, envueltas en [illegible] olor de café caliente y de caballeriza.

III

EL COLLAR DE MARY

...do Maigret se metió en el lecho, en la habitación cuyo olor ...erístico no dejaba de incomodarle, complacióse durante largo ...po en confrontar en su pensamiento dos imágenes.

...ero era en Epernay, a través de los ventanales iluminados de ...*asse*, el mejor restaurante de la ciudad; el coronel y Willy, ...tamente sentados ante una mesa, rodeados de camareros de

...bía transcurrido apenas media hora desde la visita a la morgue. ...alter Lampson manteníase un poco estirado, y la impasibilidad ... rostro rojizo, coronado de escasos cabellos plateados, era pro-...

...o a su elegancia, o mejor dicho, la de su raza, la de Willy, a ... de su desenvoltura, marcaba el contraste.

...gret había comido en otro restaurante y se había comunicado ... por teléfono, con la Prefectura primero, después con la policía ...eaux.

...s tarde había recorrido solo y a pie, en medio de la noche llu-... toda la larga cinta de la carretera hasta ver las luces iluminadas ...*thern Cross*, frente al *Café de la Marina*.

...nces había sentido la curiosidad de presentarse en el barco, con ...exto de haber olvidado una pipa.

... era donde había recogido la segunda imagen: en la cabina de ... Vladimir, vistiendo siempre su jersey rayado de marino, con ...rillo entre los labios, estaba sentado frente a madame Negretti, ... cabellos aceitados caían de nuevo sobre sus mejillas.

...bos jugaban a las cartas —al sesenta y seis— un juego de la Eu-... Central.

... un pequeño instante de estupor. ¡Pero ni un estremecimiento! ... el aliento en suspenso por unos segundos. Después de lo cual, ... se levantó para buscar la pipa. Gloria Negretti había pre-... tartamudeando:

—No vuelven aún?... ¿Era de verdad Mary?...

... comisario estuvo tentado de montar en su bicicleta y seguir ..., con el designio de llegar hasta las chalanas que habían pasado ... del domingo al lunes en Dizy. Pero la contemplación del ... mojado y del cielo entoldado le habían hecho desistir de ello. ...ndo llamaron a su puerta, dióse cuenta antes de abrir los ojos, ... los cristales de la ventana dejaban pasar a la habitación la ... del alba.

...bía tenido un sueño agitadísimo, lleno de ruido de pasos de ..., de confusas llamadas, de pisadas en la escalera, de los vasos ... entrechocaban abajo y de las vaharadas de café caliente y ron ... ascendían hasta él.

—Quién es?

—...cas! ¿Puedo entrar?...

... el inspector Lucas, que trabajaba casi siempre con Maigret, em-... la puerta y estrechó la mano tibia que le tendía su jefe por ... las sábanas.

—Tiene usted ya algo averiguado? ¿No está demasiado cansado, ...

—...oca cosa! Inmediatamente de su llamada telefónica me dirigí ... en cuestión, en la esquina de la calle de la Grande Chau-... Las chicas no estaban allí. He tomado sus nombres, por si ... *Susana Verdier, llamada Suzy, nacida en Honfleur en 1906... ...uwenstein, en el Gran Condado de Luxemburgo, en 1903...* ... primera llegó a París hace cuatro años, como mucama; después ... algún tiempo como modelo... La Lauwenstein ha vivido es-...mente en la Costa Azul... Me he asegurado de que ninguna ... ambas figura en los registros de la policía de costumbres... ¡Pero ... como si figurasen!...

—...ien, amigo. ¿Quiere usted pasarme mi pipa y pedir café?

... oían los remolinos del agua en la esclusa y un motor Diesel, que ...aba despacio. Maigret salió de la cama y se dirigió a un lavabo ...o, en el que vertió agua de la jarra.

—Continúe...

—Luego fuí a la *Coupole*, como me dijo usted... Las chicas no ... allí, pero todos los mozos las conocían... Me enviaron ...baret *Dingo*, y luego a la *Cigüeña*... Hasta que, por último, en ... barcito americano, cuyo nombre he olvidado, de la calle Vavin, ... con ellas, solitarias y no muy altaneras... Lía no está mal, en ver-... Tiene sobre todo un tipo muy personal... Suzy es una pobre ...cita sin maldad, que de haberse quedado en su provincia hubiera ... ser una buena madre de familia... Tiene la cara llena de ... y...

—...No ve usted una toalla por algún sitio? —le interrumpió Mai-..., que tenía la cara chorreando agua—. Y, a propósito, ¿sigue llo-...do?

—Cuando yo llegué no llovía; pero va a llover de un momento a ... A las seis de la mañana había una niebla que helaba los pulmo-... Pues, como digo, invité a beber a aquellas señoritas... que ... seguida pidieron sándwiches, cosa que no me asombró nada... ... al momento vi el collar de perlas que la Lauwenstein tenía en

el cuello... Fingiendo bromear, mordí de las perlas... Bueno, pues eran de auténticas... Y no se trata de un millonaria americana, pero sí algo por lo menos cien mil francos... Ahora cuando unas muchachitas de ese prefieren sándwiches o chocolate coctails...

Maigret, que fumaba su primera día, fué a abrir la puerta a la cama traía el café. Luego lanzó a través ventana una mirada al yacht, en el había aún traza aparente de vida. El de una chalana que pasaba junto al *Cross*, sin abandonar la mano de la dirigió al yacht una mirada de irritada.

—Y entonces... Continúe...

—Me las llevé a otro sitio, a un tirado...

"Allí les mostré mi placa, señalé y lancé arriesgándome a todo:

"—Las perlas de Mary Lampson, así?

"Mis compañeras no sabían sin Mary había muerto. En todo caso, bían representaron su papel a la

"Tardaron algunos minutos en Suzy fué quien terminó por aconsejar otra:

"—Pero, puesto que sabe ya tantas ¡dile la verdad!

"—Y me han referido una linda ¿Quiere usted que le ayude, patrón?

Era que Maigret hacía esfuerzos atrapar los tiradores que pendían pantalones.

—Ante todo, el punto principal: han jurado que fué la misma Mary quien les dió las perlas el viernes París, en donde fué a visitarlas... debe comprender todo esto mejor ya que conoce el asunto; yo sólo me ha dicho usted por teléfono...

"Les pregunté si Mary Lampson pañada de Willy Marco. Las chicas den que no; afirman que no han Willy a partir del jueves, cuando en Meaux..."

—¡Alto!— interrumpió Maigret, se hacía el nudo de la corbata frente espejo desvaído que deformaba la El *Souther Cross* llegó a Meaux el les por la noche... Esas dos muchachas a bordo... Pasan la noche alegremente compañía del coronel, Willy, Mary y la Negretti...

"Ya muy tarde, llevan a su hotel Lía, y ambas se van en tren el jueves mañana... ¿Es que les dieron dinero?

—Quinientos francos, según dicen

—¿Conocieron al coronel en París?

—Algunos días antes...

—¿Y qué sucedió a bordo del

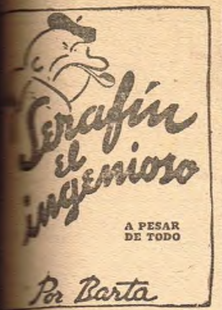
Lucas tuvo una sonrisa rara.

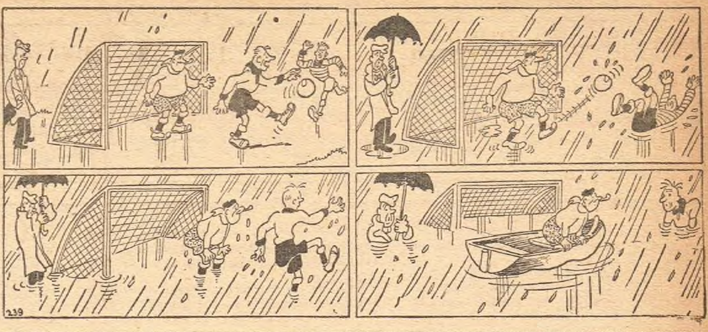
—Cosas no muy lindas, en verdad... ce que el inglés no vive más que whisky y las mujeres... Madame es su amante...

—¿Lo sabía su mujer?

—¡Diantre! Ella era a su vez la de Willy... Lo que no les impedía con ellos a Lía y a Suzy... ¿ de usted?... Y por añadidura, bailaba con unas y otras... hubo una disputa, a causa de que wenstein pretendía que los quinientos no eran más que una limosna... El ni siquiera le contestó, dejando ese a Willy... Todos estaban ebrios... gretti dormía sobre la cubierta y tuvo que transportarla a la cabina...

Plantado ante la ventana, Maigret vagar su mirada sobre la línea negra nal; a la izquierda podía ver el pequeño de vagonetas que acarreaba contin tierra y grava.





...cielo continuaba gris, con nubes negruz... pero no llovía.

...después?

...es casi todo... El viernes, según dicen, ...Lampson fué a París, encontrando en la ... a las dos damiselas.

...ces les dió su collar..."

...en, tomen ustedes esta bagatela!...

...de eso! Se lo dió con la comisión ...erlo y de entregarle a ella la mitad ...a... Pretendía que su marido no le ... dinero alguno...

...tono amarillento del papel floreado ...raba la habitación de Maigret, el ...altado del lavabo ponía una nota...

...isario vió al encargado dè la esclu... ...gaba apurado, en compañía de un ... y su carretero, para beber un vaso ... el mostrador.

...es todo lo que pude obtener de ...concluyó Lucas—. Las dejé a las dos ...madrugada, encargando al inspector ... que las vigile con discreción. Luego, ... a la Prefectura de policía, para ...ar los ficheros. Allí he encontrado ... de Willy Marco, expulsado hace cuatro ... Mónaco, a consecuencia de un asunto ... no muy claro; denunciado el año si... en Niza, por una americana, a la que ... de algunas alhajas. Pero la denuncia ...rada y Marco dejado en libertad, no ... qué. ¿Cree usted que sea él quien...?

...no creo nada. Y le juro que soy sincero ...e esto. No olvide que el crimen fué ...o el domingo, después de las diez ... noche, mientras el *Southern Cross* esta... ...rado en la Ferté-sous-Jouarre...

...Qué piensa usted del coronel?

...giéndose de hombros, Maigret hizo un ... mostrando a Vladimir, que salía de la ... de proa y se dirigía al *Café de la* ..., vistiendo pantalón blanco, alpargatas ...ueta de lana y una gorra inclinada ha... ... oreja.

...guntan por teléfono por M. Maigret ... a gritar la mucama a través de la ...

...usted conmigo, Lucas...

...teléfono hallábase en el corredor, junto ...perchero.

...Hola!... ¿Es Meaux?... ¿Como dice us... ... Sí, *La Providencia*... ¿Qué ha cargado ... todo el jueves en Meaux?... Salió ...nes a las tres de la mañana... ¿Ninguna ...... El *Eco III*..., que es un barco... ...a, ¿no?... El viernes por la noche ...Meaux... Salió el sábado por la mañana... ...s gracias, comisario... Sí, interrogue ... a quien convenga... ¡Siempre en la ... dirección!

Lucas había escuchado esta media conversación sin captar su significado. No había tenido tiempo Maigret de abrir los labios para explicarle, cuando apareció en la puerta un agente ciclista.

—¡Un comunicado del servicio de Identidad Judicial... ¡Urgente!

—Vaya a secarse un instante y a beber un grog a mi salud.

El agente estaba manchado de barro hasta la cintura.

Maigret arrastró consigo al inspector hasta el camino de travesía, abrió el pliego y leyó a media voz:

"Resumen de los primeros análisis efectuados en el asunto de Dizy: Han sido halladas en los cabellos de la víctima numerosas trazas de resina, así como de pelos de caballo de color caoba.

"Las manchas del traje son de petróleo.

"El estómago contenía, en el momento de la muerte, vino tinto y carne de vaca en conserva, semejante a la que se encuentra en el comercio bajo el nombre de corned beef".

—¡Ocho caballos de cada diez, tienen el pelo del mismo color!— suspiró Maigret.

En el café, Vladimir estaba pidiendo informes acerca del lugar más próximo en donde poder hacer la adquisición de provisiones, y tres personas se ocupaban de informarle, entre ellas el ciclista de Epernay, quien acabó por irse hacia el puente de piedra en compañía del marinero.

Seguido de Lucas, dirigióse Maigret hacia la caballeriza, en donde había, desde la víspera por la tarde, además del caballo gris del patrón, una yegua, lesionada en la rodilla y a la que se habiaba de acabar.

De MARTIN FIERRO

El trabajar es la ley,
Porque es preciso alquirir;
No se espongan a sufrir
Una triste situación:
Sangra mucho el corazón
Del que tiene que pedir.



—No es aquí donde ha podido atrapar la resina —dijo el comisario.

Por dos veces recorrió el camino, desde el canal a la caballeriza, dando la vuelta a las construcciones.

—¿Vende usted resina? —preguntó al propietario, que venía empujando una carretilla llena de papas.

—No es precisamente resina... Nosotros llamamos a eso brea de Noruega. Es con lo que se protege a las chalanas de madera por encima de la línea de flotación... Más abajo, se contentan con la brea de gas, que es veinte veces más barata...

—¿Y tiene usted ahora?

—Hay siempre veinte bidones en el almacén... Pero, con este tiempo no se vende ni uno... Los marineros esperan el sol para remozar sus barcos...

—¿El *Eco III* es de madera?

—De hierro, como la mayor parte de los barcos de motor.

—¿Y *La Providencia*...?

—De madera... ¿Ha descubierto usted algo?

El comisario no le contestó.

—¿Sabe usted lo que dicen ellos? —prosiguió el hombre, que había abandonado su carretilla.

—¿Quienes son *ellos?*

—Las gentes del canal, los marineros, pilotos, encargados de esclusas. Que es cierto que un auto no podría fácilmente seguir el camino de travesía... ¡Pero sí una motocicleta!... Y que una moto puede venir desde lejos sin dejar más huellas que una bicicleta...

Abríase la escotilla del *Southern Cross*, pero aun no se veía a nadie.

Durante un segundo amarilleó un punto del firmamento, como si el sol fuese al fin a aparecer. Maigret y Lucas, silenciosos, paseaban a lo largo del canal.

Pero no habían transcurrido cinco minutos, cuando el viento encorvaba las cañas, y un minuto después la lluvia caía a torrentes.

Con gesto maquinal tendió Maigret la mano, y con igual gesto maquinal tomó Lucas un paquete de tabaco negro de su bolsillo y lo ofreció a su compañero.

Se detuvieron un instante ante la esclusa, que estaba vacía, y que se preparaba, porque un remolcador, todavía invisible, había lanzado tres silbidos en la lejanía, lo que indicaba que venía conduciendo tres barcos.

—¿Adónde cree usted que estará *La Providencia* a esta hora? —preguntó Maigret al encargado de la esclusa.

—Espere un poco... Mareuil... Condé... hacia Aigny hay una docena de chalanas seguidas que le harán perder tiempo... La esclusa de Vraux sólo tiene dos compuertas en buen estado... Podemos suponer que estará en Saint-Martin...

PINCELITO PURAPOSE **Actualidad** **Por DOMINGO VILLA**



—¿Está eso lejos?

—Treinta y dos kilómetros justos.

—¿Y el *Eco III?*

—Debía hallarse en La Chaussée... Pero uno de los barcos descendientes me dijo anoche que se había roto la hélice en la esclusa 12... Por consiguiente, le encontrará usted en Tours-sur-Marne, a quince kilómetros... ¡El ha tenido la culpa!... El reglamento prohibe cargar doscientas ochenta toneladas como se obstinan en cargar...

❦ ❦ ❦

Eran las diez de la mañana. Al montar Maigret en la bicicleta que acababa de alquilar, vió al coronel sentado en una silla plegadiza, instalado en el puente del yacht y abriendo los diarios de París, que acababa de traer el cartero.

—¡Nada especial! —dijo a Lucas—. Quédese aquí y no les pierda demasiado de vista.

Las ráfagas de lluvia eran más espaciadas. La carretera era una recta. Al llegar a latercera esclusa apareció el sol, un poco débil aun, pero haciendo brillar las gotas de agua sobre las cañas.

De rato en rato, Maigret tenía que descender de su máquina, para pasar a los caballos de una chalana, que, aparejados en dos, caminaban a lo largo del paso, avanzando con un esfuerzo que se marcaba en todos sus músculos.

Dos de estas caballerías eran conducidas por una chiquita de ocho a diez años, vestida de rojo, que llevaba su muñeca entre los brazos.

En su mayor parte, los pueblos estaban bastante alejados del canal, de modo tal que aquella cinta de agua parecía desarrollarse en medio de la más absoluta soledad.

Había de vez en cuando, aquí y allá, un campo, con obreros encorvados sobre la tierra. Pero casi nunca se veían más que bosques. Los cañaverales, altos de metro y medio o dos metros, agregaban una mayor impresión de calma.

Una chalana cargada de yeso cerca de una cantera, se mostraba en medio de una polvareda que blanqueaba su casco y las figuras de los hombres, que se agitaban

En la esclusa de Saint-Martin había un barco; pero no era *La Providencia.*

—¡Deben estar almorzando en el tramo de Châlons! —anunció la encargada de la esclusa, que iba y venía de una compuerta a la otra, seguida por dos chiquillos que se agarraban a su falda.

Maigret tenía un gesto obstinado. Hacia las once vióse sorprendido al encontrarse en medio de un decorado primaveral, en una atmósfera toda impregnada de sol y aire templado.

Ante él se perfilaba el canal en línea recta, durante una distancia de seis kilómetros, mostrando sus dos riberas bordeadas por bosques de abetos.

Al fondo se adivinaban los muros claros de una esclusa cuyas puertas dejaban escapar finos chorros de agua.

Una chalana estaba detenida, un poco atravesada, a mitad del camino. Sus dos caballos, desenganchados y con la cabeza hundida en un saco de avena, comían sin dejar de resoplar.

¡Aquélla era la primera impresión alegre, o al menos tranquila! No se veía ni una casa. Los reflejos sobre el agua encalmada eran amplios y lentos.

Unos golpes más de pedal y el comisario vió, en la chalana, una mesa puesta sobre la barandilla que protegía la barra; un hule a cuadros blancos y azules hacía de mantel sobre la mesa, en donde una mujer rubia depositaba en aquel instante un plato humeante.

El comisario descendió de la bicicleta, después de haber leído sobre la popa redonda, frotada y reluciente: *La Providencia.*

Uno de los caballos dirigió hacia él una larga mirada, agitó las orejas y lanzó un extraño relincho, antes de continuar comiendo su avena.

❦ ❦ ❦

Entre la chalana y la ribera no había más que una planchada estrecha y delgada, que se hundía bajo el peso de Maigret. Dos hombres almorzaban, sin dejar de seguirle con la mirada, mientras que la mujer salía a su encuentro.

—¿Qué ocurre? —preguntó, mientras se abotonaba su corpiño, medio abierto sobre un busto opulento.

Tenía un acento tan cantarín casi como el de los habitantes del mediodía. No parecía turbada. Esperaba. Tenía el aire de proteger a los dos hombres con su alegre corpulencia.

—Un informe —dijo el comisario—. Sin duda saben ustedes que se ha cometido un crimen en Dizy...

—Las gentes del *Castor* y *Pollux*, que nos han adelantado esta mañana, nos lo contaron... ¿Es verdad?... Es casi imposible, ¿no es cierto?... ¿Cómo habrán hecho?... ¡Y en el canal, donde todo está tan tranquilo!...

Tenía las mejillas enrojecidas por el viento. Los dos hombres continuaban comiendo, sin dejar de observar a Maigret. Maquinalmente, éste lanzó una ojeada al plato colmado con una carne negruzca cuyo olor le parecía extraño.

—Es un cabritillo que he comprado esta mañana en la esclusa de Aigny... ¿Quería usted pedirnos un informe?... ¿A nosotros, no?... Pero nosotros salimos antes de que se descubriese el cadáver... Y, a propósito, ¿se sabe ya quién era esa pobre señora?...

Uno de los hombres era bajito, de pelo negro, con bigotes que le caían a ambos lados de la boca; había en toda su persona algo de blando y dócil.

Era el marido. Se había contentado con saludar con gesto vago al intruso, dejando a su mujer el cuidado de hablar.

El otro podía tener unos sesenta años. Sus cabellos, muy espesos y mal cortados, eran blancos. Cubría su barbilla y la mayor parte de sus mejillas una barba de tres o cuatro centímetros, y como las cejas eran también muy tupidas, tenía el aspecto de un animal salvaje.

En oposición a esta rudeza, sus ojos eran claros e inexpresivos.

—Es a vuestro carretero a quien qu[...]
algunas preguntas...

Rióse la mujer.

—¿A Juan?... Le advierto que [...]
mucho... ¡Es nuestro oso!... ¡[...]
mer!... Pero es también el mejor [...]
que pueda encontrarse...

El viejo había dejado en suspenso [...]
y miraba a Maigret con ojos de [...]
impresionante.

Era una mirada de esas que suele[...]
gunos idiotas, que llaman "inocen[...]
pueblos, o ciertos animales, acost[...]
ser tratados bien, cuando de pro[...]
maltrata a menudo.

Había en ella un poco de atonta[...]
también otra cosa imposible de d[...]
como si su dueño se replegase en [...]

—¿A qué hora se levantó usted [...]
der a sus caballos?

—Como siempre...

Tenía unos hombros desmesurad[...]
chos, sobre todo si se los compar[...]
corto de sus piernas.

—Juan se levanta todas las mañan[...]
y media —dijo, interviniendo, la [...]
Puede usted contemplar a nuestros [...]
Todos los días se los limpia como [...]
caballos de lujo... Y por la noche [...]
ría usted tomar a Juan ni un trago [...]
co hasta que los acondiciona...

—¿Duerme usted en la caballeriza[...]

Juan parecía no comprender. Fu[...]
quien señaló a una construcción [...]
plantada en medio del barco.

—¡Esa es la cuadra! —dijo—. Ju[...]
siempre ahí. Nosotros tenemos nu[...]
na a popa... ¿Quiere usted hacer [...]

El puente era de una limpieza [...]
los cobres estaban más relucientes [...]
del *Southern Cross*, y cuando la [...]
una puerta de pino de dos hojas, [...]
una escotilla de vidrios de colores[...]
vió un saloncito coquetón, lleno [...]

Se veían en él los mismos mueble[...]
na, estilo Enrique III, que en el [...]
dicional de los hogares burgueses [...]
La mesa estaba cubierta con un tap[...]
en sedas de diferentes colores, so[...]
había vasos, fotografías colocadas [...]
portes y una jardinera con plantas [...]

Sobre un buffet había un paño [...]
dado, y los sillones estaban protegidos [...]
tángulos de malla.

—Si Juan hubiese querido, le habría[...]
glado una cama al lado nuestro... [...]
que sólo puede dormir en la cuadra[...]
que tenemos miedo de que un día [...]
coz... Por más que los animales le [...]
cuando duermen... ¿No es cierto?

La mujer se había puesto a comer, [...]
na ama de casa que prepara los platos [...]
para los demás y elige para ella l[...]
bocados, sin darse siquiera cuenta.

Juan se había levantado; miraba ya [...]
ballos, ya al comisario; el patrón [...]
cigarrillo.

—¿Y usted no ha visto ni oído [...]
preguntó Maigret, mirando de hito [...]
al carretero.

volvió el rostro hacia la patrona, quien ...ó por él, con la boca llena:

...supondrá usted que si hubiera visto al... habría dicho.

...llega la *María!*... —anunció el ma... inquietud.

...ba el aire desde hacía unos minutos ... trepidaciones de un motor, y ahora ...guía a la proa de *La Providencia* la ... de una chalana.

...miró a la mujer, la que a su vez miró ...et vacilando.

...che usted —dijo al fin—; si tiene que ... Juan ¿le importará mucho hacerlo en ... La *María*, a pesar de su motor, va ... que nosotros... Si se nos planta antes de llegar a la esclusa, estará dos ...ándonos el paso...

...ni siquiera había esperado las últimas ... Había retirado a sus caballos los sacos ... y los conducía a cien metros antes ...halana.

...rón tocaba una trompeta de la que ...sonidos cascados.

...queda usted a bordo?... Ya compren... que nosotros diremos cuanto sepa... Todo el mundo nos conoce en estos ... desde Lieja hasta Lyón...

...encontraré en la esclusa —dijo Maigret, ...icleta se había quedado en tierra.

...on la pasarela. Apareció una silueta ... puertas de la esclusa y comenzó a ... compuertas. Pusiéronse en marcha los ... al compás del ruido de sus cascabe... ...nceando el pompón rojo que lucían ... cabeza.

...do iba Juan, lentamente, con su aire ...

...chalana de motor, situada doscientos ...etrás, acortaba la marcha, dándose ... que llegaba demasiado tarde.

...siguió a *La Providencia*, llevando la ... bicicleta de la mano. Podía ver a ... que acababa de comer apresurada, ...arido, pequeño, delgaducho, incon...mbado casi sobre la barra de un ...masiado pesado para él.

IV

EL AMANTE

...almorzado ya! —anunció Maigret al ... el *Café de la Marina*, en donde Lu... instalado junto a una ventana.

...Aigny? —preguntó el patrón—. Mi her... el dueño de la posada...

...mos cerveza...

...o parecía una burla. Apenas el comi...soplando sobre su bicicleta, se acerca... ...y, el tiempo comenzaba a encapotarse, ... instante ráfagas de lluvia cortaban ... rayo de sol.

...uaba el *Southern Cross* en su sitio y ... a nadie sobre el puente. No llegaba ...guno de la esclusa y la calma era tan ... que Maigret tuvo por primera vez ...sión de hallarse en el campo al oír a ...as que cacareaban en el patio.

...ha ocurrido nada? —preguntó al ins...

...resó el marinero con las provisiones. ...er se dejó ver un instante, envuelta ... bata azul. El coronel y Willy vinie... ...afé a tomar el aperitivo. He visto que ...ban con enojo...

...et tomó el tabaco que su compañero ... y llenó su pipa, mientras esperaba ... el patrón, que les había servido, des... ...era tras el mostrador.

...ampoco tengo yo nada! —murmuró en... De los dos barcos que podían haber ... a Mary Lampson, uno está averiado, a ... kilómetros de aquí, y el otro se arras... el canal, a una velocidad de tres ki...s por hora.

... primero es de hierro... Imposible, por ... que el cadáver haya manchado allí sus ... de resina...

"El segundo es de madera... Sus dueños se llaman Canela: Una gordinflona muy trabajadora, que quiso hacerme beber a todo trance un vaso de ron malísimo, y una insignificancia de marido, que pasa el tiempo dando vueltas alrededor de ella como un perro faldero...

"Quedaría entonces el carretero...

"Este, o se hace el tonto, y es un prodigio de ficción, o es un bruto macizo... Está con los Canela desde hace ocho años... Si el marido es el faldero, ese Juan sería el bulldog...

"Se levanta a las dos y media de la mañana, limpia y prepara los caballos, bebe una taza de café y comienza a caminar al lado de las caballerías...

"Se camina así sus treinta o cuarenta kilómetros por día, al mismo paso, y echándose al cuerpo un trago de vino blanco en cada esclusa...

"Por la noche lleva a la caballeriza los animales, cena sin abrir la boca, y se deja caer sobre su cama de paja, sin desnudarse siquiera la mayor parte de las veces...

"He visto sus documentos: una vieja cartilla militar, de páginas tan inmundas que apenas pueden tocarse, con el nombre de Juan Liberge, nacido en Lille, en 1869...

"¡Y eso es todo!... ¡Es decir, no lo es!... Porque habría que admitir que *La Providencia* hubiese embarcado a Mary Lampson el jueves por la noche en Meaux... Pero entonces estaba viva..., pues que vivía aún al llegar aquí el domingo por la noche...

"Y es materialmente imposible ocultar a un ser humano durante dos días en la cuadra del barco...

"Porque en ese caso serían culpables los tres..."

Y la mueca de Maigret decía claramente que no lo creía ni por un momento.

—Y en cuanto a suponer que la víctima se haya embarcado voluntariamente... ¿Sabe usted lo que va a hacer, viejo? Preguntar a Lampson el nombre de soltera de su mujer... Cuélguese usted del teléfono y búsqueme informes acerca de ella...

Los rayos del sol rasgaban el cielo en dos o tres partes, pero a pesar de ello caía la lluvia cada vez más fuerte. No había apenas salido Lucas del *Café de la Marina*, dirigiéndose hacia el yacht, cuando vióse a Willy que salía del mismo en traje de calle, ágil y despreocupado, con la mirada perdida en el vacío.

Parecía que fuera un rasgo común a todos los huéspedes del *Southern Cross* aquel aspecto de personas que no han dormido suficientemente y que digieren mal una cantidad excesiva de libaciones.

Willy y el inspector se entrecruzaron en el camino de sirga; el primero pareció vacilar al ver subir al inspector a bordo, pero en seguida, encendiendo un nuevo cigarrillo en la punta del que estaba fumando, dirigióse resueltamente hacia el café.

Buscaba a Maigret, sin tratar de disimularlo.

Ni se quitó el sombrero flexible que llevaba, contentándose con tocarlo apenas con los dedos, y murmuró:

—Buenos días, comisario... ¿Durmió bien?... Quisiera decirle dos palabras...

—Escucho...

—Aquí no, si le es lo mismo... ¿No podríamos subir a su cuarto?

No había perdido nada de su desenvoltura habitual. Sus ojillos chispeaban, y más bien parecía estar alegre y malicioso.

—¿Quiere fumar?

—No, gracias...

—Es cierto, usted fuma en pipa...

Maigret decidióse a hacerle subir a su habitación, que todavía no estaba arreglada. Inmediatamente, y tras de dirigir una mirada al yacht, Willy sentóse sobre el borde de la cama, y comenzó:

—Seguramente ha obtenido usted ya informes acerca de mí...

Buscó con la mirada un cenicero, y, no encontrándolo, dejó caer la ceniza al suelo.

—No son famosos ¿eh?... Pero, por otra parte, nunca pretendía hacerme pasar por un santito... El coronel me repite tres veces al día que soy un canalla...

Lo extraordinario era la expresión franca de

LA MUJER HERMOSA

Hay quienes dicen que no lo es, que tiene la cara así o asá, con ojos demasiado estirados, boca también estirada y las mandíbulas salientes; que no es, pues, hermosa. No obstante esos milimetristas que tal dicen porque las medidas no se ajustan con estrictez absoluta a los cánones de la belleza que ellos entienden como única, Michelle Morgan, que es la que tenemos ahora en discusión, sobre el tapete, o sobre el brocal del pozo, que para el caso da lo mismo, Michelle, decimos, es una mujer hermosa. Debemos recordar que los cánones de la belleza griega (los usados por los detractores de los rasgos de esta gran artista francesa) no son los únicos. La belleza "standard" egipcia, por ejemplo, estaba muy lejos de la que hoy damos por buena; la china o japonesa está más lejos aun; entre los hotentotes se tiene por súmmum de belleza algo que nosotros no podemos concebir por más buena voluntad que pongamos en ello; y hasta entre los germanos y los latinos, con provenir de un mismo tronco racial, los conceptos estéticos son diferentes. Michelle Morgan es una verdadera belleza, y para darse cuenta de esto no hay más que verla, solamente verla, no medirla.



su rostro. Maigret se confesaba a sí mismo que su interlocutor, que le había sido antipático desde los primeros contactos, comenzaba a serle tolerable.

Ofrecía una mezcla extraña: bribonería y astucia; pero a la vez algo chispeante que hacía olvidarlo todo, y también un poco de gracia, que desarmaba en su favor.

—Sepa usted que yo hice mis estudios en Eton, como el príncipe de Gales... Si fuésemos de la misma edad, quizá seríamos también los mejores amigos del mundo... Pero mi padre es comerciante en higos en Esmirna ¡Y yo detesto esa profesión!... La madre de uno de mis camaradas de Eton, para empezar siendo franco, me sacó en un momento dado de apuros...

"Puesto que no le doy a usted su nombre... ¿verdad?... Una mujer deliciosa... Pero su marido fué nombrado ministro y ella tuvo miedo de comprometerle...

"Y después... Ya le habrán contado a usted lo de Mónaco, la historia de Niza... Pero la verdad no es quizá tan fea... Un buen consejo: No crea usted jamás lo que cuente una señora de edad madura, que pasa alegremente su tiempo en la Riviera y cuyo marido llega súbitamente de Chicago... Las alhajas robadas no siempre son robadas... ¡Pero pasemos sobre eso!...

"Lleguemos a lo del collar... O lo sabe usted ya o no lo sabe aún... Hubiera querido hablarle ayer mismo, pero, dada la situación, acaso no hubiera sido muy correcto...

"El coronel es, a pesar de todo, un gentleman... Le gusta demasiado el whisky, concedido... Pero tiene excusa..

"Era uno de los hombres más destacados en Lima, donde estaba en misión, y hubiera debido llegar a general, cuando, a causa de una historia de faldas —se trataba de la hija de un alto personaje indígena—, fué pasado a situación de retiro...

"Ya le ha visto usted: un hombre magnífico, de formidables apetitos... En América tenía treinta sirvientes, ordenanzas, secretarios y no sé cuántos coches y caballos a su disposición...

"Y de repente, nada: unos cien mil francos por año...

"¿Le he dicho a usted que estuvo casado ya dos veces antes de conocer a Mary?... Su primera mujer murió en la India... La segunda se divorció, cargando él con todas las culpas del proceso, después de haber sorprendido a su esposa con un jovencito...

"¡Un verdadero gentleman!..

Y Willy, echándose hacia atrás, balanceaba su pierna cadenciosamente, mientras que Maigret, con la pipa entre los dientes, permanecía inmóvil, con la espalda adosada al muro.

—¡Ahí tiene usted!. . Y ahora pasa su tiempo como puede... En Porquerolles reside en su viejo fuerte, llamado el *Petit Langoustier*... Cuando ha realizado las suficientes economías se va a París o a Londres .

"Pero piense usted que en la India daba todas las semanas comidas de treinta o cuarenta cubiertos..."

—¿Ha venido usted para hablarme del coronel? —preguntó Maigret.

Ni un músculo se movió en el rostro de Willy.

—En realidad, trato de ponerle a usted en ambiente... Como usted no vivió nunca ni en la India ni en Londres ni tuvo jamás treinta sirvientes y no sé qué número de lindas muchachas a su disposición...

"No trato de vejarle a usted... En conclusión; me encontré con el coronel hace dos años...

"Usted no ha conocido en vida a Mary... Era una mujer deliciosa, pero con cerebro de pájaro... Un poco chillona... Si no se ocupaba uno sin cesar de ella, en seguida atrapaba una crisis de nervios o armaba un escándalo...

"Y, entre paréntesis, ¿sabe usted qué edad tiene el coronel?... Sesenta y ocho años...

"Mary le fatigaba; ¿se hace usted cargo?... Le toleraba sus fantasías —porque el coronel las tiene todavía—, pero era un poco molesta...

"Se encaprichó por mí... Y a mí me gustó..."

—¿Supongo que madame Negretti es la amante de sir Lampson?

—¡Sí!— admitió el joven con una mueca—. Es cosa difícil de explicar... Es que él no puede vivir ni beber solo... Necesita que haya gente a su lado... Encontramos a madame Negretti durante una escala que hicimos en Bandol... Al día siguiente permaneció en el barco... ¡Con él basta eso!... Estará ahí todo el tiempo que le agrade...

"Pero conmigo es otro cantar... Yo soy uno de los pocos hombres que soporto el whisky tan bien como el coronel...

"Con la excepción de Vladimir, al que ya ha visto usted, y que de diez veces nueve nos tiene que llevar a la cama...

"No sé si se dará usted cuenta exacta de mi situación... Cierto que no tengo que preocuparme de las necesidades esenciales... ¡Aunque a veces hayamos estado quince días detenidos en un puerto a la espera de un cheque de Londres para poder adquirir nafta!...

"¡Vea! El collar de que hablaré en seguida, ha ido veinte veces a pasar al Monte de Piedad...

"¡Pero eso no importa! El whisky no falta casi nunca.

"No es una vida fastuosa... Pero duerme uno hasta hartarse... Vamos... Venimos...

"Por mi parte, prefiero eso a los higos de papá...

"Al principio de su matrimonio, el coronel había regalado algunas joyas a su mujer y ésta le pedía de vez en cuando dinero...

"Lo necesario para vestirse y tener algo en el bolso, ¿comprende?...

"Piense usted lo que quiera, le juro que fué para mí un golpe terrible el saber ayer que era ella, en aquella espantosa fotografía... ¡Y también para el coronel!... Pero antes se dejaría cortar en pedacitos que dejar traslucir la menor cosa... ¡Es su manera! ¡Y bien inglesa!...

"Cuando salimos de París, la últim[...] —¿hoy es martes, según creo?—, la ca[...] casi seca... El coronel telegrafió a L[...] pidiendo un adelanto sobre su pensi[...] esperábamos en Epernay... Acaso el [...] llegado ya en estos momentos...

"Sólo que yo dejaba en París alg[...] das... Dos o tres veces había yo [...] a Mary por qué no vendía su co[...] día decir a su marido que se le [...] dido, o que si lo habían robado.

"El jueves tuvo lugar la fiesta que [...] ce. Pero no se imagine fantasías [...] ella. Es que en cuanto Lampson ve [...] cas bonitas, siente la necesidad de [...] bordo... Y luego, dos horas más [...] cuanto se embriaga, me encarga que [...] con el menor gasto posible.

"El viernes, Mary levantóse mucho [...] prano que de costumbre, y cuando [...] hicimos, ella estaba ya sobre cubierta.

"Después del almuerzo, nos qued[...] momento solos ambos y ella estuvo [...] ñosa... Con una ternura particular, [...] triste...Y en determinado momento [...] so en la mano el collar, diciéndome:

"—No tienes más que venderlo.

"¡Lo crea usted o no, me sentí un [...] lesto, conmovido! Si la hubiera usted [...] do comprendería... Así como en c[...] siones era desagradable en extremo, [...] era conmovedora... Es que... tenía [...] años... Y aunque se defendía bien, [...] cuenta de que era ya el final... Al[...] entonces. Yo metí el collar en [...] Por la noche, el coronel nos llevó [...] y Mary se quedó sola a bordo.

"Cuando los dos regresamos, ella [...] Lampson no se inquietó, porque [...] primera vez que se fugaba...

"¡Pero no una fuga del género [...] puede creer! Por ejemplo, una vez [...] sión de una fiestita en Porquerolles, [...] el *Petit Langoustier* una orgía que [...] una semana. Los primeros días Mary [...] más animada de todos. Y al tercer [...] reció...

"¿Y sabe usted en dónde la enc[...] En una posada en Gien, en donde se [...] jugando a la mamá con dos chi[...] lavados.

"Aquello del collar me fastidiaba. [...] fuí a París. A punto estuve de ve[...] ro me dije que si la cosa se p[...] exponía a atraerme molestias. Ent[...] en las dos chiquitas de la víspera. [...] mujercitas se hace lo que uno quiere. [...] de que yo había encontrado a Lía [...] sabía que podía contar con ella.

"Le entregué la alhaja. Por si [...] comendé que si le preguntaban d[...] misma Mary se lo había entregado [...] lo vendiera.

"Parece la cosa más sencilla ¡Y [...] Más me hubiera valido quedarme q[...] so es que si no caigo en manos [...] inteligentes, es algo capaz de envi[...] sidio. Me di cuenta cuando supe ayer [...] había sido estrangulada. No le preg[...] ted qué piensa. Si he de ser franco, [...] guro de ser detenido. Será un [...] no habrá nada que hacer. Ahora bien, [...] re usted que yo le ayude, estoy d[...] hacerlo. Hay cosas que pueden p[...] trañas, pero que son en realidad muy [...]

Estaba ahora casi tendido en el le[...] tinuaba fumando, con los ojos clava[...] techo.

Maigret fué a situarse frente a la v[...] ra ocultar su turbación.

—¿Está el coronel al corriente de [...] so de usted?

—Ni de esto ni de lo del collar. [...] nada puedo pedir, y bien lo comp[...] gustaría que continuase ignorándolo.

—¿Y madame Negretti?

—¡Un peso muerto! Es una mujer [...]

COMO SE CURABA LA RABIA

Van Helmont, el célebre médico belga que descubrió el jugo gástrico, vió un día a un anciano colgado con unas cuerdas de la verga de un barco, y al preguntar qué significaba tan extraño espectáculo, un marinero le respondió que el viejo había sido mordido por un perro rabioso. "La mar, añadió el marino, es la única cosa que tiene la virtud de curar instantáneamente la rabia".

El tratamiento era curioso. Se dejaba al paciente unos segundos bajo el agua, luego se le sacaba para volverlo a zambullir y se repetía la operación hasta que el pobre enfermo no podía resistir más.

¿DEFINICION?

Cuando a Richelet se le pidió que hiciera alguna definición sobre el amor, dijo:

"El amor es una cosa que no se parece a ninguna otra."



de vivir más que tirada en un diván, fu- garrillos y beber licores dulces. Desde en que subió a bordo, allí ha permane- ¡Perdón! Juega también a los naipes. que esa es su única pasión...

chirridos de hierro enmohecido anun- que iban a abrirse las puertas de la Pasaron dos mulos por delante de la deteniéndose un poco más lejos, mien- una chalana vacía continuaba desli- sobre el agua, como si fuera a escalar de la orilla.

yacht, Vladimir, con el cuerpo encor- chicaba el agua de la lluvia que amena- llenar la canoa.

puente de piedra fué cruzado por un au- quiso entrar por el camino de sirga, se realizó algunas maniobras torpes y por parar definitivamente.

de él un hombre vestido de negro. que se había levantado, lanzó una ojeada ventana y anunció:

pompas fúnebres.

ando piensa partir el coronel?

diatamente después del entierro.

tendrá lugar aquí?

qué importa dónde? Ya tiene una en- en Lima, y otra vuelta a casar con rquino y que acabará en suelo ame-

le miró, a su pesar, como para ver aba. Pero Willy Marco estaba serio, con aquella luz equívoca en sus pupi-

tal de que haya llegado el permiso ... Porque, si no, los funerales ten- retrasarse.

mbre vestido de negro vacilaba delan- acht y se dirigía a Vladimir, quien le sin abandonar su trabajo, hasta que, o, subió a bordo, y desapareció en

no había vuelto a ver a Lucas.

usted! —dijo a su interlocutor.

vaciló. Durante un segundo vióse cru- sombra de inquietud por sus ojos.

va usted a hablar del collar?

sé...

nversación había terminado. Recobran- desenvoltura, Willy rectificó la posición sombrero, saludó con un gesto de la descendió por la escalera.

Maigret, a su vez, descendió, había mostrador dos marineros, ante un chop

amigo está en el teléfono —le dijo el Ha pedido comunicación con Mou-

a lo lejos silbar un remolcador y ma- nte contó Maigret los silbidos, mas- para sí mismo:

co...

la vida del canal. Llegaban cinco chala- encargado de la esclusa, calzado con salía de su casa y se dirigía hacia las rtas.

Lucas del teléfono; su rostro estaba do.

... ¡Qué trabajo ha costado!...

qué hay?

coronel me ha declarado que su mu- llamaba de soltera María Dupin. Para trimonio presentó una certificación de nto que declaraba ese nombre, expedida oulins... Acabo de telefonear allí, pi- datos de la inscripción originaria.

...?

hay más que una María Dupin ins- en los libros del Registro. Tiene cua- y dos años y está casada con un tal eef, panadero de la calle Haute... El de la Municipalidad me ha dicho davía ayer la ha visto detrás de su mos- y parece que la mujer pesa sus buenos y cinco kilos...

gret no contestó una palabra. Con el ai- un rentista desocupado, dirigióse hacia la esclusa, sin hacer caso de su compañero, y siguió con la mirada todas las maniobras, pero sin dejar de dar continuamente golpecitos rabiosos en su pipa con el dedo pulgar.

Poco después, Vladimir se acercó al encargado de la esclusa, y, tras de llevar la mano a su gorro blanco, le preguntó en dónde podría cargar agua potable.

V

LA INSIGNIA DEL Y. C. F.

Maigret habíase ido a acostar temprano, en tanto que el inspector Lucas, a quien había dado instrucciones, iba a Meaux, París y Moulins.

Al salir de la sala del café había allí tres consumidores, dos marineros y la mujer de uno de ellos, que había venido a buscar a su marido y que tejía en un rincón.

El ambiente era aburrido y pesado. Fuera, una chalana habíase alineado a menos de diez metros del *Southern Cross*, que tenía todas sus ventanillas iluminadas.

Bruscamente, el comisario sintióse arrancado de un sueño, tan vago, que ni siquiera lo recordaba al abrir los ojos. Era que llamaban a su puerta, con golpes precipitados, mientras que una voz enloquecida gritaba:

—¡Comisario!... ¡Comisario!... ¡Pronto!... ¡Mi padre!...

Corrió a abrir en pijama, y vió a la hija del posadero que, lanzándose sobre él, presa de extraordinaria nerviosidad, se precipitó literalmente entre sus brazos.

—¡Allí! Vaya corriendo. ¡Pero no! Quédese... No me atrevo a quedarme sola. Tengo miedo. .

Maigret no le había concedido nunca la menor atención. La consideraba como una muchacha fuerte, gorda, sin nervios.

Pero ahora se prendía a él, con el rostro alterado, el cuerpo estremecido, y con una insistencia molesta. Mientras trataba de librarse de ella, dirigióse a la ventana, abriéndola.

SI FUERAMOS A LA LUNA

Si pudiéramos llegar a la Luna y caminar por sobre su corteza reseca, nos sentiríamos tan livianos que nuestro primer impulso, debido al "don Fulgencio" que todos llevamos dentro, sería correr y saltar. Entonces nuestros saltos resultarían prodigiosos. Pues una persona de 60 kilos pesaría allá sólo 9 kilos con 960 gramos.

TORTURA REGIA

El emperador de la China, obligado por la religión, debía ayunar sesenta y cuatro días al año.



COMO CRECE BUENOS AIRES

	Habitantes
En 1580, la ciudad de Bs. Aires tenía	300
" 1602 " " " " " "	500
" 1763 " " " " " "	20.000
" 1801 " " " " " "	40.000
" 1852 " " " " " "	76.000
" 1865 " " " " " "	150.000
" 1895 " " " " " "	663.854
" 1914 " " " " " "	1.576.597
" 1942 " " " " " "	2.433.284

Debían ser las seis de la mañana. Comenzaba a apuntar el día, frío como un amanecer invernal.

A cien metros del *Southern Cross*, en dirección al puente de piedra y la carretera de Epernay, cuatro o cinco hombres trataban de atrapar algo que flotaba sobre el agua, con ayuda del enorme bichero de una chalana, mientras que un marinero, desatracando su bote, comenzaba a sirgar.

Maigret no tenía puesto más que su pijama, todo arrugado. Echóse el abrigo sobre los hombros y buscó sus zapatos, que se los puso sin medias.

—¡Sabe usted!... ¡Es *él*... Le han...!

Libróse con un movimiento brusco del abrazo de la extraña muchacha, bajó la escalera y llegó en el momento en que una mujer llevando un niño en brazos avanzaba hacia el grupo.

Maigret no había asistido al hallazgo del cuerpo de Mary Lampson. Pero el de ahora era quizá más siniestro. El hecho de esta repetición de crímenes tendía una angustia casi mística sobre aquel extremo del canal.

Los hombres se interrogaban unos a otros. El patrón del *Café de la Marina*, que fué el primero en divisar una forma humana flotando sobre el agua, era quien dirigía la maniobra.

Por dos veces asió el bichero al cadáver, pero el gancho se escurría. El cuerpo hundióse algunos centímetros antes de subir a la superficie.

Maigret había reconocido ya el traje oscuro de Willy. No podía aún verse el rostro, porque la cabeza, más pesada, permanecía sumergida.

El marinero del bote tropezó con ella, asió al muerto por las ropas y con una sola mano le izó. Pero era necesario pasar por el borde de la embarcación.

No pareció sentir el hombre la menor repugnancia. Levantando las piernas al cadáver, una después de la otra, lo subió, y lanzando su amarra a tierra enjugóse con el dorso de la mano la frente húmeda de transpiración.

Maigret entrevió un instante la cabeza adormecida de Vladimir, que surgía de la escotilla del yacht. El ruso se frotaba los ojos; luego desapareció.

—No toquen nada...

A su espalda protestó un marinero, diciendo que su cuñado había sido devuelto a la vida en Alsacia, después de haber permanecido tres horas dentro del agua.

Pero el patrón del café le mostró el cuello del cadáver. Aquello era claro: había dos huellas negras de dedos, como en el cuello de Mary Lampson.

Esta tragedia fué la más impresionante. Willy tenía los ojos desmesuradamente abiertos; parecían aún más grandes que en vida. Su mano derecha estaba crispada sobre un puñado de cañas.

Maigret tuvo la sensación de una presencia insólita a su espalda; volvióse y vió al coronel, en pijama, como él, con una bata de seda puesta encima y en los pies unas zapatillas de cabritilla azul.

Tenía los plateados cabellos en desorden y el rostro un poco abotagado. Y era raro verle así, en aquella vestimenta, en medio de los marineros, con zuecos y trajes de paño grueso, y del barro y la humedad del amanecer.

Era el más alto y robusto de todos. Exhalaba un vago perfume de agua de colonia.

—¡Es Willy! —murmuró con voz ronca.

En seguida dijo algunas palabras en inglés,

demasiado de prisa para que Maigret pudiera comprenderlas, inclinóse y tocó el rostro del joven.

La muchacha, que había despertado al comisario, sollozaba apoyada en la puerta del café. Acudió el encargado de la esclusa.

—Telefoneen a la policía de Epernay. Que venga un médico.

Hasta la Negretti apareció, desaliñada, con los pies desnudos, pero no atreviéndose a salir del barco, llamaba al coronel:

—¡Walter! ¡Walter!

En el fondo había gentes a las que no se había visto llegar, el conductor del tren de vagonetas, unos cazadores, un campesino, cuya vaca, abandonada a sí misma, seguía sola el camino de sirga.

—Que le lleven al café... pero tocándole lo menos posible.

La muerte no ofrecía duda de ninguna clase. El elegante traje, que no era ya más que un pingajo, arrastróse por el suelo al levantar el cuerpo.

Seguíale el coronel a pasos lentos, y su bata, sus zapatillas azules y su cráneo enrojecido, sobre el que el viento hacía danzar algunas largas mechas de cabellos, le daban un aspecto a la vez ridículo y hierático.

La muchacha redobló sus sollozos cuando pasó junto a ella el cadáver, y corrió a encerrarse en la cocina, mientras que el patrón gritaba en la cornetilla del teléfono:

—¡Pero no, señorita! ¡Déme con la Policía! ¡Rápido!. Es un crimen. No corte. ¡Hola! ¡Hola!

Maigret impidió que entrara el grueso de los curiosos. Pero los marineros que habían descubierto el cadáver y contribuído a sacarlo del agua, se encontraron todos en el café, por cuyas mesas se extendían aún los vasos y botellas vacías de la víspera. La estufa crepitaba. En medio de la sala había una escoba.

Por detrás de una ventana vió el comisario el rostro de Vladimir, que había tenido tiempo para plantarse el gorro de marinero americano en la cabeza. Los otros marineros le hablaban, pero él no les contestaba.

El coronel miraba sin cesar el cadáver tendido sobre las losas rojizas del suelo y no podía decirse si estaba emocionado, fastidiado o aterrado.

—¿Cuándo le vió usted por última vez? — preguntó Maigret acercándose.

Sir Lampson lanzó un suspiro y pareció buscar a su alrededor a la persona a quien habitualmente encargaba de contestar por él.

—Es muy horrible — pudo decir al fin.

—¿No durmió a bordo?

El inglés señaló con la mano a los marineros que les escuchaban. Era como una apelación al decoro. Aquello quería decir:

—¿Cree usted necesario y conveniente que todas esas gentes...?

Maigret les hizo salir.

—Eran las diez de la noche, ayer. No había whisky a bordo. Vladimir no lo había encontrado en Dizy. Yo quise ir a Epernay...

—¿Le acompañó a usted Willy?

—Durante poco trecho... Se separó de mí un poco después del puente...

—¿Por qué?

—Habíamos tenido algunas palabras...

Y mientras que el coronel pronunciaba aquella frase con la vista fija en el rostro deshecho, lívido y torcido del muerto, su fisonomía se entenebreció.

¿Era, acaso, debido a lo poco que había dormido y a que sus facciones estaban aletargadas? El coronel parecía tener aspecto más emocionado. Maigret hubiera jurado que tras de sus espesos párpados había lágrimas.

—¿Riñeron ustedes?

El coronel encogióse de hombros, como si tuviera que resignarse a ese término vulgar y brutal.

—¿Le reprochó usted algo?...

—¡No! Yo quería saber... Le repetía: "Willy, es usted un canalla. Pero debe usted decirme..."

Calló, anonadado, y miró a su alrededor para no dejarse hipnotizar por el muerto.

—¿Le acusaba usted del asesinato de su mujer?...

El coronel levantó de nuevo los hombros, y suspiró:

—Se marchó, solo. Eso ha ocurrido ya alguna vez. Pero al día siguiente bebíamos juntos el primer whisky sin acordarnos más.

—¿Fué usted a pie hasta Epernay?

—¡Yes!

—¿Bebió usted?

La mirada que el coronel dejó caer sobre su interlocutor fué de compasión.

—También estuve jugando en el club. Me dijeron en la *Becasse* que había un club. Regresé en auto.

—¿A qué hora?

Con un gesto de la mano dió a entender que no podía precisarlo.

—¿No estaba Willy en su litera?

—No. Vladimir, al desnudarme, me lo dijo...

Ante la puerta se detuvo una moto con side-car. Descendió un brigadier con un médico. La puerta abrióse y se cerró tras de ellos.

—¡Policía judicial!— dijo Maigret presentándose ante su colega de Epernay—. ¿Quiere usted mantener la gente a distancia y telefonear al juez de Instrucción?

El médico sólo tuvo necesidad de un breve examen para declarar:

—Estaba ya muerto en el momento de la inmersión. Miren esas huellas en el cuello.

Maigret las había visto. Sabía ya. Maquinalmente observó la mano derecha del coronel, que era musculosa, con las uñas cor... forma cuadrada y las venas salientes.

❦❦❦

Haría falta por lo menos una hora ... el juez de Instrucción con sus cola... se trasladara al lugar del hecho. ... agentes ciclistas, que formaron un ... torno al *Café de la Marina* y al *S... Cross*.

—¿Puedo vestirme?— había preg... coronel.

Y no obstante su bata, sus zapat... piernas desnudas, mostróse asombr... nidad mientras que atravesaba la... curiosos. Apenas entró en su cabin... asomó la cabeza para llamar:

—¡Vladimir!...

Y todas las escotillas del yacht se ...

Maigret interrogó al esclusero, cu... cios eran requeridos por un barco ...

—Supongo que en un canal no hay ... Es decir, que un cuerpo debe per... el sitio en que ha sido arrojado...

—En los tramos grandes, de diez ... kilómetros, así es, en efecto... Pero ... mo de canal apenas tiene cinco... barco baja de la esclusa 13, que est... ba que la mía, yo siento la llegad... algunos minutos después... Si yo ... entrada en la esclusa a un barco ... extraigo unos cuantos metros cúbic... quido del canal, lo que crea un... momentánea...

—¿A qué hora empieza usted su ...

—Nominalmente, a la salida del ... en realidad mucho más temprano. L... caballerizas, cuya marcha es lenta, ... cia las tres de la mañana, y a men... las esclusas por sí mismos sin que l... No se dice nada, porque ya se l...

—¿Así, que esta mañana?...

—El *Federico*, que pasó la noche ... bió partir hacia las tres y media, ... la esclusa de Ay a las cinco...

Maigret dió media vuelta. Frente ... *la Marina* y en el camino de sirg... formado algunos grupos. Cuando ... pasaba, dirigiéndose hacia el puente ... un piloto viejo, con la nariz llena ... acercóse a él.

—¿Quiere usted que le muestre ... en que el joven fué echado al ag...

Y miró altanero a sus camarad... laban si ponerse en marcha en la ... rección.

El viejo tenía razón. A cincue... del puente de piedra, las cañas ... aplastadas en una distancia de alg... No sólo se había caminado sobre ... que se había arrastrado un cuerpo ... el suelo, porque las cañas estaba... dejando ver una ancha y prolong...

—¿Lo ve usted?... Yo vivo a un... tos metros, en una de las primer... Dizy... Al llegar esta mañana para ... jaban barcos del Marne y me neces... huellas me han llamado la atención... más, porque he encontrado esto ... mino...

El hombre era un poco molest... muecas maliciosas y las miradas que ... ba dirigiendo a sus compañeros, ... guían a distancia.

Pero el objeto que sacó de su ... del mayor interés. Una insignia de ... namente trabajado, que, además del ... nía las iniciales: Y. C. F.

—¡Yachting Club de France! —... loto—. Todos tienen eso en el ojal.

Volvióse Maigret hacia el yac... veía dos kilómetros más abajo, y, ... palabras *Southern Cross*, leyó las ... tras: Y. C. F.

Sin ocuparse más del interlocutor ... bía entregado la insignia, púsose ... en marcha hasta el puente. A la ... extendía la carretera de Epernay, en ...

DE LA GUERRA MODERNA



Un portaaviones es algo que representa con máxima propiedad el poder alcanzado por la inteligencia dedicada a la guerra. Una plataforma que se traslada a las antípodas y en el lugar deseado deja escapar de su interior y de su superficie un enjambre de pájaros metálicos, que arrojan dardos que explotan y destruyen ciudades, es la representación siglo XX de lo que antes era arrojar al rostro del enemigo un enjambre de avispas coloradas. Esta foto que para nosotros encierra una sugestión especial, para los antiguos habría sido monstruosa y sin sentido; posible es también que para la futura humanidad llegue a resultar completamente elemental todo esto que ahora nos parece grandioso.

cuya cinta, todavía brillante por las de la noche, pasaban como una tromba

izquierda, el camino hacía una curva pueblo de Dizy. Más allá, en el canal, algunas chalanas en reparación, frente a teras de la Compañía General de Nave-

poco febrilmente volvió Maigret sobre pasos; el juez llegaría de un momento y durante una o dos horas sería el de costumbre, las preguntas, las idas y las hipótesis más absurdas.

do llegó cerca del yacht, éste continuado. Un agente de uniforme se paseaba obligando a circular a los curiosos, podía impedir que dos periodistas tomaran fotografías.

po no era ni malo ni bueno. Era de luminoso y uniforme, como un techo sin esmerilar.

Maigret la pasarela y llamó a la

—¿Quién es?— preguntó la voz del coronel. No tenía ganas de parlamentar.

la Negretti, tan desaliñada como an los cabellos pendientes sobre las me la nuca; sorbía y enjugaba sus lá-

do en la banqueta, sir Lampson tendía a Vladimir, que los calzaba con za-

debía hervir agua en algún calentador, se oía el ruido del vapor.

cuchetas del coronel y de Gloria sido aún hechas. Encima de la mesa naipes esparcidos y una carta de las navegación de Francia.

el mismo olor de siempre, vago y que recordaba a la vez el bar, la per y la alcoba. Una gorra de *yachting* de blanco estaba colgada en el perchero, de un látigo con mango de marfil.

—¿Pertenecía Willy al Yacht Club de Fran- —preguntó Maigret con voz que trató indiferente.

gesto que esbozó el coronel le hizo com que la pregunta era ridícula. Y en lo era, porque el Y. C. F. es uno de los más estrictos y cerrados.

—Yes! —dijo sir Lampson—. Y también del Club de Inglaterra...

—¿Quiere usted mostrarme el saco que lle por la noche?

—¡Vladimir...

estaba calzado. Levantóse y se inclinó armarito que hacía las veces de bar. veía ninguna botella de whisky. Pero otros alcoholes; vaciló cuál elegir. último, tomó una botella de coñac, y por cumplido:

—¿Quiere usted?

—No, gracias...

coronel llenó un vasito de plata que tomó estante encima de la mesa, buscó un y movió varias veces las cejas, como el que ve todas sus costumbres alteradas padece por ello.

Vladimir regresó del cuarto de *toilette* con de *cheviot* negro; su amo le ordenó, gesto, que lo entregara a Maigret.

—¿Estaba habitualmente la insignia de Y. C. F. en este saco?

—¡Yes!... ¿Han terminado allí?... Willy continúa aún en el suelo?...

Había vaciado su vaso, en pie, bebiendo a traguitos y dudaba si se serviría otro.

—¿Quiere usted escucharme un momento, coronel?

Hizo señal de que escuchaba. Maigret sacó el botón de esmalte de su bolsillo.

—Este botón ha sido hallado esta mañana, en el lugar donde el cuerpo de Willy fué arrastrado entre las cañas, antes de ser arrojado en el canal...

La Negretti retuvo un grito, lanzóse sobre la banqueta de terciopelo granate, y se puso a sollozar convulsivamente, con la cabeza entre las manos.

En cuanto a Vladimir, no se movió. Esperaba que le devolvieran el saco para ir a ponerle de nuevo en su lugar.

El coronel tuvo una risa extraña y repitió cuatro o cinco veces:

—¡Yes!... ¡Yes!...

Y al mismo tiempo se servía un nuevo vaso de alcohol.

—En mi país la policía interroga de otra manera... Debe empezar por recordar que todas las palabras pueden servir en contra del que las pronuncia... Voy a repetirlas otra vez... ¿No debía usted escribirlas?... No voy a estar repitiendo todo el tiempo...

"Willy y yo tuvimos unas palabras... Yo le preguntaba... Poco importa que...

"No era un canalla como todos los canallas... Hay canallas simpáticos...

"Yo le dije palabras demasiado duras y él agarró mi saco por aquí..."

Y le mostraba el revés, lanzando a la vez una mirada de impaciencia hacia los pies calzados con zuecos, o a los pesados zapatones que continuaba viendo por las escotillas o las ventanas.

—Eso es todo... No sé más... Quizá el botón se cayera... Era al otro lado del puente...

—Y, sin embargo, la insignia ha sido hallada de este otro lado...

Vladimir parecía no escuchar siquiera. Quitaba los objetos esparcidos, desaparecía hacia la proa, volvía sin apresurarse.

Con acento ruso, muy marcado, preguntó a Gloria, que ya no lloraba, pero que permanecía inmóvil, tendida a todo lo largo y con la cabeza entre las manos:

—¿Quiere usted algo?

Se oyeron pasos sobre la pasarela. Llamaron a la puerta y se oyó la voz del brigadier:

—¿Está usted ahí, comisario?... Es el juez de Instrucción...

—¡Ya voy!...

El brigadier no se movía, invisible tras de la puerta de caoba con falleba de cobre.

—Una pregunta aun, coronel... ¿Cuándo tendrá lugar el entierro?

—A las tres..

—¿Hoy?

—¡Yes! .. Nada tenía ya que hacer aquí...

Cuando hubo trasegado su tercer vaso de coñac, dejó ver sus ojos aun más turbios, los ojos que Maigret había visto ya.

Y flemático, indiferente, en verdadero gran señor, preguntó al comisario que se disponía a salir·

—¿Estoy detenido?

Al oírle, la Negretti levantó la cabeza dejando ver su rostro pálido.

VI

EL GORRO DE MARINERO AMERICANO

El final de la entrevista entre el juez y el coronel fué casi solemne, y no fué Maigret, que se mantenía alejado, el único en observarlo. La mirada del comisario cruzóse con la del sustituto del fiscal, y leyó en ella la misma impresión.

La instrucción, con el juez, fiscal y secretario, se había instalado en la sala del *Café de la Marina*, una de cuyas puertas daba a la cocina, desde la que llegaba allí el ruido de las cacerolas. La otra puerta, cubierta con anuncios y avisos de propaganda de pastas y de jabón mineral, permitía entrever las bolsas y las cajas del almacén.

Por delante de la ventana, pasaba y repasaba el kepis de un agente de vigilancia; los curiosos estaban agrupados más lejos, silenciosos, pero obstinados.

Un chop, conteniendo aún un poco de líquido, había quedado, junto a una mancha de vino, encima de una mesa.

El secretario, de rostro desabrido, escribía, sentado sobre un banco sin respaldo.

Una vez terminadas las comprobaciones acerca del cadáver, este había sido depositado en el rincón más apartado de la estufa, y cubierto, por el momento, con un hule oscuro, quitado de una mesa, que dejaba ver ahora sus planchas separadas.

Persistía la mezcla de todos los olores: especias, caballeriza, brea, vinazo.

Y el juez, que tenía fama de ser uno de los magistrados más desagradables de Epernay —un señor de Clairfontaine de Lagny, muy orgulloso de su nobleza—, limpiaba sus lentes, de espaldas a la estufa.

Desde el principio había dicho al coronel en inglés:

—Supongo que preferirá usted emplear su propio idioma.

El mismo lo hablaba correctamente, acaso con una leve afectación, una torsión de la boca, que es común a los que quieren, en vano, adoptar el acento inglés.

Sir Lampson se había inclinado, contestado lentamente a todas las preguntas, volviéndose hacia el secretario que escribía, y esperando, de vez en cuando, a que éste le alcanzara su exposición.

Repetía, sin añadir nada más, lo que había dicho a Maigret en sus dos entrevistas.

Para aquella diligencia se había vestido con un traje azul marino, de corte casi militar, cuyo ojal estaba adornado con una sola cinta: la Orden del Mérito.

En la mano tenía una gorra con amplio escudo dorado, que lucía las armas del Yacht Club de Francia.

JACINTO PIESFELICES — Una "presa" original — Por CAO









Parecía muy sencillo: un hombre que preguntaba. Otro que se inclinaba cada vez, imperceptiblemente, antes de responder.

Y a pesar suyo, Maigret admiraba, no sin dejar de sentir cierta humillación, recordando sus intrusiones a bordo del *Southern Cross*.

No dominaba lo suficiente el inglés para captar todos los matices. Pero comprendió al menos el sentido de las últimas réplicas.

—Debo pedirle, sir Lampson —decía el juez—, que se mantenga a mi disposición, hasta que estos dos crímenes sean esclarecidos. Me veo, además, obligado a denegar, por ahora, el permiso para inhumar a Lady Lampson...

Una inclinación de cabeza.

—¿Tengo autorización para alejarme de Dizy con mi barco?

Y con un gesto elocuente, el coronel designaba a los papanatas, agrupados afuera, el conjunto, hasta el mismo cielo.

—Mi casa está en Porquerolles... Necesito una semana, sólo para llegar al Saône...

Y esta vez tocóle al juez inclinarse.

No se estrecharon la mano, pero fué casi lo mismo. El coronel miró en torno suyo y pareció no ver al médico, que tenía un aire molesto, ni a Maigret, que volvió la cabeza hacia otro lado, y saludó al substituto del fiscal.

Y un instante después, cruzaba el corto espacio que separaba el *Café de la Marina* del *Southern Cross*.

Ni siquiera penetró en la cabina. Vladimir estaba sobre el puente. Dióle órdenes y se puso al timón.

Y con gran estupor de los marineros, vióse al marinero de jersey rayado bajar a la cámara del motor, poner éste en marcha y hacer saltar desde el puente y con gesto certero las amarras de sus boyas.

A poco, un pequeño grupo se alejaba, gesticulando, hacia la gran ruta en donde esperaban los coches: era el juez de instrucción y sus ayudantes.

Maigret quedó solo en la orilla. Había podido al fin cargar su pipa y hundía sus manos en los bolsillos, con un gesto plebeyo, mucho más plebeyo que de costumbre, mientras gruñía:

—*¡Para eso...!*

¿No habría que volver a empezar la investigación?

De las operaciones de la instrucción no surgían más que algunos puntos cuya importancia no se podía apreciar todavía.

Ante todo, el cuerpo de Willy Marco acusaba, además de las huellas de estrangulación, equimosis en las muñecas y en el torso. Según el médico, había que desechar la idea de una emboscada y admitir la tesis de un combate con adversario de una fuerza excepcional.

Por otra parte, sir Lampson había declarado que conoció a su mujer en Niza, en donde, aunque divorciada de un italiano llamado Ceccaldi, usaba aún su nombre de casada.

No había precisado el coronel. Sus frases, voluntariamente ambiguas, dejaban paso a la suposición de que en esa época, María Dupin, llamada Ceccaldi, estaba en situación vecina a la miseria, y vivía de la generosidad de algunos amigos, sin caer por completo en la vida galante.

Se había casado con ella estando de viaje en Londres, y entonces fué cuando ella hizo venir de Francia una partida de nacimiento con el nombre de María Dupin.

—Era una mujer encantadora...

Maigret volvía a ver el rostro gordo, digno y enrojecido del coronel a ponunciar aquellas palabras, sin ninguna afectación, con una gravedad sencilla que el juez pareció tener en cuenta.

Tuvo que echarse atrás para dejar paso al cajón que llevaba los restos de Willy.

Y, de repente, alzando bruscamente los hombros, penetró en el café, se dejó caer sobre un banco, y pidió:

—¡Medio litro!...

Se lo sirvió la muchacha, con los ojos todavía rojos y la nariz reluciente. El comisario la miró con interés, y, antes de que pudiera preguntarle nada, ella murmuró, asegurándose de que no podían oírla:

—¿Habrá sufrido mucho?

Tenía un rostro rudo, las piernas macizas, gordos y rojos brazos. Era, sin embargo, la única que se inquietaba por el elegante Willy, que acaso la víspera, bromeando, la hubiera pellizcado el talle, ¡si es que siquiera lo había intentado!

Aquello le recordaba a Maigret la conversación que había tenido con el joven, medio tendido sobre el lecho sin arreglar, mientras fumaba cigarrillo tras cigarrillo.

Llamaron a la muchacha desde afuera. Un marinero le dijo al pasar:

—Parece que estás muy alterada, Emma...

Y ella trataba de sonreír, mirando a Maigret con un aire de complicidad.

Estaba interrumpido el tráfico desde por la mañana. Siete barcos había; tres de ellos de motor, frente al *Café de la Marina*. Las mujeres venían a comprar sus provisiones, y a cada instante tintineaba la campanilla del almacén.

—Cuando quiera usted el almuerzo... — dijo el patrón a Maigret.

—¡Más tarde!

Desde el umbral se puso a contemplar el lugar en donde estuvo amarrado el *Southern Cross* hasta aquella mañana.

Dos hombres, fuertes y sanos, habían salido de allí durante la noche. Se habían dirigido hacia el puente de piedra. De creer al coronel, se habían separado tras de una discusión, y sir Lampson había seguido su camino por la carretera desierta, recta, de una longitud de tres kilómetros, hasta las primeras casas de Epernay.

Nadie había vuelto a ver a Willy vivo. Cuando el coronel regresó en taxi no advirtió nada anormal.

¡Ni un solo testigo! ¡Nadie había oído nada! El carnicero de Dizy, que vivía a seiscientos metros del puente, pretendía que su perro había ladrado, pero, como no prestó [illegible] no podía decir a qué hora ocurrió.

El camino de sirga, con sus charcos, [illegible] demasiado pisado por los hombres y los [illegible] llos como para que se pudiesen obtener [illegible] precisas.

El jueves anterior, Mary Lampson, [illegible] llena de vida, en aparente estado norm[illegible] donaba el *Southern Cross*, en donde se [illegible] sola.

Antes, según Willy, le había entreg[illegible] amante un collar de perlas, la única [illegible] valor que poseía.

Y se perdía su traza. Por ninguna [illegible] la volvía a ver con vida. Transcurrían [illegible] sin que nadie la viera.

El domingo por la noche era estran[illegible] escondida bajo la paja de una caba[illegible] Dizy, a cien kilómetros de su punto [illegible] tida, y dos carreteros roncaban junto [illegible] dáver.

¡Y eso era todo! ¡Por orden del juez [illegible] cuerpos se colocarían en una heladera [illegible] tituto médico legal!

El *Southern Cross* había partido hacia [illegible] diodía, hacia Porquerolles, hacia el *P*[illegible] *goustier*, que había contemplado tant[illegible]

Con la cabeza baja, Maigret daba [illegible] torno a las construcciones del *Café* [illegible] *rina*. Tuvo que rechazar a un ganso [illegible] que se dirigía hacia él con el pico [illegible] un rapto de cólera.

La puerta de la caballeriza no [illegible] dura y sí sólo un picaporte de ma[illegible] perro de caza, que rondaba por el [illegible] la panza demasiado llena, lejos de [illegible] lanzábase dando saltos de alegría ha[illegible] los visitantes.

El comisario abrió la puerta y se [illegible] frente al caballo gris de propietario [illegible] taba desatado, como de costumbre, y [illegible] vechó la ocasión para ir a caminar [illegible]

Sólo estaba, tendida frente a su [illegible] yegua coja de mirada triste.

Maigret empujó con el pie la paja [illegible] esperase encontrar algo que hubiera [illegible] su primera inspección.

Mientras lo realizaba, repitió dos o [illegible] con el mismo mal humor:

—*¡Para eso!...*

Sentíase casi decidido a volverse [illegible] incluso a París, para rehacer, paso [illegible] camino recorrido por el *Southern C*[illegible]

En la caballeriza había de todo: [illegible] gos, trozos de arnés, un resto de buj[illegible] pa rota...

Desde lejos vió una cosa blanca qu[illegible] lía de un montón de heno, y se acercó [illegible] confianza. Un instante después, tenía [illegible] no un gorro de marinero americano, [illegible] al de Vladimir.

La tela estaba manchada de lodo y [illegible] y deformada, como si se hubiese tira[illegible] en todos sentidos.

Pero en vano fué que Maigret bus[illegible] alrededores algún otro indicio. En el [illegible] donde fué descubierto el cadáver [illegible] habían echado paja fresca, a fin de [illegible] cuerdo fuera menos siniestro.

—*¿Estoy detenido?*

No hubiera podido decir por qué [illegible] del coronel le venía a la memoria, [illegible] que se dirigía hacia la puerta de la [illegible] Veía, a la vez, a sir Lampson, aristo[illegible] degradado a la vez, con sus ojos salien[illegible] pre húmedos; su embriaguez const[illegible] flema habitual.

Evocaba el corto diálogo con el [illegible] engreído en la sala de la posada, con [illegible] sas cubiertas de hule oscuro, que la [illegible] las entonaciones, de las actitudes, hab[illegible] formado por un momento en un salón [illegible]

Y manoseaba aquel gorro, desconfiad[illegible] mirada cazurra.

—¡Sea prudente! —le había dicho [illegible] Clairfontaine de Lagny, estrechando [illegible] su mano.

CARTA SECRETA

Alfonso Allais tomó, poco antes de su muerte, a una joven bretona, tonta como una gansa. Cierto día le dió una carta para que la echara al buzón. Pero cuando la muchacha se hubo marchado, recordó que no había puesto la dirección en el sobre.

—¡Oh! —pensó Allais—. Se dará cuenta y me la traerá de vuelta.

Pero la sirvienta regresó con las manos vacías.

—¿Y mi carta? —preguntó Allais.

—La eché en el buzón, pues.

—¿No se dió cuenta de que el sobre no tenía ninguna inscripción?

—Sí, señor —contestó la bretona—. Pero supuse que el señor no quería que se supiera a quién le escribía.



El feroz ganso seguía la pista del caballo di-ciéndole sus graznidos como si fueran inju-rias, mientras que el animal, dejando caer su pesada cabeza, olfateaba los detritus que lle-naban el patio.

Había a cada lado de la puerta un poyo de piedra; sobre uno de ellos sentóse el comisario, sin quitar el gorro ni su pipa apagada.

Sólo había ante él un enorme montón de estiércol, luego un seto, cortado a trechos, y más allá, los campos, en los que no crecía na-da aún; la colina, cebraza de blanco y negro, sobre la cual parecía descansar con todo su peso una enorme nube cuyo centro era com-pletamente negro.

De uno de los extremos de la nube salía un rayo oblicuo de sol que ponía algunas chispas doradas en el estiércol.

Una mujer encantadora —había dicho el coronel refiriéndose a su mujer.

¡Un verdadero gentleman! — había dicho ella del coronel.

Tan sólo Vladimir no había dicho una pala-bra, contentándose con ir y venir, comprar las provisiones, la nafta, llenar los taques de agua potable, achicar el agua de la canoa y ayudar a vestirse a su amo.

Por la carretera pasaban unos flamencos ha-blando en alta voz. De repente, Maigret incli-nóse. El patio estaba enlosado con piedras des-iguales. Ahora bien: a dos metros de él algo había sido herido por el sol brillante.

Era un gemelo de puño de camisa, de oro, unido por dos hilos platinados. Maigret ha-bía visto unos semejantes, la víspera; estaban en los puños de Willy, cuando el joven, ten-dido sobre la cama del comisario, lanzaba hacia el techo el humo de sus cigarrillos y hablaba con displicencia.

Desde ese momento no se ocupó más del ca-ballo, del ganso, ni de nada de lo que le ro-deaba. Poco después hacía girar la manivela del teléfono.

—Epernay..., la morgue, sí!... ¡Policía!...

Uno de los flamencos que salía del café, volvióse para contemplarle con asombro, tan-ta era su animación.

—¡Hola!... Aquí el comisario Maigret, de la Policía Judicial... Acaban de llevar ahí un cuerpo... ¡No! No se trata de ningún acciden-te de auto... El del ahogado de Dizy... Sí... Tienen en seguida en Secretaría todos sus efec-tos... Encontrarán ustedes un botón de ge-melo... Díganme cómo es... ¡Sí, espero aquí!...

Tres minutos después volvía a colgar el re-ceptor, informado ya y teniendo en la mano izquierda los el gorro y el botón.

—Tiene servido el almuerzo...

No se tomó el trabajo de contestar a la mu-chacha, que, sin embargo, le había hablado con la mayor amabilidad. Salió con la impresión de que tenía acaso en su mano un hilo de la enredada madeja, pero también con la angus-tia de que se le escapara.

—El gorro en la cuadra... El botón de ge-melo en el patio... Y la insignia del Y. C. F. cerca del puente de piedra...

Y se puso a caminar, de prisa, en dirección hacia el puente. Los razonamientos se perfila-ban y concretaban a la vez en su espíritu.

Pero no había recorrido un kilómetro, cuan-do miró delante de él con estupor.

El *Southern Cross*, que había salido hacía más de una hora a toda máquina, estaba ama-rrado a la derecha del puente, en los cañave-rales, y no se veía a nadie sobre la cubierta.

Mas, cuando el comisario se encontraba tan sólo a unos cien metros, sobre la otra orilla, un auto que llegaba de Epernay se paró ante el yacht y Vladimir, siempre con su traje de marinero, que iba sentado junto al chofer, saltó a tierra y se dirigió corriendo hacia el navío.

No bien le había alcanzado, cuando se abrió la escotilla y apareció primero sobre el puente el coronel, tendiendo la mano a alguien que se hallaba en el interior.

Maigret no se ocultaba, no pudo saber si el coronel le había visto o no.

La escena fué rápida. El comisario no oía las palabras que se cruzaban. Pero los movi-mientos de los personajes le dieron una idea bastante exacta de lo que ocurría.

Era la Negretti, a quien el coronel ayudaba a salir de la cabina. Se la veía por primera vez en traje de calle. Hasta a distancia se notaba que estaba encolerizada.

Vladimir habíase apoderado de dos valijas que estaban preparadas y las conducía al auto.

El capitán tendió la mano a su compañera, para ayudarla a cruzar la pasarela, pero ella le rechazó y lanzóse tan bruscamente que estuvo a punto de dar con la cabeza entre el caña-veral.

En seguida se puso en marcha sin esperarle. El la seguía a algunos pasos, impasible. La mu-jer metióse en el auto con la misma rabia, y asomando su cabeza irritada por la ventanilla gritó algo que debía ser una injuria o una amenaza.

A pesar de todo, en el momento en que el auto se ponía en marcha, sir Lampson se in-clinaba galantemente, la contemplaba alejarse y volvía a su barco en compañía de Vladimir.

Maigret no se había movido. Tuvo la clara impresión de que se operaba un cambio en el inglés.

Ya no se sonreía. Estaba tan flemático como de costumbre. Pero, por ejemplo, al entrar en la cabina de comando, tocó con un gesto cor-dial, casi afectuoso, a la vez que le hablaba, a Vladimir en un hombro.

La maniobra fué magnífica. A bordo no ha-bía más que los dos hombres. El ruso retiró la pasarela y de un solo golpe soltó las amarras.

La proa del *Southern Cross* estaba embutida en el cañaveral; una chalana que llegaba detrás, tocó la sirena.

Lampson se volvió. Fatalmente tuvo que ver a Maigret, pero no dejó transparentar nada. Desembragó con una mano, dió con la otra dos vueltas a la rueda de metal, y el yacht se deslizó marcha atrás, lo preciso para despren-derse del cañaveral, evitó el encuentro con la chalana, se detuvo a tiempo, y volvió a partir, dejando tras de sí una estela de espuma.

No habría andado cien metros, cuando lanzó tres llamadas con su sirena para advertir a la esclusa de su llegada.

❧❧❧

—No pierda usted tiempo... Siga la carre-tera... Y si es posible, alcance a aquel coche...

Maigret había hecho parar la camioneta de un panadero que iba en dirección a Epernay. Se veía al auto ocupado por la Negretti, a poco menos de un kilómetro, pero marchando lenta-mente, porque el macadán estaba enlodado y escurridizo.

Tan pronto como el comisario hizo conocer su cualidad, el empleado del panadero le miró con alegre curiosidad.

—Me bastarían cinco minutos para atrapar-les, sabe usted...

—No, no tan de prisa...

Ahora le tocaba a Maigret sonreír a su vez, viendo cómo su acompañante tomaba las pos-turas que animan a los perseguidores, en los films americanos.

No hubo necesidad de ninguna maniobra pe-ligrosa ni dificultad alguna que vencer. En una de las primeras calles de la ciudad se detuvo el coche unos instantes para permitir a la via-jera que parlamentara con el chofer, el cual volvió a ponerse en marcha, deteniéndose tres minutos más tarde ante un hotel bastante lu-joso.

Salió Maigret de la camioneta a cien metros de allí, y dió las gracias al panadero, que no quiso aceptar propina, pero, decidido a sacar mayor fruto de la aventura, fué a situarse en las cercanías del hotel.

Un mozo se hizo cargo de las valijas. Gloria Negretti atravesó vivamente la vereda.

Diez minutos después, el comisario se pre-sentaba al gerente.

—¿La señora que acaba de llegar?...

—La habitación número 9... Ya me parecía a mí que había algo... Jamás he visto a na-die en tal agitación... Hablaba con una rapi-dez vertiginosa, mezclando a la conversación palabras extranjeras... Creo haber comprendi-do que no quería que se la molestara y que debían enviarle cigarrillos y kumel... Al menos no habrá escándalo, ¿verdad?

—¡En absoluto! —afirmó Maigret—. Se trata de pedirle una información...

No pudo contener una sonrisa al llegar jun-to a la puerta marcada con el número 9. Por-que en la habitación reinaba una verdadera tempestad. Los altos tacos de la dama golpea-ban el suelo con una cadencia desordenada.

Iba y venía en todas direcciones. Se la oía cerrar la ventana, empujar una valija, hacer correr el agua de la canilla y acabar por úl-timo enviando un zapato al otro extremo de la habitación.

Maigret llamó.

—¡Entre!...

La voz vibraba de cólera y de impaciencia. La Negretti sólo llevaba allí diez minutos y, sin embargo, había tenido tiempo de cambiar de ropa, de poner en desorden sus cabellos y, en suma, de recobrar, todavía más desordenado, el aspecto que tenía a bordo del *Southern Cross*.

Cuando reconoció al comisario brilló un re-lámpago de cólera en sus ojos oscuros.

—¿Qué quiere usted de mí?... ¿Qué viene a hacer aquí?... ¡Estoy en mi casa!... Pago esta habitación y...

Continuó hablando en lengua extranjera, en español, sin duda; abrió un frasco de agua de Colonia y vertió la mayor parte en sus manos antes de humedecer con ella la frente abrasada.

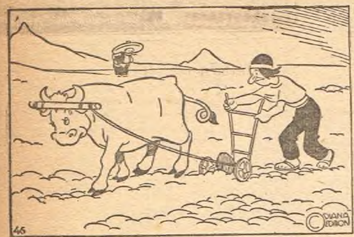
—¿Me permite usted una pregunta?...

—Ya he dicho que no quería ver a nadie... ¡Váyase!... ¿Lo oye?...

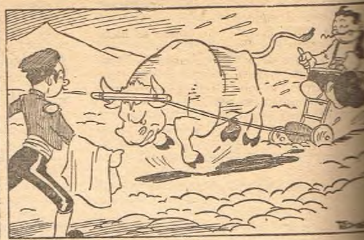
PANCHO SOMBRERO

SISTEMA PROPIO

por TOON







Marchaba de un lado a otro, descalza, con medias, y sin duda no debía de llevar ligas, porque las medias comenzaban a deslizarse a lo largo de las piernas, dejando al descubierto una rodilla gordita y muy blanca.

—Haría usted mejor en dirigir sus preguntas a quienes podrían contestarlas... Pero no se atreve usted, ¡eh!... Porque es un coronel... Porque es sir Lampson... Bonito *sir*... ¡Ja ¡Ja! Si yo contase sólo la mitad de lo que sé... ¡Mire!...

Ahondaba febrilmente en su saco de mano, del que extraía cinco billetes de mil francos, arrugados.

—¡Mire lo que acaba de darme!... ¡Y hace dos años que vivía con él, que...!

Tiró los billetes sobre la alfombra, pero luego, pensándolo mejor, volvió a guardarlos.

—Naturalmente, ha prometido enviarme un cheque... Pero ya se sabe lo que valen sus promesas... ¿Un cheque?... No tendrá ni siquiera el dinero necesario para llegar a Porquerolles... Pero eso no le impedirá emborracharse con whisky todos los días...

No lloraba, pero su voz estaba empapada de lágrimas. Era una extraña agitación la de aquella mujer, a la que Maigret había visto siempre confinada en una pereza beatífica, en una atmósfera de invernáculo.

—Como su Vladimir... ¡Pues no ha osado decirme, tratando de besarme la mano: "Adiós, madame!..." ¡Ja! ¡Ja!... Tienen todo ese tupé, pero cuando el coronel no estaba, Vladimir... ¡Pero eso no le importa a usted!....¿Por qué está aquí?... ¿Qué espera?... ¿Es que cree usted que voy a decirle algo?... ¡Pues nada de eso!... Y sin embargo, confiese que estaría en mi derecho...

No dejaba de circular; sacando objetos de la valija, los ponía en algún sitio, para recogerlos en seguida y llevarlos más allá.

—¡Dejarme en Epernay!... En este cochino agujero lleno de agua... Le supliqué que me llevara al menos a Niza, en donde tengo amigos... Amigos a los que dejé por su causa... Verdad es que debía estar contenta de que no me haya matado... Pero no diré nada, ¿lo oye usted?... Puede usted marcharse... ¡La policía me da asco!... ¡Tanto como los ingleses!... Si es usted capaz de ello vaya a detenerle... ¡Pero no, no se atreverá usted!... Sé muy bien lo que ocurre en este caso... ¡Pobre Mary!... Sería todo lo que se quiera. Claro que tenía mal carácter, que hubiera hecho de todo por ese Willy, al que no he podido jamás tolerar... Pero morir de ese modo... ¿Se han marchado?... ¿A quién va usted a detener al fin?... ¿Acaso a mí?... ¿No?... ¡Pues bien, óigame!... Voy a decirle una cosa, ¡sí!... ¡Sólo una cosa!... Y usted hará lo que quiera... Esta mañana, cuando se vestía para comparecer ante el juez — ¡porque es necesario que impresione a la gente, que saque a relucir sus insignias! —, cuando se vestía, Walter le dijo a Vladimir, en ruso, porque él cree que yo no entiendo esa lengua...

Hablaba tan velozmente que acababa por perder el aliento, se enredaba en sus palabras y comenzaba a mezclar de nuevo términos españoles.

—Le dijo que tratara de saber en dónde se encontraba *La Providencia*... ¿Comprende usted?... Es un barco que estaba cerca de nosotros, en Meaux... Quieren alcanzar a ese barco y tienen miedo de mí... Yo hice como que no había entendido... Pero sé muy bien que usted no se atreverá...

Contempló sus valijas medio deshechas, la habitación que había logrado poner en completo desorden en pocos minutos e impregnado de su áspero perfume...

—¿Tiene usted, al menos, cigarrillos?... ¿Qué clase de hotel es éste... Los he pedido, y también kumel...

—¿Vió usted en Meaux al coronel conversando con alguien de *La Providencia*?

—No vi absolutamente nada... Yo no me ocupaba de eso... Sólo he oído esta mañana... ¿Por qué se preocuparía de una chalana, si no...? ¿Es que nadie sabe siquiera de qué murió la primera mujer de Walter en la India?... Y si la otra se divorció es porque tendría sus razones...

Llamó un mozo trayendo cigarrillos y licores. La Negretti tomó el paquete y lo echó a rodar por el pasillo, gritando:

—¡He pedido *Abdullas!*

—Pero, madame...

Juntó ambas manos, con un gesto que presagiaba un ataque de nervios, y rugió:

—¡Oh!... ¡Esa gente!... Esos...

Y volviéndose hacia Maigret, que la examinaba con interés, le apostrofó:

—¿Qué es lo que está usted esperando?... ¡No le diré nada más! No he dicho nada... ¿Lo entiende?... ¡No quiero que me fastidien más con esa historia!... Ya es bastante desgracia haber perdido dos años de mi vida en...

El mozo, al retirarse, lanzó una mirada al comisario. Este, en tanto que la joven se dejaba caer sobre el lecho, con los nervios agotados, salió a su vez.

En la calle continuaba esperándole el panadero.

—¿Y entonces? ¿No la ha detenido? —preguntó decepcionado —. Yo creía...

Maigret tuvo que caminar hasta la estación para encontrar un taxi que le condujera de nuevo al puente de piedra.

VII

EL PEDAL DESCOMPUESTO

Cuando el comisario se adelantó al *Southern Cross*, cuyos remolinos agitaban todavía los cañaverales mucho tiempo después de su paso, el coronel continuaba al timón y Vladimir manejaba en la proa una palanca.

Maigret esperó al yacht en la esclusa
ny. La maniobra se efectuó correcta
una vez amarrado el barco, descendió
tierra para entregar sus papeles y una
al encargado de la esclusa.

—¿Es suyo este gorro? —preguntó
cía dirigiéndose al marinero.

Vladimir examinó el objeto, que
un pingajo sucio, y después a su
—¡Gracias! —dijo al fin apoderándo
rro.

—¡Un momento! ¿Quiere usted
cuándo lo perdió?

El coronel seguía la escena con
sin dejar ver ninguna emoción.

—Se me cayó al agua, ayer por la
plicó Vladimir—, cuando inclinado
las bandas retiraba con un guinche
que bloqueaban la hélice... Detrás
otros había una chalana... La mujer,
llas en su bote, lavaba su ropa...
quien atrapó el gorro y yo lo dejé
puente para que se secara...

—¿O sea, que estaba anoche sobre el
—Sí... Y esta mañana no me he da
de que ya no estaba allí...

—¿Estaba ya sucio ayer?

—¡No! La marinera, al atraparle,
con la ropa que lavaba...

El yacht iba elevándose en la esclu
encargado apretaba con las dos man
nivela de la compuerta de salida.

—Si no recuerdo mal era el *Fénix*
que estaba tras de ustedes, ¿no?

—Así lo creo... No volví a verle

Maigret hizo un vago saludo y se
cia su bicicleta, en tanto que el coro
sible, embragaba el motor e inclina
ba al pasar ante el encargado de la

El comisario permaneció un largo
mirándole partir, pensativo y turba
extraordinaria sencillez con que psab
sas a bordo del *Southern Cross*.

Seguía el yacht su ruta, sin inqu
él. Apenas si, desde su puesto, lanzó
una pregunta al ruso, quien contestó
sola frase.

—¿Está el *Fénix* lejos? —inquirió
—Acaso en el tramo de Juvigni, a
lómetros de aquí... No es un barco
como ése...

Maigret llegó al tramo algunos ins
tes que el *Southern Cross*, y Vladi
verle, desde lejos, haciendo preguntas
rinera.

Eran exactos los detalles. La víspe
tras ella estaba lavando su ropa,
estaba, hinchada por el viento, tend
un alambre en la chalana, había atrapa
rro del marinero. Este había dado
pués dos francos a su chico.

Las cuatro de la tarde... El comis
vió a su bicicleta con la cabeza como
bo de confusas hipótesis. El camino

cubierto de gravela y los neumáticos re[...]ban, lanzando pequeños guijarros a ambos [...] de la ruta.

[...]llegar a la esclusa 99 Maigret llevaba un [...] adelanto al inglés.

—Podría usted decirme en dónde se halla [...] momento *La Providencia*?

—No muy lejos de Vitry-le-François... Ca[...] a buena marcha, porque tienen ca[...] resistentes, y sobre todo un carretero [...] economiza su esfuerzo...

—Parecen tener prisa?

—No más ni menos que la de costumbre... [¿Co]mprende usted que en el canal siempre [...] prisa... Nunca se sabe lo que nos es[...]... Puede uno perder horas y horas en [una e]sclusa, como puede pasarla en diez minu[tos]... Así, cuanto más de prisa se vaya, más se [...]

—¿No ha oído usted nada de anormal esta [...]?

—¡Nada!.. ¿Por qué?... ¿Hubo alguna co[...]

Maigret, sin contestar, partió de nuevo; y [...] entonces se fué deteniendo en cada es[...] y ante cada barco.

No había tardado mucho en juzgar a Gloria [...]. Mientras procuraba no decir cosa al[...] contra el coronel había manifestado en [...] todo lo que sabía.

Porque era tan incapaz de contenerse co[mo de] mentir! De otra manera, habría inven[tado] cosas mucho más complicadas.

[Era], por tanto, cierto que había oído a sir [...] pedir a Vladimir que se informase [...] de *La Providencia*.

[...] caso era que también el comisario se ha[bía pre]ocupado ya de aquella chalana, que ha[bía l]legado el domingo por la noche, poco [...] antes de la muerte de Mary Lampson, [...] de Meaux, y que, construida en ma[dera], estaba protegida con una mano de resina.

¿Para qué quería alcanzarla el coronel? [...] existía entre el *Southern Cross* y [...] pesado barco que caminaba al paso len[to de] sus dos caballos?

Mientras seguía rodando en su máquina en [...] del monótono paisaje del canal, apo[yando] cada vez más penosamente los pies so[bre lo]s pedales, Maigret hilaba razonamientos, [...] los cuales sólo le conducían a conclusio[nes f]ragmentarias o inaceptables.

[Sin] embargo, la historia de los tres indicios [...] se aclaraba con la rabiosa acusación de la [...]?

[...] más de diez veces había tratado Maigret [de re]constituir las idas y venidas de los perso[najes] durante el curso de aquella noche, de [...] nada se sabía, sino que Willy Marco [había] sido asesinado.

[En c]ada una de sus tentativas había sentido [una] falla; había tenido la impresión de que [fal]taba un personaje, que no era ni el co[...] ni el muerto, ni Vladimir...

[Y] ahora resultaba que el *Southern Cross* iba [a en]contrar a alguna persona a bordo de *La [Provid]encia*.

[...] alguno que estaba a todas luces mezclado a los acontecimientos! ¿No era dable suponer que esa persona había participado en el segundo drama, es decir, en la muerte de Willy, ni más ni menos que en el primero?

Pronto se franquean las distancias, durante la noche, en bicicleta, a lo largo de un caminillo.

—¿No oyó usted nada esta pasada noche?... ¿No observó nada de anormal a bordo de *La Providencia*, cuando pasó por aquí?

Aquella era una abominable tarea, decepcionante también, sobre todo en medio de la garúa que caía de las nubes bajas.

—Nada...

Aumentaba el espacio que separaba a Maigret de *Southern Cross*, el cual debía perder un mínimum de veinte minutos en cada esclusa. El comisario volvía a montar, cada vez con más trabajo, en su máquina, y obstinadamente volvía, en la soledad del nuevo tramo, a reanudar el hilo de sus razonamientos.

Había recorrido ya cuarenta kilómetros, cuando el encargado de la esclusa de Sarry, contestó así a su pregunta:

—Mi perro ladró... Creo que debió suceder algo en el camino... ¿Quizá cruzó un conejo?... Yo volví a dormirme en seguida...

—¿Sabe usted dónde le tomó la noche a *La Providencia*?

Hizo un cálculo mental su interlocutor.

—¡Espere usted! No me extrañaría que hubiese llegado hasta Pogny... El patrón quería llegar esta nocre a Vitry-le-François...

—¡Dos esclusas más! ¡Aquello no era nada! Maigret debía buscar a los encargados en las puertas de las esclusas, porque a medida que avanzaba, el tráfico se hacía más intenso. En Vesigneul había tres barcos esperando turno; en Pogny eran cinco.

—¡No, ruido no he oído! —masculló el encargado de esta esclusa—. Pero quisiera saber quién ha tenido la frescura de servirse de mi bicicleta...

El comisario se enjugó la frente con satisfacción, comenzando a entrever una apariencia de realidad. Respiraba trabajosamente. Acababa de recorrer cincuenta kilómetros sin beber siquiera un vaso de cerveza.

—¿En dónde está su bicicleta?

—¡Encárgate de abrir las compuertas, Francisco —gritó el encargado de la esclusa a un carretero.

Y se llevó a Maigret hasta su casa. En la cocina, que aparecía en seguida de la puerta, unos marineros bebían vino blanco que les servía una mujer, sin dejar el niño que llevaba en los brazos.

—No irá usted a dar parte, ¿verdad? Ya sé que está prohibido vender bebidas... Pero todos lo hacen... Lo hace uno más bien por prestar un servicio... ¡Mire usted!...

Designaba una jaula de planchas de madera adosada a la muralla y que no tenía puerta.

—Ahí tiene la bicicleta... Es la de mi mujer... Piense usted que hay que ir a cuatro kilómetros de aquí para encontrar un almacén de comestibles... Yo le digo siempre que meta la máquina en casa por la noche, pero se empeña en que mancha la casa... Fíjese que el que ha hecho uso de ella es un rico tipo... Yo hubiera muy bien podido no enterarme de nada... Pero precisamente antes de ayer, mi sobrino, que es mecánico en Reims, vino aquí a pasar el día... la cadena de la bicicleta estaba rota... La reparó, y aprovechó para limpiar la máquina a fondo y engrasarla... Ayer no la utilizamos... También se le había puesto nuevo el neumático de atrás... ¡Pues bien!, esta mañana, el cacharro estaba limpio, por más que ha llovido durante toda la noche... Ya habrá usted visto el barro en el camino... Pero el pedal izquierdo está descompuesto y el neumático tiene trazas de haber recorrido lo menos cien kilómetros... ¿Comprende usted algo de todo esto?... ¡Qué la bicicleta ha rodado, eso está claro! Y el que se la llevó y la ha devuelto tuvo buen cuidado de limpiarla...

—¿Qué barcos han pasado la noche cerca de aquí?

—¡Espere!... El *Magdalena* ha debido ir a La Chaussée, en donde el cuñado del patrón tiene un bar... El *Misericordia* ha permanecido más allá de mi esclusa...

—¿Venía de Dizy?

—¡No! Es un barco descendente que llega del Saône... Yo no veo más que *La Providencia*... que pasó ayer a las siete de la tarde... Fué hasta Omey, a dos kilómetros, en donde hay un buen puerto...

—¿Tiene usted otra bicicleta?

—No... Pero puede uno servirse de ésta, a pesar de todo...

—¡Nada de eso! La va usted a encerrar en un lugar seguro... alquilará una si es preciso... ¿Puedo contar con usted?

Los marineros salían de la cocina y uno de ellos gritó al encargado:

—¿Así es como te regalas, Deseado?...

—Un momento... Estoy con el señor...

—¿Dónde cree usted que pueda alcanzar a *La Providencia*?

—Lleva aún una buena marcha... Me extrañaría si la encontrase usted antes de Dizy...

Iba a partir Maigret. Pero retrocediendo, sacó una llave inglesa de su bolso de herramientas y desmontó los dos pedales de la bicicleta del encargado de la esclusa.

Al proseguir su ruta, los pedales, que había metido en sus bolsillos, formaban dos salientes en los mismos.

❦❦❦

El encargado de la esclusa de Dizy le había dicho bromeando:

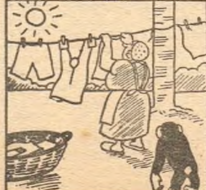
—Cuando no llueve en ninguna otra parte, hay al menos dos sitios en que se puede estar

EL MONO SABIO

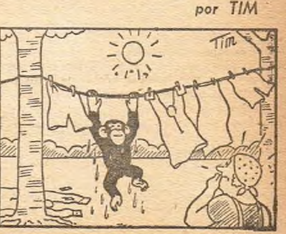
EL TAMBIEN

por TIM









seguro de ver caer agua: aquí y en Vitry-le-François...

Y al acercarse Maigret a esta última ciudad, comenzaba de nuevo a llover; era una lluvia muy fina, perezosa, eterna.

Cambiaba el aspecto del canal; levantábanse fábricas en sus dos riberas; durante largo trecho el comisario pedaleó en medio de un enjambre de obreras que salían de una de las fábricas.

Aquí y allá había barcos, unos que descargaban y otros vacíos que esperaban.

Volvían a verse las casitas de barriada, con conejeras hechas de cajones, con jardincillos mezquinos.

Y a cada kilómetro, una fábrica de cemento, o una cantera, o un horno de cal. La lluvia mezclaba el barro del camino al polvillo blanco; el cemento lo agrisaba todo: los tejados de rojas tejas, los manzanos y las hierbas.

Comenzaba Maigret a adoptar el movimiento zigzagueante del ciclista fatigado. Pensaba ya sin querer pensar. Iba poniendo, una tras otras, las ideas que no era posible aun reunir en un sólido haz.

Cuando entrevió la esclusa de Vitry-le-François, caía ya la noche, cuya media oscuridad picaban los blancos faroles de unos sesenta barcos colocados en fila india.

Algunos se adelantaban a los otros, se atravesaban. Y cuando otro llegaba en dirección opuesta todo eran gritos y juramentos o informes lanzados a voleo.

—¡Eh!, la *Simoun*... ¡Tu cuñada, que está en Chalon-sur-Saône, te envía a decir que se encontrará contigo en el canal de Borgoña... Que te esperan para el bautizo... Recuerdos de Pedro!

En las puertas de la esclusa había diez siluetas que trabajaban afanosamente.

Y sobre todo aquello, una niebla azulada, en medio de la cual se distinguían las formas de los caballos detenidos, de los hombres que iban de uno a otro barco.

Maigret leía los nombres en la popa de las chalanas. Una voz le gritó:

—¡Buenas tardes, señor!...

Tardó algunos segundos en reconocer al patrón del *Eco III*.

—¿Ya reparado?

—¡Si no era casi nada!... Mi empleado es un imbécil... El mecánico que vino de Reims lo arregló en cinco minutos...

—¿No ha visto usted a *La Providencia*?

—Está delante... Pero nosotros pasaremos mucho antes que ella... A causa del embotellamiento tendrán que quedarse aquí toda la noche y quizá la próxima... Tenga usted en cuenta que lo menos hay ya sesenta barcos y que siguen llegando más. En principio, los de motor tienen derecho a adelantarse a los barcos-caballeriza... Pero esta vez el ingeniero ha resuelto que se dará paso alternativamente en la esclusa a una chalana de caballos y a un barco de motor...

Y el hombre, simpático, de rostro franco, tendió el brazo.

—¡Mírela!... precisamente frente a la grúa... Reconozco su palo pintado de blanco...

Al pasar por delante de las chalanas, se adivinaba a través de las escotillas, a los servidores de ellas, que comían a la luz amarillenta de las lámparas de petróleo.

Maigret encontró al patrón de *La Providencia* en el muelle, en gran discusión con otros marineros.

—¡Claro que los de motor no debían tener mayores derechos!... Ahí tiene usted a la *María*, que es de motor, y a la que nosotros le ganamos un kilómetro en cada tramo de cinco... ¿Y ahora?... Pues ahora, con ese sistema de alternar, nos va a pasar por delante... ¡Mira!... ¡Si es el comisario!...

Y el hombre le tendía la mano como si fuera un camarada.

—¿Otra vez está usted con nosotros?... A bordo está la patrona... estará contenta de verle otra vez, porque dice que para ser un policía es usted un hombre muy bien...

En la oscuridad brillaban la lumbre de los cigarros y las luces de todos los fanales de los barcos. Éstos estaban tan cerca unos de otros que el comisario se preguntaba cómo podían circular aún.

Maigret se encontró con la gorda bruselesa en el momento en que sacaba la sopa; la mujer secóse la mano en el delantal antes de tendérsela al comisario.

—¿No ha encontrado usted aun al asesino?...

—¡No!... Vengo otra vez a pedirle a usted una información...

—Siéntese... ¿Un vasito?...

—¡Gracias!...

—¡Gracias... sí!,... ¿No es eso? ¡Vamos! Con este tiempo eso no viene mal a nadie... Me imagino que no habrá usted venido en bicicleta desde Dizy...

—¡Pues sí, desde Dizy!...

—¡Pero si hay sesenta y ocho kilómetros!...

—¿Está aquí su carretero?

—Debe estar en la esclusa, discutiendo... Quieren pasarnos, tomarnos la vez, y no podemos dejarnos manosear, porque ya hemos perdido bastante tiempo...

—¿Tiene una bicicleta?

—¿Quién? ¿Juan?... ¡No!...

Rióse ella, y le explicó, mientras volvía a su trabajo:

—No puedo hacerme a la idea de [illegible] bicicleta, con sus piernas cortas.... Mi [illegible] sí tiene una, pero hace más de un año [illegible] la emplea y creo que tiene rotas las [illegible]

—¿Pasaron ustedes la noche en Om[illegible]

—¡Así fué! Siempre tratamos de [illegible] en un sitio en donde podamos compr[illegible] siones... Porque si por acaso tiene [illegible] detenerse durante el día, siempre [illegible] barcos que se adelantan...

—¿A qué hora llegaron allí?

—A esta misma hora, poco más o me[illegible] otros tenemos más en cuenta el sol [illegible] ra, como comprenderá usted... ¿O[illegible] to?... Es la ginebra que traemos [illegible] en cada viaje...

—¿Fué usted al almacén?

—Sí, mientras los hombres tomab[illegible] ritivo... Debían ser las ocho, po[illegible] menos, cuando nos acostamos...

—¿Estaba Juan en la cuadra?

—¿Y dónde iba a estar?... Si s[illegible] cuentra bien con sus animales...

—¿No oyeron ustedes ruido algun[illegible] la noche?

—Absolutamente nada... A las [illegible] de costumbre, Juan vino a preparar [illegible] Es su tarea... Y luego nos pusimos [illegible]

—¿No observó usted nada de [illegible]

—¿Qué quiere usted decir?... [illegible] chará usted del viejo, me imagino[illegible] el aire raro, como parece, cuando [illegible] conoce... Pero hace ocho años qu[illegible] nosotros... y ¡francamente!, si se [illegible] *La Providencia* no sería ya lo que [illegible]

—¿Duerme su marido con usted?

—La mujer se rió de nuevo, y co[illegible] estaba junto a ella, le dió un co[illegible] costado.

—¡Pero, dígame! ¿Es que tengo [illegible] ser tan vieja?...

—¿Puedo ir a dar una vuelta [illegible] lleriza?

—Si lo quiere... Tome la linter[illegible] en el puente... Los caballos [illegible] porque creemos que pasaremos al [illegible] noche aquí... Y, una vez en Vitry, [illegible] tranquilos... Casi todos los barc[illegible] canal del Marne al Rin... Hac[illegible] está más tranquilo... aparte del [illegible] de ocho kilómetros, que siempre me [illegible]

Maigret dirigióse, solo, hacia la [illegible] chalana, donde estaba la caballeriza. [illegible] la linterna de tormenta, que hac[illegible] de fanal, entró en los dominios de [illegible] pletamente llenos de un olor cálido [illegible] y a cuero.

Pero fué en vano que rebuscara [illegible] cuarto de hora, sin cesar de oír l[illegible] ciones que continuaban en el [illegible] el patrón de *La Providencia* y los [illegible]

Cuando un poco más tarde llegó [illegible] en la que, para ganar el tiempo per[illegible] trabajaban a la vez, en medio del [illegible] de manivelas enmohecidas y de [illegible] teante, vió al carretero junto a [illegible] puertas, con su látigo, a guisa de [illegible] la nuca, que maniobraba en una co[illegible]

Estaba vestido como en Dizy, con [illegible] pana y llevaba un sombrero gastado [illegible] perdido hacía tiempo la cinta.

Salió una chalana de la esclusa, [illegible] con el guinche, porque era imposib[illegible] de otro modo en medio de todos [illegible] barcos aglutinados.

Los gritos que se contestaban de [illegible] a la otra eran roncos, irritados, y l[illegible] iluminados a veces por un resplandor [illegible] sellados por el cansancio.

Todas aquellas gentes estaban [illegible] desde las tres o las cuatro de la m[illegible] soñaban sino con la sopa de la ce[illegible] tirarse sobre la cama abatidos por el [illegible]

Pero cada uno de ellos quería [illegible] primero la esclusa, embotellada de [illegible] ciones, con el deseo de iniciar en b[illegible] diciones la etapa del día siguiente.

LA MUJER ARAÑA

Es ella quien dice que es una araña, y cuenta cosas extraordinarias a quien quiera oírla, es decir, a quien no la conoce.

—Yo bajé del cielo —relata— colgada de un finísimo hilo plateado. Tenía entonces cuatro brazos y cuatro piernas, a las que la gente vulgar llama ocho patas. Lo recuerdo muy bien. Andaba sobre los árboles y por los rincones de los cuartos buscando agujeritos donde meterme. Hasta que me metí dentro de un zapato, luego de lo cual hubo una gran lucha... y me quedé dormida, creo que por obra de una suela que se me vino encima. Luego, cuando desperté, me encontré con un biberón en la boca ¡y con dos brazos y dos piernas menos!

Nosotros creemos, entonces, que las arañas tienen alma, un alma reencarnable en un cuerpo humano. Caso más típico que el que aquí nos ocupa no podría darse.

...encargado iba y venía, atrapaba al vuelo ...etas de unos y otros, corría a su oficina, ...de firmaba, ponía el sello, y se metía ...opinas en el bolsillo.

—Perdón!...

...ret había tocado en el brazo al carretero ... volvióse lentamente, le miró con ojos ...nas si se veían tras del espeso matorral ... cejas.

—Tiene usted otras botas, además de las ...eva?

... pareció no comprender en seguida. ...óse aún más su rostro y se miró a los ... aire estupefacto.

...fin sacudió la cabeza, quitóse la pipa de ... y murmuró simplemente:

—...as?...

—...o tiene usted más que ese calzado?

... un signo afirmativo y lento con la ...

—...be usted montar en bicicleta?

...os, intrigados por aquel coloquio, se ...aron.

—...nga usted por aquí—dijo Maigret—. Le ...o...

...rretero le siguió en dirección hacia *La ...encia*, que estaba amarrada a unos dos... metros. Al pasar por delante de sus ..., que estaban con la cabeza baja y el ...reluciente de la lluvia, acarició el cuello ... próximo.

—...ba...

...atrón, pequeñito, flacucho, estaba in... sobre un guinche clavado en el fondo ... y empujaba su barco acostándole con... ...lla, para permitir el paso a una chala... ...endente.

... distancia, a los dos hombres que en... ... la cuadra, pero no tuvo tiempo de ... de ellos.

—...mió usted aquí esta noche?

... un gruñido que significaba que sí.

—...a la noche? ¿No hizo usted uso de ...eta del encargado de la esclusa de...

—...

...rretero ofrecía el aspecto desdichado de ... idiota al que se atormenta con bur... ... un perro que, no habiendo sido mal... nunca, se ve de pronto fustigado sin ...

...chó para atrás el sombrero y se frotó ... mano el cráneo, de cabellos blancos, ... como crines.

—...ese las botas...

...mbre ni se movió, lanzó una mirada ... orilla, en la que se veían las patas de ...llos. Uno de ellos relinchaba, como ...era comprendido que el carretero esta... ... mal paso.

—...s botas... listo!...

...iendo el gesto a la palabra, Maigret ... Juan que se sentara sobre una plancha ...era que corría a lo largo de los muros ...caballeriza.

...sólo entonces pareció obedecer el viejo, ...do a su verdugo con ojos de reproche, ...ó a quitarse una de las botas.

...evaba medias, sino unas bandas de tela, ...das con sebo, enrolladas en los pies ...llos, que parecían formar parte de la ...

...nterna iluminaba mal. El patrón, una ...minada su maniobra, vino a sentarse ... puente para ver lo que pasaba en la ...

...nto que Juan, gruñendo, con la frente ...a y el gesto amenazador, levantaba la ...rna, Maigret limpiaba con paja la suela ...bota que tenía en la mano.

...o, sacando el pedal izquierdo de su ..., le aplicó a la bota.

... un espectáculo extraño el de aquel ...embrutecido, que comtemplaba sus pies ...os. Sus pantalones, que habían sido he... ...sin duda para un hombre aun más bajo, ...ortados, no le llegaban más que a la mi... ... la pierna.

Y las vendas de tela ensebada estaban negruzcas, grasientas y llenas de briznas de paja.

Cerca de la lámpara, Maigret confrontaba el pedal, algunos de cuyos dientes estaban rotos, con las huellas apenas visibles sobre la suela.

—¡Usted utilizó esta noche en Pogny la bicicleta del encargado de la esclusa! —acusó lentamente, sin separar los ojos de ambos objetos. ¿Hasta donde fué usted en ella?

—¡Ohé!... ¡*La Providencia*!... ¡Avancen!... El *Estornino* renuncia a pasar y se queda en el tramo...

Juan se volvió hacia las gentes que se agitaban fuera, y luego hacia el comisario.

—¡Puede usted preparar la salida de la esclusa!—dijo Maigret—. ¡Tenga, póngase las botas!...

El patrón manejaba ya el guinche. Vino corriendo la patrona.

—¡Juan! ¡Los caballos!... ¡Mire que si perdemos la vez!...

El carretero había metido los pies en las botas, se erguía sobre el puente y modulaba de una manera extraña:

—¡Ho! ¡Hué!... ¡Hué!...

Y los caballos se ponían en marcha, en tanto que él, saltando a tierra, se ponía a su paso, torpemente, siempre con el látigo sobre la espalda.

—¡Ho!... ¡Hué!...

La patrona, mientras su marido tiraba del guinche, se apoyaba con toda su humanidad sobre la barra, con el fin de evitar a la chalana que venía en sentido opuesto, y de la que se distinguía apenas la proa redondeada por el halo del farol situado en la popa.

Oyóse la voz impaciente del encargado, que gritaba:

—¡Vamos!... *La Providencia*... ¿Es para hoy o para mañana?...

El barco que entraba se deslizaba sin ruido sobre el agua negra. Pero por tres veces chocó contra el muro de piedra, antes de deslizarse en la esclusa, cuya anchura ocupó por entero.

VIII

EN LA SALA 10

Habitualmente, las cuatro compuertas de una esclusa se abren una tras de otra y poco a poco, con el fin de evitar los remolinos que podía producir la rotura de las amarras del barco.

Pero había sesenta chalanas esperando. Los marineros, a quienes tocaría pronto la vez, ayudaban a la maniobra, mientras que el encargado sólo se ocupaba de visar los papeles.

Maigret estaba sobre el muelle, con su bicicleta asida de la guía, siguiendo con los ojos las sombras que se agitaban en la oscuridad. Los dos caballos habían ido a pararse a cincuenta metros de las puertas de salida, sin necesidad de que nadie les diera una voz. Juan daba vueltas a una de las manivelas.

Penetró el agua en la esclusa, con un ruido de torrente. Se la veía, blanca de espuma, en los espacios dejados libres por la *Madaglena*.

En el momento en que el agua se precipitaba con mayor fuerza, sintióse un grito ahogado, seguido de un golpe en la proa de la chalana y de un remolino confuso.

Adivinó, antes de comprender el drama, el comisario. El carretero no estaba ya en su puesto en la compuerta y los otros corrían a lo largo de los muros. Se gritaba por todas partes a la vez.

Tan sólo iluminaban la escena dos lámparas: una en medio del puente levadizo que precedía la esclusa, y la otra sobre la chalana, que continuaba elevándose a cadencia rápida.

—¡Cerrad las compuertas!...

—¡Abrid las puertas!...

Uno que pasaba dió Maigret en la mejilla con un enorme guinche.

Acudían de lejos los marineros y el encargado de la esclusa salía de su casa, enloquecido ante la idea de su responsabilidad.

—¿Qué ha ocurrido?...

—El viejo...

A ambos lados de la chalana, entre su borde y el muro, no había más de treinta centímetros de agua libre. Y esta agua, que llegaba de las compuertas, se deslizaba vertiginosa por el estrecho pasadizo, y rebotaba sobre sí misma, borboteante.

Hubo una serie de maniobras torpes. Entre otras, alguno dió la vuelta a una de las compuertas de salida, y oyóse cómo la puerta amenazaba saltar sobre sus goznes, mientras que el encargado se precipitaba para reparar el daño.

Sólo después supo el comisario que el tramo entero pudo verse inundado por completo, y hubieran sido averiadas cincuenta chalanas.

—¿Lo ves tú?...

LOS SOLTEROS SE LIBERAN



Son las tres de la mañana y nuestros tejedores continúan tejiendo desesperadamente. Es que se aproxima el invierno y ellos no quieren verse en el trance humillante de tener que recurrir a las mujeres. Humillante, porque han jurado y rejurado que jamás necesitarán de una mujer para nada. Menos aun para procurarse buenos abrigos tejidos a mano. Pues con aprender a tejerlos, ya está... Pero, lo malo es que soplar no es hacer botellas, y con sólo tejer no aparece el sweater deseado. Siempre aparece alguna otra cosa; y por lo general, esa otra cosa no sirve para nada, y hay que deshacerla para recomenzar. Fuman y tejen de sol a sol y toda la noche. Hacen, deshacen y rehacen... ¡Lo que es el ansia de liberación.

—Algo negro hay allá abajo...

La chalana seguía subiendo, más lentamente cada vez. De las cuatro, tres de las compuertas estaban cerradas. Pero a cada instante el barco chocaba violentamente contra el muro de la esclusa, aplastando quizá al carretero.

—¿A qué profundidad?

—Un metro por lo menos, bajo el barco...

Era espantoso. A la débil luz de la linterna de la caballeriza veíase a la patrona de *La Providencia* que corría en todas direcciones con una boya de salvamento en la mano.

Con la mayor angustia clamó:

—¡Creo que no sabe nadar!...

Y Maigret oyó una voz grave que decía a su espalda:

—¡Tanto mejor! Así habrá sufrido menos...

♣♣♣

Aquello duró un cuarto de hora. Por tres veces creyeron algunos ver un cuerpo que emergía, pero en vano hundieron los guinches en aquella dirección.

La Magdalena salió lentamente de la esclusa, y un carretero viejo murmuró:

—¡Os apuesto cuanto queráis a que está enganchado al timón! Yo he visto eso una vez en Verdún...

Pero se engañaba. Apenas estuvo la chalana detenida a cincuenta metros de allí, cuando los hombres que, con ayuda de una perca tanteaban en las compuertas de salida, llamaron pidiendo ayuda.

Hubo que traer un bote. Se sentía la presencia de algo en el agua a un metro de profundidad. Y en el momento en que uno se decidía a tirarse al agua, mientras que su mujer trataba de retenerle con los ojos llenos de lágrimas, un cuerpo apareció bruscamente en la superficie.

Le izaron. Diez manos agarráron a la vez el saco de pana, que estaba destrozado, por haberse enganchado en uno de los pernos de la puerta.

Lo que siguió desarrollóse como una pesadilla. Se oía tintinear el teléfono en la casa del encargado. Un chico había salido en bicicleta para avisar al médico.

Pero todo era inútil. El cuerpo del viejo carretero fué depositado sobre la orilla, aparentemente sin vida, inmóvil; un marinero le quitó el chaleco, arrodillóse junto al ancho pecho del ahogado y comenzó a hacerle tracciones en la lengua.

Alguien trajo una linterna. El cuerpo parecía más corto, más macizo, más espeso que nunca, y el rostro mojado, lleno de cieno de la esclusa, estaba descolorido.

—¡Se ha movido!... ¡Te digo que se mueve!...

Ya no había atropellamiento. El silencio era tal que la más leve palabra resonaba como en una catedral. Continuaba oyéndose la caída de agua por una compuerta mal cerrada.

—¿Y qué hay? —preguntó el encargado de la esclusa, que volvía.

—Se mueve un poco... No mucho...

—Haría falta un espejo...

El patrón de *La Magdalena* corrió a buscar uno a bordo. El hombre que practicaba la respiración artificial estaba ya completamente traspirado; otro ocupó su puesto, y comenzó a sacudir más vigorosamente al ahogado.

Cuando se anunció al doctor, que acudía en coche por una carretera lateral, todos podían distinguir claramente que el pecho del viejo Juan se agitaba lentamente.

Le habían quitado el chaleco. Por la entreabierta camisa se veía su pecho, tan velludo como el de una fiera. Bajo la tetilla derecha había una larga cicatriz, y Maigret creyó percibir vagamente un tatuaje en el hombro.

—¡El barco siguiente! —gritó el encargado de la esclusa, haciendo corneta con las manos—. De todos modos nada podéis hacer ya...

Y uno de los marineros se alejó de allí con pesar, llamando a su mujer, que en unión de otras, se lamentaba a alguna distancia.

—¿No habrás parado el motor, al menos?...

El médico hizo retroceder a los espectadores y frunció las cejas apenas hubo tocado el pecho.

—Vive, ¿verdad? —preguntó con orgullo satisfecho el primero que le había atendido.

—¡Policía judicial!. —dijo Maigret interviniendo—. ¿Es cosa grave?

—Tiene la mayoría de las costillas hundidas... ¡Cierto que vive!... Pero me extrañaría que viviese mucho tiempo... ¿Ha sido apretado entre dos barcos?...

—Entre un barco y la esclusa, indudablemente...

—¡Mire!...

Y el médico hizo tocar al comisario el brazo izquierdo fracturado en dos sitios.

—¿Hay una camilla?

El moribundo lanzó un suspiro débil.

—Voy a empezar por darle una inyección... Pero que preparen la camilla lo más aprisa posible... El hospital está a quinientos metros...

En la esclusa había una, según ordenaba el reglamento, pero estaba en el granero, donde se

---

Imposible



—Palabra de honor, señorita; en ninguna parte encontrará lo que usted desea. No hay zapatos chicos por fuera y grandes por dentro.

---

vió ir y venir, por la ventana de guillotina, la luz de una vela.

La bruselesa sollozaba, lejos de Maigret, al que dirigía miradas de reproche.

Diez hombres se prestaron a levantar al carretero, que emitió un nuevo ronquido. Luego, una linterna se alejó en dirección a la carretera principal, cuya luz aureolaba a un compacto grupo, mientras que un barco de motor, alumbrado con sus dos faroles, verde y rojo, lanzaba tres silbidos de su sirena e iba a amarrarse en plena ciudad, para ser el primero en partir al día siguiente.

♣♣♣

La sala 10. Maigret confrontó por casualidad el número. Tan sólo había allí dos enfermos, uno de los cuales lanzaba vagidos, como un bebé.

El comisario pasó la mayor parte de su tiempo recorriendo a zancadas el pasillo enlosado de blanco, por el que las enfermeras circulaban corriendo, transmitiéndose las órdenes a media voz.

En la frontera sala, la 8, llena de mujeres, todas se interrogaban acerca del nuevo pensionista, y hacían pronósticos.

—¡Desde el momento en que le [illegible] la 10!...

El doctor era un hombre entrado [illegible] con gafas de carey. Dos o tres veces [illegible] su blusa blanca por delante de Maigret, [illegible] cirle una palabra.

Eran cerca de las once cuando [illegible] fin a él.

—¿Quiere usted verle?

Fué un espectáculo desconcertante. [illegible] sario reconocía apenas al viejo Juan, [illegible] bían afeitado, a fin de curarle dos [illegible] se había hecho en la frente y en [illegible]

Allí estaba, limpio, en un blanco [illegible] la claridad tibia de una lámpara de [illegible]

El médico levantó la sábana.

—¡Mire usted esta armadura! Parece [illegible] En mi vida he visto semejante [illegible] ¿Cómo ha podido liquidarse así?...

—Cayó desde la puerta en el [illegible] que estaban abiertas las compuertas...

—Me hago cargo... Ha debido ser [illegible] entre el muro y el barco... Tiene [illegible] literalmente hundido... Todas las [illegible] cedido...

—¿Y aparte de eso?...

—Será necesario que le examine [illegible] mis colegas..., si es que vive aún. Es [illegible] delicada, porque un mal movimie[illegible] matarle...

—¿Ha recobrado el conocimiento?

—¡No lo sé! Y eso es acaso lo [illegible] dente... Hace un instante, al sondarle [illegible] ridas, tuve la impresión clara de que [illegible] ojos entreabiertos y que me seguía [illegible] rada... Pero tan pronto como le [illegible] jaba los párpados... No ha delira[illegible] sólo lanza un ronquido de vez en [illegible]

—¿Y el brazo?

—¡No es grave! La doble fractura [illegible] reducida... Pero no se repara el [illegible] el húmero... ¿De dónde procede?...

—Lo ignoro...

—Le pregunto, porque lleva [illegible] muy raros... Yo conozco los de los [illegible] Africa, pero éstos no se les parecen... [illegible] verá usted mañana, cuando se le [illegible] cayola para la consulta...

Vino el portero a anunciar que [illegible] que insistían en ver al herido.

Maigret en persona fué a ver de [illegible] trataba y se encontró con los dos [illegible] *La Providencia* que se habían vestido [illegible] je de calle.

—Nosotros podremos verle, ¿verdad, [illegible] sario?... ¡Usted tiene la culpa!... [illegible] alteró con sus historias... ¿No está [illegible]

—Sí, está mejor... Los médicos [illegible] tima palabra mañana...

—Déjeme verle... ¡Siquiera de [illegible] ¡Formaba de tal modo parte del [illegible]

La patrona no decía *de la familia,* [illegible] *barco*, ¿no era eso acaso aun más [illegible]

El marido desaparecía detrás de [illegible] modo, dentro de su traje de sarga [illegible] flaco pescuezo embutido en un cuello [illegible] luloide.

—Les aconsejo que no hagan ruido...

Ambos miraron al herido, desde [illegible] sólo se distinguía una forma confusa [illegible] sábana, un poco de marfil en el lugar [illegible] tro, algunos cabellos blancos.

Por diez veces estuvo la marinera a [illegible] precipitarse hacia adelante.

—¡Dígame!... ¿Es que si pagásemos [illegible] taría mejor atendido?...

No se atrevía a abrir su bolso, pero [illegible] vueltas nerviosamente.

—Hay hospitales en donde pagando... [illegible] es cierto...? ¿Los otros no son enfer[illegible] tagiosos, al menos?...

—¿Se quedarán ustedes en Vitry?...

—¡Natural que no vamos a partir [illegible] Tanto peor para la carga... ¿A qué [illegible] demos venir mañana?...

—¡A las diez! — contestó el médico, [illegible] cuchaba impaciente.

—¿No se le podía traer nada?... ¿Una bo- de champaña?... ¿Uvas de España?

—Ya se le dará todo lo que necesite...

Y el médico los empujaba hacia la portería. Cuando llegó a ella, la buena mujer sacó con gesto furtivo un billete diez francos de su ... y lo puso en la mano del portero, que ...ró con asombro.

♣♣♣

Maigret acostóse a las doce de la noche, ...és de haber telegrafiado a Dizy para que ...nsmitieran las comunicaciones que llega- ... a su dirección.

... el último momento se enteró de que el ...ern Cross, pasando a la mayor parte de ...chalanas, había llegado a Vitry-le-François, ...rándose al final de los barcos que espera-

... comisario había tomado una habitación ... *Hotel del Marne*, de la ciudad, bastante ... del canal, y en donde no hallaba nada ... atmósfera en que había vivido durante ...mos días.

... clientes que jugaban a las cartas eran ...es de comercio.

..., que llegó después que los otros, les ...ció:

—...ece que hubo un ahogado en la esclusa...

—...uieres hacer el cuarto?... Lamperrière ... a placer... ¿Es que el tipo murió?...

—... lo sé...

... eso fué todo. La patrona del hotel dormi- ...te la caja. El mozo echaba aserrín so- ... suelo y cargaba la estufa para que ca- ... durante la noche.

... el hotel había un baño, uno solo, cuya ... había perdido parte de su esmalte. Maigret no por eso dejó de hacer uso de ... día siguiente, y a las ocho envió al mo- ... comprarle una camisa nueva y un cuello ...

..., a medida que el tiempo pasaba, se sen- ...paciente. Tenía prisa por volver a ver .... Al oír una sirena, preguntó:

—¿Es para la esclusa?

—..., para el puente levadizo... Hay tres ... ciudad...

... tiempo era gris. Hacía viento. No encon- ... camino del hospital y tuvo que preguntar ...ección varias veces, porque todas las ca- ... tomaba le llevaban inevitablemente a ... del Mercado.

... portero del hospital, que le reconoció, sa- ... encuentro gritando:

—...ca se hubiera podido creer, ¿verdad?

—¿... qué?... ¿Vive?... ¿Ha muerto?...

—¿Cómo? ¿No lo sabe usted? El director ... hospital acaba de telefonearle a usted al ...

—... diga, ¡pronto!

—... bien! ¡Desapareció!... ¡Raptado!... ...édico jura que no es posible que haya ... recorrer cien metros en el estado en ... hallaba... ¡Pero el caso es que no está ...

... comisario oyó rumores de voces en el ... detrás del edificio, y precipitóse en ... dirección.

...contróse con un viejo, al que no había ...asta entonces: el director del hospital, ...hablaba severamente al doctor de la vís- ... a una enfermera de cabellos rojos.

—¡... lo juro a usted! —repetía el médico—. ... me conoce bien... Cuando yo digo que ...ez costillas hundidas, me quedo corto... ...ebajo de la realidad... ¡Y eso es sin hablar ... caída en el agua, de la conmoción!...

—¿Por dónde salió? —preguntó Maigret.

... señalaron la ventana, situada casi a dos ... sobre el suelo. Se distinguía claramente ... la tierra la huella de dos pies desnudos, ...mo un ancho surco que hacía suponer que ...rretero se había caído a todo lo largo de ...erpo.

—¡Vea usted!... La enfermera, la señorita Berta, ha pasado la noche en el cuerpo de guardia, como de costumbre... Y no ha oído nada... Hacia las tres, teniendo que prestar sus servicios en la sala 8, lanzó una ojeada a la 10... Las lámparas estaban apagadas y todo tranquilo... No puede decir si el hombre estaba todavía en su cama.

—¿Y los otros dos enfermos?

—Uno de ellos debe ser trepanado urgentemente... Estamos esperando al cirujano... El otro ha dormido sin despertarse...

Maigret siguió con la mirada las huellas que conducían a un cantero, en el que un rosalito había sido tronchado.

—¿Queda la verja abierta siempre?

—¡Esto no es una prisión! —contestó el director—. Aparte de que no puede preverse que un enfermo se lance por la ventana... Sólo la puerta del edificio estaba cerrada, como siempre...

Afuera era inútil buscar huellas. El piso estaba pavimentado. Veíase entre dos casas la doble hilera de árboles del canal.

—Y si he de decirlo todo —agregó el médico—, estaba yo seguro de que esta mañana nos lo encontraríamos muerto... Pero como nada había que hacer... Por eso lo puse en la sala 10...

Se mostraba agresivo. Le costaba trabajo digerir los reproches que le había hecho el director.

Maigret dió la vuelta por el jardín, como un caballo de pista, y, de repente, levantando el borde de su galerita, a manera de saludo, dirigióse hacia la esclusa.

En aquel momento penetraba en ella el *Southern Cross*. Con su habilidad de marino, Vladimir, lanzando el nudo de una amarra sobre una borna, paraba en seco el barco.

En cuanto al coronel, vestido con un largo impermeable de hule, con la gorra blanca sobre la cabeza, permanecía impasible ante la rueda de su timón.

—¡Las puertas! — gritó el encargado de la esclusa.

No quedaban ya más que unos veinte barcos por pasar.

—¿Le toca ahora? —preguntó Maigret señalando al barco.

—Le toca y no le toca... Si se le considera como un barco de motor, tiene derecho de preferencia sobre los barcos-caballeriza... Pero como barco de recreo... ¡Bah! Pasan tan pocos de éstos, que no hay nada previsto en el reglamento... Pero como han dado la propina a los marineros...



Estos últimos estaban maniobrando ya las compuertas.

—¿Y *La Providencia*?

—Estorbaba el paso... Esta mañana fué a amarrar al recodo, cien metros más arriba, delante del segundo puente... ¿Tiene usted noticias del viejo?... Es una historia que puede costarme cara... Pero vaya usted a evitarlo... En principio soy yo quien debe manejar la esclusa solo... Pero si lo hiciera así, habría todos los días cien barcos esperando... ¡Cuatro puertas!... ¡Ocho compuertas...! ¿Y sabe usted cuánto me pagan?...

Tuvo que alejarse un momento porque Vladimir le tendía sus papeles y una propina.

Maigret aprovechó el momento para caminar a lo largo del canal. En el recodo vió a *La Providencia*, que de ahora en adelante reconocería entre cien chalanas.

Salía un hilo de humo por el tubo de la chimenea; no se veía a nadie a bordo y todas las salidas estaban cerradas.

A punto estuvo de subir por la pasarela de detrás, que daba acceso al alojamiento de los patrones.

Pero, cambiando de opinión, tomó el ancho puente que servía para conducir a bordo a los caballos.

Se había retirado una de las tablas que cubrían la caballeriza. La cabeza de uno de los caballos asomaba por allí aspirando el aire.

Hundiendo su mirada en el interior, Maigret pudo entrever, tras de las patas del caballo, una forma oscura tendida sobre la paja. Y cerca de ella estaba la bruselesa, en cuclillas, con un tazón de café en la mano.

Con acento maternal, muy dulce, murmuraba:

—¡Vamos, Juan... Beba ahora que está caliente!... ¡Le hará bien, viejo loco!... ¿Quiere que le levante la cabeza?...

Pero el hombre, tendido en el suelo, no se movía y miraba hacia arriba.

Sobre el trozo de cielo que entreveía, se recortaba la cabeza de Maigret, a quien debió ver.

Y el comisario tuvo la impresión de que sobre aquel rostro, cruzado por los tafetanes, flotaba una sonrisa satisfecha, irónica, incluso agresiva.

El viejo carretero trató de levantar la mano para rechazar la taza que la mujer le acercaba a los labios. Pero volvió a caer en seguida: era una mano arrugada, callosa, picada de puntitos azules que debían ser vestigios de antiguos tatuajes.

IX

EL DOCTOR

—¡Ya lo ve usted! Ha vuelto a su guarida, arrastrándose, como un perro herido..

¿Es que la marinera no se daba cuenta exacta del verdadero estado del herido?

El caso es que no parecía alarmada. Estaba tan tranquila como si se tratara de cuidar a un niño atacado de gripe.

—Un poco de café no puede hacerle daño, ¿verdad?... Pero no quiere tomar nada... Debían ser las cuatro de la madrugada cuando mi marido y yo nos despertamos sobresaltados por un gran ruido a bordo... Yo tomé el revólver..., le dije que me siguiera con la linterna... Me creerá usted o no, pero Juan estaba ahí, casi en el mismo estado en que ahora está... Ha debido caerse del puente... Casi

a dos metros de altura... Al principio no se daba uno cuenta de nada... Por un momento creí que estuviera muerto... Mi marido quería llamar a los vecinos para que nos ayudaran a llevarle a un lecho... Pero Juan comprendió... Entonces se puso a apretarme la mano... ¡Pero de un modo!... Parecía como si se agarrase a mí... Y yo le sentía llorar... Me di cuenta entonces... Porque hace ocho años que está con nosotros, ¿comprende?... No puede hablar... Pero creo que comprende lo que le digo... ¿No es así, Juan?... ¿Te duele?...

Difícil era saber si las pupilas del herido brillaban de comprensión o de fiebre.

La mujer apartó una pajita que le tocaba en la oreja.

—Para mí, mi vida está en mi casita, mis cobres, mis cuatro muebles... Creo que si me dieran un palacio en cambio, sería desgraciada... Pues para Juan es su caballeriza... ¡y sus animales!... ¡Mire usted!... Hay naturalmente días en que el barco no anda, porque descargamos... Juan no tiene entonces nada que hacer... Podía irse a la taberna... ¡Pues no! Se echa aquí, en este mismo sitio... Se las arregla para que entre un rayo de sol...

Maigret se situó en pensamiento en el lugar donde se encontraba el carretero; vió a la derecha la pared de planchas, untada de resina, con el látigo, que pendía de un clavo torcido, la taza de estaño, colgada de otro, un trozo del cielo entre las planchas del techo, y a la derecha del hombre la grupa de los caballos.

De aquel conjunto se desprendía un calor animal, una vida múltiple, espesa, que se agarraba a la garganta, como el vino áspero de algunas comarcas.

—Podrán dejarle aquí, ¿verdad?

La mujer hizo señal al comisario de seguirla al exterior. La esclusa funcionaba al mismo ritmo de la víspera. Y en torno, las calles de la ciudad tenían su propio ritmo extraño al canal.

—De todos modos, va a morir, ¿no?... ¿Qué es lo que ha hecho?... Ya puede usted decírmelo... ¡Pero yo no podía hablar, compréndalo usted!... Ante todo, porque no sé nada... Una vez, sólo una, mi marido sorprendió a Juan con el pecho desnudo... Vió los tatuajes... No eran como los que tienen algunos marineros... Hemos supuesto lo que usted mismo habrá pensado... Creo que desde entonces le tuve más afecto... Me dije que no era sin duda lo que aparentaba, que se escondía... No le hubiera preguntado por todo el oro del mundo... ¿Usted no creerá que ha matado a la mujer?... Pero en ese caso, ¡óigame!, si lo ha hecho, le juro a usted que ella lo merecía!... Juan es....

Buscó una palbra que pudiera expresar su pensamiento y no la encontró.

—¡Bueno! Mi hombre se levanta... Yo le hice acostarse porque no fué nunca muy fuerte del pecho... ¿Cree usted que si yo preparase un caldo bien fuerte?...



SE CANSÓ EL ARTISTA

Este cocinero dormido es W. C. Fields, está descansando de uno de los más duros trabajos que le ha tocado realizar. Durante todo un día estuvo representando el papel de un cocinero que se pasaba la gran vida, trabajando poco y comiendo los platos más delicados. Pero en la realidad, tanto tuvo que "comer platos delicados" y que "trabaja poco", que al cabo cayó rendido y no le pareció dura esta "cama", donde permaneció dormido más de doce horas. ¡Qué rara resulta la vida de los artistas de cine!

—Van a venir los médicos. Es mejor esperar...

—¿Es necesario que vengan?... Van a amargarle los últimos momentos que...

—Es indispensable...

—¡Está tan bien aquí, con nosotros!... ¿Puedo dejarle a usted ir un momento?... ¿No le atormentará usted?

Maigret hizo un signo tranquilizador con la cabeza; entró en la caballeriza y sacó de su bolsillo una caja de metal que contenía un tapón impregnado de tinta grasa.

Continuaba siendo imposible decir si el carretero estaba en su conocimiento. Sus párpados estaban entreabiertos. Salía por ellos una mirada, indiferente, serena.

Pero cuando el comisario levantó la mano derecha del herido y apoyó sus dedos, uno después que el otro, sobre el tapón, tuvo la impresión, en la fugacidad de apenas un décimo de segundo, de que por el rostro del hombre vagaba de nuevo la sombra de una sonrisa.

Tomó las huellas digitales en una hoja de papel, observó un momento al moribundo, como si hubiera esperado alguna cosa, lanzó una última mirada a las paredes de madera, a la grupa de los caballos, que daban señales de impacientarse, y salió.

Junto a la barra, el marinero y su mujer tomaban su café con leche en el que mojaban pan, y miraban hacia él. A menos de cinco metros de *La Providencia* estaba amarrado el *Southern Cross*, que no tenía a nadie sobre el puente.

Maigret había dejado la víspera su bicicleta en la esclusa, en donde la encontró. Diez minutos más tarde estaba en las oficinas de la policía y enviaba un agente a Epernay en motocicleta con la misión de transmitir las huellas a París por belinograma.

Cuando retornó a bordo de *La Providencia*, iba acompañado por dos médicos del hospital, con los que tuvo que mantener una discusión.

Los médicos querían hacerse de nuevo cargo del herido. La marinera, alarmada, dirigía miradas suplicantes a Maigret.

—¿Es que pueden ustedes curarle?

—¡No! Tiene el pecho hundido. Una de las costillas ha penetrado en el pulmón derecho...

—¿Cuánto tiempo le queda de vida?

—¡Cualquier otro habría muetro ya!... Una hora o cinco...

—¡Entonces, déjenlo!

El viejo no se había movido, no había tenido ni un estremecimiento. Al pasar Maigret por delante de la marinera, ésta le tocó tímidamente la mano, con un gesto de reconocimiento.

Los médicos cruzaron la pasarela con aire descontento.

—¡Dejarle morir en una caballeriza... murmuró uno de ellos.

—¡Bah!... ¡En ella se le ha dejado vivir...!

El comisario colocó, sin embargo, un agente cerca de la chalana y del *yacht*, con la misión de advertirle en cuanto pasara algo.

Desde la esclusa púsose en comunica
el *Café de la Marina* de Dizy, desde
dijeron que el inspector Lucas acaba
sar, y que había alquilado un auto en
para hacerse conducir a Vitry-le-F
Transcurrió una hora completam
El marinero de *La Providencia* se a
para dar brea al bote que llevaba a
Vladimir frotaba los cobres del *South*
En cuanto a la mujer, se la veía
cesar sobre el puente, yendo de la
caballeriza. Unas veces llevando un
con funda blanquísima, otras un tazó
do humeante, sin duda el caldo que
obstinado en preparar.

Hacia las once, llegó Lucas al *Hot*
ne, en donde le esperaba Maigret.

—¿Qué tal va, viejo?

—¡Bien! Usted está fatigado, pa

—¿Y su investigación?

—¡Poca cosa! En Meaux nada, si
el *yacht* hubo un pequeño escánd
marineros, que no podían dormir
la música y los cantos, hablaban de
perlo todo...

—¿Estaba allí *La Providencia*?

—Estuvo cargando, a menos de
tros del *Southern Cross*... Pero
nada especial.

—¿Y en París?

—Volví a ver a las muchachitas...
ron que no era Mary Lampson quien
dado el collar, sino Willy Marco...
firmaron la cosa en el hotel, en do
nocieron la fotografía del joven, en
nadie había visto a Madame Lamps
estoy seguro, pero me parece que L
tein conocía a Willy más íntimam
que ella quiere confesar y que en
ya ocasión de ayudarle...

—¿Y en Moulins?

—¡Nada! He visitado a la panade
en efecto, la única María Dupin del
Una buena mujer sin malicia, que
prende una palabra de lo que ocu
se lamenta, porque teme que todas
torias la perjudiquen... La certif
la partida de nacimiento data de oc
Pero el secretario es nuevo desde
años y el anterior murió el año p
han registrado los archivos sin enc
referente a ese documento...

Después de un silencio, Lucas pre

—¿Y usted?

—Aun no sé... ¡Nada!... ¡O to
quedará decidido de un momento
¿Qué se murmura por Dizy?...

—Que si el *Southern Cross* no h
un *yacht*, no se le habría dejado
seguramente, y recuerdan que no es
mera mujer del coronel...

Maigret calló, llevó a su compañ
de las calles de la pequeña ciud
oficina de telégrafo.

—Déme usted la Identidad Judicial
El belinograma con las huellas d
carretero debía haber llegado hacia
a la Prefectura. A partir de ese m
do era cuestión de suerte. Podían h
otras ochenta mil, la ficha corresp
las huellas, así como podía durar
horas y horas...

—Tome uno de los auriculares, vie
la!... ¿Quién está al teléfono?...
Benoit?... Aquí, Maigret... ¿Se
comunicación?... ¿Cómo? ¿Qué us
ha hecho la investigación?... Espere
mento...

Saliendo de la cabina dirigióse a l
de Correos.

—Quizá necesite la línea durante m
po ¡Cuide usted de que no corten l
cación, bajo ningún pretexto!...

Cuando volvió a tomar el recepto
aire más animado.

—Siéntese, Benoit, porque va usted
todo el expediente... Lucas, que

...mará las notas... Comience...
...aginaba a su interlocutor, con la misma ...ón que si hubiera estado junto a él, por ...ocía el local, situado allá en los altos ...cio de Justicia, en donde unos armarios ... contienen las fichas de todos los mal... de Francia y de buen número de ...s extranjeros.
...e todo, su nombre...
... Evaristo Darchambaux, nacido en ...e, actualmente de cincuenta y cinco ...

...et trataba maquinalmente de recordar ... criminal con el mismo nombre, pero ... indiferente de Benoit, que articulaba ...s con minuciosidad, proseguía, mien... Lucas escribía:
...or en medicina... Casado a los vein... años, con una tal Celina Mornet, de ... Instalado en Toulouse, en donde ...s estudios... Vida muy agitada... ¿Me ..., comisario?
...ctamente! Prosiga...
... traído el expediente completo, porque ... dice casi nada... La pareja no tar... ...se acribillada de deudas... Dos años ... de su matrimonio, Darchambaux es ... de haber envenenado a su tía, Julia ...baux, que había ido a reunirse con la ... Toulouse, y que reprobaba el género ... del matrimonio... La tía tenía for... y los Darchambaux eran sus únicos ...s...
... instrucción del proceso duró ocho me... ...e no se encontraban pruebas forma... Al menos, el asesino pretendía —y lo ... ciertos expertos— que los medicamen... ...scriptos a la anciana no constituían ... por sí mismos y que sólo se tra... ...n ensayo de cura audaz...
... polémicas... ¿No querrá usted ... lea todas las memorias médicas?...
...proceso fué tempestuoso y hubo nece... suspender muchas veces las audien... La mayor parte esperaba una declara... ...e no culpabilidad, sobre todo después ...claración de la mujer del doctor, quien ... tribunal a jurar que su marido era ino... y que si le enviaban a presidio ella ... reunirse con él..."
...ndenado?— dijo Maigret.
...uince años de trabajos forzados... ¡Es...ted! Eso es todo, en cuanto a nuestros ...ntes... Pero envié a un ciclista al ...rio del Interior... Y acaba de regresar... ...ele que hablaba con alguien que debía ...trás de él, y que revolvía papeles.
...quí está?... No es gran cosa... El Di... de Saint-Laurent-du-Maroni quiso hacer ... a Darchambaux en uno de los hospi... de la colonia penitenciaria... El se ne... Sus notas son buenas... Un penado ... Tan sólo una tentativa de evasión, ...ón de quince compañeros que le habían ...do...
...co años después, un nuevo director in... ...otra vez lo que llama la rehabilitación ...archambaux, pero en seguida anota al ... de su comunicación que en el penado ... traen nada en absoluto recuerda ni al ...ual de antes ni siquiera al hombre de ... educación...
...en! ¿Le interesa esto?...
...ocado como enfermo en Saint-Laurent, ...mo solicita su regreso a la colonia... ... tranquilo, terco, silencioso. Uno de sus ..., interesado por su caso, le examina des... punto de vista mental y no puede pro...rse...
...v, como expresa, subrayando esas pala... con tinta roja, una especie de extinción ...iva de las facultades intelectuales, para... una hipertrofia de la vida física.
...archambaux roba en dos ocasiones. Las ...roba comida, la segunda a un compañero ...dena, que le hiere en el pecho de una ...ada con un silex afilado...

"Dos periodistas que pasan por allí le aconsejan en vano que pida el indulto.
"Una vez cumplidos sus quince años de pena, queda allí relegado, se contrata como mozo en un aserradero y allí cuida los caballos.
"A los cuarenta y cinco años ha cumplido con la ley. Se pierde su rastro..."
—¿Es todo?
—Puedo enviarle el expediente; no le he dado más que una síntesis...
—¿Ninguna información acerca de su mujer?... Me dijo que había nacido en Etampes, ¿no?... Muchas gracias, Benoit... No vale la pena enviar documentos... Con lo que me ha dicho basta...
Cuando salió de la cabina, seguido de Lucas, estaba nadando en transpiración.
—Va usted a telefonear a la municipalidad de Etampes. Se enterará usted de si Celina Mornet ha muerto; al menos si ha muerto bajo ese nombre... Entérese también en Moulins si María Dupin tiene familia en Etampes...
Cruzó la ciudad sin ver nada, con las manos en los bolsillos; al borde del canal tuvo que aguardar unos minutos, porque el puente levadizo estaba levantado y avanzaba muy lenta una chalana cargada pesadamente, arrastrando su obra muerta plana sobre el fondo del lodo, que subía a la superficie con las burbujas del aire.
Al llegar ante *La Providencia*, acercóse al

él quiere también tenerlos allí...
"Le había tomado la mano...
Lloraba la mujer, pero sin sollozar, continuaba hablando, en medio de sus lágrimas flúidas, que le rodaban por las mejillas cortadas por el aire.
—No sé cómo ha sucedido la cosa... Yo no tengo hijos... Hasta tenemos decidido adoptar uno, cuando tengamos la edad que exige la ley...
"Le decía que aquello no era nada, que se curaría, que trataríamos de obtener un cargamento para Alsacia, en donde el país es muy bonito en verano...
"He sentido que sus dedos estrechaban los míos... No podía decirle que me hacía daño...
"Y entonces ha querido hablar...
"¿Puede usted comprenderlo?... Un hombre como él, que ayer aun era fuerte como sus caballos... Abría la boca... Hacía un esfuerzo tal que sus venas se ponían moradas y se hinchaban en las sienes...
"Y dejaba oír un ruido ronco, como el grito de un animal...
"Yo le suplicaba que se quedara tranquilo...

RAYOS X — Por HALEBLIAN Y DEL CASTILLO

agente que había apostado en el camino de sirga.
—Puede usted marcharse ..
Veía al coronel, que se paseaba sobre el puente de su *yacht*.
La patrona de la chalana corrió hacia él, mucho más turbada que por la mañana, con surcos de lágrimas en sus mejillas.
—¡Es horroroso, comisario!...
Maigret palideció, y le preguntó con las facciones endurecidas:
—¿Ha muerto?
—¡No! Calle usted... Hace un rato estaba yo a su lado, sola... Porque he de decirle que si también quería a mi marido, tenía una preferencia por mí...
"Aunque yo soy mucho más joven que él... vaya, que me miraba como a una mamá...
"Se pasaban las semanas sin que hablásemos... Y sin embargo... ¡Por ejemplo!... La mayor parte del tiempo mi marido olvida la fecha de mi santo... Santa Hortensia... ¡Pues bien! Desde hace ocho años, Juan no dejó ni una vez de traerme flores... alguna vez, cuando estábamos en pleno campo; yo me preguntaba adónde iba a buscarlas...
"Y ese día ponía una escarapela en las orejeras de sus caballos...
"Bueno, prosigo...; me había sentado a su lado... Son sin duda sus últimas horas... Mi marido quería hacer salir a los caballos, que no están acostumbrados a estar encerrados durante tanto tiempo...
"Yo no quise, porque estoy segura de que

Pero él se obstinaba... Se sentó en la paja... no sé cómo... y no dejaba de abrir la boca...
"De ella manaba sangre, que le corría por la barbilla...
"Hubiera querido llamar a mi marido... Pero Juan me tenía sujeta la mano... Me inspiraba miedo...
"No puede usted figurarse lo que era eso... Trataba yo de comprender... le hacía preguntas...
"—¿Quería beber?... ¿No?... ¿Había que ir a buscar a alguien?...
"Estaba tan desesperado de no poder decir nada!... ¡Yo debía haber adivinado!... He buscado en vano...
"¡Dígame!... ¿Qué es lo que podía pedirme?... Y ahora tiene algo destrozado en la garganta... No sé...
"Ha tenido una hemorragia. Al fin acabó por volverse a acostar, con los dientes apretados, precisamente sobre su brazo roto... Eso debe causarle dolor, y, sin embargo, parece como si no sintiera nada...
"Mira fijamente ante sí...
"¡Daría yo tanto por saber qué le sería agradable... antes de que fuera demasiado tarde!..."
Maigret fué, sin hacer ruido, hacia la caballeriza, y miró por la plancha levantada.
Aquello era tan angustioso y punzante como la agonía de un animal, con el cual no hay medio de comunicarse.
El carretero estaba plegado sobre sí mismo. Se había en parte arrancado el aparato puesto

Método "casero"



—Bueno, María; creo que los jamones han de estar ya bien ahumados.

El mundo al revés



—Mira qué lindo papá. ¿Por qué no me lo compras?
—Sí, hijo, te lo compraré.

En bancarrota



—Déjate de decirme cuán orgulloso te sientes de que te vean en mi compañía, y llama un taxi.

la noche anterior por el médico en torno a su cuerpo.

Oíase el silbido muy espaciado de su respiración.

Uno de sus caballos se había enganchado la pata en su cabestro, pero permanecía inmóvil, como si hubiese comprendido que pasaba algo solemne.

Maigret también vacilaba. Evocaba a la mujer muerta, enterrada entre la paja de la caballeriza de Dizy, luego el cuerpo de Willy, flotando sobre el canal, y al que las gentes trataban de atrapar con un guinche, en medio de la bruma fría de la mañana.

Su mano, hundida en el bolsillo, manoseaba la insignia del *Yacht Club de Francia* y el gemelo de puño.

Y veía de nuevo al coronel, inclinándose ante el juez de intrucción, pidiendo, con una voz que no temblaba, autorización para proseguir su viaje.

En la morgue de Epernay, en una habitación glacial, llena de cajeros metálicos, como los subterráneos de un banco, esperaban dos cuerpos, cada uno en una caja numerada.

Y en París, dos muchachitas mal pintadas, debían arrastrar su angustia sorda de bar en bar.

Llegaba Lucas.

—¿Y bien?— gritóle Maigret de lejos.

—Celina Mornet no ha dado señal de existencia en Etampes desde el día en que pidió los papeles necesarios para su matrimonio con Darchambaux...

El inspector observó curiosamente al comisario.

—¿Qué tiene usted?

—¡Chist!...

Pero en vano miraba Lucas en torno suyo: no veía nada que justificara la menor emoción.

Entonces Maigret le condujo hasta la plancha levantada de la caballeriza y le mostró la forma extendida sobre la paja.

Preguntábase la marinera qué es lo que iban a hacer. Desde un barco de motor que pasaba, una voz gritó alegremente:

—¿Qué es eso?... ¿Con averías?...

Ella se echó a llorar, sin saber por qué. Su marido, que subía a bordo con un cubo de brea en una mano y una brocha en la otra, anunció de lejos:

—Algo se está quemando en la cocina...

Dirigióse allí maquinalmente. Maigret dijo a Lucas, como a pesar suyo:

—Entremos...

Uno de los caballos relinchó débilmente. El carretero no se movió.

El comisario había sacado de su cartera la fotografía de la mujer muerta, pero no quería mirarla.

X

LOS DOS MARIDOS

—Oyeme, Darchambaux...

Maigret había dicho aquello, en pie, escrutando el rostro del carretero. Sin darse siquiera cuenta había sacado la pipa del bolsillo, pero no pensaba en cargarla.

¿Es que la reacción no fué lo que él esperaba? El caso es que se dejó caer sobre el banco de la caballeriza, inclinóse hacia adelante, con la barbilla entre las manos, y repitió con distinto tono de voz:

—Escúcheme... No se agite... Yo sé que no puede hablar...

Una sombra insólita que pasaba por
hizóle levantar la cabeza y vió al co
pie sobre el puente de la chalana, a la
de la planchada abierta.

El inglés no se movió, continuó sig
escena con la mirada, de alto a bajo,
pies más arriba que la cabeza de los
sonajes.

Lucas se mantenía tan apartado como
mitía lo exiguo de la caballeriza.
más nervioso, Maigret prosiguió:

—No se le sacará de aquí... ¿Co
Darchambaux?... Dentro de poco
charme... Madame Hortensia vend
lugar...

Era conmovedor, sin que pudiera
por qué. Maigret hablaba, a pesar
tan tiernamente como la bruselesa.

Pero es necesario que antes con
con movimientos de los párpados
preguntas... Hay varias personas
ser acusadas, detenidas de un
otro... Eso no es lo que usted
dad?... Por eso necesito que me
usted la verdad...

Mientras hablaba, el comisario no
espiar al hombre, de preguntarse
nía en ese momento ante sí, si al
antaño, al penado obstinado, al ca
brutecido o al asesino exasperado
Lampson.

La silueta era ruda, las facciones
ro, ¿no había en los ojos una nueva
en la que había desaparecido toda
Sí, una expresión de infinita triste

Por dos veces trató de hablar
dos se oyó un ruido que parecía
de un animal, y asomó una saliva
los labios del moribundo.

Maigret continuaba viendo la so
piernas del coronel.

—Cuando usted marchó hacia
hace años, tenía usted la convicc
su mujer mantendría su promesa,
seguiría hasta allí... ¡Es ella la
mató usted en Dizy!...

¡Ni un estremecimiento! ¡Nada!
tomaba un tono grisáceo.

—Pero ella no fué, y usted perdió
Usted..., usted quiso olvidarlo tod
personalidad...

Maigret hablaba rápidamente,
cientado. Tenía prisa por acabar.
de todo, temía ver sucumbir a Ju
este espantoso interrogatorio.

—La encontró usted por azar,
se había convertido en otro hom
en Meaux... ¿No es así?...

Tuvo que esperar un momento
de que el carretero consintiera dó
cerrar los párpados en señal de co

El hombre de las piernas, se movió
na osciló un momento al paso de
de motor.

—¡Era la misma de siempre!...
¡Y coqueta!... ¡Y alegre!... B
el puente del *yacht*... Usted no
tamente en matarla... Si no, no
haberla conducido primero hasta D

¿Le oía el moribundo todavía? Te
estaba, debía ver al coronel precis
encima de su cabeza. ¡Pero sus o
presaban nada! Al menos nada que
ser interpretado.

...ía ella jurado seguirle a todas partes... ...había estado en presidio... ahora vivía ...caballeriza... Y entonces, tuvo usted ...de apoderarse de ella, así como estaba, ...alhajas, con su rostro pintado, con ...blanco, y compartir con ella la paja ...caballeriza... ¿No es así, Darchambaud?... ...párpados no se bajaron. Pero el pecho ...chó y se oyó un nuevo ronquido. Lucas, ...podía más, se movió en su rincón.

...sí fué! ¡Así lo veo! —silabeó Maigret, ...más de prisa, como atacado de vértigo—. ...su mujer de antaño, Juan —el carretero—, ...bía ido olvidando poco a poco al doctor ...mbaux, encontraba recuerdos, ráfagas ...tiempos... Y comenzaba a surgir un ...to de venganza... ¿De venganza?... ...eso!... Una oscura necesidad de ...su mismo nivel a aquella que había ...do ser suya para toda la vida...

...Mary Lampson vivió tres días, oculta ...caballeriza, casi por su propia volun...

...que tuvo miedo... ¡Miedo del apareci... ...que sentía dispuesto a todo, y que la ...seguirle!...

...to más miedo, cuanto que tenía con... ...de la cobardía cometida...

...por su propio pie... Y usted, Juan, ...trajo carne en conserva, áspero vino ...Usted pasó dos noches seguidas con ...pués de las interminables etapas a lo ...del Marne... ...en Dizy..."

...evo se agitó el moribundo, que estaba ...zas. Volvió a caer sobre la paja, des... ...con los nervios agotados.

...debió rebelarse... No podía soportar ...tiempo aquella vida... Y usted la es... ...en un momento de furor, antes que ...marcharse de nuevo... y llevó el ca... ...a la caballeriza... ¿No es así?

...que repetir la pregunta cinco veces, ...que los párpados se bajaron.

...—decían con indiferencia.

...un leve ruido en el puente. El coro... ...rtó a la bruselesa, que quería acercarse. ...obedeció, impresionada por su aire so...

...camino de sirga... Otra vez su vida de ...a lo largo del canal... Pero estaba usted ...to... Tenía miedo... Porque usted te... ...medo a la muerte, Juan... Miedo de ser ...do... Miedo al presidio... Sobre todo ...miedo atroz de abandonar a sus caballos, ...balleriza, su paja, este pequeño rincón que ...bía convertido en su universo... Enton... ...una noche tomó la bicicleta del encargado ...esclusa... Yo le había interrogado a ...d... Adivinaba usted mis sospechas... ...se fué usted a acechar a Dizy, con la idea ...cer algo, lo que fuera, para apartarlas de ...

...¿Es exacto?..."

...tenía ahora una calma tan absoluta que ...hubiera podido creer muerto. Su rostro ...presaba ya más que fastidio. No obstante, ...párpados se bajaron una vez más.

...ando usted llegó, el *Southern Cross* no ...iluminado. Podía usted creer que todos ...allí. Sobre el puente se secaba un go... ...marinero... Se apoderó usted de él... ...a la caballeriza, para ocultarle bajo la ... Era el medio de cambiar el curso de ...stigación, de desviarla en contra de los ...des del yacht...

...podía usted saber que Willy Marco, que ...fuera, solo, le había visto tomar el gorro ...guía paso a paso... Le esperó a la puer... ...la caballeriza, en donde perdió un gemelo ...puños...

...siguió, intrigado, en tanto que usted vol... ...puente de piedra, en donde había dejado ...cicleta...

"¿Es que se dirigió a usted?... ¿O es que usted oyó ruido tras de sí?...

"Hubo lucha... Y usted le mató con sus terribles dedos, que habían ya estrangulado a Mary Lampson... Y arrastró su cuerpo hasta el canal...

"Luego debió usted caminar, con la cabeza baja... En el camino vió algo que brillaba, la insignia del Y. C. F. Y, al azar, sabiendo que esta insignia pertenecía a alguien, habiéndola visto quizá en el ojal del saco del coronel, la tiró usted en el sitio en que tuvo lugar la luchar... Conteste, Darchambaux... ¿Es en efecto así como han ocurrido las cosas..."

—¿Está averiada *La Providencia?*... —gritaba otra vez un marinero, cuya chalana pasó tan cerca, que se vió su cabeza deslizándose a la altura de la plancha.

Entonces, cosa extraña y turbadora: los ojos de Juan se humedecieron. Agitó de prisa sus párpados, como para admitirlo todo, para acabar de una vez. Oyó a la marinera, que contestaba, desde la popa, donde estaba:

—Es que Juan está herido...

Entonces Maigret se levantó, diciendo:

—Anoche, cuando yo examiné sus botas, comprendió usted que llegaría fatalmente a la verdad... Y quiso usted matarse, tirándose a los remolinos de la esclusa...

Pero el carretero estaba tan agotado, respiraba con tanta dificultad, que el comisario ni siquiera esperó su respuesta. Hizo una señal a Lucas, y miró por última vez en torno suyo.

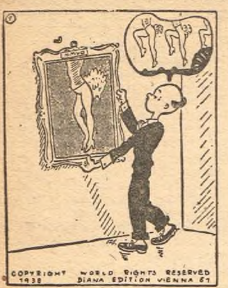
En la cabelleriza caía un rayo de sol oblicuo, que llegaba hasta la oreja izquierda del carretero y a la pezuña de uno de sus caballos.

Cuando ambos hombres salían, sin añadir una palabra más, Juan trató de nuevo de hablar, con vehemencia, sin preocuparse del dolor. Enderezóse a medias sobre la paja, con los ojos fuera de las órbitas.

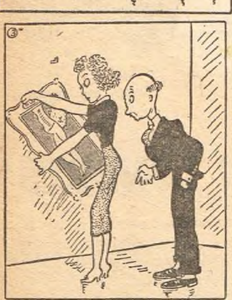
Maigret no se ocupó en seguida del coronel. Hizo señales llamando a la mujer, que los observaba desde lejos.

AVENTURAS DE DON LINO

ERA AL REVES — *Por BARTA*









—¿Y bien?... ¿Cómo va?... —preguntó ella.

—Quédese a su lado...

—¿Puedo hacerlo?... No vendrán ya a...

No se decidió a acabar la frase. Se había quedado suspensa al oír las llamadas ininteligibles de Juan, que parecía tener miedo a morir completamente solo.

Y, súbitamente, corrió hacia la caballeriza.

* * *

Vladimir, sentado sobre el cabestrante del yacht, con un cigarrillo entre los labios y su gorro blanco de través en la cabeza, estaba haciendo un empalme.

Un agente esperaba en el muelle a Maigret, que le preguntó desde la chalana:

—¿Qué ocurre?

—Hay respuesta de Moulins...

Y le tendió un pliego que decía sencillamente:

"La panadera María Dupin declara que tenía en Etampes una prima lejana llamada Cecilia Mornet."

Entonces Maigret miró al coronel de arriba abajo. Llevaba su gorra blanca de gran escudo. Tenía los ojos apenas enturbiados, lo que, sin duda, significaba que había bebido relativamente poco whisky.

—Usted tenía también sospechas de *La Providencia?* —le preguntó a quemarropa.

¡Era tan evidente! ¿Es que Maigret no habría también sospechado de la chalana, si sus dudas no se hubieran dirigido algún tiempo sobre los huépedes del yacht?

—¿Por qué no me dijo usted nada?

La respuesta fué digna del diálogo entre sir Lampson y el juez de Instrucción en Dizy.

—Yo quería *hacer* por mí mismo...

Y aquello bastaba para expresar el desprecio del coronel hacia la policía.

—¿Mi mujer?... —preguntó él casi a continuación.

—Como usted dijo, como lo dijo Willy Marco, era una mujer encantadora...

Maigret hablaba sin ironía. Por otra parte, estaba más atento a los ruidos que llegaban de la caballeriza que a la conversación.

Sólo se oía el rumor ahogado de una sola voz, la de la marinera, que parecía consolar a un niño enfermo.

—Cuando se casó con Darchambaux, ella tenía ya afán de lujo... Y, sin duda, a causa de ella, el médico pobre ayudó a morir a su tía... Yo no digo que ella fuese cómplice... ¡Digo que fué a causa de ella!... Y ella lo sabía tan bien, que juró ante el tribunal ir a reunirse con él...

"Una mujer encantadora... Lo que no es igual que ser una heroína...

"El amor a la vida fué más fuerte en ella... Usted debe comprender eso, coronel..."

Había a la vez sol, viento y nubes amenazadoras. Una ráfaga podía caer de un momento a otro. La luz era equívoca.

—¡Se vuelve tan raramente del presidio!... Ella era linda... Tenía a su alcance todas las satisfacciones... Tan sólo una cosa la molestaba, su nombre... Entonces, cuando encontró en la Costa Azul un primer admirador dispuesto a casarse con ella, hizo venir de Moulins la partida de nacimiento de una prim... de la que se acordaba...

—¡Es tan fácil! Tan fácil que en ... mentos se habla de tomar las impresio... tales de los recién nacidos y fijarl... partidas del Registro Civil.

"Se divorció y se convirtió en su ...

"Una mujer encantadora... No ... seguro... Pero amaba la vida, ¿no ... Amaba la juventud, el amor, el lujo...

"Acaso algunas veces sentía como ... das de remordimientos que la empuj... fuga inexplicable...

"¡Mire! Estoy persuadido de que ... Juan, menos a causa de sus amenaza... necesidad de hacerse perdonar...

"Y el primer día, escondida en la ... de este barco, en medio de estos ... olores, ha debido sentir una turbia ... ante la idea de que estaba expiando...

"Lo mismo que en tiempos pasad... do gritaba a los jurados que seguiría ... rido a la Guayana.

"Uno de esos seres encantadores, ... mer movimiento es siempre bueno, ... tral... Son seres empedrados de bue... ciones...

"Sólo que la vida, con sus co... compromisos y sus imperiosas nec... más fuerte..."

Maigret había hablado con cier... sin cesar de estar atento a los ruidos ... lleriza, a la vez que su mirada seg... vimientos de los barcos que entrab... de la esclusa.

Ante él, el coronel tenía la ... Cuando la levantó fué para observar ... con evidente simpatía, acaso hasta ... nida emoción.

—¿Quiere usted venir a beber? — ... cando su yacht.

Lucas se mantenía apartado.

—¡Avíseme usted! —le gritó el ...

Entre ellos no se necesitaban ex... El inspector comprendió, y se puso ... en torno a la caballeriza.

El *Southern Cross* estaba en ord... nada hubiera pasado. No había ni un... de polvo en las paredes de caoba de ...

Sobre la mesa había un frasco de ... sifón y vasos.

—¡Quédese fuera, Vladimir!...

La impresión de Maigret era nuev... traba allí para tratar de descubrir ... Parecía menos pesado, menos brutal...

Y el coronel le trataba como hab... a M. de Calirfontaine de Lagmy.

—¿Va a morir, no es así?

—De un momento a otro, ¡sí!... ... sabe desde ayer...

Saltó el agua gaseosa del sifón. Sir ... pronunció gravemente:

—¡Salud!...

Y Maigret bebió con la misma avi... anfitrión.

—¿Por qué se marchó del hospit...

El ritmo de las réplicas era lento. ... contestar, el comisario miró en torno ... servando los menores detalles de la ca...

—Porque...

Fin de "LOS ASESINATOS

...có sus palabras, mientras que su compa-... llenaba otra vez los vasos.

—...un hombre sin lazos..., un hombre que ...ado todas sus amarras con el pasado, con ...gua personalidad... ¡necesita asirse a ... Y él tenía su caballeriza... el olor... ...ballos..., el café caliente que bebía a las ... la mañana, antes de caminar hasta por ... de..., ¡su madriguera, si prefiere us-... Su propio rincón... Lleno por com-... de su calor animal...

...aigret miró a su interlocutor en los ojos. ... que volvía la cabeza. Agregó, mientras ... su vaso:

—...y madrigueras de todas clases... Las ... huelen a whisky, a agua de Colonia y ...er... Con sones de gramola y...

...calló para beber. Cuando bajó la cabeza, ...pañero había tenido tiempo de beberse ... vaso.

... Lampson, mirándole con sus ojos sa-... ya turbios, le tendía la botella.

—... gracias —protestó Maigret.

—...!... Tengo necesidad...

... que brillaba en su mirada una especie ...to...

—... mujer... Willy...

... pensamiento agudo cruzó en aquel mo-... por el espíritu del comisario. ¿Es que ...pson no se encontraba tan solo, tan des-... como Juan, que estaba a punto de ... en su caballeriza?

... menos, Juan tenía junto a sí a sus dos ... y a la maternal bruselesa.

—...a!... ¡Yes!... *Yo pido...* Usted es ...entleman...

...ba casi. Le tendía el frasco con una ... casi avergonzada. Oíase a Vladimir ... y venía sobre el puente.

... tendió su vaso. Pero en aquel mo-... llamaron a la puerta. Lucas le dijo a ... de ella:

—...misario!...

... apenas abierta la puerta, añadió:

—... acabó...

... coronel no se movió. Miró alejarse a los ...bres con aire lúgubre. Al volver la ca-... Maigret le vió beberse el vaso que aca-... de servirle, de un solo trago, y le oyó ...

—...ladimir!

... a *La Providencia* se habían detenido ... personas, porque se oía sollozar desde ...

... Hortensia Canela, la marinera, que, de ... junto a Juan, seguía hablándole toda-...que había dejado de vivir desde hacía ...nutos.

... el puente, su marido esperaba la llega-... comisario. De un salto se dirigió hacia ...dísimo, y murmuró:

—...é debo hacer?..: ¡Ha muerto!... Mi ...

... una imagen que Maigret no debía olvi-...ca: en la caballeriza, vista desde arriba, ... por los dos caballos, un cuerpo, casi ... sobre sí mismo, con la mitad de la ... hundida entre la paja. Y los dos caba-... la bruselesa, que tomaban para sí todo ... mientras que ella gemía tristemente, re-... a veces:

—Mi pobre Juanito...

¡Enteramente como si Juan hubiese sido un niño y no aquel viejo, duro como una piedra, con la osamenta de gorila que había sorprendido a los médicos!

XI

LA ULTIMA MANIOBRA

Nadie se dió cuenta, aparte de Maigret.

Dos horas después de la muerte de Juan, mientras su cuerpo era llevado en el cajón a un coche que esperaba, el coronel había preguntado, con los ojos estriados de rojo, pero con el aire lleno de dignidad:

—¿Cree usted que me darán permiso para enterrarle?

—A partir de mañana...

Cinco minutos más tarde, Vladimir, con su habitual precisión de movimientos, largaba las amarras.

Dos barcos esperaban ante la esclusa de Vitry-le-François, para dirigirse a Dizy.

El primero se adelantaba ya, empujado por una perca hacia la esclusa, cuando el yacht le rozó, rodeó su proa redonda y entró en la esclusa abierta.

Hubo protestas. El marinero gritó al encargado de la esclusa que le tocaba a él la vez, que presentaría reclamaciones, y mil cosas más.

Pero el coronel, con su gorra blanca y con su traje de oficial, ni siquiera volvió la cabeza.

Estaba en pie, ante la rueda de metal del timón, impasible, mirando hacia adelante.

Cuando las puertas de la esclusa volvieron a cerrarse, Vladimir bajó a tierra y tendió sus papeles y la tradicional propina.

—¡Diantre! ¡Los yachts tienen todos los derechos! —murmuró un carretero—. Con diez francos a cada esclusa...

El tramo de debajo de Vitry-le-François estaba lleno de barcos. Apenas parecía posible deslizarse con guinche entre los barcos que esperaban el turno.

Y el *Southern Cross*, tomando de una vez velocidad, rozó las pesadas chalanas, en medio de gritos y protestas, pero no tocó ni a una de ellas.

Diez minutos más tarde, desaparecía en el recodo, y Maigre decía, dirigiéndosez a Lucas que le acompañaba:

—¡Están los dos borrachos perdidos!

Nadie lo había podido sospechar. El coronel estaba correcto y digno, con el enorme escudo de oro en medio de su gorra.

Vladimir, con su jersey a rayas, el gorro en la punta del cráneo, no había hecho ni un movimiento falso.

Pero si el cuello apoplético de sir Lampson estaba violado, su rostro tenía una palidez enfermiza; los ojos estaban orlados de enormes bolsas y sus labios descoloridos.

Al ruso, el menor choque le hubiera hecho perder el equilibrio, porque dormía de pie.

A bordo de *La Providencia* todo estaba cerrado, en silencio. A doscientos metros de la chalana, los dos caballos permanecían atados a un árbol.

Y el marinero y la marinera de *La Providencia* habían ido a la ciudad a encargarse trajes de luto. ◈

DEL CANAL"

PANCHO SOMBRERO

CAMBIO DE "IDOLO" — Por TOONDER







MI RIVAL EL DIFUNTO

(CONCLUSIÓN DE LA PÁGINA 7)

de las abejas... ¡Todo inútil! María Carlota callaba. Nada más infranqueable que la línea de sus labios.

El desánimo comenzaba entonces a gravitar sobre mí; enmudecimos todos y el tic-tac del reloj se oía claramente, puntualizando el silencio. A las once, Gabriela bostezaba y se invitaba a sí misma a dormir.

Y Mme. Bilgert decía desconsoladamente:

—María, hija, vamos... que hay que madrugar.

Nos dábamos las buenas noches desazonados, y yo subía cavilando a mi habitación. Mi sentir era complejo; había en él rencor y esperanza. Aguardaba cada noche con la ilusión de que la joven hubiese cambiado; y cada mañana con el temor de que el portazo que caracterizaba su marcha fuese definitivo. Pensaba en la tía Genoveva con miedo y rencor; aquel antecedente de familia me tenía obseso.

Una noche, después que Gabriela se retiró a dormir, nos quedamos casualmente solos, frente por frente, junto al pobre fuego recubierto de ceniza para que durase más. Sobre la chimenea colgaban los flecos enredados de una carpeta de arpillera bordada con lana roja y entre los floreros, sin flores, lucían los bigotes estupendamente tiesos de Bilgert, en una reproducción retocada a lápiz. Corté las páginas de un libro, suspiré, manifesté luego que estaba haciendo mucho frío, y opté al cabo por callarme. Entonces advertí que María Carlota se estaba riendo.

—¿Está usted contenta? —pregunté.

Ella extrajo costosamente su atención hacia mí.

—¿Qué?

—Si está usted contenta; como la he visto sonreír...

—Era muy divertido.

—¿Lo que usted pensaba?...

Me quedé mirándola, y advertí que su silencio estaba forzado por un imperioso deseo de comunicarme algo grave.

Fué un instante, y para explicarlo necesitaría llenar muchas páginas; la verdad es que tuve miedo de la revelación que presentía. La temí, cual Jámblico y Plotino temieron las revelaciones del Anticristo; y más débil que los hierofantes de Eleusis, retrocedí espantado al sólo presentimiento de la prueba, y todo mi interés fundióse ante el miedo, como al calor se funde la forma inconsistente de la cera. Entonces, eché desesperadamente la vista a mi alrededor para refugiarme en algo y quedé enganchado en la enhiesta curva de los bigotes paternos.

—Se parece usted bastante a su papá, digo... salvo los bigotes, naturalmente. .

Me sentí estúpido y rojo. Mi voz se me antojó una dura mano aplicada brutalmente a su boca en el momento en que subía a ella el divino flujo revelador. Desviado, cuajó en el quicio de los lagrimales y los párpados ansiosos no lograron devorar dos pequeños diamantes efímeros. Pero reaccioné; no se trataba ya de mi curiosidad ni aun siquiera de atender el pedido de la madre; se trataba ahora de una necesidad de comunicarse, perentoria, que adiviné tardíamente en ella. Juro que entonces toda idea egoísta desapareció de mi alma; con el egoísmo, esfumóse mi cobardía, estúpida como todas las cobardías. María Carlota estaba en un peligro y yo había renunciado a saberlo como una histérica que se tapa los ojos para no ver resbalar al niño por el precipicio, en vez de correr a detenerlo.

Me maldije y comprendí mi error; aquella intimidad cordial, que tanto apetecía, se desangraba ante mi vista por mil arterias sentimentales. Yo mismo las había segado con el filo de mi observación banal y allí estaba muriendo, endureciéndose como un ramaje negro y helado.

Fué en aquel momento cuando oímos los gritos; partían del dormitorio de María Carlota; al acercarnos, vimos a madame Bilgert temblorosa, apoyada en la jamba, con un porrón de agua convulsamente asido.

—¡Señora!... ¿Pero, qué le ha ocurrido a usted?

—¡Dios mío!..., si no sé cómo decirlo... ¡Tras de que no la creen a una y la llaman ignorante!

—De todos modos, dígalo usted...

LOS ESPEJOS QUE MIENTEN



"¿Un fenómeno? ¡Pasen a verlo!...", gritaría automáticamente un empresario de circo si viera de repente este espectáculo tan de su género. Pero no es así, no se trata de ningún fenómeno viviente, sino de la hermosa rubia que se ha propuesto recorrer todos los espejos en busca del que no mienta. Ante éste, la amiga que está detrás de ella, también resulta espantosa. La rubia terminó por lanzar un alarido que hizo temblar la casa, y la amiga, creyendo que algo terrible ocurría, se desmayó. Cuando vuelva en sí continuará su paseo en procura del buen espejo.

La pobre mujer estaba pálida, con los labios secos y los ojos brillantes.

—Iba a poner esta botella en la cama de María, ¿sabe?, con este tiempo tan frío..., y al volverme, en la oscuridad... ¡Dios mío!...

—¿Qué?

—Una mano, señor Pedro; me ha tocado una mano.. ; he sentido los dedos tan fríos que..., mire usted, el agua se ha helado.

—¡Alborotar por esas tonterías! —proferí—. ¡Parece mentira!

—Pero vea usted... —me hizo tocar el grueso porrón de barro y, [illegible] no pude menos que convenir [illegible] taba absolutamente frío.

CAPITULO III

DE COMO VI A MARIA CARLOTA EN [illegible] SIA Y TOME CERVEZA EN UNA [illegible]

Encendí mi pipa de cerezo [illegible] Adoro el rumor de la lluvia [illegible] de un país de lluvias sonoras, [illegible] del agua me encalma el espí[illegible] despeja el cerebro. De niño, [illegible] mozo bisoño, pasé horas ente[illegible] ces en la costa, oyendo el [illegible] poteo de las olas en los aca[illegible] días de bonanza, y su bramar [illegible] como un combate medioeval, [illegible] lopan los mil corceles de la [illegible] El rumorcillo cursi de los arroyos [illegible] ción tesonera de las rías, el [illegible] de las gárgolas, son para mí otros poemas bárbaros o alambicados.

Oyendo llover, pienso en una [illegible] música, y la vida entera se me [illegible] como un tablado de marionetas [illegible] debieron verla Brughel el Viejo [illegible] nimo Bosch.

¿Habéis pasado un día lluvioso [illegible] aos en la soledad de una estancia [illegible] ramente sí; entonces, conocéis [illegible] de triste apacibilidad que me po[illegible] lla tarde. Es como un dolor [illegible] tiera en el olvido; toda amb[illegible] amortiguada por una capa de [illegible] vulgaridad. Una carencia ab[illegible] emociones os hace sentiros viejos [illegible] les de años; y la desesperanza [illegible] fundo conocimiento como debe [illegible] Dios, os deja indiferentes aun [illegible] pia catástrofe. El instinto osc[illegible] sistente de la eternidad da la [illegible] tiempo; y comprendéis que el [illegible] sólo una numeración convencio[illegible] misma, que a nadie cuenta en [illegible] gación. La vanidad que os hace [illegible] mostrándoos agresivos o crueles [illegible] sivos o amantes, personales, en [illegible] aparece; y si sentís golpear el [illegible] en el pecho, sabéis que late por [illegible] natural y mecánica a un tie[illegible] pendiente del Todo, y que cua[illegible] tenga, ni amenguará la luz, ni [illegible] el río su curso, ni temblarán las [illegible] de hierba. Entonces, aniquilada [illegible] verdad la idea de vuestra im[illegible] os veis en lo que realmente sois — [illegible] de la eterna cadena, vuelta del [illegible] espiral —, ni más ni menos que otros del pasado y de lo veni[illegible] gados al propio destino inexora[illegible]

No sé qué hora sería cuando [illegible] abandonar el diván que ofrece [illegible] uno de los ángulos de mi estu[illegible] el anochecer, pero aquel día [illegible] anochecer con el alba. Una [illegible] plomiza y fofa cubría el cielo [illegible] humedad; y la luz era un alet[illegible] a detenerse entre las garras de la [illegible] Hacia mediodía escampó, y est[illegible] el cénit arropado en nubes, [illegible] el horizonte una claridad fría; [illegible] un perezoso que al embozarse [illegible] se descubría los pies. Luego [illegible] París un chaparrón ceñido que [illegible] los árboles y las capotas de los [illegible] y una mano traviesa mezcló todos [illegible] lores del mundo, bárbaramente [illegible] conducirlos al neutro, como los [illegible] el inexperto en la tabloza. Por [illegible] mí mismo salí a la calle; andaba [illegible]

...s y acudí al llamado de la iglesia ...a Bonne Nouvelle, que cantaba las ...ras con su recia garganta de bronce. ...ro la quietud de estas iglesias de ..., al anochecer, cuando al final de ...ves las llamas de los cirios ponen ...diente lagrimeo de fuego, cuando las ...es son formas orantes y sombras ...das los monaguillos. Iba a penetrar ... de sus capillas —dedicada a los ...s— donde hay un altorrelieve cu...mas paganas dan de este horrible ... una idea placentera; pero me ... un susurro. La penuria verbal ...ga a decir un *susurro;* tal expre... corresponde, sin embargo, al ma... aquella conversación de infinita ...rosa dulzura. Un encaje de pala... ...n rico de emoción como si fuera ... de oro y perlas. Iba ya a reti... cuando la charla cesó, y de la ... oscura salió una mujercita: María ...

...modorra egoísta que como un plu... ... había cobijado todo el día, voló ... de mi indignación. Titubeé en...guirla o acudir a su amante y sor...e; esto último me pareció más ... Sí, el canalla (yo sabía que era ...lla) se vería conmigo. Me sentí ... y me precipité tras de la reja. ...ma de una mariposa se alzaba ... y se contraía próxima a ex..., con un chisporroteo siniestro. ...ga usted! — conminé enérgica... con voz sorda por respeto al re...

... se movió.

...ga usted, si no es un cobarde! ... Un silencio alucinante como el ...pozo anegó mis palabras. Un tanto ...ado mi ardor combativo, registré ...nes. Nadie, allí no había alma ... Confieso que tuve miedo, un ...nfantil y que apetecí la compañía ... y el movimiento de las calles. ... la capilla, abandoné la iglesia ...stante después, corría desaforado ... Boulevard, galanteaba a una dac... y la acompañaba a tomar cer... una *brasserie* de Montmartre.

CAPITULO IV

...N VIAJE A CAMBRAI Y ME ENTERO DE QUE *EXISTEN* FANTASMAS

...viembre, el frío fué desesperante ...ño. La noticia clásica del muerto ... en las gradas de una iglesia o jun... verja de un parque, ocupó dia... su puesto en las columnas del ...no parisiense. Se habló de un ... a quien se le habían helado las ... Total, un aumento de gasto en ...ble, que aumentó las quejas de ... Bilgert, aunque acreciera tam... alquiler de mi piso.

...echo ocurrido en Cambrai puso ... la ciudad de la Liga. Decían ... nieve, amontonándose sobre las ... empalme a Masniers, detenía to... mañanas el primer tren; y que ...el helado promontorio que afec... forma humana había siempre ... frases escritas, revelaciones de ... espiritual, consejos y exhortacio... ...gún bromista, probablemente.

...riosidad del público se excitó. ... varios días, no se habló en los ... otra cosa. Y hasta yo, que ja... creído una pizca de cosas sobre...es, decidí emprender el corto via... todo el mundo, y ver la mara...

... advertir a ustedes, que por aque...es, yo había hecho ya mi compo... de lugar con respecto al caso de María Carlota; por salvarla de las garras de su infame seductor, decidí casarme con ella. Mi heroico desdén por las conveniencias, me enaltecía a mis propios ojos; estaba orgulloso de mí. Comprenderán ustedes, que la más estricta lógica exigía que, a una proposición matrimonial de mi parte, María Carlota cayera en mis brazos anegada en llanto de gratitud. Lo tenía todo arreglado: nos casaríamos y nos iríamos a Matosinhos o a Lisboa, porque en París no quería quedarme; eso no. Lo único que me faltaba era decírselo a su madre y a ella.

Corría el tren de Cambrai arrullando mis pensamientos. En el campo espejeaban los charcos helados y las viviendas, encaperuzadas de nieve, destacaban en el cielo de acero. ¡Pobre María Carlota, iba a amarme mucho! Bien comprendería mi grandeza de alma... Lo único que yo sentía era su situación humillante, pero se la haría olvidar.

Las urracas trazaban en el pentagrama multiplicado del telégrafo, una melodía grave con su acompasado vaivén de péndulo; y el revolotear de los gorriones, era como las fiorituras de una cavatina italiana.

Al acercarnos al kilómetro 187, hubo cierta expectación entre los viajeros: el tren pitó desesperado y retardó la marcha.

Frente a mí, un caballero anciano alzó el cristal, asomó la cabeza y volvió a entrarla para enjugarse las lágrimas que el frío había hecho brotar de sus ojos desguarnecidos. Un hombre gordo preguntó:

—¿Ha visto usted algo, caballero?

—No, señor —contestó el otro secamente.

—¡Parece mentira que haya tantos mentecatos! — proferí confidencialmente.

—¿Va usted a Cambrai? —dijo, mirándome curiosamente, el viejo.

—Sí, asuntos...

—Yo vengo por el fantasma —confesó él.

—¡Oh, el fantasma!... Ya verá usted cómo no aparece; cuando tienen público no hay quien los convenza de mostrarse.

—¿Lo sabía usted? También lo había observado yo, pero no me atrevía a informar... Si no tuviera usted inconveniente en darme su nombre y autorizarme a...

El tren pasó el empalme sin inconveniente ni aparecido alguno, y pocos minutos después entró resollando bajo la claraboya de la estación. Tomé un coche, cuyo caballo llevaba las patas envueltas en arpilleras, y le mandé dar vueltas hasta la hora de almorzar. Estaba disgustado de mi curiosidad estúpida y comprendí que, en medio de mi escepticismo, me sentía defraudado como un crédulo vulgar.

Por fin, más muerto que vivo, me apeé a la puerta del "Hotel du Cigne et du Soleil d'Or". Mientras colgaba el gabán en el perchero, oí detrás de mí una voz insinuante:

—Si no tuviese usted inconveniente en darme su nombre y autorizarme a...

Me volví.

—¿Cómo? ¿Estaba usted ahí? —pregunté estúpidamente, viendo a dos pasos al anciano respetable que me había hablado en el tren.

—Sí, señor; le he seguido; su observación confirma las mías, y ya sabe usted que en estas cosas intangibles, sólo la acumulación de observaciones les presta realidad.

Frente a una sopa roja de pimentón, sentí renacer mi optimismo.

—¡Vaya un viajecito de provecho!

—Cambrai es siempre interesante para un observador —apuntó el viejo, que se había sentado a mi propia mesa, sin pedirme siquiera permiso.

Entonces alardeé de erudito, y manifesté mi opinión sobre el estilo arquitectónico de la ciudad y sobre mi simpatía por los "jaquemarts" tradicionales; pero aquel sandio vejestorio no supo apreciar mis agudas observaciones.

—Es una ciudad muy *visitada* —dijo.

—Sobre todo ahora.

—Usted habrá observado ya, que todo es aquí propicio; un escenario...

—¿Para una pantomima de aparecidos y fantasmas? ¿De verdad cree usted en eso? —pregunté zumbón.

—¡Oh!... Creer, señor —repuso—, sería abrigar la posibilidad de una duda; creer en Dios, creer en el amor, es estar siempre dispuesto a negarles... Yo no creo en los fantasmas, *sé* que existen... ¡Fantasmas! Tampoco es esa la palabra correspondiente; lo que subsiste después de la muerte, caballero, es el alma inmaterial — inteligencia, sentimientos, voluntad —, y sólo cuando es necesario que un ser vivo lo perciba, crea en él su imagen inexistente en lo material, el ser muerto. ¿Comprende usted? Ahora, en este mismo instante en que le hablo, un espíritu, o diez o miles de ellos, nos rodean; acaso mis pala-

UN EXPERIMENTO DE CARUSO

El famoso tenor Caruso hizo un día un singular experimento.

Se encontraba entonces en Italia, donde realizaba una jira triunfal, después de haber logrado en América éxitos estruendosos.

Apenas aparecía en el escenario del Scala, de Milán, sobre todo en "Pagliacci", provocaba huracanes de aplausos en el público delirante. Y entusiastas admiradores, que lo esperaban a la salida del teatro, le gritaban, mientras lo llevaban en andas: "¡Reconoceríamos su voz entre mil, a tal punto es puro su cristal!"

Esta frase se había grabado en la mente de Caruso, y sin decir palabra a nadie resolvió un día intentar el experimento.

Pidió a su camarada que, entre bastidores canta la serenata de Arlequín, en Pagliacci, que le cediera su lugar, lo que el artista, buen tenor de segunda categoría, le acordó de buen grado. Y Caruso cantó, sin que nadie pudiera verlo, la célebre aria de la partitura de Leoncavallo.

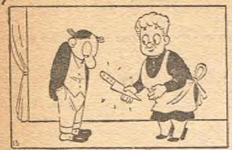
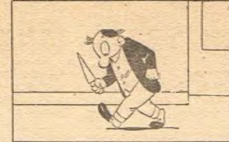
Llegó de la sala el rumor de escasos aplausos. Todo el mundo estaba persuadido de que era el tenor de costumbre el que había cantado; nadie reconoció la voz de Caruso que, pocos segundos después, reaparecía en escena, donde era recibido con la habitual ovación.

Esta comprobación dejó pensativo a Caruso; sin embargo, su voz era única... Pero no hay que pedir a una sala, demasiado espíritu crítico o sutileza.



DON ZENON EL DISTRAIDO

Por JORGE HE



bras son su propia sugestión... ¿No ha oído usted hablar del *daemonium* de Sócrates? ¿Acaso Goethe no escribió su "Werther" en estado inconsciente, y todos los grandes artistas son guiados por la inspiración?... Sobre su cabeza, caballero, yo presiento ahora mismo una presencia sobrenatural y...

—Paparruchas —proferí, alzando involuntariamente el rostro.

El anciano respetable comió poco, tomó mucho café y rehusó los licores; y mientras yo encendía mi pipa, continuó:

—No me extraña, señor, su escepticismo, porque la desproporción entre nuestras facultades y la complejidad de la naturaleza es inconmensurable. Todas sus esencias son incógnitas, y la inteligencia humana, constreñida a la observación, conduce a darnos de ella normas casi siempre falsas, que se llaman ciencias. No obstante, si con insistencia me dirijo a usted, es porque no le siento extraño a un ambiente de especulación espiritual. Yo no soy un sensitivo, caballero, sino un estudioso; tengo tan sólo la experiencia que me da la observación constante, pero no la intuición de lo imperceptible para la vista del hombre. Sin embargo, cuarenta y siete años de prolijas investigaciones me han revelado importantes secretos que por desgracia entenebrecen más que alumbran las tinieblas del Más Allá. Pero que después de esta breve vida terrestre existe un algo superior y definitivo, sujeto a condiciones desconocidas, es innegable aunque sea todavía inexplicable...

La seriedad del viejo me produjo muy mal efecto.

Por fastidiarle, argüí:

—Las leyes de la naturaleza demuestran lo contrario.

—¿Las leyes de la naturaleza?, ¿a cuáles se refiere usted?, ¿a las que regían el mundo según Aristóteles y Ptolomeo, según los alquimistas y Galeno, o bien a las de Galileo o de Curie? La infalibilidad de la ciencia, señor mío, es como la infalibilidad de los hombres, y sólo un simple prefijo la separa de la más completa falibilidad... Estudiamos la naturaleza asomándonos a las troneras de nuestros sentidos; vemos, pues, poco y vemos mal. Y si en vez de ser cual somos, nos agigantáramos o nos redujésemos, nuestro concepto variaría con nuestra forma. Así se explica que, viviendo sumergidos en un océano de radiaciones vibratorias, sólo tengamos conciencia de una fracción de ellas. Por encima y por bajo de las gamas sensorias del hombre, existen vibraciones múltiples, demasiado débiles o tan intensas, que no nos es dado percibir. Esto es, por otra parte, el asiento de la más rudimentaria especulación filosófica, pero a estas verdades generales, he añadido yo un modesto acervo de observaciones personales que antes de morir quisiera dejar consignado en un libro.

—Sin embargo —dije— si esperase usted a morirse, podría disertar ya sobre seguro...

—Entonces, caballero, tendría que usar de la facultad material de crear de un vivo sensible a mi influencia y...

—¿Admite usted, pues, la posibilidad de confrontarlo?

—Sí. Siempre han existido seres sensibles a las revelaciones espirituales. Las sibilas y los profetas percibieron el Más Allá como los santos del cristianismo y las brujas de la Edad Media. Pero sibilas, santos y brujas, fueron en toda época acusados de superchería por la soberbia humana, muro granítico en que tropieza todo impulso superior... Pero me marcho, veo que usted no creerá en estas cosas hasta el día en que sea usted presa de una experiencia... Entonces se retorcerá de angustia ante la incomprensión, ante la estulticia de sus semejantes, cual tantos y tantos seres dotados de especial virtud han padecido en este mundo orgulloso y vano. Adiós, quizá no volvamos a vernos; de cualquier manera, si alguna vez desea usted averiguar ciertas cosas...

—Es inútil —dije fríamente, rechazando la tarjeta del anciano, que comenzaba a parecerme menos respetable.

Nos separamos, y cuando había andado un buen trecho, le vi de nuevo surgir a mi lado.

—Quería prevenirle a usted..., que un espíritu le sigue... Un espíritu que se opondrá siempre a la realización de sus más queridas esperanzas.

—Gracias —repuse ya en franca hilaridad—. Mientras no sea más que un espíritu...

DE LOS CELOS

Las mujeres que nada perdonan, y que no nos ahorran ninguna ocasión de celos, no merecerían que fuésemos celosos de ellas, si nos rigiéramos más por sus sentimientos y su conducta que por su corazón.

LA BRUYÈRE.

REFRAN ESPAÑOL

Cebo haya en el palomar, que palomos no faltarán.



SOBRE EL AMOR PROPIO

Cuando alguien nos descubre un defecto, nos ayuda a desprendernos de un mal, que es la ignorancia de esas imperfecciones.

PASCAL.

CAPITULO V

RECIBO UNA CARTA Y UNA

Madame Bilgert me esperaba
ta, presa, sin duda, de una
riosidad. Dispuesto a cortar
conversación, me acerqué con
tivo en los labios, pronto a
como se arroja una pedrezuela
impertinencia que maldad.
hombre moderno le está
ledad, mas aspiro a la ilusi
por lo menos.

Pero la buena mujer, que
rostro radiante, me alargó
la vista de cuyos sellos tem
gullosa segadora amarilla hab
tierra y la letra del sobres
en mi el temor: carta de
mi prima, la que apetece
alianza, con mi desacredita
nuestras lindantes tierras de
de mi prima, que no ha
sarse, esperando que yo me
que tal vez no hubiese pod
quisiera, por las dificultades
ponen una integridad moral
estricta y un credo que se
fórmulas contrarias a la
higiene y el arte.

Madame Bilgert me empu
mentey haciéndome penetrar
profirió:

—¡Grandes noticias, señor
hija se casa!...

Me quedé de una pieza.
¿María Carlota se casaba?
lladora de calor inundó mi
pués, se alejó hinchiéndome
y la cabeza se me quedó huec
dome como un cuenco vací

—¡Felicítela usted! Gabriel
a saludar al señor Pedro...

El curso de mi sangre torn
mico discurrir. Todo adquiri
un peculiar atractivo. ¡Excel
cha esa Gabriela! Estuve im
locuaz, y prometí a la jove
regalo el día de la boda.

Vi —a pesar de la necedad
taba sumido— que los ojos
se llenaban de lágrimas cuando
tifiqué ante su madre.

—No, no es *con ese*..., se
mozo, un molinero rico de
blo; la quería desde muy niña

Adiviné una tragedia o un
en aquella boda, e inconscie
propias intenciones, acusé a la
sacrificar, en aras de la ho
dicha de su hija. Luego me
mi cuarto y abrí, resignado,
Lourença.

Venía primero, tras la con
mula, una prolija información
de su salud, siempre parsimon
de sus tierras, prósperas siem
pués un párrafo sobre mi pe
me permito transcribir:

"Me han dicho que piensas
no te digo más, sino que mir

Para la Concepción cumples cua-
seis. Piensa que te llamas Pedro
José Rodrigues Cardoso Guedes
valho Lobo, y que aunque aquí aho-
de la república ya vendrá el día
vuelvan los reyes y la nobleza
el puesto que merece y no ocupa."
ía a esto varias cosas desagradables
(desagradables por lo justas,
mente), sacaba la cuenta de nues-
des respectivas, diciéndose mayor
dos meses y trece días y me pro-
a un viaje a Matosinhos.
llos dos meses y trece días dan, a
orazga D'Aviz, derechos insospe-
sobre mi persona. Generalmente,
a desde lo encumbrado de su ex-
ia comercial, con la condescenden-
que un Ampère o un Arago
a un niño de seis años en las
de una tabla de multiplicación.
añadir, aunque esto amengüe el
de mis lectores, que ante su expe-
voluntad yo me siento un tanto
ado.

CAPITULO VI

ARO, Y COMIENZO A INICIARME EN LOS SECRETOS DEL ESPÍRITU

aba a María Carlota en mi es-
había rogado que viniera y acce-
dar las cinco con la emoción con
oirse cantar un número premia-
lotería. Aquellas cinco campa-
breves la anunciaban como un
mucho se habla del sabor de
rdos; os diré, en verdad, que tie-
me la esperanza.
speranza! Era mi lejana juventud
volvía, y para recibirla hubiera
ocultar los estragos que me
ausencia. ¡Juventud, juventud
ma de los siete colores; violeta
colías, azul turquí del ensueño y
la ilusión; verde de la esperanza
llo del odio; anaranjado del pla-
o de la pasión, tu simple fórmula
en la transparencia de sus tres
o el secreto emocional de la vida.
por fin; no podría deciros si fué
Carlota o fué ella. Sus pasos se
eron en mi oído y ambas habla-
la misma voz. Y en mí habló
tumultuosa y apasionada:
ía Carlota, la amo a usted —gri-
que es ridículo —añadí yo...
culo no, señor Pedro; ya sabía que
quiere...
onces?...
eso mismo hace más difícil, más
lo que se propone usted.
—tan simple es la idea que te-
la compleja máquina sentimen-
a joven— que sufría escrúpulos
de sus amoríos recientes, y pro-
mi generoso olvido. Sus ojos
se filtraron en los míos sin brusquedad ni sorpresa.

—¡Oh, no; no es por eso!

Entonces me pareció entender. María Carlota interpretaba mal mi declaración; confieso que sentí regocijo. Esperaba verla caer en mis brazos, porque sé que pocas mujeres resisten friamente el atractivo de una oferta matrimonial; como que, en resumidas cuentas, es la única antigua y acreditada forma de demostrarles nuestro aprecio, aunque sea también la más segura de perdérselo.

—Nos casaremos cuando usted quiera, y nos marcharemos a Portugal (María Carlota no se movió), o... nos quedaremos en París, si usted lo prefiere.

—Yo se lo agradezco a usted mucho; pero no puede ser...

¡Juventud, juventud, no fuiste muy generosa! Como al caer el telón quedan los actores cara a la verdad de sus vidas mezquinas, así quedé yo frente a mi verdad. No lo toméis a broma; os digo que un amor desgraciado es, como los celos y la traición, un mal drama que deja indiferente al público y sólo conmueve a los actores...

—Yo querría explicarle, señor Pedro; pero usted no comprenderá.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que no puedo yo entender?...

—¡Está usted tan aferrado a la materia! Ya me lo había dicho...

—¿Quién? —proferí barrenado el corazón por el retorcido acero de los celos.

—Me lo había dicho Fernando, Fernando Keppler.

Apenas contuve un sarcasmo:

—No me hable usted de él; odio a ese hombre.

—No es un hombre —repuso dulcemente Carlota.

Dijo BARRETT:

La obra: ahí está nuestro destino. Separados de ella, no existimos.

PARA QUE DURE

—Quisiera que me adorne usted esta sala con unos "panneaux" del estilo que le parezca mejor.

—Pueden hacerse pompeyanos o prerrafaelistas.

—Sí... —responde el cliente, con gesto de duda—. Pero, yo quisiera una pintura duradera...

—Entonces..., ¡el estilo Alberto Durero!



Sus palabras eran simples como las de un buen maestro que tratara de hacer comprender por la mente inferior de un niño, los oscuros problemas de la ciencia.

—Es otra cosa; *una cosa*... que no existe para usted, pero que yo siento..., una cosa como un sueño, pero mejor... Fernando *ha sido* un hombre, en otras épocas, no sé cuándo; él me ha mostrado todos los países, todas las costumbres. En Holanda se dejó ver por mí: es alto, fuerte; fuimos juntos a los teatros y a los restaurantes; yo parecía ir sola, pero nadie se atrevía a molestarme. Cuando visité Portugal, vi su casa de usted; es muy bonita, Pedro, daría gusto ser allá una gran señora. Su sala con aquellos muebles tan viejos, el retrato de aquel general, o no sé qué, con la coraza de oro, y la virgen del Rocío toda tallada... vale mucho todo eso... usted es muy rico y muy bueno y...

Yo la miraba estupefacto.

—Pero, ¿quién le ha contado a usted todo eso?

—Lo he visto, Pedro, lo he visto... Fernando hace salir mi espíritu de mi cuerpo, ¿entiende?, lo arranca; y es el espíritu el que puede volar. Claro que mi cuerpo no se mueve de París, ¡bonita se pondría mamá!, pero en mi alma no manda ella; mi alma es libre, libre... ¡Si viera usted cómo me asustaba al principio!... Fuí acostumbrándome poquito a poco, y ahora hasta he ensayado a olvidarme del mundo, a comprender las cosas del más allá...

—Pero, en resumidas cuentas, ¿quién es ese Fernando que la ha trastornado a usted?

—El es un muerto, en el sentido material..., pero vive para quienes sean capaces de comprenderle...

Entonces traté de indignarme, y proferí mil amenazas groseras contra aquel canalla que la estaba embaucando.

—Ya sabía yo que no comprendería.

—¡Ah, sí! ¿Lo sabía?

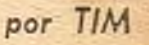
—Sí, se nota en sus cuadros: hay tan poca espiritualización en esa pintura. Necesita usted ver las cosas desde otro plano, como se verán en el futuro...

Siguió dándome un curso de estética. Hablaba con la serena nobleza de la seguridad, empleando giros de pura elegancia; sin duda, el aborrecido Fernando Keppler condescendía a instruirme.

En la tenue claridad de la tarde —Rembrandt de ocaso— creí, por dos veces, percibir sobre mí una forma, pero me hubieran hecho papilla antes de darle a aquel aborrecido difunto el gustazo de que notara que estaba empezando a creer en él.

Después de mi furor, creí del caso ponerme sentimental; en el fondo pensaba que era más fácil vencer a un muerto

EL MONO SABIO — PARA QUE SE CALLE — por TIM











que a un vivo en el corazón de Carlota; ¿acaso fué jamás difícil la conquista de una viuda?

—Pero, puesto que yo también he de morirme, ¿por qué no me anticipa usted un poco de su amor? La muerte es lo único seguro que nos iguala... —formulé.

—¡Oh, no, Pedro; la muerte no nos iguala de ningún modo! No se forje usted esas ilusiones tan necias... ¿Cómo podría igualarnos la muerte si de la vida llevamos nuestro caudal para el Más Allá? Cada espíritu *es lo que fué*, pero en su verdad; y sólo los seres excepcionales por su inteligencia o su bondad gozan en la otra vida el privilegio de abarcarla por entero. Su *vida*, es entonces la eternidad misma, y la fijeza de todos los hechos, es cual la suma de una cifra a otra cifra... Junto a ellos, hállase también su porqué y su resultado... Y puede apreciarse el objeto mezquino de la acción generosa, la vergüenza de la fealdad, que llaman pudor, la triste verdad, en fin, de todas las mentiras convencionales a que vivo se estuvo sujeto. De ese profundo conocimiento es de lo que emana la serenidad de la muerte..., su superioridad sobre la vida...

Cuando quise replicar, María Carlota se había marchado.

CAPITULO VII

TENGO UN ARRANQUE Y ME EMANCIPO

Durante varios meses sufrí la rivalidad de Fernando Keppler; y aun, decir la rivalidad, es conceder demasiado a mis relaciones con María Carlota. Ella me había propuesto "una amistad de los tres, siempre que yo fuese bueno y tratara de comprender", y *los tres* erramos algún tiempo por parques y museos, por cementerios y confiterías.

Siempre he admitido la posibilidad de tener un rival en mis relaciones amorosas, aunque no creo en la perfidia de las mujeres ni la mitad, o menos, de lo que por halagarlas fingen creer los hombres. Comprendo lo engorroso que es para un artista un rival acaudalado, para el acaudalado un guapo, para el enclenque un deportista o para el sabio un frívolo; pero les aseguro a ustedes que mayor pejiguera que la rivalidad de un difunto no existe en la historia de los amores desgraciados. Su impunidad de ser intangible, los miramientos a que su estado obligan, le hacen participar de los privilegios de héroe de la caballería andante y de los de mujer embarazada; y libre como está, de los convencionalismos que la educación impone, no pierde ocasión de deciros cosas desagradables. Debo en justicia consignar aquí, sin embargo, que Fernando Keppler era uno de los muertos más bien educados de quien se ha tenido noticia, aunque un poco pedante y un tanto altanero. Si yo hubiera seguido en la pintura, muchas de sus observaciones sobre perspectiva y dimensión (naturalmente, por boca de María Carlota), me hubieran valido cierto renombre.

Pero aquella situación en la que yo no participaba sino por condescendencia, empezó muy pronto a serme odiosa. Cuando hacía programa para un paseo, había que consultar a Fernando y saber si Fernando daba licencia, saber si eso no perjudicaría la finura perceptiva de María Carlota, de la *sensitiva;* además, imponía a ésta dietas prolongadas que la tenían en los huesos y le prohibía acercarse a los caloríferos y estufas. Para tratar con él había que anular el cuerpo lo más posible. Lo anulaba tanto la infeliz muchacha, que siempre supuse que se quedaría muerta en cualquier momento. Además, una confidencia de ésta puso fastial al frágil edificio de mi paciencia, y decidí mi partida.

—Fernando es muy exigente. ¿Sabe usted lo que dice? Pues, que el día en que yo quiera a alguien aquí, en la tierra, no me dejará volver. Claro que lo hace para que no sufra de la vulgaridad de un amor terrestre ni de sus desengaños... pero, de todos modos, estoy asustada porque yo no quisiera morir todavía.

Confieso que ya entonces no cabía en mí ni un adarme de incredulidad; todo, por absurdo que fuera, me parecía admisible.

Esa misma noche, al volver a casa, arreglé una valija, y pagando a la desolada madame Bilgert el mes que entraba, le advertí que podía poner albarán en los balcones y disponer de mis muebles. Me marchaba a Portugal.

—Precisamente —dijo ella—, aquí ha llegado esta carta de allá. ¿No será alguna desgracia?

—Según —repliqué enigmático, metiéndome, sin abrirla, la carta en el bolsillo.

Tomé un compartimiento en el Sud-Express, y cuando sentí el primer estremecimiento de los vagones, cuando al resollar de la máquina, la chimenea puso un airón de humo bajo la encristalada techumbre de la estación de Orsay, algo pareció quebrárseme en el pecho, y sin poderme contener rompí en sollozos.

Sólo deben viajar los que son dichosos. No sé cómo se recomiendan los viajes al que sufre un dolor moral. Hasta muy tarde velé esa noche, rumiando mi desdicha. ¡Al fin, María Carlota es la única mujer a quien yo he amado sinceramente!

Me distrajo un fuerte olor a resina. Los pinares de las Landas..., debíamos de pasar por Bayona. Un sueño feble, a través del que percibía el hipo de mi respiración entrecortada, me embotó el resto de aquella noche, la más larga y angustiosa de mi vida.

ULTIMAS PALABRAS

El gran soberano Carlos V murió con tranquilidad. Sus últimas palabras fueron:

—Ya es tiempo, ¡Jesús!

LA DESGRACIA DE MILTON

La mamá está dando una lección a su hijo:

—¿Te acordarás?... El poeta Milton, autor de "El Paraíso Perdido", era ciego... Esto es fácil de retener en la memoria.

—Sí, mamá.

—Bueno, ahora, vamos a ver, ¿cuál era la desgracia de Milton?

—Era poeta.



CAPITULO VIII

MANDO UN TELEGRAMA CON RESPUESTA PAGADA

Despertar en un aterido amanecer de comienzos de primavera en una ciudad donde nadie ni nada espera, cuando se
lleva enfermo el espíritu y do
inteligencia de tanto cavilar, cre
daño que a nadie le deseo. Y así fu
yo llegué a Irún.

El tren que me había traído
resoplando tras algunas evoluci
debía aguardar más de una hora
lida del otro tren, un tren hisp
me conduciría a Portugal. Era
y a pesar de lo temprano de la h
seis de la mañana—, la ciudad
y activa, habituada al trabajo,
en pie. Tomé en la estación una
ese mal café que le hace a uno
en España desde que atraviesa
tera, y eché a andar por las ca
iguales, bárbaras, labradas en
con escalinatas que tienen me
de tramo a tramo.

En el atrio de Nuestra Señora
cal, los madrugadores irundeses,
rígidos trajes negros de paño
boina calada, aguardaban la
mujeres llegaban por grupos,
también de negro y penetrab
iglesia, por un portillo forrado
practicado en una de las ba
carcomido pórtico.

Al abrirse, rechinaban sus go
un centelleo de luz salía del i
bocanada tibia, cargada de aro
e incienso. El sol iba desvelán
bruma azulina. Un monago r
lió a avisar que empezaba la mi
entraron. Yo entré también.

Poco después, un cura hueso
pequeños y nariz larga, subió
y comenzó a arengarnos. No s
diría, hablaba en vascuence;
guaje rudo, onomatopéyico, c
a hachazos, parecía chocar con
ros de piedra del templo enor
lado, algunos hombres asentían
la cabeza rapada, y al fondo
central, el otro cura hacía l
xiones del ritual.

¡Oh, mágico poder de la p
sin comprender el sentido ais
palabras, alcancé el compendio
presión; era un llamado a las
alma, a la robusta integridad
la raza.

De súbito, el absurdo de m
se me apareció en su tragicó
lo. ¿Era posible que una
absurda, una enfermiza sensib
ran impedimento a la honesta
tecida? ¿No le haría suponer
Carlota, mi marcha precipitada
la amaba?

Abandoné la iglesia resuelt
volví a la estación y mientras
a que abrieran el despacho de
hice mi composición de lugar:
a María Carlota mis sufrimien
y elocuentemente; le manifesta
ceridad de mi amor y el absu
negativa. Ella debería respon
minantemente, por telegrama.

Cuando vi mis palabras —q
ban ochenta y seis—, neglig
contadas con la punta del láp
soñoliento telegrafista, no sé q
movió en mi corazón.

Después me volví andando
Palace, pedí un cuarto, tomé u
dosis de veronal y me dormí
mente. Confieso que era incap
perar despierto.

CAPITULO IX

DESPIERTO A LA REALIDA

Me volvió a la vigilia un go
nudillos contra la puerta de m
ción, a eso de media tarde. Sal
lo y me precipité a ella. Era u

María Carlota, despachado a las de la mañana; decía así: "Fernando. Salgo esta noche para reunirme sted en la frontera, llegaré a Hen- a las seis".

ulté el horario de trenes y, efecti- te, comprobé que el Sud-Express, la hora francesa, entraba en la es- a las seis de la mañana.

estaba radiante; el sueño reparador, ría de birlarle la novia a aquel insoportable, la certeza de re- con María Carlota y su muestra fianza, me hicieron cortas las ho- aquella tarde. Por vez primera hacia dos días comí con apetito y rmalmente después de meses de ud.

mejor me pareció trasladarme a inmediatamente y me dirigí al dero. En la plaza, al agrio son de tas y con el estrépito de los tam- danzaba un grupo de hombres y con la gravedad y la rigidez de mple un rito. Pasé entre ellos sin les una mirada y me alejé tara- el antiguo zortzico. ¡Ay, su música rimas a mis ojos, todavía!

eces aquella tarde estuve a pun- rir la carta de Lourença, pero ndola agridulce, la dejé dormir plio bolsillo de mi gabán.

es: bajó el último pasajero ate- tren, a la mañana siguiente, sin viese aparecer a María Carlota. do decir que estuve desesperado; intensidad de mi dolor, pareció me los nervios. Ni aun pregunté ni aun se me ocurrió telegrafiar Rígido y estúpido como un autó- epé a un compartimiento vacío, y en, del que yo esperaba la feli- volvió a dejarme como el día ante- la frontera hispana.

. . . .

en Irún ocho largos días. Espera- etamente una noticia, una justifi- una esperanza. ¡Ocho días! Al ca- ellos escribí a Mme. Bilgert una con un saludo y mi dirección. Me ió una carta de Francia, orlada de me hizo rechinar los dientes. Re- en el sobre la letra de los recibos ler. Era la infortunada Mme. Bil- que escribía. A través de su estilo, de fórmulas, la atribulada mujer sus desdichas: Gabriela había de casa llevándose las pocas cosas n valor que tenían; se marchaba casarse con un hombre a quien había aborrecido; y, naturalmen- marchaba con el que quería; lo staba en una carta en que pedía el clásico perdón de "las malas María Carlota, a los dos días de rme yo, había muerto de un "ata- ientras estaba, ¡ella también!, pre- un maletín de viaje.

o sé —terminaba la pobre mujer— he sido tan desgraciada con mis i qué maleficio les han hecho. A lo escribo porque sé que siempre quiso bien".

olor fué tan vivo, tan sincera mi , que estuve a punto de volverme a ofrecer un hijo a aquella pobre que acababa de perder a sus dos s. No lo hice; escribí para ella una carta, rogándole que aceptara un por una cantidad que la cobijara empre de las humillaciones de la , y se la mandé; fué mi último acto rgía. Después caí en un marasmo intelectual y en una apatía que me amenguaba por horas. No sé cuántos días duró aquello, mas puedo asegurar a ustedes que cuentan una eternidad en mi vida. El hotelero me preguntó varias veces si llamaba un médico; dije que no. Consultó si avisaba a mis parientes.

—Está usted muy malito, señor; a lo mejor, si muere aquí... yo no quiero compromisos —dijo.

Yo me encogí de hombros sin responder.

CAPITULO X

LOURENÇA, HACE SU APARICION Y SE APODERA DE MI PERSONA

Una mañana, a eso de las once, fuí brutalmente arrancado de mi sopor. La luz de los ventanales me deslumbró, y cuando, al cabo, pude abrir los ojos, fué el rostro bigotudo y enérgico de Lourença D'Aviz lo que percibieron. Traía aún la tierra del viaje subrayándole dos amplios surcos que le bajan desde la nariz al mentón, y encasquetada sobre su flequillo postizo, una gorra de viaje, forma plato, que compró en Lisboa en la última estada, creo que en 1912.

Os digo que esa visión no tenía nada de agradable. Y no obstante, el dolor de mi abandono era tal, que irreflexivamente le eché los brazos al cuello y apoyándome en su pecho (contemporáneo de la gorra) rompí a llorar.

Su mano áspera de labradora, halagó mi cabeza, y con la pizca de ternura de que es capaz, manifestó, separando los húmedos y escasos mechones de mi frente:

—Siempre serás un niño.

Después, abrió los cristales — que entrase el aire picantillo de abril — y se retiró, para que me vistiese cómodamente.

Todo aquel día paseamos por la ciudad guipuzcoana. Yo me dejaba conducir, sintiendo que mi amor por la vida renacía al contacto con la naturaleza. Gusté una comida muy buena sin averiguar cómo podían haberla preparado en aquel hospedaje modestísimo, y reconocí el saborcillo ahumado de los jamones de mi casa, el agrio de sus quesos y el jugo oloroso de sus melones... Lourença no me preguntó nada.

Al anochecer, tomamos el tren. Lourença no había pensado en apartar compartimientos en el Wagón-Lits, así es que cabeceamos uno frente al otro. Ya alta la noche, al llegar a Salamanca, mi prima deshizo un paquete, sacó de él unos alfajores y destapando un porrón, me ofreció un jarro. Acepté.

—Este es de casa — dijo ella.

—Excelente Porto —saboreé yo.

—Supongo, Pedrín, que ya recibirías una carta que te mandé hace veinte días...

—¡Claro!

—Entonces... ¿quiere decir que estás de acuerdo en todo?

Tomé otra pasta, me serví otro jarro... La verdad es que la tal carta se me había extraviado sin leerla.

Un revisor vino por los billetes; Lourença rebuscó en sus bolsillos. Luego, cuando se hubo marchado:

—Pedrín, estoy muy contenta. Ya sabía yo que tarde o temprano... ¡Si estábamos destinados uno para el otro, más claro que el sol!... Lo tengo todo preparado; lo único que faltaba eres tú, y ya te he pillado; ¡mira, que si no acierto a ir, te mueres, con esas comidas!...

—Pero...

—Nos casaremos no más llegar... ¿verdad? Mosen João Yosé, el del Villar Formoso, lloraba de contento cuando se lo dije... Por las amonestaciones no te preocupes porque ya están echadas...

Después me mulló la almohada, me envolvió los pies en una manta escocesa y me aconsejó con una voz imperiosa que se ha reservado siempre para hablarme:

—Ahora duerme.

Y yo me dormí.

CAPITULO XI

EN ESPERA DE LA LIBERACION

Aquí estoy ahora sentado junto a la chimenea, donde se quema, por darme gusto, con los recios troncos de encina, la poda del otoño, las ramas retorcidas de los manzanos y el renegrido sarmiento de las viñas. Por el encristalado del balcón entra un poco de claridad triste de anochecer lluvioso. Ya comienza a ser rojo el fuego de la chimenea antiartística — mármoles negros y latón dorado— y hay sombras densas en los rincones, prendidas como telarañas.

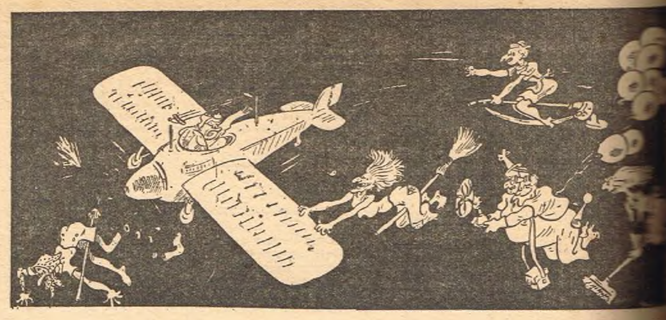
Desde que nos casamos —dieciocho meses para la Calendaria— paso mis días junto al fuego o a la ventana. En esta sala aparatosa, decorada con muebles de caoba y damasco del estilo burgués de Luis Felipe, donde el tiempo se ha refugiado como en un remanso. El río que mana de su garganta de roca una baba amarillenta, el cielo casi siempre brumoso y por veces nítidamente azul, son mi panorama habitual. Ya no necesito pintar ni leer; dentro de mí ha brotado una fuente viva de ensueños: Castalia verdadera, manantial lírico y perenne, cuya linfa trae una música inacabable que me acaricia y me sostiene aun en medio del fragor doméstico.

No podría deciros si son sueños o es

MOTOR EN SU MINIMA EXPRESION

Teniendo en cuenta que el tamaño y el peso son los dos factores más importantes, tratándose de piezas para aviación, ha sido creado en los Estados Unidos el motorcito que muestra el grabado. Por su tamaño reducido y por su peso excepcional, 35 milímetros de diámetro y 225 gramos de peso, puede ser instalado en cualquier rincón del avión para mover pequeños ventiladores y aparatos de protección.





realidad, pero ¿qué importa? En mi gustosa soledad, aparecen los seres a quienes amé, fantasmas de sí mismos, depurados de su pequeñez humana. Y no ya María Carlota, mas la pura esencia de su gracia me regocija en la promesa de esa comunión, de pensamientos, ese enlace de afectos que no ha menester ni la palabra torpe ni la unión carnal. En ella evoco mi reciente pasado, depurándolo a través de los filtros espirituales del dolor; y su figura acude a mi cerebro, con una ideal nobleza porque, si amada, no me fué familiar; la muerte prematura la dejó intacta a mi veneración. Allí está aguardándome, pero no puede acercarse.

De pronto la agresividad de la luz María Carlota huye de mí, la espanta la agria realidad de Lourença.

—¿Otra vez a obscuras? —grita ésta.

Finjo dormir.

—¿No sabes que o *Julio* te tiene prohibido estar así a manos quietas? ¡Cómo andaría todo sin mi cuidado! Vamos, Pedrín, ayúdame a llevar estas cuentas... Pero no; te equivocarías... ¿A que no le descontabas a los jornaleros el vino que se beben en la semana?

La punta de su lápiz afilado recorre implacable los torpes números con que cada hombre apunta su cuenta en una libreta grasosa. Hay pequeñas diferencias que indignan a mi prima:

—Mira éste, el rapaz de la Izabel María... ¡que se olvida de la onza que le di el domingo!...

—Dicen que la madre está enferma — intercedo.

—Es una holgazana. Me dejó la ropa en lejía para irse a acostar. ¿Qué enfermedad tiene? Debilidad... ¡Vaya!... Criadas he tenido yo a quienes ni las viruelas impedían trabajar como Dios manda...

—Pero, ¿es que Dios manda trabajar?

—A los pobres, sí.

Un silencio.

—¿Es que yo no trabajo? ¿Es que te figuras que voy a regalar el dinero que mis padres ganaron?

—¿Tus padres ganaron dinero? Creí que los tuyos y los míos lo habían heredado...

—¡Pedrín! — Sus ojos negros me atraviesan. Lourença está insatisfecha de mí; no soy, ni remotamente, el marido que esperaba.

—¡Con tu fama! — me dice a veces sarcásticamente.

Y yo finjo no entender.

La noche es una cortina impenetrable tras el cristal de la ancha ventana; sólo las gotas de agua, deslizándose por la tersa superficie, dejan con su rastro brillante la constancia de que hay un mundo fuera; un mundo extraño y terrible, preñado de tristeza y de dolor.

—¡No es posible, no es posible que estés sin hacer nada!... —insiste Lourença.

Esbozo el ademán de cargar mi pipa; ella se opone enérgicamente, con esa energía inútil que malgasta en los actos más triviales.

—¡No!, si es que quieres que me marche... ¡Qué humazo! ¡No puedo soportar esos olores, esas costumbres! Además, ya sabes que el médico te lo tiene prohibido...

Lourença me hace respetar estricta y cariñosamente las indicaciones del médico; así, por consejo de éste, ya no tomo café a cualquier hora, sino sólo una taza después de comer; no me sirven para el almuerzo ostras ni mejillones, ni chuletas, sino verduras; no hago traer mi tabaco especialmente, sino que me proveo en un estanco de Leça de Palmeira, y eso cuando algún criado va para Leixoes. Así, me han trocado también las finas ropas de seda por las toscas camisas de lana y los calcetines de confección manual; pero cuando aconseja que debo viajar para distraerme. Laurença asegura que ya he viajado bastante y que además no es preciso seguir al pie de la letra las exageradas prescripciones facultativas.

Poco más de un año ha pasado desde que salí de París; si lo contara por segundos, quizá diera noción más exacta de lo que es para mí el tiempo transcurrido.

—¡Ya está! — Mi prima da un fuerte suspiro, aliviada de ese cruento trabajo que es ir mermando el jornal a cada vendimiador.

Rosendo viene a avisar que podemos pasar a la mesa. Y en el come[illegible] con buena vajilla y pesados cu[illegible] que tragar un caldo que huele [illegible] las y me deja en la garganta [illegible] ra que sabe a ese bravío acei[illegible] gión...

Después, las visitas: el cura [illegible] cilla roja asomada por una [illegible] como un botón de amapola po[illegible] ca, o Julio —caspa en las sola[illegible] rinda y su marido... Y despu[illegible] gas noches de insomnio, en [illegible] cama matrimonial de los abue[illegible] lillada, que, en sus travesaños, [illegible] coma mermar las horas como [illegible] Entonces Lourença se da vue[illegible] gunta quedo:

—¿Duermes?

Yo finjo una respiración ig[illegible]

No duermo. No sé ya si [illegible] través de mi sueño, el más al[illegible] tera carnal va revelándoseme [illegible] che.

¡Cómo comprendo ahora las [illegible] que rechacé groseramente un [illegible] aspiro a desligarme de este do[illegible] de realidad con que mi cuerpo [illegible] el alma!

Allá, después de eso, me [illegible] comprensión, la seguridad, el [illegible] to, el amor perfecto en fin, qu[illegible] rechacé un día; y aguardo la [illegible] todos los segundos, la muerte [illegible] mi carne, que será vida para [illegible]

Por veces, lloro de impacienc[illegible] despliega su voluntad hacia [illegible] mi cuerpo se hiela, parece que [illegible] canzarlo ya; pero Lourença me [illegible] levanta afanosa, conmueve la [illegible] gritos; el olor a la mostaza de [illegible] pismos me borra la visión esp[illegible] la eternidad; vuelve la sangre [illegible] la vida y mis oídos se abren a [illegible] venciones del ama:

—Esto no es sino que comes [illegible] te y te duermes muy pronto.

Me estremezco. María Carlota [illegible] ella se burlará luego...

En invierno, me acompaña el [illegible] lluvia; en verano, el canto de [illegible] rras...

Fin de "MI RIVAL EL DIFUNTO"

LA SEÑORITA MIMI

(CONCLUSION DE LA PAGINA 29)

La compañera de Rodolfo era una robusta [illegible]cha de Normandía, de abundosa y rica [illegible]eza, cuya rusticidad nativa se había aris[illegible]ado prontamente entre las elegancias [illegible] parisiense y de una vida ociosa. Llamá[illegible]o así como Serafina, y a la sazón era [illegible]ida de un reumático, par de Francia, [illegible]aba cincuenta luises al mes, dinero que [illegible]partía con un gentilhombre de taberna [illegible] le daba más que golpes. Le había gus[illegible]odolfo, y aun cuando no esperaba que [illegible] recompensaría, se lo llevó a su casa.

[illegible]la —dijo a su doncella—, no estoy [illegible]adie.

[illegible]o de pasar a su tocador, volvió a los [illegible]nutos vestida con un traje especial. [illegible] a Rodolfo inmóvil y mudo, porque [illegible]e había entrado en la habitación se [illegible]mido, a pesar suyo, en tinieblas llenas [illegible]s silenciosos.

[illegible] me miras ya, no me hablas ya? —pre[illegible] Serafina sorprendida.

[illegible] —se dijo Rodolfo alzando la fren[illegible]rémosla, ¡pero sólo como artista!

[illegible] *espectáculo se presentó entonces a sus* [illegible]mo dice Raúl en los *Hugonotes*.

[illegible]a estaba admirablemente bella. Sus [illegible]as formas, hábilmente realzadas por el [illegible] vestido, se revelaban provocadoras ba[illegible]transparencia del tejido. Todas las im[illegible] fiebres del deseo se despertaron en las [illegible] Rodolfo. Una cálida bruma se le subía [illegible]. Miró a Serafina de muy distinto [illegible] por amor a la estética, y estrechó [illegible] manos las de la hermosa joven. Eran [illegible] sublimes, que parecían esculpidas [illegible] puros cinceles de la estatuaria grie[illegible] sintió que aquellas admirables ma[illegible]ban en las suyas y, cada vez menos [illegible] arte, atrajo junto a sí a Serafina, [illegible] se coloreaba ya con aquel rubor [illegible]a la aurora de la voluptuosidad.

[illegible] criatura es un verdadero instrumento [illegible] un auténtico *stradivarius* del amor, [illegible] de buena gana ejecutaría un aria [illegible] Rodolfo, escuchando distintamente el [illegible] la bella que latía con precipitación. [illegible]l momento se oyó un golpe violento [illegible] a la puerta de la habitación.

[illegible], Lucila! —gritó Serafina a su don[illegible] No abras; di que no he vuelto.

[illegible] el nombre de Lucila, pronunciado dos [illegible] puso en pie Rodolfo.

[illegible]iero estorbar de ninguna manera, se[illegible]jo—. Además, es preciso que me mar[illegible]rde y vivo muy lejos. ¡Buenas noches!

[illegible]! ¿Se va usted? —exclamó Serafina [illegible] el relámpago de sus ojos—. ¿Por [illegible]ué se va usted? Estoy libre, puede [illegible]arse.

[illegible]ble —respondió Rodolfo—. Espero [illegible] a un pariente de Tierra del Fuego, [illegible]redaría si no me encontrase en mi [illegible] recibirle. ¡Buenas noches!

[illegible]rchó precipitadamente. La criada fué [illegible]rle y Rodolfo levantó los ojos para [illegible] Era una muchacha delgada, de andar [illegible] rostro muy pálido, que hacía encanta[illegible]ste con su cabellera negra y natural[illegible]ulada, y de ojos azules que parecían [illegible] enfermas.

[illegible] fantasma! —exclamó Rodolfo retroce[illegible] aquella que respondía al nombre y [illegible] cara de su querida—. ¡Atrás; ¿Qué [illegible]?

[illegible] la escalera a toda prisa.

[illegible] señora —dijo la camarera, volviendo [illegible] en la habitación de su amo—, ese jo[illegible] loco.

[illegible]ás bien que es tonto —repuso Sera[illegible]perada—. ¡Oh! —añadió—, esto me [illegible] a ser buena. Si al menos se le ocu[illegible]nir ahora a ese imbécil de León...

[illegible] era el gentilhombre cuya ternura gas[illegible]o.

[illegible] corrió a su casa sin detenerse. Al [illegible] escalera encontró a su gato rubio dan[illegible]eros aullidos. Llevaba dos noches ya [illegible] vanamente a su amante infiel, una [illegible] Lescaut de Angora, que había salido a [illegible]rsión por los tejados vecinos.

[illegible]bre animal! —exclamó Rodolfo—. Tam[illegible] ti te han engañado. Tu Mimí te ha ju[illegible] mala pasada, como la mía a mí. ¡Bas[illegible]solémonos. Mira, pobre bichito mío, el corazón de las mujeres y el de las gatas son abismos insondables para los hombres y los gatos.

Cuando Rodolfo entró en su cuarto, a pesar de que hacía un calor espantoso, creyó que descendía sobre sus hombros una capa de hielo. Era el frío de la soledad, de la terrible soledad de la noche, que nada parece turbar. Encendió su bujía, y advirtió entonces el cuarto devastado. Los muebles abrían sus cajones vacíos, y del techo al suelo una inmensa tristeza llenaba el cuartito que pareció a Rodolfo más grande que un desierto. Al andar tropezó con los paquetes de objetos pertenecientes a la señorita Mimí, y sintió una sensación de alegría al ver que no había venido aún para llevárselos, como le había dicho que lo haría por la mañana. A pesar de todas aquellas luchas, Rodolfo se daba cuenta de que se iba acercando la hora de la reacción, y presentía que en una noche atroz iba a expiar toda la amarga alegría que había derrochado durante la velada. Sin embargo, tenía la esperanza de que su cuerpo, roto por la fatiga, se quedara dormido antes de que estallaran las angustias por tanto tiempo comprimidas en su corazón.

Acercóse a la cama, separó las colgaduras y al contemplarlas intactas desde hacía dos días con sus almohadas colocadas una junto a otra y medio oculto bajo una de ellas el encaje de un gorro de mujer, Rodolfo sintió que el corazón se le estrujaba entre la invencible tenaza de aquel dolor sombrío que no puede estallar. Cayó al pie de la cama, tomó la frente entre las manos, y, después de haber echado una mirada a aquella habitación desolada, exclamó:

—¡Oh, pequeña Mimí, alegría de mi casa! ¿Es, pues, verdad que te has ido, que te he despedido yo, que ya no te veré más? ¡Oh, Dios mío! ¡Oh, linda cabeza morena que tanto tiempo has dormido en este sitio! ¿No volverás ya a hacerlo nunca? ¡Oh, voz caprichosa, cuyos arrullos me hacían delirar y cuyas cóleras me encantaban!, ¿no volveré a oírte ya nunca? ¡Oh, manecitas blancas de venas azules, vosotras que fuisteis las novias de mis labios, oh, pequeñas manos blancas!, ¿habéis recibido ya mi último beso?

Y Rodolfo hundía con delirante embriaguez su cabeza en la almohada aun impregnada de la cabellera de su amada. Del fondo de aquella alcoba le parecía ver surgir el fantasma de las hermosas noches que había pasado con su joven querida. Oía resonar, clara y sonora, en medio del silencio nocturno, la risa expansiva de la señorita Mimí, y se acordaba de la encantadora y contagiosa alegría con que había sabido ella tantas veces hacerle olvidar todas las dificultades y todas las miserias de su existencia aventurera. Durante toda aquella noche pasó en revista Rodolfo los ocho meses que acababan de deslizarse al lado de aquella joven que quizá no le había querido nunca, pero cuyos tiernos halagos habían sabido devolver al corazón de Rodolfo su juventud y su virilidad primeras.

Le sorprendió el blanco amanecer en el instante en que, vencido por la fatiga, acababa de cerrar los jos, enrojecidos por las lágrimas vertidas durante aquella noche. Vigilia dolorosa y terrible, que hasta los más mordaces y escépticos podrían encontrar en el fondo de su pasado.

Por la mañana, cuando los amigos de Rodolfo le visitaron, quedaron asustados al ver aquel rostro estragado por todas las angustias que le habían asaltado durante su velada en el Monte de los Olivos del Amor.

—¡Bueno! —dijo Marcelo—. Ya estaba yo seguro de ello. Su alegría de ayer ha rebotado sobre su corazón. Esto no puede continuar así.

Y de acuerdo con dos o tres camaradas comenzó a hacer una serie de revelaciones indiscretas acerca de la señorita Mimí, de las que cada palabra se le clavaba como una espina en el corazón de Rodolfo. Sus amigos le demostraron que en todo tiempo su querida le había engañado como a un tonto, en su casa y fuera de ella, y que aquella criatura pálida, como el ángel de la tisis, era una caja de malos sentimientos y de instintos crueles.

Alternaron los amigos en aquella tarea que habían emprendido con el objeto de llevar a Rodolfo al punto en que el amor exasperado se torna en desprecio; pero sólo a medias consiguieron su propósito. La desesperación del poeta se trocó en ira. Se precipitó con furia sobre los envoltorios que había preparado la víspera, y después de separar todos los objetos que su amante tenía al entrar en su casa, guardó lo que le había dado durante su convivencia, es decir, la mayor parte, y, sobre todo, las cosas de tocador por las que la señorita Mimí sentía debilidad con todas las ansias de su coquetería, que se había vuelto insaciable en los últimos tiempos.

Al día siguiente la señorita Mimí se presentó a recoger sus efectos. Rodolfo estaba en su casa, y solo. Fué menester que todas las potencias del amor propio le contuviesen para que no se lanzase al cuello de su querida. La recibió con injurias mudas, y la señorita Mimí le contestó con aquellos insultos fríos y punzantes que hacen sacar las uñas a los más débiles y tímidos. Ante el desdén con que su querida le flagelaba con firmeza insolente, la cólera de Rodolfo estalló brutal y espantosa. Por un instante, Mimí, blanca de terror, se preguntó si iba a escapar viva de sus manos. A los gritos que dió, acudieron algunos vecinos, y la sacaron del cuarto de Rodolfo.

Dos días después, una amiga de Mimí fué a casa de Rodolfo a preguntarle si quería entregarle los objetos que había guardado la joven en su casa.

—No —contestó él.

E hizo hablar a la mensajera de su amante. Aquella mujer le dijo que la joven Mimí se encontraba en una situación muy desgraciada, y que no tenía alojamiento.

—¿Y su amante, por el que está tan loca?

—¡Oh! —respondió Amelia, la mensajera en cuestión—. Ese joven no tiene el menor propósito de tomarla por amiga. Tiene una hace mucho tiempo, y parece ocuparse poco de Mimí que está a mi cargo y me molesta mucho.

—Que se las arregle —repuso Rodolfo—. Ella lo ha querido. A mí, eso no me va ni me viene.

Y se puso a galantear a la señorita Amelia, diciéndole que era la mujer más hermosa de la tierra.

Amelia participó a Mimí la entrevista que tuvo con Rodolfo.

—¿Qué dice? ¿Qué hace? —preguntó Mimí—. ¿Le ha hablado a usted de mí?

—De ningún modo. No se acuerda ya de usted para nada, querida mía. Rodolfo tiene una nueva amante, y le ha comprado un traje magnífico, porque ha recibido mucho dinero, y él mismo viste como un príncipe. Es muy amable ese muchacho, y me ha dicho cosas lisonjeras.

—Sabré lo que esto quiere decir —pensó Mimí.

Diariamente, la señorita Amelia iba a ver a Rodolfo con un pretexto cualquiera, y aunque hiciese lo que hiciese, éste no dejaba de hablarle de Mimí.

—Está muy contenta —contestaba la amiga—, y no tiene aspecto de preocuparse de su posición. Por lo demás, asegura que volverá con usted cuando ella quiera, sin más preámbulos y únicamente para que los amigos de usted rabien.

—Muy bien —dijo Rodolfo—. Que venga, y veremos.

Y comenzó a hacer la corte a Amelia, la cual se fué con el cuento a Mimí, asegurando que Rodolfo estaba muy enamorado de ella.

—Me ha besado la mano y el cuello —le decía—. Mire usted cómo me ha dejado toda colorada. Quiere llevarme al baile, mañana.

—Ya, ya —dijo Mimí, picada—; ya veo dónde quiere usted ir a parar. Al hacerme creer que Rodolfo está enamorado de usted y que no piensa ya en mí; pero pierde usted el tiempo con él y conmigo.

El hecho era que Rodolfo no se mostraba amable con Amelia más que para atraerla a su casa frecuentemente, y tener ocasión de hablarle de su amante; pero con un maquiavelismo que tenía tal vez su finalidad, y comprendiendo que Rodolfo amaba siempre a Mimí y que no estaba ésta lejos de volver con él, Amelia se esforzaba, con cuentos hábilmente fraguados, por evitar todo lo que pudiera acercar a los dos amantes.

El día en que Amelia iba a ir al baile, fué por la mañana a preguntar a Rodolfo si mantenía la promesa.

—Sí —respondió éste—. No quiero perder la ocasión de ser el caballero de la más hermosa mujer de los tiempos modernos.

Amelia adoptó las maneras coquetas con que se había presentado la noche de su único estreno en un teatro de arrabal, en un papel de dama joven, y prometió que estaría pronta para la noche.

—A propósito —dijo Rodolfo—. Diga usted

a la señorita Mimí que si quiere ser por una vez infiel a su amante y venir a pasar una noche en mi casa, le devolveré todos sus objetos.

Amelia cumplió el encargo de Rodolfo, dando a sus palabras un sentido muy distinto del que a su parecer tenían.

—Tu Rodolfo es un hombre innoble —dijo a Mimí—. Su proposición es una infamia. Quiere rebajarte al rango de las más viles meretrices. Si vas a su casa, no sólo no te dará tus cosas, sino que servirás de chacota a todos sus amigos. Es una conspiración urdida entre ellos.

—No iré —contestó Mimí.

Y como viese a Amelia en tren de preparativos, le preguntó si iba al baile.

—Sí —contestó la otra.

—¿Con Rodolfo?

—Sí. Debe venir a esperarme esta noche a veinte pasos de casa.

—Que te diviertas mucho —repuso Mimí.

Y viendo acercarse la hora de la cita, fuése a todo correr a casa del amante de la señorita Amelia, y le previno que ésta estaba preparándose para jugarle una mala partida con su antiguo amante. El señor, celoso como un tigre y brutal como un garrote, llegó a casa de la señorita Amelia, y le dijo que encontraba excelente la noche para pasarla con ella.

A las ocho se presentó Mimí en el sitio donde Rodolfo había de encontrar a Amelia. Vió a su amante que se paseaba en la actitud de un hombre que espera. Pasó dos veces a su lado sin atreverse a abordarle. Rodolfo estaba vestido muy elegantemente aquella noche, y las violentas crisis de que era presa desde hacía ocho días habían dejado en su fisonomía profundas huellas. Mimí quedó muy impresionada. Al fin se decidió a hablarle.

Rodolfo la acogió sin cólera, y le preguntó por su salud. Después de lo cual se informó del motivo que la conducía junto a él. Todo aquello con el acento de tristeza contenida de una voz suave.

—Vengo a darle a usted una mala noticia. La señorita Amelia no puede ir al baile con usted. Su amante está con ella.

—Pues me iré al baile solo.

Aquí, la señorita Mimí fingió que iba a caerse y se apoyó en el hombro de Rodolfo. Este la tomó del brazo, y se ofreció a acompañarla hasta su casa.

—No —contestó Mimí—. Vivo con Amelia y, como está con su amante, no podré entrar hasta que éste se vaya.

—Escuche usted —le dijo entonces el poeta—. Le he enviado un recado por la señorita Amelia. ¿Se lo ha trasmitido a usted?

—Sí —respondió Mimí—, pero en tales términos que, aun teniendo en cuenta lo que ha pasado entre nosotros, me ha parecido increíble. No, Rodolfo, no he podido creer que, a pesar de todo lo que usted pueda tener que reprocharme, me creyese de bastante poco corazón para aceptar semejante proposición.

—No me ha comprendido usted, o le han referido mal las cosas. Lo dicho está dicho —dijo Rodolfo—. Son las nueve. Tiene usted aun tres horas para reflexionar. La llave de mi cuarto estará en la cerradura hasta medianoche. Adiós o hasta la vista.

—Adiós —contestó Mimí con voz temblona.

Y se separaron... Rodolfo se volvió a su casa, y se echó en la cama, vestido. A las once y media la señorita Mimí entraba en su cuarto.

—Vengo a pedirle hospitalidad —dijo—. El amante de Amelia se ha quedado con ella. No he podido volver a entrar.

Los niños terribles



—Se pone furiosa cuando le digo "mamá". Y se lo digo cada vez que no accede a mis deseos.

Estuvieron de charla hasta las [illegible]
mañana. Una conversación explic[illegible]
que de cuando en cuando aparecía [illegible]
liar en lugar del usted de la disc[illegible]

A las cuatro se extinguió la bují[illegible]
quiso encender otra.

—No vale la pena —dijo Mi[illegible]
hora de dormir.

Y cinco minutos después su linda [illegible]
rena había recobrado su sitio en [illegible]
y con voz llena de ternura llamaba [illegible]
Rodolfo a que se posaran en las [illegible]
cas de venas azuladas, y cuya nac[illegible]
competía con la blancura de la sáb[illegible]
no encendió la bujía.

Al día siguiente, por la mañana, [illegible]
levantó el primero, y mostrando a [illegible]
paquetes, le dijo muy serenamente.

—Aquí tiene usted lo que le pert[illegible]
usted llevárselo. Mantengo mi pa[illegible]

—¡Oh, estoy muy fatigada! —[illegible]
mí—. ¿Ve usted? Y no podré lleva[illegible]
sos bultos todos de una vez. Pr[illegible]

Y como estaba vestida, tomó ún[illegible]
pañoleta y un par de puños.

—Me llevaré lo demás, poco a [illegible]
dió sonriendo.

—¡Eh! Lléveselo todo o no [illegible]
—exclamó Rodolfo—. Pero hay [illegible]
esto punto final.

—Al contrario, empecemos de [illegible]
todo, que esto dure —dijo la jov[illegible]
zando a Rodolfo.

Después de haber almorzado ju[illegible]
al campo, de paseo. Al atravesar [illegible]
go, Rodolfo encontró a un gran [illegible]
había acogido siempre con encant[illegible]
Por respeto, Rodolfo iba a fin[illegible]
Pero el poeta no le dió tiempo, [illegible]
junto a él, le hizo un gesto amis[illegible]
a su joven compañera con una [illegible]
risa.

—¿Quién es ese señor? —preg[illegible]

Rodolfo le dió un nombre que [illegible]
jarse de placer y de orgullo.

—Este encuentro con el poeta [illegible]
admirablemente el amor —contes[illegible]
tiene que ser de buen augurio, y tr[illegible]
a nuestra reconciliación,

—Te quiero, ¿sabes?, ¡te quier[illegible]
mí estrechando la mano de su [illegible]
en cuenta que se hallaban entre [illegible]

—¡Ay! —pensó Rodolfo—. ¿Qu[illegible]
dejarse engañar siempre por [illegible]
no creer nunca por miedo a ser [illegible]

LA DERROTA DEL ALCALDE...

(CONCLUSIÓN DE LA PÁGINA 49)

La disposición del juez vicario queda a medio cumplir, en tanto que la conducción de Cristóbal se hace sigilosamente, para que el principio de autoridad no se menoscabe. Quiere evitar el alcalde quebranto a la autoridad y mengua a la justicia.

VII

Las exigencias del tribunal de la Iglesia apuran al capitán Don Juan de Villagra.

Isabel tiembla. Ruedan cálidas lágrimas por sus mejillas. Pero aconseja, resuelta, a su esposo:

—No faltes a tu deber ni traiciones el mandato que has recibido.

—Sabrás que el procurador general del Obispado acaba de exhortarme que exhiba ante el juez eclesiástico los autos fulminados contra Cristóbal de Cobos, para que vistos provea lo que sea justicia.

—No. Eso nunca. Lo que tú has hecho —responde con firmeza—, bien hecho está.

—También me da traslado de la información levantada por el juez vicario, para que si tengo algo que alegar, lo haga dentro de un día.

—Alega, y que tu dicho sea reflejo de la verdad, defensa de tus derechos.

Breve es el término que se concede al alcalde para su alegación. La escribe el mismo día. Niega validez al sumario instruído por el juez vicario, por la inconsistencia de las pruebas y porque la información se hizo sin los requisitos de citación de parte y de la real justicia. El delito que el reo cometió —añade— es atroz y famoso, acompañado de escalamiento, descerrajando puertas, rompiendo candados y quemando una caja. No le vale la Iglesia, y está excomulgado, como lo están los incendiarios que queman casas y mieses, según lo determinan el derecho canónico, leyes reales y bulas de los Sumos Pontífices. Por lo cual, de parte de Su Majestad y del oficio real que administro, en su real nombre exhorto y requiero al señor vicario general mande declarar y declare que el reo Cristóbal de Cobos no debe gozar de inmunidad alguna, ni tener Iglesia, y anule la información hecha por el juez vicario.

VIII

Antes de que se cuenten veinticuatro horas de la presentación del alegato, el vicario general Don Pedro Carmenatis Jober dicta un auto por el que declara que Cristóbal de Cobos debe gozar de la inmunidad eclesiástica, y ordena que se exhorte al alcalde a que, dentro de las cuatro horas de su notificación, mande volver y restituir al retraído a la ermita de los Santos Apóstoles Simón y Judas, de donde fué sacado, libre, sin presión, lesión, afrenta ni tortura alguna, so pena de excomunión.

Jerónimo de Escobar está al corriente de las tramitaciones. Ha intervenido el obispo de San Miguel de Tucumán, fray Melchor Maldonado de Saavedra. No se fulminará [illegible]
contra el capitán Don Juan de [illegible]
calde no exhibirá ante el juez [illegible]
que se le piden; pero restituirá al [illegible]
tóbal de Cobos al seno de la Igl[illegible]
dole al juez vicario, no en la er[illegible]
iglesia parroquial, donde quedar[illegible]
risdicción. Y Jerónimo ha ech[illegible]
noticia para que el vecindario [illegible]
temple el paso victorioso de Cr[illegible]
calles de la ciudad, admire la [illegible]
defensa y acompañe con su pia[illegible]
ción al alcalde vencido.

De la tienda de doña Gregoria [illegible]
alcalde lleva al reo, seguido del [illegible]
yor Ortiz Melgarejo, a la igle[illegible]
En la parroquia esperan el cura [illegible]
rrano, Jerónimo de Escobar y tre[illegible]
testificarán el acto. Practicada [illegible]
Don Juan de Villagra cierra su [illegible]
blica labrando un acta para de[illegible]
de que ha cumplido lo que el [illegible]
general dispone. Al pie de la [illegible]
vicario da fe de que Cristóbal de [illegible]
vuelto a la Iglesia.

El capitán Don Juan de Villag[illegible]
dinario de San Miguel de Tucum[illegible]
derrotado por la astucia y malas [illegible]
nimo de Escobar, después de [illegible]
los intereses de su pueblo y de [illegible]
ticia con honor y dignidad, contri[illegible]
cender la pasión criolla con el [illegible]
el vigor indígena y la mística [illegible]
perder su fe en el Dios que rige [illegible]
del universo. ◈

LAS AVENTURAS DE Chu-Man-fu



Por J. CHRISTIE M.
(ESPECIAL PARA "LEOPLÁN")



MÁS RATO















Es propiedad—Inscrip. 6931—J. Christie M.





33







LA PARTE CENTRAL DEL PAPEL, QUE ES DONDE SE ANOTÓ EL NOMBRE QUE INTERESABA, TENDRÁ DOS BORDES MAL CORTADOS, PUES EL RESTO DEL PAPEL ES PAREJO.

LOS OTROS PAPELES TENDRÁN UN SOLO BORDE CORTADO DESPAREJO; EL TACTO DEL "MAGO" HACE EL "MILAGRO"





JEROGLIFICOS COMPRIMIDOS

.ME QQ

NEGRO
i
NEGRA

(Las soluciones en el próximo número)

CHARADAS

Llevaron ante el juez a un pobre *todo*,
de ladrón acusándole,
y el juez le interrogó: —*Segunda*, ¿es cierto?
—¡No! —replicóle aquél sin inmutarse—.
Si el *una-tercia* se me ve en la ropa,
es porque soy, de oficio, caminante.
—*¡Tres-una!* —al punto prorrumpió la gente.
—¡No *tercia-prima!* —dijo imperturbable
el juez ante la turba acusadora.
Y el *todo* en libertad quedó al instante.

¡Tercia cuarta prima dos, hermosa *todo!*

Mi *primera* es una planta;
segunda es letra vocal;
tercia la emite el que canta,
pues es nota musical.
Cuarta y quinta el potentado;
tercia prima suele darse
al hijo al mudar de estado,
o mejor dicho, al casarse.
Si *cuarta dos* ejercito,
mi buen humor es completo;
y otra aplicación no cito,
pues ya sería indiscreto.
Quinta tres, en cuerpo humano;
y el *todo*, lector amigo,
allá en tiempo muy lejano
en España rey ha sido.

(Las soluciones en el próximo número)

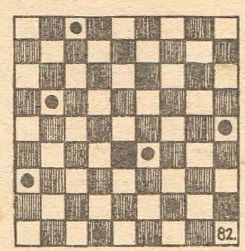
PROBLEMA: POLICIAS Y PISTOLEROS

Este hecho que aquí relatamos, sucedió hace ya bastante tiempo. Resulta que una vez 9 pistoleros, acorralados por los representantes de la autoridad, debieron buscar refugio en un gran galpón, en una tentativa desesperada para evitar caer en manos de la justicia. El galpón estaba lleno de unos grandes canastos, cuya capacidad era suficiente como para permitir que un hombre se introdujera en ellos. Los canastos se hallaban dispuestos en forma similar a las casillas de un tablero de ajedrez, aunque en número mayor que éstas.

Los pistoleros se ocultaron en los canastos en la forma que indica el grabado: cada punto es un pistolero oculto en una canasta. La disposición de los nueve hombres presenta la particularidad de que no hay dos en línea recta. Así podían anular la posibilidad de que un solo disparo hiriera a más de un hombre.

Lo más interesante del asunto fué que, poco antes de penetrar la policía en el galpón, tres pistoleros debieron cambiar de canasta y pasar a una de las inmediatas, con lo que, sin embargo, no se alteró la característica fundamental de la disposición; es decir, que a pesar de eso, no quedaron dos hombres en línea recta.

En el diagrama, cada casilla blanca o negra representa un canasto, y los puntos la ubicación primitiva de los pistoleros. Se trata, pues, de mover tres de ellos a casillas próximas y sin que queden dos en línea recta.



(La solución en el próximo número)

MAXIMA ENIGMATICA

Dos trozos de papel, recorta... nera que tengan la forma de ... del alfabeto cada uno, se coloca... el presente cuadrado de casillas... nera que entre los dos cubran ... sitios diecisiete casillas con ... pondientes letras, y entonces ... renta y siete letras que queda... bierto se tiene que leer, en ... zontales, una máxima muy ... Quilón, el sabio de Grecia.

C	O	M	O	O	N	T	...
N	I	E	D	V	U	...	...
T	O	B	R	A	L	...	...
O	L	U	A	E	N	S	...
E	S	T	A	C	L	I	...
L	M	E	N	T	O	E	...
N	L	O	S	F	I	N	...
T	I	N	E	S	T	A	...

(La solución en el próximo ...)

SOLUCIONES DEL NUMERO AN...

DE LOS "JEROGLIFICOS COMPRI..."

¡PARDIEZ!

CAMILA

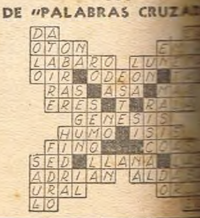
ES UNA CHICA

DE LAS "CHARADAS"

REMOLINO

JAEN

DE "PALABRAS CRUZA..."



¡Aquí le contestamos!

En esta sección contestamos todas las preguntas de carácter general que nos formulen nuestros lectores. No se devuelven los originales de colaboraciones espontáneas ni se mantiene correspondencia sobre ellos. La correspondencia debe dirigirse siempre a Esmeralda 116, Buenos Aires.

CHACARERO, *San Pedro de Jujuy*. — Si tiene usted que repartir $ 183, proporcionalmente, entre cuatro oficiales panaderos que ganan respectivamente, y por bolsa de harina elaborada, $ 1.20, 0.60, 0,60 y 0,55, le corresponde pagar: al primero, $ 74.44; al segundo, $ 37.22; al tercero, $ 37.22, y al cuarto, $ 34.11, quedando un saldo a su favor de $ 0.01.

N. P., *Lincoln*. — En la actualidad, los escultores no trabajan directamente en yeso, sino que lo hacen en barro. Luego obtienen un molde de yeso común, al que llaman vaciado.

ANNIE Y MADELEINE, *Santo Tomé*. — Deben ustedes dirigirse a la secretaría de la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, Perú 222, Buenos Aires.

¿CONOCE USTED NUESTRAS PLAZAS?

He aquí lo que representan las fotos de las páginas 16 y 17.

1. Plaza de Mayo.
2. Plaza Colón.
3. Plaza Mitre.
4. Plaza Constitución.
5. Plaza Congreso.

JUAN N. BERT..., ...cisco. — Envíenos ... LEOPLÁN en el que ... publicación a que ... y con gusto eva... sulta.

R. J. V., *Sancti S...* ...ciudadano", argumento para el ... llevado a la pantalla por su ... les, no ha sido publicado en L...

CELSO A. ODETTO, *Sastre*. — 1º ... *carga*, incluida en la fórmula para ... ra que nos envió, es convencio... la mayor o menor cantidad de ... sario en cada caso. Por lo dem... debe ser interpretada en gram... 2º: Lamentamos no poder com...

XX, *Mendoza*. — Quizá logre ... las librerías de viejo. Nosotros no ... placerlo.